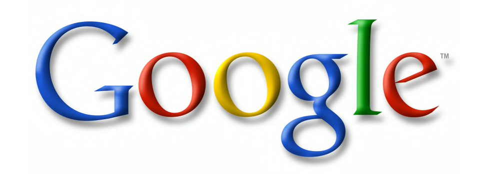
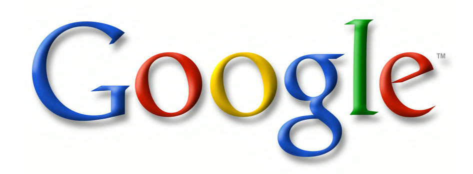
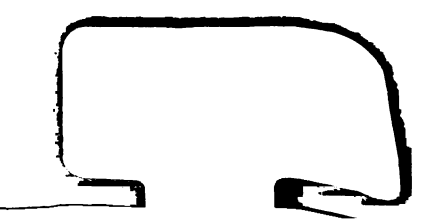



Google



DOLORES.

CONTINUACION DE CLOTILDE

ó

Memorias de una Madre.

NOVELA DE COSTUMBRES CUBANAS

POR

F. CLAVELL DE SOL.

(FELIPE VALDES COLELL.)

HABANA.

Imprenta de "La Revista de Almacenes,"
Calle de O-Reilly núm. 34.
1868.

DOLORES.

I.

EN CASA DE VICTORIA.

Espusimos en la introduccion de la primera parte de esta obra, que ha visto la luz bajo el título de "Clotilde ó Memorias de una Madre," que nos ocupariamos, despues de publicada, en la continuacion de la misma, con cuyo objeto habiamos acopiado ya los suficientes materiales, y esa es la tarea que ahora gustosamente nos imponemos.

Para la mejor narracion, y mas fácil inteligencia de nuestros lectores, empezarémos esta continuacion en la misma noche elegida por Clotilde para presentarse disfrazada en el baile de máscaras de la *Sociedad Habanera*.

Serian las nueve de dicha noche cuando se veian reunidas ocho personas en la espaciosa sala de la casa de Gustavo de la Rioca, situada cerca de la Alameda de Paula.

Ocupaba el centro, y era el alma de esa reunion, una mu-

jer de color achinado, casi moreno, como de cincuenta años, alta y gruesa, sentada en un ancho sillon de vaqueta con tachuelas, de los que ya en el dia han desaparecido por completo de nuestras salas de recibo, con las memorables *bombas* de otros tiempos ; pero que en la época en que principia nuestra narracion aun se les permitia alternar en los estrados con muebles de mas lujo, aunque no tan cómodos: la primera circunstancia que se notaba en la mujer era la notable limpieza de su persona y trage ; el brillo de su semblante y la apacible satisfaccion que en él se reflejaba anunciaban su completa salud, y la perfecta tranquilidad de una conciencia sin mancha: la espresion de bondad de sus ojos y la blancura de los dientes acababan de dar un aspecto bastante agradable á su fisonomía, á lo que tambien contribuia en parte un pañuelo de Madrás que cubria su rizado pelo, perfectamente alisado, atado con cierta gracia á su cabeza. Esta criada, nodriza de Victoria, la dueña de la casa, que merecia toda su confianza, ejercia el cargo de ama de llaves ; era su descanso para el desempeño de las atenciones domésticas y la única persona á cuyo cuidado solia dejar sus hijos cuando las exigencias sociales la obligaban á salir de casa, como sucedia en la noche á que nos referimos.

La criada tenia en sus brazos una niña, la menor de las de Victoria, como de cuatro años, cuyos blondos rizos caian en abundancia sobre sus espaldas, y cuyas blancas manecitas jugaban en aquel instante con las cuentas de un grueso collar de azabache que pendia del cuello del ama de llaves.

A cada un lado de la criada y muy inmediata á su asiento habia una niña ; la de la derecha, de ocho años, era Amalia y la de la izquierda, de siete, Emilia, esta última

sentada en las piernas de una muchacha de color como de veinte años, hija del ama de llaves, á cuyos piés en una banquetica de caoba estaba el niño Gustavo, de seis años, hijo, como las tres niñas de los dueños de la casa ; todos ellos rubios, lindísimos, y revelando en sus personitas el esmero con que se les cuidaba.

El resto de la reunion lo formaban una mulatica como de 13 años y dos hermanos de ésta menores que ella, la primera ocupando el espacio que quedaba entre Amalia y Gustavo, y los segundos sentados sobre la alfombra del estrado, á los piés del niño.

La atencion general se fijaba en aquel instante en el ama de llaves porque acababa de decir que iba *á contar un cuento*.

— ¿ Cómo se llama el cuento, mamita Belen ? preguntó vivamente la segunda de las hijas de Victoria.

— Se llama *el Pescadito de Oro*, contestó la interpelada.

— ¡ Ay ! ¡ qué bonito nombre ! esclamaron en coro los oyentes, incorporándose como para prestar mas atencion á la narradora.

— ¿ Hay muertos aparecidos y fantasmas ? se aventuró á preguntar con cierta fruicion el mayor de los mulaticos.

— No : contestó prontamente el ama de llaves, la señora no quiere que le haga á los niños cuentos de esa clase, porque les impresionan demasiado esos absurdos, y se llenan de ridículos temores, que suelen producir á veces graves enfermedades.

— Bueno, bueno, mamita Belen, esclamó Gustavo, empieza tu cuento.

La criada se limpió el pecho, y despues de una corta pausa dijo así :

— El bien que viniere para todos sea, y el mal para

DOLORES.

CONTINUACION DE CLOTILDE

ó

Memorias de una Madre.

NOVELA DE COSTUMBRES CUBANAS

POR

F. CLAVELL DE SOL.

(FELIPE VALDES COLELL.)

HABANA.

Imprenta de "La Revista de Almacenes,"
Calle de O-Reilly núm. 34.
1868.

DOLORES.

cáracter, y por último, la barba negra, espesa y cerrada que hacia resaltar el color blanco de su rostro. Su trage era de la mas elegante sencillez, frac, chaleco y corbata negros, camisa de finísima batista con dos botoncitos muy pequeños de diamante en la pechera y una cadenita muy delgada de oro para el reloj; pantalon de casimir claro y botas de becerro.

—¿Ha salido la *niña* Victoria? preguntó el abogado, dirijiéndose al ama de llaves.

—Sí, señor, *niño* Máximo, contestó la interpelada acercándose al sofá.

Campobello hizo un ligero movimiento de cejas, como si no quedase muy convencido de la verdad de la contestacion de Belen, y despues de un momento tornó á preguntar á la misma:

—¿Volverá temprano la señora de esta noche?

—No sé, *niño* Máximo, contestó en seguida la criada bajando la vista, como si quisiera evitar la mirada de Campobello, que esta vez hizo un movimiento mas marcado, como de penosa incertidumbre; pero muy pronto, tratando de desechar sin duda alguna idea desagradable, dijo en otro tono dirijiéndose á todos:

—¿Qué hacian Vds, cuando yo llegué?

—Mamita Belen nos estaba contando un cuento muy bonito, contestó prontamente el niño Gustavo.

—¡Ah! bueno, bueno; que lo siga; esclamó el abogado alegremente, yo tambien lo oiré.

Belen movió los labios como si fuera á hacer alguna observacion; pero se retuvo y guardó silencio mirando á hurtadillas el reloj de la sala.

—Sí, sí, que siga el cuento, volvió á decir Gustavito, batiendo palmas en señal de alegría.

Los demas del grupo se acercaron en prueba de lo dispuestos que se hallaban á oir la continuacion del cuento.

—Pero, señores, observó Amalia, Máximo no ha oido el principio.

—No importa, dijo el abogado, refiéreme tú lo que haya contado ya Belen, y luego seguirá ésta.

—Con mucho gusto, replicó Amalia: y al punto, con voz muy clara y sin titubear relató lo que habia oido poco antes al ama de llaves.

—Muy bien, muy bien, esclamó Campobello dando un beso á Amalia, y luego agregó:

—Vamos, Belen, siéntate y sigue el cuento, que todos deseamos oirlo.

Belen se acercó un poco turbada á su sillon, sonriéndose, con la cabeza inclinada ly os brazos cruzados, titubeando en sentarse delante del abogado.

—Siéntate, siéntate, dijo Máximo, no te dé pena; y ustedes tambien, agregó dirijiéndose á las demás personas de color.

Todas estas ocuparon los lugares que tenian á la entrada del abogado.

Belen conocia á Máximo desde que era niño, así fué que no se hizo mas de rogar, y continuó su cuento de este modo:

—*Pues señor*, Juanillo, que tenia muy nobles sentimientos, léjos de alegrarse, como le hubiera sucedido á cualquier otro, con la desgracia de Bartolillo, se aflijió en sumo grado, pensando tambien en la gran pena que habia de sentir su padre cuando supiera lo que habia pasado: quedó por un rato sin decidirse á ir á su casa á avisar al pescador, hasta que le ocurrió una idea, y tan pronto como le ocurrió la puso en planta. Se dirijió al palacio real y dijo al gefe que estaba de guardia que él queria presentar-

se al Rey si le permitia entrar: el gefe se compadeció de aquel niño tan bonito, al que veia tan aflijido, y como sabia que el monarca era muy bueno y le gustaba oir por sí mismo á las personas que imploraban su gracia, hizo de modo que el niño entrara y fuera hasta la presencia del soberano: segun Juanillo iba viendo los objetos tan ricos que se presentaban á su paso se arrepentia de haberse atrevido á entrar en palacio, y cuando llegó al gabinete del Rey, donde habia con él muchos señores con magníficos vestidos, le temblaban las piernecitas, y estaba como azorado mirando á todos lados, figurándose que era un sueño que él se encontrase allí. Un caballero á quien el gefe de la guardia le habia recomendado para que lo llevase á la presencia del Rey, le animaba á que siguiese unos pasos mas, hasta que el monarca lo viese; pero al niño le flaqueaban las piernas y no se atrevia á caminar mas. Entónces los cortesanos fijaron en él su atencion y pronto lo notó tambien el Rey que se informó de que el niño habia suplícado se le permitiese subir á su presencia por el caballero que lo acompañaba, el cual en seguida tomó de la mano á Juanillo y lo ayudó á dar algunos pasos mas hácia el lugar donde se hallaba el monarca.

—¡Pobre Juanillo! ¡Qué susto tendria al verse delante del Rey! —esclamó la mulatica.

— ¡Como le estaria saltando el corazon! añadió Emilia.

—¡Sigue! ¡sigue, mamita Belen! esclamó Gustavito que parecia el mas interesado en oir el cuento.

— *Pues señor*, volvió á decir la narradora, Juanillo, así que estuvo delante del Rey, cayó de rodillas, sin atreverse á levantar la vista del suelo: todos guardaban silencio.

— "Vamos, manifiesta lo que te pasa", dijo el monarca, con un acento tan lleno de bondad que el niño se sintió

mas animado y esclamó, todavía con algun temor al principio, pero luego con mas valor:—"Señor, perdóneme V. M....: esta mañana han llevado preso á Bartolillo, un muchacho pescador como yo, porque vendia un pescadito que dicen que era del Príncipe real.... Suplico á V. M. que pongan en libertad á Bartolillo, porque él no tiene culpa ninguna....: yo fuí el que lo pesqué; yo solo fuí...." El Rey se quedó un momento como pensativo; luego llamó á uno de los caballeros que le rodeaban y le dió una órden en voz baja que salió al punto á obedecer: al cabo de corto rato volvió el mismo caballero, y comunicó al Rey reservadamente el resultado de la órden que le diera. Despues de oirle con atencion dijo el Rey á Juanillo en tono severo:—"Sabrás que Bartolillo iba á llevar un fuerte castigo, y mandé que lo suspendieran para que vayas tú á recibirlo en su lugar."—Juanillo temblaba de piés á cabeza inspirando compasion á todos los presentes; el Rey volvió á decirle:—"Todavía, si quieres, puedes librarte tú de esa correccion....: mandaré que te lleven á tu casa; te daré además algun dinero...., y dejaré á Bartolillo para que le apliquen la pena...." Todos miraban con el mayor interes á Juanillo, y esperaban su respuesta con ansiedad. —"Señor", dijo el pobrecillo temblando siempre, pero con noble resolucion, "mande V. M. que me castiguen á mí y que suelten á Bartolillo...."—El Rey y los cortesanos se conmovieron al oir las palabras del niño, apreciando en todo su valor el sentimiento que las dictaba: el monarca dispuso en seguida que llevaran á Juanillo á un aposento del palacio y que le pusieran un buen trage, manifestando que iba á hacerse cargo de su educacion.

—¡Qué viva....! ¡qué viva....! esclamó Gustavo dando palmadas de alegría, cuyo impulso siguieron los dos mu-

laticos, miéntras Amalia, Emilia, la hija de Belen y la mulatica espresaban tambien su satisfaccion.

Despues que se hubo calmado la impresion producida por las últimas frases de la narradora, preguntó Emilia:

—¿Y al fin castigaron á Bartolillo, mamita Belen?

—No, dijo ésta, el Rey lo mandó poner en libertad en aquél mismo momento. Al siguiente dia fué Juanillo muy bien vestido, acompañado de un lacayo, á dar un paseo, y se dirijió á la casa del padre de Bartolillo, á quien ya éste habia referido su prision, sin decirle que debia su libertad al otro niño, aunque ya él lo sabia: cuando lo vieron con un rico trage, tan lindo, y acompañado del lacayo con la librea del Rey, se reunió mucha gente: todos estaban asombrados, y le empezaron á preguntar á qué debia tanta dicha. Juanillo, antes de contestar, abrazó al pescador y á su hijo, y sacó una cajita que traia para ellos, en la cual habia ido colocando el niño los mejores dulces que le daban en palacio, en prueba de que no se olvidaba de ellos. Bartolillo, sin darle siquiera las gracias, empezó á engullirse los dulces, mirando de arriba abajo con mucha envidia á Juanillo, miéntras éste decia, con la mayor inocencia, que la proteccion del monarca le habia provenido solamente de que se presentó á él y le dijo que era el que habia hecho la pesca del pescadito. Bartolillo se quedó entónces mirándole muy fijamente, como si le hubiese ocurrido una idea; pero no manifestó á nadie su pensamiento. Juanillo volvió á decir que parecia que el Rey y el príncipe su hijo hacian muy grande aprecio de aquel pescadito; pues cuando él salia ya vestido para pasear, el monarca lo mandó llamar á su gabinete, y allí, delante de todos sus cortesanos, le habia colgado él mismo al pecho, sugeto con un cordon de hilo de oro, un lindísimo pescadito hecho del

propio metal. Todos se pusieron á mirar el cordon y el pescadito de oro que llevaba Juanillo al cuello, celebrándolo extraordinariamente, menos Bartolillo que lo contemplaba sin decir palabra. Despues de un rato Juanillo se volvió para el palacio real acompañado del lacayo, dejando á todos los vecinos que supieron su aventura muy contentos de que le hubiese cabido una dicha de que era tan digno, y aplaudiendo la bondad del Rey que lo habia premiado.

Poco despues de haberse ido Juanillo se dispuso Bartolillo á realizar la idea que le ocurrió durante su visita: se vistió con la mejor ropa que tenia, se untó muchísimo aceite en la cabeza, de modo que parecia un raton mojado, y sin decirle nada á su padre de su proyecto se dirigió al palacio real: se presentó con mucha arrogancia al gefe de la guardia diciéndole que él era Bartolillo, y que el Rey lo habia mandado á buscar. El gefe lo miró con cierta sorpresa; pero lo dejó pasar: entónces siguió él muy ufano con la mayor desfachatez, y como atravesase por delante de un caballero que estaba al pié de la escalera sin pedirle permiso, ni saludarle siquiera, éste le mandó detenerse: el muchacho, en lugar de pararse, subió corriendo la escalera; pero arriba lo contuvo un centinela: entónces empezó á decir que él era Bartolillo, y como diese la casualidad de que pasara por allí en aquel momento un cortesano de los que el dia anterior habian presenciado la aventura de Juanillo, se acercó al muchacho, y enterado por éste de que queria ver al Rey lo condujo al gabinete del monarca.

—¡Qué diferencia entre el modo de entrar en palacio de Juanillo y el de Bartolillo! observó la hija de Belen.

—Sí, apoyó Amalia, como que Juanillo era tan comedido y el otro al contrario....

—*Pues señor*, prosiguió la narradora : luego que estuvo Bartolillo delante del Rey y de los señores, tambien se sobrecogió un poco ; pero como era tan atrevido pronto tuvo ánimo para ponerse mas cerca del soberano, urdiendo en su cabeza lo que iba á decir, y creyendo que era tan fácil engañarle como á su padre; de suerte que así que le preguntaron lo que solicitaba se espresó de este modo : — "Señor, ayer se presentó á V. M. un muchacho llamado Juanillo, que es muy haragan y muy mentiroso, diciendo que habia sido él el que pescó un pescadito muy lindo ; y no fué él, sino yo quien lo pesqué." — El Rey, que habia estado oyendo á Bartolillo, aunque parecia que no fijaba en él su atencion, y que ya se habia hecho informar muy bien de los antecedentes de los dos niños, se volvió hácia él y le dijo con la cara muy séria : — "Me alegro mucho de haber descubierto al fin la verdad para castigar severamente al culpable : ahora mismo te haré encerrar y que te impongan la pena que mereces por haber sido tú el que pescaste el pececito." —Bartolillo se quedó trémulo al oir esas palabras del monarca, tan distintas de las que él esperaba ; pero como tenia ánimo y estaba muy acostumbrado á mentirle á su padre y á salir siempre victorioso en sus acusaciones contra Juanillo, se recobró á poco y dijo : — "Señor, yo queria soltar en el agua el pescadito tan pronto como lo cogí ; pero Juanillo me dijo que nó, que no fuera bobo ; él es el único que tiene la culpa." — El Rey, que daba muestras de estar molesto al convencerse de lo malo que era Bartolillo, dirigió una mirada á los señores que le rodeaban, y todos bajaron la cabeza en prueba de que reconocian tambien los malos sentimientos de aquel

muchacho, tan diferentes de los de Juanillo: luego dió el Rey una órden, y al momento se llevaron á Bartolillo á un calabozo, sin que ninguno de los presentes intercediera por él, reconociendo todos la justicia con que se le imponia aquel castigo.

—Castigo muy merecido en verdad, observó Campobello, pues habia tratado de obtener recompensas mintiendo, alegando méritos que no tenia, y sobre todo, acusando á Juanillo de sus propios defectos con la maligna intencion de perjudicarle en el ánimo del monarca.

—Ya yo le tengo lástima á Bartolillo, esclamó Amalia, quisiera que nadie fuese malo para que no hubiera necesidad de castigos.

El abogado se volvió hácia la niña que acababa de pronunciar tan bellas frases, con que espresaba la sensibilidad de su alma, y la besó en la frente.

— *Pues señor*, continuó Belen, Juanillo supo que á Bartolillo lo habian puesto preso de nuevo, y fué al gabinete del Rey y se echó á sus plantas, pidiéndole que lo perdonase con unas frases tan sentidas que el monarca se conmovió; pero luego, indicando al niño que se levantase del suelo, le dijo:—Te he premiado á tí porque eres bueno y has merecido mi gracia; mas mi deber me obliga á castigar severamente á Bartolillo; pues si le perdono nunca se enmendará y llegará á ser un hombre sumamente malo."—El niño se dirigió á su aposento, llorando, sin atreverse á decir una palabra mas al Rey.

Desde aquel dia colocaron á Juanillo en un colegio, y como era muy aplicado adelantó mucho, y mereció luego el honor de que lo pusieran á estudiar junto con el Príncipe, de suerte que recibió una educacion brillante, y llegó á ser un amigo predilecto del hijo del soberano, quien

le concedió despues grandes honores en premio de altos servicios; pero aunque llegó á tener joyas de mucho valor ninguna era para él tan preciosa como *el pescadito de oro*, que conservó siempre con la mayor veneracion. En cuanto á Bartolillo sufrió algunos castigos mas en su vida; pero al fin logró el Rey que fuese un hombre de bien dedicándolo á la marina, en la que se distingió despues. Juanillo, con el primer capital que tuvo, compró una finquita de campo al pescador padre de Bartolillo, que lo habia recojido en su infancia, y en medio de toda su grandeza y prosperidad nunca dejó de ir á verlo con frecuencia, y de hacerle regalos, hasta que murió, muy viejecito, bendiciéndole y dando infinitas gracias á Dios que le inspiró la idea de recoger á Juanillo en su casa, á pesar de que él era tan pobre cuando lo hizo.

Así que Belen hubo terminado su narracion, y que los oyentes dieron término á sus celebraciones y comentarios sobre el cuento del *pescadito de oro*, tomó Máximo la palabra y dijo:

— En el mundo hay seres buenos como Juanillo y otros malos como Bartolillo, seres como éste que ya por la fuerza ó por la astucia quieren conseguir honores y fortuna á costa del trabajo de los desdichados que están bajo su poder, que es lo que se llama la explotacion del hombre por el hombre; pero hay tambien una Providencia Divina, á la que estamos todos sugetos, desde el mas alto potentado hasta el mas humilde pescador; que vela por los buenos, y que en sus inescrutables designios se vale muy amenudo de los medios mas sencillos, como el de la pesca de un pececito del cuento de Belen, para premiar al virtuoso é imponer al malo un provechoso castigo, como hizo el buen Rey, que representa en ese cuento á la Providencia,

á la que nadie puede engañar, porque todo lo ve y todo lo sabe. En cuanto al regalo del *pececito de oro* aunque el Rey no se lo hubiera hecho á Juanillo, siempre lo habria conservado éste en su memoria como la joya mas valiosa, porque no hay objeto alguno de tal precio que pueda compararse al recuerdo de una buena accion que hayamos practicado.

Despues de estas palabras del abogado, que fueron atentamente oidas, hubo una corta pausa que el mismo interrumpió diciendo:

— A propósito, Belen, ¿sabes si la *niña* Victoria ha mandado hacer algunos vestidos mas á la costurera Alicia, la jóven que yo le recomendé?

— Sí, señor, se apresuró á contestar la criada, la *niña* le encargó varios vestidos porque corta muy bien la *niña* Alicia, y es muy buena costurera; pero creo que no le vá á dar mas *túnicos* á hacer....

— ¡Porqué....? preguntó con viveza Campobello.

— Porque dice que al amo le gusta mas la costura de la modista francesa.

— ¿Y qué sabe el amo de costuras? preguntó sonriendo el abogado.

— Para que *su mercé* vea...., *niño* Máximo, dijo la criada, miéntras Campobello permanecia pensativo; y luego agregó: A la señora le dá mucha pena, porque estaba muy contenta con su nueva costurera, la niña Alicia; pero *su mercé* sabe como es ella...., tan buena que siempre evita tener el menor disgustico con el amo.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Máximo consultó su reloj al mismo tiempo que el ama de llaves fijaba la vista en el de la sala.

— Van á dar las diez, dijo el abogado poniéndose en pié

en actitud de irse; y depositando un beso en la mejilla de la niña, que aun tenia en sus brazos, la bajó al suelo.

Todos se pusieron tambien en pié para despedir á Máximo, renovándose de parte de los niños las mismas demostraciones de afecto que á su entrada, correspondidas con igual ternura por Campobello.

Belen buscaba un momento de hablar á solas con el abogado, é iba tras él cuando este se dirijia hácia el zaguan; pero los niños parecian dispuestos tambien á acompañar á Máximo hasta la puerta de la calle: entónces la criada dijo á Amalia que llevase para adentro á sus hermanitos, porque habia algun relente, y obedecieron en seguida sin dejar de decir *adios* al abogado. Luego que nadie podia oirlos dijo Belen en voz baja:

— La *niña* Victoria me recomendó al salir que si *su mercé* venia acá esta noche le dijese que le hiciera el favor de ir á la Sociedad Habanera ántes de las diez y media.

— Mucho tiempo hace que no voy á bailes, dijo el abogado; pero iré á la Habanera. Buenas noches.

— Gracias, *niño* Máximo, dijo Belen poniendo su mano en la que le tendia éste. Buenas noches.

Belen cerró la puerta de la calle y se dirijió á la sala, donde los niños, primero Amalia y luego los demas, le fueron entregando los cartuchos de dulces, que les habia dado Campobello: la criada los recibió todos; repartió un dulce á cada uno de los presentes, y dijo luego:

— Los demas los guardaremos para mañana: ya son las diez, y es tiempo de que se acuesten Vds.

Los cuatro hijos de Victoria se dirigieron poco despues á sus aposentos acompañados de Belen, miéntras la mulatica cojia de la mano á sus dos hermanitos y se encaminó por el patio con ellos á su dormitorio.

Solo quedó en la sala la hija de Belen que apagó el quinqué y encendió una vela de esperma, para esperar, con su madre que debia volver cuando dejara dormidos á los niños, el retorno de sus amos.

II.

EN LAS MASCARAS.

Se recordará que poco despues de la llegada de Clotilde al baile de máscaras de la *Sociedad Habanera* cesó la danza que se tocaba á su entrada en la sala, y que al esparcirse la numerosa concurrencia un grupo de jóvenes vivos y alegres fué á situarse junto á la puerta cerca de la cual habia tomado asiento la viuda de Arcasola: tambien se tendrá presente que ésta fué objeto de las observaciones de los citados jóvenes, á cuyas penetrantes miradas nada podia escapar, hasta que las interrumpió la aproximacion á ellos de la disfrazada con el dominó tornasolado que tan vehementes sospechas le infundió de que fuera su misma madrastra.

Al enfrentar con el grupo de jóvenes, la del dominó tornasolado retuvo el paso y fijó en ellos su vista, como si deseara atraerse su atencion, lo que consiguió

dando lugar á que uno de los mas vivarachos le dijese al cruzar por su lado, al verla sola:

—Adios, *baracutey*.

La palabra y el tono con que fué pronunciada hicieron gracia á los compañeros que soltaron una ruidosa carcajada.

Séase que la risa de los del grupo picase su amor propio, ó que no comprendiendo el sentido de la palabra *baracutey* que se le acababa de dirigir la creyese ofensiva, es lo cierto que la del dominó tornasolado se encaró con los del grupo, y llamando á cada uno por su nombre, empezando por el que le dirigió la frase, como si conociese la vida íntima de ellos y sus familias, les fué lanzando tan punzantes epígramas que los jóvenes tomaron el prudente partido de callar.

Ya sabemos que despues de tal triunfo fué cuando dicha máscara se dirijió á Clotilde, y que se apartó de ésta precipitadamente tan pronto como creyó reconocerla: agregaremos que fué á situarse en seguida en un lugar del salon desde donde observaba, sin ser notada por ella, á la hija de D. Pedro Deliza.

El silencio en que permanecian los jóvenes del grupo al notar los tristes ademanes de la disfrazada del dominó azul y adornos blancos, ó séase Victoria, la tierna amiga de Clotilde, lo interrumpió á poco rato uno de ellos, dotado de tan elevada estatura que su cabeza sobresalia por encima de las de todos, que esclamó dirigiéndose á sus amígos:

—¡Señores! ¡señores! ¡ayudadme á mirar, y desengañadme sino es una ilusion lo que acaban de ver mis ojos!....

—Pero, nuestro querido Cristóbal Patagon de Goliat, observó uno de los compañeros del que habia hablado, cu-

ya cabeza no alcanzaba al hombro de éste, —¿cómo quieres que lleguen nuestras miradas á un punto que solo pueden dominar las tuyas?....

Los demás del grupo rieron al oir esta observacion.

—En efecto, repuso otro de los jóvenes, en estas circunstancias nos es físicamente imposible seguir la direccion de tu alta vista, y así....

—Pero, señores, interrumpió un tercero, sepamos qué es lo que llama la atencion del caballero Goliat.

—Qué es lo que han visto sus ojos....

—Qué cosa es esa que acaba de verse parece una ilusion....

—O qué ilusion es esa que se deja ver....

Y otra vez resonó la animada risa de los del grupo.

—Rian Vds. cuanto gusten,— dijo el de la elevada estatura sin turbarse por las chanzas de sus amigos, á las que estaba muy acostumbrado y á las que los alentaba la bondad de su carácter —pero participarán Vds. de mi admiracion cuando sepan que la motiva....

—¿Qué cosa?.... esclamaron en coro varias voces.

—La presencia en este lugar de....

—¡De quien?....

—Del desertor de bailes y fiestas....

—¡Por piedad....! volvió á decir el de la corta talla en tono compunjido, deja esos enigmas que nos martirizan; compadécete de nuestra ansiedad: te lo rogamos.....

—Por San Cristóbal, tu patrono....

—Por toda la raza patagónica de que desciendes....

—Por la elevada víctima del rey David....

—Señores, dijo el semi-gigante sonriendo, no me dejan Vds. hablar....

—Silencio, amigos, silencio, dejémosle la palabra.

— Sí, sí, que hable.

— Que diga lo que vé....

— Y sobre todo que sea pronto.

— Pues, señores, volvió á decir Cristóbal, lo que mis ojos han visto y ven en este momento, merced á mi envidiable estatura, es la persona de....Máximo Campobello.

Este nombre, pronunciado con voz pausada y llena por Goliat, seguro del efecto que iba á hacer su declaracion, admiró á todos los del grupo, que si en aquel momento hubiesen fijado su atencion en Clotilde habrian notado la impresion que en ella produjo tambien el nombre del primo de su amiga Victoria.

— Máximo Campobello en un baile; eso es casi, casi, increible, dijo uno de los jóvenes despues de un corto rato de silencio.

— Desde su vuelta de Europa no se le ha visto en ninguna diversion, agregó otro.

— Se decia no ha mucho tiempo, repuso un tercero, que era víctima de una gran pesadumbre....

— Algo he oido de eso, apoyó otro jóven, y segun razones parece que la causa era un amor profundo, vehemente, con todos los síntomas alarmantes de una pasion por una hermosísima princesa, no sé si de Rusia ó de Italia, que conoció y trató en sus viages.

—Es en efecto una pasion, — dijo otro jóven llamado Octavio, que hasta entonces habia tomado una parte muy corta en la conversacion — pero no hay tal princesa....

— ¡ Cómo!.... — esclamó el que habia hablado ántes, con mas exaltacion de la que era regular entre amigos, — lo sé de muy buena tinta.

— Pues estás equivocado, repuso Octavio con calma, todo el mundo, lo mismo que tú, sabe la estrecha amistad

que liga á Máximo con mi hermano Justo, con quien hizo sus viages; pues bien, éste me ha impuesto de que el objeto de su amor es una hermosa compatriota nuestra á quien conoció en vísperas de salir para Europa, siendo aun muy jóven, y la que casó despues con otro.

Todos guardaron silencio despues de esas palabras del hermano de Justo de Peñalta.

—Caballeros, volvió á decir pasado un corto intérvalo el reverso de Goliat, estamos hablando de Máximo sin tener una seguridad de que sea real y positiva su presencia en este lugar, confiados solamente en las palabras de un patagon, sobre cuya veracidad no recuerdo en este momento si dice el capitan Cook alguna cosa; y como la duda es un estado violento, y está tan en nuestras manos el salir de ella, soy de opinion que haríamos bien en ir algunos de nosotros hácia el punto que él nos indique para convencernos de si es ó nó Campobello.

—Sí, sí, nómbrese una comision de nuestro seno, dijo otro jóven.

—Yo iré, yo iré, esclamaron varias voces.

—Pueden Vds. hacer lo que les agrade, dijo Cristóbal, que desde que anunció á Máximo habia guardado silencio; pero á la verdad que no concibo porqué se ha de poner tan en duda su presencia en un baile cuando se dice que está en vísperas de contraer matrimonio....

Los del grupo se miraron unos á otros con mas sorpresa que ántes.

—¿Se casa!.... ¿Con quién?.... preguntaron luego, formando un círculo cuyo centro era Cristóbal.

—Dicen que se casa con una jóven estremadamente pobre; pero muy linda y virtuosa, dijo el de la elevada talla acentuando cada una de su palabras, y

gozándose en el efecto que producia en sus amigos.

—¿Cómo se llama?..... ¿dónde vive? interrogaron varios.

—Lo ignoro, contestó Cristóbal; pero me han informado que es costurera.

— Señores, dijo el reverso del semi-gigante, si no queremos ser víctimas esta noche de las repetidas sorpresas de nuestro buen amigo Goliat es preciso, cuanto ántes, llevar á cabo la idea de ver á Máximo.

— Sí, sí, al punto, esclamaron los demas.

— Iremos dos de nosotros y el resto aguardará en este mismo sitio.

—Convenido.

Y cumplidos los preliminares, Octavio y el de la corta estatura se confundieron entre la concurrencia; miéntras los otros quedaron esperando su retorno.

— Señores — dijo Cristóbal, pasado un breve rato, á los que habian quedado del grupo — prepárense Vds. á recibir al rey de los elegantes que llega en este momento.

Los jóvenes siguieron la direccion de la vista de su compañero y distinguiendo en el corredor inmediato á la persona que anunciaba, dijo uno de ellos aludiendo á la misma.

—Muy temprano aparece esta noche el señor D. Gustavo de la Rioca.

Se recordará que Clotilde, que se habia puesto en pié para tratar de ver á Máximo Campobello, cayó de nuevo en su asiento al oir el nombre de la Rioca: tambien pasó desapercibida para los del grupo esta conmocion de la infeliz madre.

Breve rato despues el esposo de Victoria recibia las salutaciones que su nombre, su posicion y la delicadeza y

distincion de sus maneras le grangeaban en sociedad.

Gustavo de la Rioca poseia una de esas figuras que atraen desde el primer momento: era lo que con toda propiedad puede llamarse un hermoso hombre, sin ningun rasgo afeminado; de elevada estatura; ancho pecho; perfil griego; facciones pronunciadas de la mas perfecta regularidad; grandes ojos pardos espresivos; frente espaciosa; cejas bien delineadas, y ligeramente contraidas con cierto aire de superioridad; cabello castaño bronceado; lo mismo que las patillas que cortadas hácia la barba dejaban lucir el estremo de ésta destacándose con clásica correccion. Con semejantes ventajas físicas, unidas á una voz sonora y de un timbre gratísimo, de la que sabia sacar gran partido; á los mas esquisitos modales, y á la reputacion de hombre generoso, galante y rico que disfrutaba, fácil es comprender que muy bien guardada habia de estar la fortaleza que resistiera á los ataques de tan formidable atleta, y que muy elevada debia de ser la cifra de las amorosas aventuras de que podia vanagloriarse tan hábil seductor, mucho mas cuando, á juzgar por los medios que tan inícuamente empleó contra Clotilde, no solia reparar en los recursos de que se valia, siempre que le dieran el resultado á que aspiraba, como si aun no le satisfacieran las conquistas que por sus propias ventajas personales podia obtener sin apelar á mas violentos arbitrios.

El orígen del doloroso contraste que en lo físico y lo moral presentaba la Rioca podemos hallarlo, muy principalmente, en su primera educacion: muerto su padre cuando no contaba él un lustro de vida, tuvo la desgracia de carecer desde entónces de una vigorosa mano que lo guiara, y que dirigiera la impetuosidad de su temperamento: su madre, señora de caritativos sentimientos, pero imbui-

da en preocupaciones aristocráticas, y que veia en aquel hijo, único varon, al representante de sus ilustres antecesores, amándole con ciega idolatría, léjos de procurar combatir el espíritu dominante que ya despuntaba en el niño, dábale mas impulso, tomándolo como manifestacion natural de su noble estirpe, hasta que llegó á convertirse en el pequeño tiranuelo de la casa, á cuya voluntad se veian obligados á ceder todos : los mismos profesores que iban á darle clases á sus habitaciones (pues jamás se le envió á colegio para que no se mezclase *con los hijos de todo el mundo*, aunque en cambio su constante compañero de juegos era aquel calesero Blas que tan hábilmente le sirvió en el rapto de Clotilde) recibian la órden de no contrariar al niño. De este modo llegó Gustavo á la edad en qué desarrollándose sus fuertes pasiones entró en la sociedad para convertirse pronto en una plaga de ella, en vez de ser un miembro útil, como debia esperarse de su posicion y demas circunstancias : sus primeros amores fueron los de Magdalena, tres años mayor que él, y ya se sabe qué manantial tan nocivo llegó á ser para Gustavo esa fuente impura ....A los primeros pasos de su hijo en el mundo comprendió la madre con honda pena los funestos resultados que debia esperar de su inconsiderada condescendencia para con él ; pero ya no cabia mas que un arrepentimiento tardío : quiso, sin embargo, llamarle al buen camino, y creyó haberlo logrado, porque Gustavo, hábil y ardorosamente aleccionado por Magdalena, adquirió los hábitos de la mas refinada hipocresía, y consiguió engañarla y burlar diestramente su vigilancia, auxiliado siempre por el taimado Blas.

El título de "rey de los elegantes" con que habia designado á la Rioca el jóven Cristóbal al anunciar su llegada

á sus compañeros, daba la idea mas exacta del gusto con que vestía: su ropa hecha en Paris, con las mejores telas por los mas afamados sastres, tenia siempre el sello de la mas esquisita elegancia, lo que unido á la gallarda persona del que la llevaba hacia que fuera éste siempre el tipo de la moda que fielmente copiaban cuantos pretendian figurar en primera líneà entre la elegante juventud masculina. de aquella época.¡ Glorioso triunfo, por cierto, para el que por su posicion, y otras ventajas, hubiera podido ser uno de los mas distinguidos hijos de la patria!

Desde el momento en que los jóvenes del grupo notaron que la Rioca se encaminaba hácia el asiento que ocupaba Clotilde volvió á ser ella el blanco de sus miradas con mas interés aun, puesto que supusieron al punto que se trataba de una aventura galante. Ya nos consta que, objeto Gustavo de las enhorabuenas de los jóvenes al pasar por su lado, dando el brazo á la viuda de Arcasola, contestó á ellas de un modo que indicaba lo alhagada que se hallaba su vanidad.

—¡Mortal afortunado! esclamó uno de los del grupo así que la Rioca se hubo alejado algunos pasos.

—En efecto, agregó otro, no ha hecho mas que llegar al baile y ya se le presenta una aventura.

—Creo que son dos; repuso un tercero, por que me atreveria á apostar, sin temor de perder, que con algun interés le sigue la del dominó azul con cabos blancos...... : mirad sinó......

Y era cierto que en aquel instante Victoria seguia á Clotilde y la Rioca con paso trémulo y la ansiedad mas profunda.

—Pues señores, yo me aventuro á asegurar, que son tres; reparad si nó en la furia del trage rojo tornasolado que va

tras de ellos tambien, por la derecha, dijo el que habia llamado *baracutey* á esa máscara.

Y era cierto tambien que la del dominó carmesí iba en pos de Clotilde y Gustavo, cautelosamente, para que estos no perasen la atencion en ella.

Cuando los jóvenes del grupo perdieron de vista á Clotilde y su compañero, la del dominó azul habia dejado ya de seguirlos y quedó de pié en medio de la sala presa de cruelísima angustia: por fortuna descubrió á muy pocos pasos de ella á Máximo, y recobrando sin duda algun ánimo al ver allí á su primo, se dirijió á él, tomándole al llegar á su lado una mano, como buscando un apoyo, con tal turbacion, que no echó de ver que el abogado hablaba en aquel momento con Octavio y el jóven de la escasa estatura.

Campobello sintió el temblor que agitaba la mano que tomaba la suya, y se apresuró á ofrecerle su brazo á la disfrazada que lo aceptó al punto.

Octavio y su compañero se despedian ya de Máximo, y se alejaron para reunirse con sus amigos.

—Gracias, gracias, primo mio, murmuró Victoria con efusion.

—¡Ah! ¡eres tú....!— esclamó Campobello con la mayor sorpresa, reconociendo á Victoria. —¿Qué te pasa? estás agitada.....

—Vamos á un punto donde haya ménos gente, volvió á decir Victoria en voz baja.

Poseido de viva inquietud, el abogado condujo á su prima hácia un ángulo del salon donde podian hablar sin ser escuchados, y así que tomaron asiento le preguntó con ansiedad.

—¿Has venido sola....? ¿y Gustavo.....?

—Aquí está, contestó Victoria con penoso acento.

—¿Por qué no te acompaña.....? volvió á interrogar Máximo.

— No sabe que he venido, respondió trabajosamente la esposa de la Rioca.

El abogado esperimentó mayor ansiedad, como si temiera que hubiese sucedido algo desagradable para su prima: esta permaneció un momento sin hablar, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

— Creo que he hecho mal en venir á este baile del modo que lo he verificado, dijo Victoria en voz baja.

—¿Qué móvil te ha guiado á hacerlo? preguntó Máximo.

—El amor de mis hijos, contestó la del trage azul.

Y agregó en seguida con mas conmocion:

—Aun á tí mismo, á quien considero como un excelente hermano, y cuyos consejos me inspiran la mayor confianza, he ocultado hasta ahora que hace ya algun tiempo que noto en mi esposo cierta tibieza que me alarma: de pocos meses á esta parte mis temores crecen con su mas pronunciado desvío, y he llegado á figurarme que algun amor estraño nos quita á mis hijos y á mí su afecto....

Victoria calló como si considerara que no debia hacer aquella revelacion ni aun á Máximo, cuya noble alma tanto conocia y de cuyo fraternal cariño tantas pruebas tenia recibidas.

— A veces, dijo Campobello para tranquilizar á su prima, los negocios y las ocupaciones del mundo embargan de tal modo á los hombres que no prodigan como de costumbre á los seres que aman sus señales de afecto; pero no puede deducirse por eso que este disminuye.

— Nuestro instinto de madre y de muger distingue bien las causas, primo mio, repuso Victoria, y rara vez se equivoca.

—Sin embargo, volvió á decir el abogado, sin embargo; muchas veces las apariencias engañan.

Pareció que Victoria titubeaba antes de hablar de nuevo; pero luego dijo con mas resolucion y tambien con mas desconsuelo.

— ! Ah! las apariencias.....; se creería que conspiran todas en mi daño esta vez, porque se agrupan como para dar mas fuerza á mis recelos.....; para causar mas angustia á mi corazon......

El abogado comprendió que la jóven comprimia sus sollozos y le tomó la mano con emocion.

— Necesito depositar mi pena en algnn pecho amigo, volvió á decir Victoria pasado un momento; hace ya tiempo que la sufro en silencio y con lo que hoy me pasa mi espíritu se agobia bajo su peso. Dios que lee en el fondo de mi corazon sabe la pureza de mis intenciones, y que al acudir á tí en busca de consejo, me preocupa ántes que todo, el bien que de ellos puede resultar á mis hijos.

—Confíame lo que pasa, dijo el abogado, que aunque muy delicado y escrupuloso tratándose de disgustos entre esposos, vió la necesidad en que se hallaba Víctoria de consuelo, quizá pueda yo desvanecer tus recelos y volver la tranquilidad á tu espíritu.

—¡ Ojalá pudieras conseguirlo! esclamó Victoria; pero los temores que ya me inspiraba la tibieza de Gustavo se han fortalecido mucho mas hoy..... Al medio dia me presentó mi hija Victoria-Clotilde un papel que habia encontrado en el suelo en el cuarto de su padre; el papel tenia los cantos dorados y esto llamó la atencion de la niña;

pero tuvo la advertencia de no cojerlo, para sí ántes de que yo lo viese: era una esquela, ya abierta, sin firma, dirijida á mi esposo por una mujer.... al leer las primeras palabras separé la vista del papel, repugnándome el enterárme quizá de un secreto; sostuve en aquel momento una violenta lucha conmigo misma....: mis sospechas me asaltaban mas vivas que nunca......; tal vez aquella esquela las comprobaba....: como para librarme de sus insinuaciones doblé el pliego....; pero fué inútil esta precaucion porque poseida de un impulso que no pude contener, lo abrí de nuevo luego y...... me avergüenzo aun...... leí su contenido.....

— Muy mal hecho, dijo prontamente el abogado.

La jóven se habia llevado las manos á la cara como para ocultar su turbacion sin tener en cuenta que el antifaz cubria aun su rostro, y dijo luego al oir la desaprobacion de su primo:

—Yo misma no he cesado de reconvenirme por esa accion, y eso mas se ha unido para martirizarme hoy; sin embargo de que las pocas líneas de que constaba la esquela no estaban firmadas, y se reducian á citar á Gustavo á este baile de diez á once de la noche, dándole las señas del disfraz que traería para ser reconocida por él la que las dirijia.

El lector hábrá comprendido ya que esta esquela á que aludia Victoria fué la misma que envió Clotilde á Gustavo, escrita por Marta, citándole para el baile de la *Sociedad Habanera*.

—Quien sabe si habia algo de providencial -volvió á decir Victoria despues de una breve pausa,— que quizás tocó misteriosamente las fibras mas recónditas de mi pecho, en la presentacion que me hacia la mas pequeña é inocen-

te de mis hijas de aquella esquela....: tal vez no debia yo desatender la indicacion involuntaria del ángel, que obedecería á una inspiracion del cielo....

Si al siguiente dia hubiera recordado la jóven esas palabras suyas, habria reconocido que parecía en efecto que la Providencia habia dirijido á la niña; pero con el fin de valerse de la inocente criatura, que reunia en sí los nombres de las dos tiernas amigas, para que indirectamente guiase á la una el encuentro de la otra.

—Despues de la lectura de esa esquela, continuó Victoria, mis recelos debian aparecer mas fundados, sabiendo ya que una mujer citaba á mi esposo á un baile de máscaras y que callaba su nombre..... Desde aquel momento formé la resolucion de venir sola, disfrazada como estoy: para no despertar sospecha alguna yo misma llevé la esquela al cuarto de Gustavo, y sin que me viese nadie la coloqué sobre otros papeles en su pupitre. ¡Ah! pero, cuántas vacilaciones! ¡cuánta angustia he tenido que esperimentar hasta aquí....!

Victoria dejó caer ambas manos con abatimiento despues de esas palabras.

—Y no ha venido aun la de la esquela....? preguntó Máximo al cabo de un momento de silencio.

La jóven movió tristemente la cabeza en señal de afirmacion y dijo luego.

—Sí...., por mi desgracia....: los he visto unidos, y aun he seguido sus pasos....; pero solo un instante porque mi carácter se opone á tan vergonzoso espionage....

—¿Oiste alguna palabra?.... preguntó Máximo.

—No; guardaban silencio.

—¿Y qué piensas tu hacer....?

— He pensado, dijo Victoria, que quizás sea tiempo aun de impedir el mal....: tal vez esa mujer ignora que Gustavo es casado, y en ese caso podré salvarla.... Si lo sabe y la infeliz no está aun demasiado ciega pueda ser que consiga mover su corazon hablándole á nombre de mis inocentes hijos.... de esas tiernas criaturas á quienes acaso despojará del afecto de su padre.

— Pero, prima mia, interrumpió Campobello, ¿por qué se ha de suponer, que es precisamente un asunto de amor el que mueve á la persona que ha dado esa cita á tu esposo? Puede ser que sea un particular de intereses ó algo por el estilo.

— ¡Quiéralo Dios....! esclamó Victoria lanzando un profundo suspiro, y dijo en seguida poniéndose en pié:

—De todas maneras, lo que pienso hacer es situarme desde ahora en lugar conveniente para dirigirme á ella cuando se separen.

El abogado hizo un movimiento para hablar; pero se retuvo, y dijo luego como si abandonase por otra la idea que iba á emitir, movido por alguna reflexion:

— Quién sabe....; quizás consigas tu objeto....: de todas maneras tengo siempre la mayor confianza en tu juicio y discrecion.

— Pierde cuidado por esa parte, dijo la jóven tendiendo la mano á su primo en disposicion de alejarse de él.

Máximo se puso en pié, tomando la mano que se le ofrecia, y dijo prontamente:

— Prima, suplico tu atencion á mi vez por un instante.

— Por cuantos gustes.

— Noto en tu conducta para conmigo, dijo el abogado con la prontitud que ántes, cierta contradiccion que al paso que me llena de pesar me sumerje en una duda insu-

frible: he estado recientemente en tu casa varias ocasiones en momentos de hallarte tú en ella, y, lo que jamás habia sucedido ántes, no he logrado verte, apesar de haber prolongado algo mis visitas con ese fin. ¿ Qué causa ha podido motivar tan extraño cambio......?

Máximo notó que la mano de Victoria se estremecia entre la suya, y si hubiera podido ver su rostro se habria compadecido de la afliccion que espresaba en aquel instante: el silencio que guardó la jóven alarmó aun mas al abogado, que esclamó en tono apesadumbrado.

—¿Callas....? luego no me he equivocado, prima mia......

La jóven esperimentaba viva pena, no atreviéndose á decir á Máximo la causa del cambio de que se quejaba; pero echando de ver que miéntras mas prolongaba su silencio hacia mas penosa su situacion, y mayor el sentimiento de su primo, se aventuró á decir en voz baja:

—Primo, no es mia la culpa....

—¿ Pues de quién ? preguntó Máximo con viveza.

—Gustavo...., empezó á decir Victoria en voz apénas perceptible.

—¡ Gustavo te impide verme....! esclamó Campobello sorprendido.

La jóven guardó silencio, lo que equivalía á una afirmacion.

—¿ Y en qué se funda para ello....? volvió á preguntar el abogado.

—Creo, dijo Victoria á media voz, que tiene celos de tí...

—¡ Celos de mí....! ¡ Gustavo....! esclamó Máximo con el mayor asombro.— ¿Acaso está loco....!

Despues de un instante volvió á decir Campobello, sin haber podido salir aun de su admiracion.

— Pero Gustavo sabe perfectamente que nuestro afecto es el de dos hermanos; que es demasiado puro ese cariño para traspasar sus límites, y que nunca podrá ir mas allá.... No puedo creer que él te haya prohibido verme....: quizás tú le hayas entendido mal....

— No, por desgracia; sus palabras han sido bien claras y terminantes.

— ¿Prohibiéndote verme....?

Victoria bajó la cabeza afirmativamente.

Máximo permaneció un corto rato en actitud reflexiva y preguntó luego:

— ¿Hace mucho tiempo de la prohibicion de tu esposo?

— De quince á veinte dias, contestó la jóven despues de un momento.

Una sonrisa rápida, que su prima no notó, se dibujó en los labios de Campobello, como si acabara de sospechar el verdadero motivo que impulsaba á Gustavo á prohibir á su esposa el verle.

—Prima mia, dijo luego con mas calma, me alegro de que sea esa y no otra cualquiera la causa de tu conducta para conmigo, pues que algun dia se desengañará Gustavo y podremos vernos con la misma frecuencia que ántes; pero entretanto, por mas pesar que ello nos origine, es preciso que le obedezcas.

—Por fortuna, dijo la jóven estrechando la mano de Máximo, no necesitamos vernos ni hablarnos para ser siempre dos hermanos queridos.

Campobello correspondió afectuosamente á la demostracion de Victoria que se despidió de él y se alejó: Máximo la siguió con la vista hasta que se perdió entre la concurrencia, y esclamó entónces tristemente:

— ¡Pobre ángel!

Casi en seguida se retiró Campobello del baile, penosamente impresionado con los sufrimientos de su prima.

Victoria vagó algun rato por el salon en busca de la del dominó blanco con cabos negros y de su esposo, sin poder hallarlos, y ya tomaban mas cuerpo sus recelos, creyendo que habrian partido juntos, cuando llamó su atencion, en momentos en que se habia detenido cerca del grupo de jóvenes compuesto de Cristóbal Patagon de Goliat y sus compañeros, la del trage carmesí tornasolado que con extraordinaria viveza iba de corrillo en corrillo diciendo algunas palabras, como si comunicara un aviso importante, y á la que seguian ya varios disfrazados y jóvenes de buen humor.

—¡Señores! dijo al llegar al grupo de Octavio y sus amigos—¡pronto! ¡pronto! seguidme, si quereis divertiros....: una escena interesante....: dos amantes....: ¡presto! ¡presto!

Las palabras, el tono y mas aún los ademanes espresivos de la máscara arrastraron tras de ella á algunos de los del grupo. Victoria, cediendo á un secreto impulso, la siguió tambien, aunque á alguna distancia: sin embargo, llegó á tiempo de ver el efecto de la burla preparada por la del dominó tornasolado.

Su corazon se llenó de congoja al encontrar á su esposo siendo víctima de las risas y chanzas de los alegres jóvenes, y se apartó del gabinete por no presenciar su sonrojo: en el corredor contiguo se hallaba aun, cuando, como se sabe, tuvo la entrevista con Clotilde.

Despues de prestar á su tierna amiga, sin saber que era ella, el servicio de recomendarla á la criada para que la llevase por la escalera interior del local del baile, Victoria volvia al salon á ver si su esposo se habia retirado ya,

cuando la detuvo la del trage tornasolado, que habiéndola visto hablando con la del dominó blanco entró en deseos de descubrir quien era: por mas que la jóven trató de verse libre de ella no pudo lograrlo hasta despues de un rato, y eso gracias á que su perseguidora vió á Gustavo á cierta distancia y corrió hácia él.

Pronto notó Victoria el interés de su esposo en averiguar quien era la del dominó tornasolado; pero no creyó prudente detenerse allí mas tiempo, á fin de llegar á su casa ántes que aquel, si por casualidad retornaba á su hogar esa noche menos tarde que de costumbre, y se dispuso á salir por la misma escalera interior por donde partió Clotilde, de la que ya Victoria se habia servido para entrar en el baile.

Por corto rato mas fué Gustavo objeto de las bromas de la del dominó tornasolado: su deseo de conocerla era vivísimo, pero quedó burlado; pues la máscara desapareció repentinamente, en la primera ocasion oportuna que se le presentó, sin satisfacerlo.

Como á la media hora de la salida de su esposa abandonó la Rioca el local del baile, y en lugar de dar órden al calesero de dirigirse á su morada, le dijo al entrar en su carruage:

— A casa del Sr. D. Aquiles.

III.

EN CASA DE DON AQUILES.

Como á los diez minutos de su salida del baile abandonaba la Rioca su carruage delante de una ancha puerta, alumbrada por dos grandes farolas, que servia de principal entrada á un vasto edificio.

Era éste uno de los caserones antiguos de nuestra ciudad, situado intramuros en uno de los estremos de ella, que habia recibido notables reformas en su fachada y en todo el interior, reformas que casi lo habian convertido en un palacio. Despues del estenso zaguan, profusamente alumbrado, á uno de cuyos estremos se divisaban varios carruages de diferentes formas, desde la lujosa carretela hasta el cómodo cupé, seguia paralelo á éste un corredor aun mas estenso, con elevadas columnas y arcos de piedra cerrados con persianas verdes por la parte del patio, á cuyo término, á la derecha, se levantaba la ancha escalera de mármol con pasamanos de caoba, dividida en cortos tra-

mos, que alumbraban al pié dos grandes globos de grueso cristal cuajado sostenidos por columnas de bronce: al estremo izquierdo otra escalera en forma de caracol, tambien de caoba, permitia el acceso esterior al departamento entresuelos de aquel lado.

Gustavo de la Rioca contestó al pasar el saludo del portero, que ocupado en hacer cigarrillos aun á la hora avanzada que ya era, se puso en pié al reconocerlo, y subió por la escalera de mármol, siguiendo despues al salon principal donde entró sin descubrirse, como persona de la mayor intimidad de los dueños de la casa.

En la espaciosa sala no encontró á nadie; las persianas de las puertas y ventanas estaban ya echadas; pero las arañas encendidas aun, el piano abierto y el desórden de los lujosos asientos, indicaban que no hacia mucho rato que habia estado ocupada por algunas personas. Gustavo salió del salon inmediatamente, y con la misma franqueza que hasta entónces, como si se hallara en su propia casa, atravesó varias habitaciones y corredores, tambien profusamente alumbrados y adornados con todos los caprichos del lujo y de la ostentacion, hasta que se detuvo delante de una puerta interior pintada de blanco con perfiles dorados, resguardada hasta su mitad por una elegante mampara, á la que llamó con precaucion, de un modo que parecia convenido de antemano; pues al momento se entreabrió la mampara, dando paso al recien venido y cerrándose en seguida.

Gustavo penetró en una antesala, con dos puertas al fondo y una lateral á la derecha cubiertas con cortinas blancas, recogidas al fondo por gruesos cordones punzó, y mamparas, de cuyo cielo raso pendía una lámpara de bronce, sujeta con cadenas, de elegante y caprichosa forma:

adornaban las paredes al frente un espejo con marco de plata maciza, descansando en una consola de estuco, á los costados cuadros de regular tamaño, y en toda la estension de ella divanes de terciopelo punzó que hacian resaltar mas la blancura del piso de mármol.

Una voz de muger saludó á su entrada á Gustavo, quien se volvió hácia ella para contestarle, diciendo en tono familiar, tendiéndole la mano:

—Buenas noches, Bibiana.

La muger á quien la Rioca acababa de llamar con ese nombre, la única persona que encontraba en la estancia y la misma que le abrió la puerta, contaba sobre 28 años aunque representaba ménos: á ese color trigueño sonrosado lleno de animacion, unía grandes ojos negros rasgados, centellantes; nariz aguileña; boca diminuta con rojos labios; abundantísima y larga cabellera, tan negra que formaba reflejos azulosos como el acero bruñido, y cuerpo airoso, esbelto y flexible como el de una ninfa. Aunque á juzgar por la suntuosidad que por do quiera se revelaba en aquella mansion, y por algunas prendas del vestido de la jóven, se la hubiera podido tomar por una criada, sin embargo, al observar lo flamante y fino de las telas de su trage; la delicadeza de sus manos, adornadas con sortijas de algun precio, y cierta apariencia de distincion en su porte y modales, se habia creido que era una de las señoritas de la casa: diremos que no era propiamente ni una cosa ni otra; sino la amiga íntima de la señora de aquel dominio que la cubría con su valiosa proteccion.

—¡Ah! ¡que tarde....! esclamó la jóven á media voz, con un gracioso movimiento de sorpresa y en tono de respetuosa reconvencion, tomando la mano que le tendía Gustavo.

— ¿ Y *Madame* ? preguntó este, pronunciando en francés la segunda de sus palabras.

— *¡ Bravísima!* esclamó Bibiana, siempre á media voz, con cómica seriedad, cerrando y apretando los lindos ojos —furiosa contra Vd....

— ¿ Es posible ? esclamó Gustavo con alguna inquietud, y luego agregó:

— ¿ Por qué....?

— ¡ Ah....! ¡ por qué ! repitió la jóven dando ligeros golpes con el pié en el suelo—Hacerla esperar toda la prima noche, y luego aparecerse ahora...., tan tarde....

— Tienes razon....; pero ella sabía que yo estaba invitado á un banquete en Marianao, que concluyó muy tarde, me entretuve algo, y luego no tuve mas que el tiempo preciso para ir á la Sociedad Habanera....

— ¡ Y bien ! ¿ por qué ir al baile sin venir á verla ántes?

— Porque tenía una cita en él....

— ¡ Una cita en el baile....! esclamó Bibiana con muestras de asombro.

— Sí ; con una muger....

— ¡Oh ! volvió á esclamar la jóven tornando á un lado la cabeza con coquetería como horrorizada.

—Fué una esquela misteriosa que recibí hoy, dijo Gustavo con alguna precipitacion : pero ella lo sabe ya, porque á eso de las cinco de la tarde, no habiendo tenido tiempo esta mañana de venir á verla ántes de ir para Marianao, le escribí pidiéndole que me disculpara, avisándole de la cita é incluyéndole la esquela original.

— Ignoraba yo esa circunstancia, dijo la jóven como hablando consigo misma, y agregó en seguida:

— Quién sabe qué interpretacion habrá dado ella á esa esquela original remitida por Vd., porque puedo asegu-

rarle que jamás la he visto tan preocupada como hoy.

—Me parece que el hecho de remitirle la esquela original era la mejor prueba en mi abono.

—Segun...., se apresuró á decir Bibiana, nosotras las mugeres somos muy delicadas en algunos particulares....

—Pues bien, para evitar toda falsa interpretacion, te diré francamente que si le envié la esquela original fué porque supuse que ella misma era quien me la dirigia, con ánimo quizás de darme alguna broma de carnaval....

—Sí, sí; buena estaba ella hoy para bromas....: no hay duda....esclamó la jóven.

—¿No ha salido esta noche? preguntó la Rioca.

—Creo que no: yo tuve que ir á varias diligencias, y á mi vuelta la encontré en el saloncito, donde está aun esperándolo á Vd.

—Buena se me prepara, murmuró Gustavo.

—No haber dado motivo...., dijo la jóven en tono sentencioso y sonriendo.

—¡Bah! yo sabré apaciguarla, esclamó de pronto la Rioca despues de un instante de silencio, dirijiéndose animosamente á la puerta de la izquierda del fondo, mirándose al pasar en el espejo con satisfaccion; miéntras Bibiana penetraba por la puerta lateral de la derecha que conducia á sus habitaciones particulares.

Las hojas de la mampara, que solo estaban juntas, sin pasador, cedieron al leve impulso que les comunicó la Rioca, abriéndoles paso á una sala que parecia la pieza mas lujosamente adornada de aquella mansion espléndida: desde la resplandeciente araña de cristal hasta la blanca alfombra en que se hundia suavemente el pié, cualquier objeto de los que distinguia la vista era de lo mas selecto en su clase: los tapices, los asientos, las colgaduras, los

medallones que pendian de las paredes, el reloj, los espejos, el piano, y el resto de los muebles y adornos todo era rico y del mas esquisito gusto: se comprendia que aquella sala particular estaba esclusivamente destinada para recibir á las personas mas distinguidas entre sus amistades por los dueños de la casa.

Sin duda la Rioca estaba muy acostumbrado ya á visitar esa sala; pues la atravesó sin fijar su atencion en ninguno de los objetos que contenia: al salir de ella se encontró en un pequeño pórtico, elevado delante de una puerta, á la que se dirijió, abriéndola con una llavecita dorada, que ya habia sacado del bolsillo, y cerrándola inmediatamente tras de sí.

La pieza á que daba entrada esa puerta era un precioso retrete de forma elíptica, entapizado de color de rosa, con ventanas góticas cubiertas de cristales bañados en tintes opacos, donde las primeras impresiones las producian el aroma de las flores mas delicadas recogidas en jarrones de alabastro; la claridad vaga y apacible que esparcía el globo azul que cubria la luz, y el armonioso y ténue sonido de una caja de música cerrada, al parecer situada á alguna distancia: hácia el fondo se destacaba una Vénus de marmol sobre su pedestal; á la derecha un elevado dosel con pabellones de damasco, que entreabiertos dejaban ver un ancho divan, reflejaba en la clarísima luna de un gran espejo, que casi tocaba al suelo, colocado frente á frente á la izquierda.

La Rioca se detuvo al entrar en el retrete para poder distinguir los objetos á favor de la claridad vaga y deliciosa que producia el cristal azul colocado delante de la luz.

Aunque allí no parecia sentirse otro ruido que el de la

música, el oido fino de Gustavo percibió el de la débil respiracion de una persona dormida, y así que, habituado ya á la claridad de la pieza, pudo hacerlo se dirijió hácia el punto de donde partia deteniéndose delante de un confidente en el que reposaba una mujer con la cabeza reclinada en la palma de la mano y los piés sobre un cojin, en actitud de gracioso abandono.

Séase porque quisiese demorar algunos instantes más las reconvenciones que esperaba de aquella mujer ó por admirarla dormida, la Rioca permaneció un breve rato contemplándola en silencio, tributo, á la verdad, que cualquier hombre hubiera rendido á su belleza.

Probablemente no era casual, sino estudiada la actitud en que se hallaba la dama del confidente, como la mas propia para hacer resaltar sus atractivos : la cabeza inclinada ligeramente hácia atrás permitia que luciera una torneada garganta, adornada con doble collar de gruesas perlas, desde donde la vista ascendia como por tersa superficie al estremo del rostro, realzado por un gracioso hoyuelo, se detenia en una boca entre-abierta, con labios de púrpura, que dejaba ver dos hileras de blanquísimos y menudos dientes del mas brillante esmalte, y se fijaba despues en los grandes párpados casi cerrados, cubriendo ojos orlados con grandes pestañas, que superaban finas y arqueadas cejas, y ojos á los que abiertos debian bañar de voluptuosidad las leves ojeras azulosas, mas notables por el color blanco mate de un cútis suave y aterciopelado: desde allí pasaba naturalmente la vista á la frente coronada por menudos rizos de una abundante cabellera rubia, y como sin poder contenerse en tan fácil pendiente descendia por esta hasta un hombro redondo ; seguia las ondulaciones de un pecho elevado, deteniéndose quizás discreta-

mente ante el bajo escote de un trage azul de vaporosa gasa que ceñia el cuerpo perfectamente contorneado, y pasaba luego á un brazo, arqueado con gracia, ostentando un riquísimo brazalete, que terminaba en una mano blanca, llena y menuda, cuidada con extraordinario esmero, cuyos dedos adornaban sortijas de gran precio, en tal número que causaba admiracion como podian sostenerse tantas. Examinando mas detenidamente á aquella mujer se habria notado que no era una perfecta beldad: los pómulos algo pronunciados, apesar de la redondez de las mejillas; la nariz un tanto dilatada en su base, y el lábio inferior de la boca grueso, aunque recojido, no eran rasgos que le permitian aspirar á este título, si bien se prestaban como peligrosos auxiliares, de su sensual belleza. En cuanto á su edad era imposible calcularla por su aspecto; pero se conocia que habia llegado ya á ese largo otoño de la vida de la mujer, que principia á lós treinta años, en que su hermosura adquiere las tintes que la hacen mas interesante.

La contemplacion aunque momentánea de la dama ejerció alguna influencia sobre Gustavo, que inclinó la cabeza hácia la cara de ella; pero en el momento en que su boca iba quizás á tocar el encendido labio le detuvo un movimiento de la mujer que se pasó la mano por el rostro, como si acabara de despertar, y entre-abrió los ojos con cierta pereza, sin cambiar de posicion, cual si hiciera ánimo de continuar en su apacible sueño.

—Perfectamente, *madame*, esclamó Gustavo en voz baja, duerme V. de una manera encantadora.

La del confidente abrió del todo los ojos, de un color claro, y miró á la Rioca para reconocerlo.

—¡Oh! caballero, dijo despues con tono afectuoso,

se hace V. esperar tanto que á su pesar le asalta á uno el sueño....

Gustavo quedó gratamente sorprendido al notar el modo amable con que se le acojia cuando tenia motivos para creer que se le recibiria de otra manera distinta, y se apresuró á decir:

—Bien sabes que en ninguna parte me hallo mejor que aquí.

—Gracias, gracias, dijo la dama recojiendo las faldas de su vestido para hacer lugar en el confidente á la Rioca, que se sentó y le tomó una mano que iba á llevarse á los labios; pero ella la retiró prontamente, diciendo con finjido enojo:

—No, señor, no debo consentirlo.

—¡Por qué?.... preguntó Gustavo.

—Porque esta noche ha tenido V. una cita con una mujer.... y.... todavía....

La Rioca bajó la cabeza como si vacilara en decir la verdad ó le asaltara algun escrúpulo: la dama lo comprendió, y como tratando de evitarle toda pena se apresuró á decir, cambiando de tono:

—Si es alguna cosa que no puedes revelarme, no insisto en saberla: para mí siempre es respetable un secreto.

Gustavo reflexionó un rato mas, y dijo luego:

—No, yo no tengo secretos para tí, y la prueba mas convincente es que te remití la misma esquela original en que se me citaba para esta noche en el baile; pero fué tal la sorpresa que me causó el reconocimiento de la persona que me la dirijió que aun en este momento me ha impresionado su recuerdo.

—Y bien; ¿quien era esa persona?.... preguntó la dama sin poder reprimir por completo su ansiedad.

—Esperimentarás la misma sorpresa que yo al saberlo, y no lo adivinarás en largo tiempo.

—Es decir que yo la conozco....

—Perfectamente.

—¿Quién es pues.... ?

—Adivínalo.....

—A la verdad, dijo la del confidente con toda la indiferencia que le fué posible finjir, soy muy torpe para adivinar.

—Pues la autora de la carta es la hija de tu difunto esposo.

—¡Clotilde! esclamó Magdalena Ruisseau, [porque era ella, como ya lo habrá comprendido el lector, la dama del confidente] agitada apesar de sus esfuérzos por aparecer serena, y no obstante que la noticia de la llegada de la hija de Deliza no era nueva para ella, pues la sabía desde por la mañana.

—La misma afirmó la Rioca.

Los dos interlocutores guardaron silencio un corto rato, durante el cual pudo reponerse Magdalena, diciendo luego con finjida emocion:

—A la verdad, me ha producido grata sorpresa la noticia de la llegada de Clotilde; aunque ella quizás me guarde algun rencor, pensando acaso que yo influí en su matrimonio, obra exclusivamente de su padre....

Gustavo guardó silencio y Magdalena volvió á decir:

—¿Se conserva Clotilde tan bella como ántes? Vive su esposo... ?

—No pude verle el rostro, contestó la Rioca; pero á juzgar por las manos me pareció muy delgada: respecto á su esposo no sé si vive.

—Quizás haya enviudado y tratará de anudar sus rela-

ciones contigo, creyéndote soltero, dijo Magdalena observando disimuladamente á su interlocutor.

—No me dijo su estado, y pareció muy distante de lo segundo.

— ¿ Cuál era entónces el objeto de la cita ?.... volvió á preguntar la viuda de Deliza.

— Averiguar el paradero de nuestra hija.

— ¿ De vuestra hija !.... esclamó Magdalena con viva sorpresa. ¿ Tuvieron Vds. una hija....! Nada sabia yo de la existencia de esa niña ; apesar de que hace pocos momentos me decias que no tienes secretos para mí....

Nunca se habrá presentado la ocasion de hablar de ello, dijo Gustavo, sino entónces como ahora te lo habria revelado : quizás te hacía yo enterada de esa circunstancia....

—Absolutamente, afirmó Magdalena, no he tenido jamás la menor noticia, y creo que Deliza lo ignoraba tambien ; pues nunca me habló de ello....¿ Y quién cuida de esa niña? ¿donde se halla?

—Ni su madre ni yo lo sabemos.

—¡Cosa bien rara!–esclamó Magdalena y volvio á decir:

— ¿ Y no hacen Vds. las mas activas diligencias para saber de ella ?

Gustavo permaneció un momento en silencio como sumergido en alguna reflexion, y luego contestó:

—Clotilde me ha ofrecido mandarme mañana unos apuntes por los que me guiaré para solicitar el paradero de esa niña.

—Seguramente que te apresurarás á ir á su casa para que te proporcione lo mas pronto posible esos apuntes, dijo Magdalena observando siempre á su interlocutor.

—No me ha dicho su morada; de suerte qne estoy á discrecion de ella por esa parte.

—Me parece que deberías haber mostrado mas empeño...: creo yo....: haberle preguntado donde vive.....: en fin....

—Ya me ocurrió inquirirlo y quizás habia llegado el momento en que me lo dijera, pero sobrevino....

—¿Qué cosa.....? preguntó con interés Magdalena, viendo que Gustavo se detenía.

—Nada....; murmuró la Rioca, sintiéndose mortificado aun al recuerdo del ridículo papel que habia representado en el baile cuando le sorprendieron á los piés de Clotilde—una interrupcion....

Los ojos de Magdalena brillaron de un modo especial, como si sintiera una sensacion parecida á la que debe esperimentar el gato que juega con su presa, y dijo siempre con el interés mas vivo.

—¿Qué clase de interrupcion?

—¡Tonterías....! esclamó Gustavo con algun despecho—una partida de máscaras que se apareció....

—¡Ah! Y te sorprendieron quizás....volvió á decir Magdalena.

—Sí....; arrodillado, nada ménos....

La del confidente hizo un violento esfuerzo para disimular la maligna sonrisa que contrajo sus labios instantáneamente, sin que su interlocutor la notase.

—Me fué de todas maneras sensible la ocurrencia, dijo de nuevo la Rioca, porque ya habia logrado inspirar alguna confianza á Clotilde, y tal vez hubiese conseguido quedar en mejores términos con ella.

—¿Quiere decir que no le volviste á hablar despues de esa ocurrencia.... preguntó Magdalena pasado un momento de reflexion.

—No, contestó Gustavo; y luego volviendo á su anterior preocupacion agregó:

— Deliza debió dejar una fortuna considerable á su fallecimiento.

Magdalena comprendió el espíritu de aquellas palabras, equivalentes á una pregunta, que en aquel instante descubrian las ideas de cálculo que dominaban el ánimo de su interlocutor, y contestó:

— Sin duda alguna Deliza debió testar mas de trescientos mil pesos, bien impuestos, y sin deudas.

— ¡ Tanto como eso....! esclamó la Rioca, no lo hacia yo tan rico.— Y agregó :

— Por supuesto que toda esa fortuna habrá recaido en Clotilde.

— Sí, como que la declaró única heredera en su testamento.

Gustavo guardó silencio, y como satisfecho con los informes que acababa de adquirir, permaneció mas engolfado aun en sus pensamientos.

Magdalena reclinó de nuevo la cabeza en la palma de su mano como quien reposa creyéndose ya libre de algun peligro que juzgaba próximo, y guardó tambien silencio.

Por lo que referido queda en este capítulo, habrá comprendido el lector que entre Magdalena y Gustavo no existia ya el desacuerdo á que dió lugar el amor de éste hácia la hija política de aquella ; que no se equivocó Clotilde al sospechar desde el primer momento que la máscara del dominó tornasolado era su propia madrastra, y que cerrado ya el corazon de la Rioca á todo sentimiento noble y elevado, convertido en vil farsante, habia tomado á los piés de la infeliz madre el lenguage del arrepentimiento obedeciendo á miserables miras de interés.

La reconciliacion de Gustavo y Magdalena se habia ve-

rificado hacía ya como cinco meses: se encontraron en una reunion por primera vez despues del matrimonio de Clotilde; los antiguos vínculos egercieron una poderosa atraccion entre ambos. Magdalena fijó en la Rioca su mirada fascinadora y éste, arrastrado por ella, encontrandola mas que nunca llena de atractivos, se acercó y estrechó entre las suyas la mano que le tendía: desde aquel instante sus relaciones volvieron á anudarse como si jamás hubiesen sido interrumpidas: ninguno de los dos formuló la mas leve queja, y en prueba de completo olvido y perdon de lo pasado, como por tácito acuerdo, nunca se aludió entre ellos á circunstancia alguna de la anterior época que directa ó indirectamente pudiese recordarles la causa de su ya olvidado rompimiento: así se esplica por qué pudo aparecer Magdalena tan sorprendida para con la Rioca, haciéndole creer que ignoraba que hubiese tenido Clotilde un fruto de su desventurado amor.

En el curso de esta relacion tendrémos lugar de ver que no eran ya tanto los atractivos físicos de Magdalena como otras causas las que mantenian á la Rioca tan fuertemente encadenado á los piés de su ídolo.

Despues de un corto rato de permanecer la viuda de Deliza en la actitud de reposo que hemos indicado, se incorporó en su asiento, apareciendo en su semblante leves señales de nueva inquietud hasta que hizo ademan de hablar; pero se lo impidió el sonido de un timbre colocado en la misma pieza, aunque invisible, que dió tres toques, mediando mas intérvalo entre el primero y segundo que entre éste y el tercero.

—¡Don Lúcas!—esclamaron á un tiempo Magdalena y la Rioca, poniéndose en pié, reconociendo por los toques á la persona que de afuera anunciaba Bibiana.

—Deseo que no te encuentre aquí D. Lúcas, dijo precipitadamente Magdalena á su interlocutor.

—¿Sigues guardando siempre el mismo profundo respeto á ese señor, interrogó sonriendo Gustavo, tomando su sombrero.

—Sí, siempre, afirmó Magdalena con violencia.

—Cada vez me sorprende mas tu obediencia, tu completa sumision á él...., volvió á decir la Rioca.

Magdalena se mordió los labios disimulando al mismo tiempo con una sonrisa, y en seguida, tomando de la mano vivamente á Gustavo, lo condujo hácia el fondo del retrete, cambiando con presteza, al pasar, el globo azul de la luz por otro blanco, oprimió un resorte que correspondia á una puertecilla, disimuladamente hecha en el tabique, la cual se abrió al instante, y descansando una mano en el hombro de Gustavo, sin dejar de estrechar la de este con la otra, le dijo con afectuoso acento, bajo el cual encubria su deseo de que se marchase:

—Adios; vuelve temprano mañana, sin falta.

—Muy bien, contestó la Rioca, dando un paso para salir de la estancia, impulsado suavemente por Magdalena.

La puertecilla se cerró inmediatamente despues: Gustavo se encontró en una estensa pieza, dentro de la cual se habia construido el retrete de que acababa de salir, y como persona que conocia bien todos los departamentos de aquella casa, se dirigió al aposento inmediato que con otro que le seguia formaban las habitaciones particulares de Bibiana, corriendo paralelamente por la antesala y sala por donde habia cruzado ántes la Rioca para llegar al retrete: marcamos estos detalles de esa localidad para que el lector los recuerde cuando refiramos otras escenas que pasaron allí mismo.

En el momento en que Gustavo llegaba á la primera habitacion contigua á la antesala, volvía Bibiana de esta por la misma puerta de comunicacion por donde penetró cuando aquel se dirigia al retrete, y poniéndose un dedo en la boca para indicarle que no hablase, abrió con cautela una puerta que daba á un corredor, señalándole esa salida, despidiéndole con una sonrisa, un movimiento expresivo de mano y una graciosa inclinacion.

Ya en el corredor, se encaminó Gustavo á una escalera que arrancaba del fondo, y ascendió por ellas entrando luego en una pieza que tenia todo el aspecto del despacho de un hombre de negocios, como lo indicaban una gran carpeta de caoba colocada en el centro, sobre la que se veian abiertos libros de contabilidad que se consultaban sin duda en aquellos instantes á juzgar por la luz inmediata que daba de lleno sobre sus fójas; un casillero y una mesa atestados de muestras y tipos de azúcares, y una prensa de mano.

La Rioca dirigió la vista hácia el fondo de la pieza donde habia otra luz encendida cerca de un escritorio, y distinguiendo las piernas de un hombre que en él trabajaba, cuyo cuerpo y rostro cubria el estante anexo al mismo mueble, se encaminó hácia él, esclamando al reconocerlo:

—Mucho se trabaja, señor don Aquiles.

—Ah! señor la Rioca: bastante, bastante.... contestó con marcado acento extranjero el del escritorio, soltando apresuradamente la pluma para estrechar la mano que aquel le tendia.

El señor Aquiles Falieri, la persona que acababa de hablar, dueño de la casa en que hemos introducido al lector, representaba á lo mas 50 años, era de regular estatura; robusta constitucion; de agradable aspecto, frente espaciosa,

ojos negros y vivos, y nariz ligeramente encorbada: su carácter jovial y sus maneras delicadas y afectuosas le valian muy pronto las simpatías de los que le trataban. Natural de la isla de Córcega se trasladó siendo muy jóven aún á los Estados-Unidos del Norte de América al lado de un tio rico, establecido en New-York al frente de una respetable casa de comercio de estensas relaciones y vastos negocios, quien descubrió muy pronto sus dotes para las empresas mercantiles; dotes que en corto número de años le hicieron apto para el desempeño de las mas delicadas é importantes comisiones de la casa, ya con el carácter de sócio de ella. Desde entónces le acarició la fortuna de tal modo que á los 30 años su capital era muy considerable: á esa edad iba á contraer matrimonio con la hija ùnica de su tio; pero tuvo la desgracia de que muriese su prometida repentinamente pocos dias ántes de celebrar su enlace; tan sensible le fué esa pérdida que no volvió á pensar en casarse y consagró toda su energía á los negocios, que tan bien le retribuyeron, que en la época en que lo presentamos á nuestros lectores, empleando una expresion *yankee*, *valía* mas de tres millones de pesos.

Tal fué la mina que para su explotacion se presentó á Magdalena Ruisseau en un viage de New-York á Nueva Orleans, como siete meses ántes de la época en que principia esta narracion: los resultados nos evitan entrar en pormenores acerca de la habilidad desplegada por la viuda de Deliza para interesar en su favor el corazon del millonario; pues si bien es verdad que no estaban unidos en matrimonio, como se creia generalmente, sus encantos tenian tan fuertemente encadenados á Falieri que no dudaba ella obtener algun dia que la hiciese su esposa, gozando entre tanto de las prerrogativas que disfrutaba y satisfa-

ciendo, sobre todo, su pasion desenfrenada por el lujo y la ostentacion de una manera que superaba aun á lo que ella misma habia soñado ántes alcanzar.

Hacia seis meses de la llegada de Falieri y Magdalena á la Habana á donde habian traido al primero importantes negocios de azúcares, en la que comerciaba en vasta escala: su ánimo por entónces era dejar establecida su casa en la Habana y venir á pasar en ella el rigor del invierno todos los años, plan sugerido por Magdalena, que acostumbrada al benigno clima de Cuba, temia los intensos frios del Norte.

La viuda de Deliza habia logrado inspirar tal confianza á Falieri que éste no abrigaba sospechas acerca de los lazos que la unian á la Rioca, y solo veia en las relaciones de ámbos la intimidad natural en dos personas que habian pasado su infancia bajo un mismo techo: además, las precauciones de que se rodeaban para sus secretas entrevistas valiéndose de la esperta Bibiana; el disimulo con que se cubrian á sus ojos y las repetidas ausencias de Falieri á varios puntos de la isla, no habian dado hasta entónces ocasion ni tiempo para que sospechara éste lo que pasaba, y muy léjos de eso consideraba y distinguia á la Rioca.

—¿Cómo es que está Vd. ocupado todavia? preguntó Gustavo acercando una silla y sentándose al lado de Falieri.

—Mis dependientes me pidieron permiso para ir á las máscaras, sin saber que el vapor de mañana anticipó su hora de salida, y he tenido que hacer por mí mismo casi todo el trabajo; yo que pensaba ir á divertirme un rato.....: vea Vd., como yo digo, hasta el fin nadie es dichoso.... ¿Y Vd. qué se ha hecho en todo el dia que no le hemos visto por acá?

—Salí por la mañana á paseo á caballo, despues de almuerzo tuve una partida de tresillo, á las cinco de la tar-

de fuí á Marianao, y á la vuelta entré en el baile de la Habanera, de donde vengo ahora.

— Buena vida, amigo mio, ¿ Y ha visto Vd. á D. Lúcas?

— No.

— Pues andaba buscando á Vd. con mucho empeño.

— ¿ Para qué ?

— ¿ Cómo para qué....! No recuerda Vd. los pagarés vencidos hoy....?

— En efecto, tiene Vd. mucha razon, esclamó la Rioca, dándose una palmada en la frente y palideciendo ligeramente—los habia olvidado ; pero habrá que prorogarlos pues por ahora me es imposible satisfacerlos.

— Vaya, vaya, mala cabeza, dijo sonriendo bondadosamente D. Aquiles, se prorogarán de nuevo ; pero ya es tiempo de que vaya Vd. viendo con formalidad el modo de pagarlos.

— Sí, sí : ahora pienso introducir algunas economías en los gastos de la familia....

— Creí que iba Vd. á decir que trataba de establecer grandes reformas en su conducta, amigo mio.... No son ciertamente su esposa y sus hijos los que mas le gravan.....: no emplearía Vd. en ellos esos diez mil pesos á que ascienden los pagarés.

— No, esos me sirvieron para cubrir una deuda de honor....

— ¿ Qué llama Vd. una deuda de honor....?

— Una deuda sagrada; una deuda de juego....

El señor Aquiles hizo un movimiento muy marcado de disgusto, y despues de un instante de silencio dijo :

— Aprecio á Vd., y me es muy sensible verle correr precipitadamente á su ruina : segun las manifestaciones que varias veces me ha hecho Vd. mismo, su capital ha

sufrido considerable merma, hasta el punto de no alcanzarle hoy su renta sino para vivir muy modestamente: su señora madre, con un desprendimiento poco comun, ha repartido ya en vida entre sus hijos su fortuna, reservándose tan solo una pequeña parte para atender á sus propias necesidades; por tanto, por ese lado nada ó casi nada tiene Vd. ya que esperar. ¿Qué resultado se promete Vd. si acaba de malgastar lo poco que le resta de su patrimonio....? ¿Con qué contará luego para el porvenir de sus hijos....? Es verdad que aun le queda el dote de su esposa, representado por la casa que hoy habita, que podrá valer cincuenta mil pesos; pero si continúa Vd. viviendo bajo el mismo pié que hasta aquí ¿sabrá Vd. contenerse cuando haya gastado su propio caudal? ¿no es lo mas lógico deducir que como lanza lo suyo lanzará Vd. tambien mañana lo de ella?

—Nunca llegará ese caso; pues antes que afectar en nada el dote de mi esposa, me retiraré al campo, y alejado entónces de los círculos en que hoy giro, observaré la mayor prudencia en mis gastos.

—Y bien ¿por qué no lo hace Vd. desde ahora que ya ha disminuido tan considerablemente su patrimonio....?

—Porque todavia cuento con vastos elementos....

—¿Cuáles son esos vastos elementos?

—Mi crédito, mis amigos, mi buena suerte...., que aunque hace algun tiempo que me es contraria puede cambiar de un momento á otro y resarcirme ámpliamente de lo que he perdido. No seré yo el único que en una hora haya levantado su fortuna.

—Desconfíe Vd., señor la Rioca, de esos vastos elementos: los favores de la suerte son inciertos, y su crédito y esos que Vd. llama sus amigos, son otros tantos cavado-

res de la fosa en que han de undirse la reputacion, la fortuna y el bienestar de Vd. y de sus hijos. Ese crédito y esos amigos desaparecerán como sombras tan pronto como hayan consumido su caudal, y entónces pobre, despreciado y quizás envilecido, maldecirá Vd., ya demasiado tarde, la hora en que se adormeció tan incautamente en sus pérfidos brazos.

—¡Ja! ¡ja! señor de Aquíles—esclamó la Rioca riendo y poniéndose en pié—cómo se conoce que no ha ido Vd. á las máscaras esta noche....Note Vd. que estamos todavia en el carnaval....: no es aun cuaresma....

Falieri quedó un poco desconcertado con la risa y las palabras de Gustavo; pero levantando luego los hombros en señal de indiferencia, dijo, recobrando su jovialidad acostumbrada:

— Vamos, vamos: está visto que no hay modo de sacar partido de Vd.; pero, como suelo yo decir: hasta el fin nadie es dichoso.....

La Rioca puso la mano familiarmente en el hombro de Falieri diciéndole:

— Mañana vendré á firmar los pagarés, y al mismo tiempo á gustar de los ricos platos confeccionados por su nuevo y famoso cocinero italiano.

—¡Ah! ¡bien, muy bien! Verá Vd. que no ha habido exageracion ninguna de mi parte al celebrárselo: es un verdadero génio en el arte culinario, que me saca de mis hábitos de moderacion en la comida, y que llegará hasta el extremo de convertirme en un gastrónomo.

—¡Qué lástima que no tuviésemos alguna cenita preparada por él para esta noche! esclamó Gustavo.

— En efecto, pudiéramos cenar, y yá que he concluido mi tarea, iríamos despues al baile de máscaras....

—¡Sublime idea! esclamó la Rioca: vamos á un *restaurant*: tampoco he cenado yo esta noche.

—Aceptado: déjeme poner unas pocas líneas que aun faltan de esta carta y soy con Vd.

Al concluir sus palabras el Sr. Aquiles tomó la pluma, y en breves momentos terminó la carta á que habia aludido, levantándose en seguida y tomando de ella cópia en la prensa de mano en un libro destinado á ese objeto.

—Estoy á las órdenes de Vd., dijo luego á la Rioca tomando su sombrero.

—Pues marchemos.

—Marchemos, pues.

Y Falieri y Gustavo se dirigian á salir del escritorio cuando se presentó un criado que dijo respetuosamente al primero:

—La señora manda á decir á *su mercé* que lo espera á cenar en su cuarto.

El Sr. Aquiles y Gustavo se miraron sorprendidos de la coincidencia de la invitacion de Magdalena con su proyecto de ir á cenar.

—¿Quién ha preparado esa cena? preguntó al criado el dueño de la casa.

—El cocinero nuevo, contestó el interpelado.....

—¡Bravísimo! esclamaron á un tiempo Falieri y la Rioca, mirándose con señales de profunda complacencia.

—¡Ah! la *donna* previsora..... agregó luego alegremente el millonario ¡qué tesoro.....! No la hagamos esperar, amigo mio, vamos veloces á mostrarle nuestra viva gratitud.....

—Y nuestro excelente apetito, añadió Gustavo.

Falieri enlazó su brazo al de la Rioca y contentos ambos como dos colegiales se encaminaron por el corredor que conducia á las habitaciones particulares de Magdalena.

La puerta de la antesala por donde habia penetrado ántes Gustavo, estaba entónces de par en par abierta, y por ella entraron éste y Faliero, encontrando á su paso á la jóven Bibiana, que hizo un gracioso saludo al segundo y tomó la mano que le tendía la Rioca, dándole las buenas noches, como si la viese por primera vez en aquel momento, con una sonrisa de inteligencia que no percibió el dueño de la casa, quien acercándose tambien á la jóven le pasó familiarmente la mano por el estremo de la cara, diciendole :

— Bella ninfa, enlaza tu brazo al de uno de nosotros: tu grata compañía colmará nuestra felicidad.

La jóven bajó la vista como ruborizada por la familiaridad de Falieri, diciendo modestamente :

— Gracias, señor Aquiles ; yo iré sola.

— ¡ Oh ! ¡ no ! de ningun modo...., esclamó el dueño de la casa enarcando su brazo, que presentó galantemente á la jóven, quien despues de titubear un momento lo aceptó al fin.

— Vamos, señor la Rioca, pase Vd., volvió á decir Falieri al acercarse á la puerta del fondo de la izquierda que comunicaba con la sala que tambien estaba abierta de par en par.

Gustavo dió cumplimiento á la invitacion del millonario inclinándose al pasar por delante de Bibiana como para que le escusara por entrar ántes que ella, y diciendo al mismo tiempo :

— ¡ Ah señor Aquiles, me abre Vd., las puertas del paraiso.

— Pues, cuidado con Eva.... repuso jovialmente el dueño de la casa.

Y en seguida desaparecieron los tres detras de la mam-

para de aquella puerta, la que cerró un criado así que hubieron pasado.

Una hora mas tarde volvió á abrirse la misma mampara dando paso á la Rioca y Falieri que salían con los brazos enlazados, saboreando cada uno una esquisita *regalía* de *Fígaro*, con los semblantes animados por la cena y los deliciosos vinos que acababan de gustar, hablando los dos á la vez, ponderando la excelencia del famoso cocinero italiano, y celebrando hasta el mas alto punto la amabilidad con que los habia obsequiado Magdalena.

De allí se encaminaron á la puerta principal de la casa para cumplir la última parte de su programa, que era dirijirse al baile de máscaras.

IV.

ALICIA Y JACINTO.

Diez dias despues de la noche de Carnaval en que pasaron los acontecimientos que dejamos referidos en los anteriores capítulos, como á las once de la mañana, se presentó al portero de la casa situada en la calle del Prado, cuya parte alta ocupaba Máximo Campobello, una mujer de color con una carta dirijida á éste.

— El caballero se halla en el campo hace ya varios dias, dijo el portero, al leer la direccion de la citada carta; pero si quieres dejarla se la entregaré á su encargado que tiene órden de remitirle las cartas que vengan para él.

— Esa me la dió una *niña* blanca, costurera, que vive en la calle de la Zanja, para que la trajese, dijo la mujer.

— Pues bien, ya te digo, si quieres dejarla se le remitirá al caballero.

La portadora de la carta quedó un momento indecisa, y dijo luego, recordando sin duda:

— ¡ Ah ! la *niña* me encargó que la entregase en su misma mano al caballero : yo volveré allá á llevársela y le preguntaré si quiere que la deje.

El portero volvió las espaldas al oir esa resolucion de la portadora del pliego, y esta echó á andar para cumplir como habia dicho con su encargo.

Despertará sin duda la curiosidad de nuestros lectores la circunstancia de ser aquella carta dirijida por una jóven costurera á Máximo Campobello, si recuerdan que Cristóbal Patagon de Goliat indicó á sus amigos en el baile que el abogado estaba en vísperas de contraer matrimonio con una jóven costurera. Agregaremos que si Máximo hubiera recibido aquel papel lo habría recorrido con el interés mas vivo, y considerando con esto solo bastante justificado el paso, nos presentaremos en la morada de la jóven costurera, situada como queda dicho, en la calle de la Zanja.

Era ésta una casa recien construida, de poco frente, con una ventana á la calle resguardada con la indispensable reja de hierro, que tan peculiar aspecto da á nuestras habitaciones : los muebles de la pequeña sala se reducian á una mesa redonda, en el centro ; un sofá, una docena de sillas y cuatro sillones, todos de algun uso, aunque barnizados hacía poco tiempo.

Indudablemente lo primero que fijaba la atencion al entrar en aquella sala en tales momentos, era la belleza de una jóven como de diez y seis años, sentada en un pequeño asiento frente á la puerta principal cerca de la que comunicaba con el comedor contiguo á la sala, belleza realzada por la mas pura espresion de candor y de inocencia, y por la modestia mas encantadora, como si aquella jóven no tuviera conciencia alguna de su relevante mérito físico ;

como si no hubiese notado que sus finísimos cabellos color de oro recojidos sin arte alrededor de su cabeza formaban una aureola resplandeciente á su rostro del óvalo mas perfecto; como si jamas un espejo le hubiera hecho reparar que sus grandes ojos pardos adormidos despedian miradas de infinita dulzura, de inesplicable alhago; que su perfil era el de la Vénus de Praxíteles; que su boca era un conjunto de gracia y de perfeccion; que su tez transparente tenia la delicada blancura de la azucena; que su ebúrneo cuello, su elevado pecho, sus torneados brazos, su delgada cintura, unidos á su hermoso rostro, y á la natural delicadeza y distincion de toda su persona, hacían de ella una admirable beldad.

Esa bella jóven era Alicia, la costurera recomendada por Máximo á Victoria, á la que esta no encargaría mas vestidos porque Gustavo hallaba mejor el trabajo de la modista francesa, segun habia informado la criada Belen al abogado.

La única persona que acompañaba entónces en la sala á Alicia, sentado junto á ella, era un jóven como de veinte años, rubio, alto y delgado, de buenas facciones, grata fisonomía, no obstante la vaga expresion de tristeza que la bañaba, cuyos ojos revelaban inteligencia y bondad, y en cuya espaciosa frente parecia que no se albergaban sino pensamientos nobles y elevados: lo modesto de su trage indicaba que la fortuna no le favorecia con sus bienes; pues aunque llevaba una camisa primorosamente bordada en ella la tela no correspondia al trabajo, por lo que se deducia que no habria tenido que pagarlo, como sucedia en efecto, porque era obra de la jóven costurera, que se la habia regalado, lo que mostraba mucha intimidad entre ámbos.

Y era así, porque aquellos dos jóvenes se habian encontrado muy niños aun viviendo bajo el mismo techo, sufriendo igual suerte, como dos huérfanos recogidos por una pariente de ámbos: la adversidad los habia hecho hermanos, y muchas veces habian hallado consuelo en ayudarse á sobrellevar sus desgracias. Cuando Alicia tenia 12 años y el jóven 16 pasaron por la profunda pena de separarse, porque este no podia ser por mas tiempo gravoso á su pariente, y dejó su casa en pos de ocupacion que le proporcionase los medios de atender á sus necesidades, viéndose obligado á ir á distantes puntos para encontrarla: sin embargo, á costa de cualquier sacrificio, el jóven siempre que se le presentaba ocasion oportuna iba á visitar á la tierna amiga de su infancia, empleando parte de sus cortos ahorros en objetos con que significarle cuan preferente era el lugar que ocupaba en su corazon: por su parte Alicia correspondia á su filial cariño con igual ternura.

Esta vez la visita que el jóven hacia á Alicia al cabo de ocho meses de ausencia, era motivada por haber perdido la colocacion de ayudante de una escuela de campo, á causa de haberse cerrado esta: habia llegado en la mañana de aquel mismo dia, y eran los primeros momentos en que se hallaban los dos solos, de suerte que no habian tenido tiempo para darse cuenta de lo mas notable que á ambos habia acontecido desde la última visita del jóven.

Para que nuestros lectores participen de toda su conversacion, supondremos que entramos en la sala en el mismo instante en que salia la portadora de la carta de Alicia á Máximo Campobello de casa de la costurera.

— Juzgo por tu silencio, decia esta, que no apruebas completamente que le haya escrito yo á Campobello.

—Sí he de hablarte con mi habitual franqueza para contigo, contestó el jóven, no me parece del todo bien ese paso.

—¿Pero que tiene de particular esa carta? tú la has leido: le doy parte, al cabo de quince dias, de que nos hemos mudado á esta casa, le digo el notable cambio que se ha operado en el trato de nuestra tia Cármen hácia mí, que ántes me hacia trabajar, aun hallándome indispuesta, de dia y de noche, siempre con malos modales, y ahora me cuida; me mima; no permite que cosa mas que un corto rato; me regala ropa nueva, y me trae en palmitas: le manifiesto mis recelos y mi inquietúd por esos alhagos: le hablo de tu llegada, y concluyo diciéndole de paso el próximo viage de nuestra tia Cármen á Nueva-Orleans. ¿Qué hay en todo eso de particular....? vuelvo á preguntarte.

—La opinion de la mujer es muy delicada, Alicia, volvió á decir el jóven, y cualquier cosa la empaña: por eso creo que sin que mediaran causas poderosísimas no deberias haber escrito á Campobello.

—¿Y quieres una causa mas poderosa que el deseo de conservar el mejor de mis marchantes....? Máximo no solamente me ha proporcionado mucho trabajo entre sus amistades, sino que ha conseguido que me paguen muy buenos precios por las costuras que he hecho por su conducto.

—Bien, muy bien; pero tú eres muy jóven aun, muy inocente, y no tienes de él un conocimiento profundo.

—¡Ah, Jacinto!—esclamó Alicia con efusion;—¡cómo se conoce que tú no has visto á Máximo una sola vez! ....¡Quiera Dios que puedas tratarlo pronto....! ¡qué venga hoy mismo! Es una de esas personas cuya fiso-

nomía revela al instante la hermosura de su corazon. Yo le conozco perfectamente, y sé que puedo confiar en él sin el temor mas leve.

Las palabras de la costurera y el tono con que las pronunció parecieron producir en Jacinto muy distinta impresion de la que ella esperaba, pues su rostro palideció y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Para esplicar esas señales de abatimiento del jóven debemos decir ya que su primitivo filial afecto hácia Alicia se habia convertido en una ternura aun mas íntima, en un amor profundo, y purísimo, amor inmenso guardado en lo mas recóndito de su corazon, cuya existencia solo él conocia; llama que alimentaba interiormente sin permitir que la descubriera el objeto mismo de su amor; nó porque hubiese temido no alcanzar igual ternura de la jóven; sino porque en la triste situacion en que se hallaba, sin recursos para sacarla del penoso estado en que vivia, uniéndose á ella, consideraba que debia imponerse el sacrificio de ocultarle su amor, y no inspirárselo á ella, para que pudiese libremente aspirar al afecto de otro hombre capaz de proporcionarle las ventajas que á él no le era dable ofrecerle.

Pero el infeliz jóven ignoraba que en el amor el corazon es el que impera, y que el mas esforzado no consumaria el sacrificio de renunciar al objeto de tan poderosa afeccion sin sufrir desatrosas luchas, tormentos infinitos .... Hasta entónces no habia podido apreciar en toda su estension lo inmenso y doloroso de ese sacrificio, porque hasta entónces no habia llegado el instante de creer, por ciertas apariencias, que se presentaba otro hombre á aspirar á la mano de la que era el ídolo de su alma. A él tambien le habian dicho, aunque de una manera vaga, que

Máximo pretendia á la bella costurera, y la efusion con que esta pronunció sus últimas frases, al hablar del abogado, le hizo creer que era cierto; por eso palideció Jacinto y dejó caer la cabeza sobre el pecho al oir las últimas palabras citadas de su interlocutora.

Por su parte Alicia, ignorando el profundo amor que infundía, y por tanto, el verdadero motivo del abatimiento de Jacinto, atribuyendo su ademan á alguna prevencion de este contra Máximo, juzgó que debia desvanecerla completamente, y volvió á decir:

—Llega hasta tal punto mi veneracion á Campobello, es tanta la gratitud que le debo, que me lastimarian profundamente los recelos que hácia él manifiestas sino estuviera penetrada de que nacen del fraternal cariño que me profesas, y de que aun no has tenido ocasion de conocerle y de apreciar su mérito. Desde el principio de nuestro trato, lo mismo que cuando reinó entre nosotros mayor intimidad, jamás he tenido el motivo mas leve para dudar de su consideracion: tan pronto como estés impuesto de todos los pormenores te convencerás de la pureza de los lazos que nos ligan.

—¡Luego es cierto que le amas.... ! esclamó repentinamente Jacinto, creyendo que Alicia habia querido decir eso, con un acento de dolorosa conviccion que habria descubierto su secreto á la jóven si ella hubiera podido sospechar levemente siquiera el amor de Jacinto.

Era, sin embargo, tan extraño para Alicia el tono de la esclamacion del jóven que la dejó confusa, sin poderse dar pronta cuenta del efecto que en ella habia producido, y esclamó con precipitacion, sorprendida:

—¿A quién.... ?

—A nadie; dijo velozmente Jacinto, pasándose la mano

por la frente cual si quisiera arrojar de allí una idea que le mortificara. Y al punto, desconfiando de sí propio, se dirigió precipitadamente al extremo opuesto de la sala, con la mano sobre el corazon como para contener sus violentos latidos.

La sorpresa de Alicia se convirtió en alarma con los últimos movimientos de Jacinto: le asaltaron varias ideas en confusion hasta llegar á fijarse en un dilema terrible: ó el jóven tenia informes muy contrarios á la buena reputacion de Máximo, ó creia que la ligaban á este lazos ilícitos; pero desechó con violencia lo último, como sospecha que hácia ella no podia abrigar Jacinto de modo alguno, y deteniéndose en lo primero permaneció un rato en silencio, volviendo luego el rostro hácia el punto en que se hallaba el jóven, diciéndole:

— Ven acá, Jacinto, házme el favor de escucharme.

El jóven como si no hubiese oido, ó mas bien por que necesitaba reponerse ántes de volver al lado de la costurera, se dirijió junto á la mesa colocada en el centro de la sala, disimulando para detenerse en aquel sitio con el pretesto de arreglar los avios de escribir y el papel blanco que se veian sobre ese mueble.

Viendo que pasaba un rato sin que se le acercara, volvió á decir Alicia:

— Jacinto, ten la bondad de oirme.

Mas dueño ya de sí el jóven se acercó á la costurera quien le dijo en voz baja:

— Indudablemente existe en tu pecho alguna prevencion contra Campobello ¿ te han dado malos informes de él.... ? ¿ Estaré yo equivocada en el buen concepto que me merece.... ? Te suplico que calmes mi ansiedad y que me respondas con toda franqueza.

Jacinto titubeó ántes de contestar, haciéndolo despues en estos términos:

—La única persona, no siendo tú misma ahora, que me ha hablado de él, ha sido, á mi llegada esta mañana, Basilio, el hijo de nuestra tia Cármen; sus informes no han sido de ningun modo favorables al abogado; pero tú sabes bien con cuanta razon desconfio de Basilio....

—¿Y qué te ha dicho? preguntó con viveza Alicia.

—Me lo ha pintado como un hombre inmoral; puesto que aspira al amor de una mujer casada; haciendo todavía mas grave su culpa, segun Basilio dice, las circunstancias de ser parienta suya muy inmediata esa mujer, y su esposo amigo de Campobello.

—¡Ah! ¡la terrible maledicencia! esclamó con indignacion la costurera. ¡Cómo ataca las mejores reputaciones y los afectos mas puros....! Ya sé á que mujer alude Basilio...., á la prima de Máximo.... á Victoria, la señora altamente respetable y digna que solo puede inspirar los afectos mas nobles....: á la virtud personificada.... ¡Dios mio, quien puede estar libre ya de la calumnia si se levanta contra Victoria y Máximo....!

La bella costurera pronunció la última esclamacion con la vista hácia el cielo, y las manos unidas sobre el pecho, con un acento de tan íntima afliccion que Jacinto se sintió conmovido.

Alicia volvió á decir despues con energía:

—Yo, que estoy perfectamente enterada de los purísimos lazos de fraternal afecto que unen á Máximo y Victoria; yo, á quien Campobello ha honrado con su confianza, mostrándome hasta el fondo de su hermoso corazon, yo puedo desmentir y desmiento con toda la fuerza de la verdad esa espantosa calumnia. No creas, Jacinto, ni una

palabra de cuanto te haya podido decir Basilio acerca de Máximo.

— Ya te manifesté, y te consta, cuanto desconfío del hijo de Cármen. Al darme sus informes me afirmó que estaba enterado de todo, porque es amigo del esposo de la mujer á cuyo amor, segun él, aspira el abogado.

— El esposo de esa señora es la Rioca....

— Precisamente ese fué el apellido que mentó.

— Jamás he visto á ese caballero, dijo la costurera, pero es persona que ocupa una elevada posicion social, y no creo yo que tenga amigos como Basilio, un pobre artesano de mala conducta.

— Pues me aseguró el hijo de Cármen que llevaba con él la mas estrecha amistad; y tanto que me prometió conseguirme por su conducto un buen destino.

— ¿Y cómo no le ha proporcionado al mismo Basilio alguna colocacion ventajosa....?

— En efecto, apoyó Jacinto.

Los dos jóvenes guardaron silencio por un rato, al cabo del cual dijo la linda costurera:

—Ya es tiempo de que te refiera la historia de mis *relaciones* con Campobello.

La palabra que hemos subrayado oida inesperadamente é interpretada por Jacinto en la acepcion mas lata á que se prestaba, fué para su corazon como el golpe en la herida; volvió á palidecer, y se puso de nuevo en pié para tratar de ocultar su conmocion.

La alarma de Alicia fué esta vez aun mas viva que en la primera ocasion.—Jacinto se niega á escucharme, pensó rápidamente; hay quien le haya informado mal de Máximo.... tal vez tambien de mí....

— Es preciso que me escuches, esclamó luego.

Y como al ir á cojer la mano del jóven para retenerle á su lado éste la retiró maquinalmente, Alicia empezó á sentir que se le oprimia el corazon de un modo mas penoso; pero pudo decir aun sin manifestarlo:

—Tengo empeño en que oigas mi narracion.

Jacinto se encontraba en situacion violenta y dolorosa, temiendo descubrir á la jóven su profundo amor y á la vez que ella le revelase el que él sospechaba que existia entre Alicia y Máximo: la última esperanza de su corazon dependia de las revelaciones de la costurera, y no hallándose con fuerzas en aquel instante para perderla, trató de librarse de oir á la jóven dando un paso para alejarse de ella; pero ésta lo retuvo tomándole la mano con viveza y diciéndole:

— Jacinto, tengo el mayor empeño en que me escuches.

— Pero Alicia, ¿á qué ese empeño en que te oiga? interrogó el jóven haciendo un esfuerzo por sonreir, cercado ya en su última trinchera.

—¡A qué este empeño en que me escuches! —esclamó la costurera poniéndose en pié con angustia y sorpresa.— ¿Y eres tú quién lo preguntas, Jacinto? ¿Tan poco te interesas ya por mí que no quieres oirme....?

Y pronunció estas últimas frases con un acento de amargura tal que Jacinto, luchando entre su amor y sus temores pareció resolverse á oirla é hizo ademan de hablar; pero su agitacion no se lo permitió y se encaminó, de nuevo precipitadamente hácia el otro estremo de la sala.

Alicia quedó un momento inmóvil, dudando de lo que veia, sin poder comprender lo que pasaba en el pecho del apasionado jóven. De pronto sus ojos se cubrieron de lágrimas no dudando ya que Jacinto la creia culpable y que por eso se resistia á oirla.

Por un instante quedó abatida la linda costurera bajo el peso de tan penosa consideracion; pero recobrando luego su energía se dirigió con presteza hácia el jóven y esclamó:

—¡Jacinto! ¡Jacinto! si estimas en algo mi tranquilidad, si mi vida no te es indiferente, yo te pido, en nombre de Dios que lee en el fondo de nuestros corazones, por la memoria de tu madre, que deseches esa obstinacion cruel que despedaza mi alma, ó esa debilidad culpable, indigna de un pecho fuerte, que nos martiriza.... : escúchame y te convencerás de mi inocencia....

—¡De tu inocencia....! esclamó prontamente, con exaltacion Jacinto. ¡Quién ha puesto en duda tu inocencia! ¿Existe alguno que sea capaz de dudar de ella? descúbreme quien es, yo iré á decirle que miente de un modo infame.... : ¡habla!

Como el aire libre para una persona próxima á asfixiarse fueron para Alicia las palabras de Jacinto: la angustia desapareció de su corazon, su fisonomía se animó con la espresion del mas íntimo contento, y fijando sus hermosos ojos en los del jóven con el mas vivo reconocimiento, esclamó:

—¡Gracias, ¡ ¡gracias, Jacinto,! has vuelto el reposo á mi alma, y Dios solamente sabe el bien que acabas de hacerme.

Jacinto no estaba en sí en aquel momento ¿y quién lo está cuando la persona que ama se le muestra ardorosamente agradecida....? Sus ojos fijos en los de la linda costurera, húmedos aun, mostraban una espresion tal de ternura que la jóven sintió una conmocion enteramente nueva para ella, miéntras Jacinto le preguntaba con voz entrecortada en que se conocia toda la ansiedad que le dominaba:

— ¿ Amas á Campobello ?

— No, dijo Alicia prontamente.

El corazon de Jacinto palpitaba con violencia, su cuerpo se estremecía, y tuvo que apoyarse en el respaldo de un asiento próximo para sostenerse: aquel *nó* pronunciado tan brevemente por Alicia envolvia una revelacion dulcísima para su alma; aquella negacion era la esperanza que renacia en su pecho.... la luz que volvia á sus ojos .... el aire que aspiraba otra vez....

Sin embargo, el jóven volvió pronto en sí y contempló cuán léjos habia ido en un momento: acostumbrado ya á ocultar su amor á todas las miradas pudo dominar tambien esta vez la conmocion de su alma en el instante en que una sola frase más habria revelado su secreto por entero.

Procurando dar á su fisonomía toda la espresion de tranquilidad que le fué posible, considerando la embarazosa situacion en que se hallaba respecto á Alicia, despues de haberle dirijido una pregunta tan espresiva como la que le habia hecho, no vió otro modo de salir de esa situacion sino apelando precisamente á la misma relacion ofrecídale por la costurera que ántes se habia negado á escuchar, cuando ella con tanto empeño le suplicaba que la oyese, y dijo sin atreverse á mirarla:

— Instrúyeme de los pormenores de tu conocimiento con Campobello.

Alicia esperimentó, sin poderse aun dar cuenta de él, un secreto motivo de contento en el deseo de Jacinto de oir su relacion: no era ya el móvil principal de ella el gusto de confiar á un amigo un episodio de su vida; no era ya la necesidad de sincerarse la que la guiaba, el instinto delicadísimo de la mujer presentia sin descubrirlo el amor que inspiraba, como se presiente la venida del astro por

los primeros rayos ténues de luz que esparce en el horizonte ; su corazon se ensanchaba para recibirlo, como abre la flor sus pétalos para recibir el rocío bienhechor del cielo, y cediendo sin comprenderlo á un secreto impulso, anhelaba allanar su paso para que llegase hasta él libre de toda vacilacion, exento de toda inquietud.

— Sí, sí, esclamó movida por el secreto impulso que hemos indicado, escúchame: mi relacion te sacará de mas de un error.

Los dos jóvenes volvieron á los asientos que ántes ocupaban, y despues de un instante de silencio dijo Alicia:

— Tomaré mi relacion desde el principio, porque estoy segura de que toda ella tendrá interés pará tí. Al fin del reducido patio de la casa que hasta hace poco hemos habitado hay una alta pared que corresponde al fondo de otra casa de la calle del Prado: regularmente, para aprovechar toda la luz natural posible, me sentaba yo á coser en ese patio sin que jamás hubiese reparado que persona alguna se asomase por la azotea que termina en dicha pared: una tarde, en que Cármen habia salido, mas impertinente Basilio que de costumbre, se propuso que habia de darme un beso: ya habia agotado todas mis fuerzas para impedirlo, y tomé el partido de amenazarle con las tijeras; pero en vano, porque me asió fuertemente por las muñecas: entónces le dije que gritaria hasta alborotar todo el vecindario si no me soltaba ; miró en derredor de sí y al alzar la vista hácia la azotea dejó prontamente en libertad mis brazos y se marchó: volví yo tambien la vista hácia allí para averiguar cuál habia sido la causa de tan feliz mudanza, y reparé en un hombre, recostado de espaldas en el pretil, al que no pude ménos que bendecir desde

el fondo de mi corazon por el servicio que sin saberlo él me habia hecho.

— ¿ Ese hombre era Campobello ? preguntó Jacinto interrumpiendo á la costurera.

— Sí, era él ; pero no quieras precipitar mi narracion, dijo la jóven sonriendo.

— Bueno, bueno, dijo su interlocutor sonriendo tambien; te interrumpiré lo ménos posible.

— Desde aquella tarde, continuó Alicia, siempre tenia cuidado de mirar hácia arriba como por gratitud al desconocido: unas veces le veia y otras no ; pero nunca pude distinguir bien su rostro, porque casi siempre estaba de espaldas ó me lo estorbaba el ala ancha de su sombrero; pero esto no impidió de modo alguno que al cabo de quince dias me prestase otra vez un servicio importante, directamente, como sabrás ahora. De muy poco tiempo acá es que suelo yo entenderme con las personas que me favorecen dándome trabajo ; ántes Cármen era únicamente la que ajustaba, convenia y cobraba el importe de mis costuras, sin enterarme nunca de lo que pagaban por ellas, y por supuesto, como te consta á tí muy bien, sin que yo viese ni *un medio* de sus productos, que casi todo iba á parar siempre á manos de Basilio, sirviéndole para mantener sus vicios; y como lo gastaba tan pronto como lo cojia, y sus deudas eran muchas, por grande que hubiera sido el fruto de mi trabajo nunca habria bastado para satisfacer sus exigencias: de ahí resultaba que Cármen, que no sabe ni puede negar nada á ese hijo idolatrado, cobraba adelantado el importe de las obras y contraia empeños á cuenta de ellas, por lo que regularmente carecia de dinero, y me veia yo obligada á trabajar de dia y de noche.

— Bien enterado estoy yo de todo eso, dijo tristemente

Jacinto, y lo que me admira es la fortaleza con que has podido resistir tanto trabajo sin enfermarte.

—Gracias á Dios, que me concedió una constitucion privilegiada; pues á no ser así habria sucumbido ya. El dia en que me prestó Campobello el segundo servicio á que he aludido ántes, me sentia yo amagada de un fuerte catarro, con la cabezá muy cargada y el cuerpo adolorido, y aun en ese estado me ví precisada á coser sin reposo, porque Basilio tenia un compromiso urgente que satisfacer, y no habia otro modo de conseguir el dinero que necesitaba para cubrirlo, que concluir y entregar aquel mismo dia la pieza en que trabajaba yo; pero á eso de las dos de la tarde me encontraba tan rendida, tan quebrantada, con una somnolencia tal que me quedé adormecida en el asiento en que cosia en los momentos en que entraba Cármen en el cuarto donde me hallaba. El efecto que en ella produjo mi sueño fué tan violento como terrible: me llamó haragana, artificiosa, perversa y cuanto más se le vino á la boca: abrió de par en par las puertas y ventanas del aposento, y me mandó salir de él, en seguida, para el patio.

—¡Qué poco estimaban tu salud! esclamó Jacinto.

—Bien poco, en efecto, apoyó la costurera.

—¿Y saliste al patio....? interrogó el jóven.

—¿Qué otro recurso me quedaba sino hacerlo? —contestó Alicia—Cármen estaba ya violenta, próxima á encolerizarse, y tú sabes bien cuán temibles son entónces sus ímpetus.

Jacinto movió lentamente la cabeza en señal de que conocia por esperiencia la exactitud de las últimas frases de Alicia, y ésta continuó:

—Salí al patio, esforzándome con todo el afan posible

en el estado en que me hallaba por adelantar mi obra; pero era mucho lo que me faltaba, y comprendí que no era dable que pudiese terminarla para las cinco de la tarde- que era la hora en que precisamente habia de venir Basilio á buscarla para cobrar su importe y cubrir inmediatamente con él el compromiso urgentísimo en que se hallaba, lo que aumentaba mi angustia de un modo inesplicable; pues Cármen se acercaba á cada rato á ver lo que habia adelantado, y su aspecto amenazador me aterrorizaba.

—¡Qué penosa situacion! esclamó Jacinto conmovido.

—¡Penosísima, amigo mio! afirmó Alicia, y agregó:

—Sin que yo misma pueda esplicarte cómo trabajaba, empleé dos horas y media cosiendo sin descanso, con la vista nublada y la cabeza aturdida: eran ya las cuatro y media de la tarde, solo me quedaba media hora de plazo, y aun necesitaba lo ménos dos más para concluir la pieza: hacía rato ya que Cármen no se me separaba del lado, abrumándome con sus improperios y amenazas: al oir la campana de un reloj vecino que anunciaba la hora ya dicha, las cuatro y media, parecía que habia llegado al colmo su furor, viendo lo que aun me faltaba para terminar, y esclamó á gritos, con el róstro encendido y violentos ademanes:

—¡Ah ¡ah! ¡infeliz de tí si no has acabado esa costura para cuando venga Basilio por el dinero....! ¡infeliz de tí....! te he de tratar sin compasion ninguna..... —Y su mirada colérica pesaba sobre mí de un modo tan terrible, aumentaba tanto mi temor la seguridad de que me era imposible terminar la obra en el tiempo que marcaban, que no acertaba por donde debía pasar la agujà, me pinchaba los dedos sin poderlo remediar, y manchaba con mi san-

gre y el sudor que caia á gruesas gotas de mi frente el género en que trabajaba.... ¡Oh! en aquel instante hubiera hecho cualquier locura por conseguir el dinero y librarme del furor de mi tia....

Jacinto tuvo que ponerse en pié y dar algunos paseos por la sala para calmar la impresion que en él producía la relacion de Alicia: luego volvió á su lado, y ésta prosiguió, diciendo:

— Corto rato mas quedaba por correr para que sonase la hora fatal.... Basilio debia entrar de un momento á otro en busca de la obra.... Cármen no hablaba ya; de pié á mi lado me miraba sin pestañear, como esperando el nstante de echarse sobre mí.... Entónces, séase porque á fuerza de esperar el peligro no me amedrentase ya, ó mas probablemente, porque la desesperacion me condujese á tal estremo, lo cierto es, que echando á un lado la labor y cruzando los brazos, dije á mi tia con voz muy entera:

—Señora, cumpla Vd. sus amenazas si gusta: estoy enferma: ya ha visto Vd. que me es imposible acabar ese trabajo.

— ¿Tuviste ánimo para decir eso á Cármen....! esclamó Jacinto con cierta satisfaccion.... ¡Cómo quedaria ella!

— Abismada, como sin poder convencerse de que era yo misma quien acababa de hablarle....: estaba acostumbrada á verme siempre tan sumisa.... Así que salió un poco de su asombro me interrogó irónicamente, poniéndose en jarras:

— ¿Qué dice V., señorita?

— Digo, le contesté con entereza, que es imposible acabar esa costura para las cinco — Cármen hizo un movimiento como para echarse sobre mí; pero se detuvo re-

pentinamente, tal vez contenida por el tono resuelto con que le habia hablado, ó guiada tal vez por un pensamiento infernal, y me dijo con una calma mas terrible aun que su cólera :

— Pues bien, Basilio necesita imperiosamente ese dinero, búscalo *de cualquier modo* . . . y sinó te acordarás de mí para siempre. . . .

Aquella frase *de cualquier modo* que me dirijia Cármen por primera vez con el énfasis con que entónces la pronunció heló la sangre en mis venas : invoqué desde lo mas íntimo de mi corazon al Dios de los desvalidos, porque me pareció que iba á sucederme algo peor que la muerte misma....

Jacinto palideció y escuchaba á Alicia con ansiedad.

— En aquel momento sentí caer un objeto á mis piés : guiada por un impulso secreto me avalancé á cojerlo . . . . . : era un pañuelo blanco doblado en forma de pelota, lo desaté precipidamente; tomé un papel envuelto que contenia; lo abrí con violencia; saqué media onza de oro que allí venia, y presentándosela á Cármen esclamé, sintiendo algo dentro de mí misma que no te puedo definir :

— Aquí lo tiene V., señora. — El papel tenia encima estas palabras :

" La Providencia á la virtud. "

— ¿ Quien te habia arrojado ese dinero? preguntó prontamente Jacinto.

— ¡ Dios ! — esclamó Alicia levantando al cielo las manos y los ojos con una espresion tan sublime, con una fé tan íntima, que los de Jacinto se cubrieron de lágrimas de profunda conmocion.

— Sí, Dios — volvió á decir la linda costurera despues de un momento, enjugando las lágrimas que tambien habian saltado á sus ojos — porque Dios es el que inspira

las buenas acciones, y tiene sus ángeles en el mundo para qué acudan, cuando él lo manda, á amparar á los desvalidos que le imploran en sus momentos de mayor angustia: el ángel que elijió esta vez fué Máximo Campobello, y así lo presumí yo, porque tan pronto como me fué posible dirijí la vista hácia la azotea; pero á nadie ví en ella.

— ¿ Cómo supiste, pues, que era Campobello quien te habia arrojado ese socorro ? preguntó Jacinto.

— Supuse desde el primer momento que era él, y mas tarde me convencí de que era así.

— Cármen tomaria el dinero tan pronto como se lo presentaste, volvió á decir Jacinto.

— Quedó un momento sorprendida de lo extraordinario del suceso; pero luego mirándome fijamente tomó la media onza (en el mismo instante en que entraba Basilio apresuradamente en busca de la pieza de ropa para ir á llevarla y cobrar su importe) y la entregó á su hijo. En el fondo de su corazon nuestra tia vió la mano de la Providencia divina, sin duda, en aquel acontecimiento, que tocó tal vez su alma, pues nunca me ha hecho la menor alusion á ese suceso, y jamas ha vuelto á angustiarme hasta el estremo en que lo hizo esa tarde por ninguna costura; no obstante que se han presentado despues algunas situaciones tan apremiantes ó más que aquella.

Los dos jóvenes guardaron silencio un corto rato, Jacinto lo interrumpió diciendo:

— Los momentos en qué llegó á tus manos el dinero eran muy críticos para que esperimentases la menor vacilacion en hacer uso de él; pero era muy natural que luego te ocupases en averiguar á quien se lo debias.

— Así lo hice, en efecto: aquella misma tarde examiné el pañuelo blanco en que habia venido envuelto el

papel que contenia la media onza, y ví que estaba marcado con hilo blanco, con las iniciales M. C. enlazadas: con ese dato, y el presentimiento mio de que aquel socorro procedia del mismo hombre que me habia librado ántes de la impertinencia de Basilio, me fué ya muy fácil descubrir, valiéndome de una parda anciana que hace mucho tiempo vive en aquel barrio y que conoce á todo el vecindario, quien era la persona de la casa de la azotea á cuyo nombre correspondian las dos iniciales del pañuelo: entónces formé la resolucion de pagar la media onza á quien tan oportunamente me la habia suministrado.

—Muy bien hecho, muy bien hecho, esclamó Jacinto.

—Para realizarlo, volvió á decir Alicia, tenia que luchar con inconvenientes de algun tamaño: para mí aquella era una deuda particular mia, sagrada, una deuda del corazon que yo sola debia satisfacer con mis propios esfuerzos, porque era como una profanacion que nadie mas que yo la cubriese, como una ofrenda debida á Dios que solo á mí me tocaba cumplir; por lo tanto, Cármen no habia de saber si yo la pagaba ó nó, ni enterarse de nada que afectase aquella deuda santa, ni prestarme, en fin, ningun auxilio para llenarla: no me quedada, pues, otro recurso que ganarme ese dinero con mi trabajo; pero ¿de qué modo me proporcionaba ese trabajo, y á qué horas lo hacia sin que Cármen lo supiese, y sin dejar de la mano las otras obras siempre apremiantes que tenia á mi cargo....?

—Muy difícil era; casi imposible, contestó Jacinto.

—Sin embargo, esclamó Alicia con noble orgullo, lo hice, y reuní mas dinero que el que necesitaba para cubrir mi deuda sagrada, porque mi voluntad era firme y constante.

—¿ Qué arbitrios te diste.... ? preguntó el jóven con el interés mas vivo.

— Para conseguir trabajo sin que Cármen lo supiera me valí de la misma parda anciana, mujer muy formal, por quien supe que Máximo Campobello habitaba la casa de la azotea, recomendándole el mayor secreto, y ofreciéndole un escudo de oro de regalía por su diligencia, lo que aumentaba la suma de que tenia yo necesidad, pero que le sirvió de poderoso estímulo para buscarme algunas obras, como lo consiguió al fin: consistian éstas en parte de la habilitacion de una canastilla, que precisaba y pagaban bien. Hasta entónces no habia vencido sino lo mas fácil de mi empresa, faltaba lo mas difícil y mas dilatado de ella, que era trabajar en la canastilla sin que Cármen lo notase, y sin dejar de ocuparme como siempre en las costuras de la casa: de dia no atendia mas que á éstas [salvo á las horas de comer y almorzar en que no iba á la mesa por no perder ni un segundo del tiempo para mí tan precioso en aquellas circunstancias] y sin levantar cabeza adelantaba cuanto podia; por las noches lo mismo, hasta que sentia que Cármen se acostaba, que finjia yo hacerlo tambien, y luego que se dormia me iba á la sala, y á la luz de un cerillo, por que la mas viva de la vela hubiera podido despertarla, trabajaba dos horas en los birretes y camisitas: dormia hasta las cuatro, y aprovechaba luego otra hora, ántes que Cármen se levantase. De ese modo, al cabo de los nueve dias, habia ganado tres doblones, y tuvé la satisfaccion, despues de darle el escudo ofrecido á la parda, de enviar á Campobello la media onza y su pañuelo con la misma mujer, á quien recomendé encarecidamente le manifestase mi ardiente gratitud.

—De suerte, dijo Jacinto, que no te quedó la menor duda de que era Máximo la misma persona que te habia servido.

—Por supuesto, que era él mismo, afirmó Alicia ; pero me devolvió el dinero con un papel en que decia :

"Señorita : la Providencia Divina *premia*, no presta."

—¿Y al fin la media onza quedó en tu poder? preguntó Jacinto.

—Nó, la envié de nuevo á Máximo con un papel en que puse estas líneas :

"Caballero : esta suma pertenece á los necesitados del momento, y nadie mejor que V. sabe encontrarlos : ya sé yo á quien acudir cuando me haga falta." Esa vez Campobello no insistió mas, y aceptó la devolucion que le hacia.

Jacinto quedó un momento contemplando á Alicia con una admiracion aun mas profunda que la que le habia inspirado hasta entónces : bajo aquel esterior bellísimo se encerraba un alma heróica : era un tesoro cuyo completo valor no habia él mismo apreciado en toda su estension ; puesto que por algun tiempo se habia resignado á perderlo, dando lugar á que otro hombre hubiese podido venir á arrebatárselo : sintió dentro de su pecho como un remordimiento por su debilidad ; se encontró inferior á ella en fortaleza de alma, y esperimentó la necesidad de ponerse á su altura, y de luchar dignamente para merecer su amor.

En el momento en que el jóven llegaba á esa conclusion Alicia volvió á decir :

—Campobello pidió algunos informes de mí á la parda anciana ; ésta se los dió tales que él manifestó deseos de tratarme, y como demostrase yo el vivo placer que

tendria en conocer á una persona á quien ya debia dos favores, el abogado no demoró su visita, y á la siguiente tarde fué á verme. Desde el primer instante comprendí que habia adquirido un valioso amigo en él: al espresarle mi profunda gratitud por el servicio que me habia prestado me reveló que hacia ya varios dias que desde la azotea de su casa notaba mi constante aplicacion al trabajo, y que al arrojarme en la tarde anterior el pañuelo en que iba el dinero lo habia hecho enterado de lo que pasaba por las palabras y ademanes de nuestra tia: concluyó su visita ofreciéndome su amistad del modo mas delicado, y que me proporcionaria trabajo entre sus relaciones, lo que cumplió visitándome con alguna frecuencia y adquiriéndome costuras muy ventajosas.

—¿Y esa es toda la historia de tu conocimiento con Campobello?.... preguntó Jacinto alegremente, como quien suelta un pesado fardo al llegar al término de su camino.

—Esa es la primera parte de la historia, contestó Alicia, falta ahora la de *nuestras relaciones.*

Jacinto esperimentó la propia desagradable sensacion que el del fardo [para concluir con la misma comparacion que empezamos] que tuviese que echárselo de nuevo á cuestas para llevarlo mas léjos aun; miéntras la costurera seguia diciendo :

— Se habrian cumplido ya veinte dias desde la tarde en que Máximo me visitó por primera vez, cuando noté que iba á verme con mas frecuencia aun ; que me daba pruebas de mas íntima amistad, confiándome su amor á una mujer casada á la que habia conocido, hacia ya mucho tiempo en un baile, siendo ámbos muy jóvenes y soltera aun ella, á la que despues jamás habia vuelto á ver, y

que se hallaba en España, cuyo nombre era Clotilde; amor purísimo, nunca declarado por él al objeto que lo inspiraba y que era ya en su corazon como un culto, como una memoria sacrosanta. En esa época fué cuando una tarde, despues de saber por mis labios que yo podia disponer de mi corazon, me manifestó grandes deseos de sacarme de la situacion tristísima en que me hallaba, y concluyó por ofrecerme su mano, si yo queria aceptarla.

Jacinto se incorporó en su asiento, tosió para disimular su agitacion, y reveló luego en su rostro la ansiedad con que escuchaba. Alicia continuó:

—Yo quedé tan sorprendida con la proposicion de Campobello que no pude contestar, y la habria tomado por una chanza sino hubiera conocido ya la gravedad natural de su carácter: él comprendió mi sorpresa y me reiteró su ofrecimiento con la mayor formalidad, dispuesto á contraer matrimonio conmigo en breve término. No me atreví á contestarle nada entónces, suplicándole me concediese de plazo hasta el siguiente dia para darle mi respuesta, y pidiéndole encarecidamente que á nadie hablase de su proyecto, impulsándome á este último ruego la desconfianza que me asaltó desde aquel mismo instante de la realizacion de mi enlace con el abogado, y el temor de verme espuesta luego á las burlas de Cármen, Basilio y sus amigos. Sin embargo, aquella noche la pasé desvelada, pensando en la proposicion de Máximo, que cada vez se me hacia mas extraña: comprendí al fin que realmente no le guiaba mas que un sentimiento profundo de compasion hácia mí. A la tarde siguiente vino Campobello algo mas temprano que de costumbre, á saber mi resolucion; empecé por mostrarle la mas viva gratitud por la señal de crecidísimo aprecio que me daba; le manifesté

cuanto me ensalzaba á mis propios ojos, y concluí declarándole mi desconfianza íntima de que se realizara nuestro enlace, sin que se me pasara por alto hacerle mencion de su amor por Clotilde que él mismo me habia revelado — Campobello trató de tranquilizarme sobre mi desconfianza, esponiéndome entre otras razones la necesidad en que se hallaba de formar ya una familia, de rodearse de sus afecciones, y que respeto al amor de Clotilde no debia sentir el menor recelo, porque, segun ántes me habia dicho, existia en su corazon como un sentimiento purísimo que podia igualarse al que le inspiraba el recuerdo de su difunta madre. Apesar de todo, mi presentimiento no desaparecia, ni podia considerar á Máximo de otro modo que como un amigo, y le supliqué que no hiciese preparativo alguno para nuestro enlace cómo él queria empezar á hacerlos. A los cuatro dias me indicó, sin embargo, que iba á encargar muebles, aunque sin decir que era para casarse, y tan decidido estaba que al fin empecé á creer que era posible que se verificase mi matrimonio.

Parecia que Jacinto no respiraba segun era de intensa la atencion con que escuchaba á Alicia.

Al cabo de seis dias mas, continuó la jóven, noté en Campobello el cambio mas sorprendente y doloroso: se desfiguró de una manera notable; esperimentaba frecuentes distracciones; me hablaba con una sonrisa que inspiraba compasion. Con el alma colmada de pena le rogué me manifestase lo que sentia; pero me contestaba que no era nada: por fin cayó enfermo con una postracion tal que produjo alarma entre los que le rodeaban. Quise constituirme al lado de su cama; pero algunos de sus amigos me rogaron que no lo hiciese: inquirí cual era la causa de su padecimiento y me la ocultaron....: me

asaltó la terrible sospecha de que la súbita enfermedad de Máximo se relacionaba estrechamente con sus planes de unirse á mí, y poseida de una angustia profunda me dirijí á su mas íntimo amigo, un jóven llamado Justo de Peñalta, á quien rogué con las frases mas elocuentes que me inspiró mi sentimiento que me sacase de la indefinible inquietud en que me veia. Justo se conmovió al oir mis palabras; consideró la suficiente abnegacion en mí para imponerme un sacrificio; vió el modo de salvar á su amigo, y me reveló la verdad: Máximo habia sabido que Clotilde acababa de enviudar, su amor recobró todo su imperio en su corazon ante la posibilidad de unirse á ella; pero su alma tan noble y delicada consideraba ya sagrado el compromiso que conmigo tenia contraido, y esa pugna terrible entre el amor y el deber era la que en él habia producido el triste estado en que se hallaba.

Jacinto, adivinando ya con la penetracion del amante lo que mas le interesaba á él del resto de la relacion de Alicia, respiró libremente, y tomó una posicion cómoda en su asiento para continuar oyéndola.

La costurera prosiguió diciendo:

—Tan pronto como supe la causa del sufrimiento de Máximo manifesté á Justo de Peñalta lo dispuesta que me hallaba á librar á nuestro amigo de su compromiso, indicándole el presentimiento que siempre habia tenido de que aquel enlace no habia de verificarse, considerándolo demasiado ventajoso para mí, en todos conceptos: entónces convenimos entre los dos la manera de realizar un plan para salvar á Máximo, y se resolvió que yo le escribiria una carta suplicándole me eximiese del compromiso, con todas aquellas escusas que juzgase mas adecuadas, cuya carta se le presentaria á Campobello en los momen-

tos en que, segun el parecer de su medico, se creyesen mas oportunos. Así se hizo, y todo salió á medida del deseo, lográndose que en pocos dias se hallase Máximo restablecido. Su primera salida fué á visitarme, á oir de mis propios labios la esplicacion de cuanto le decia en mi carta, fijándose en lo que yo me apoyaba mas en ella, que era en que le habia ocultado siempre que mi corazon pertenecia á otro hombre, al que amaba yo secretamente, sin que me fuera posible separar su imágen de mi memoria, é insistió de tal modo en saber su nombre que me ví obligada á invocar el de una persona en quien yo tengo la mas ciega confianza, y que en caso preciso se hubiera prestado á desempeñar el papel que yo le atribuia....

—¿Qien era esa persona.... ? esclamó Jacinto prontamente, incorporándose en su asiento con suma ansiedad.

—Tú, dijo Alicia á media voz; cubriéndose su rostro de un vivo sonrosado, y bajando la vista al suelo.

Jacinto esperimentó una transicion repentina: Alicia parecia en aquel instante mas que nunca bella; su seno se agitaba violentamente como si sintiera un emocion nueva para ella: el jóven estaba completamente dominado por su amor, y le fijó su mirada llena de profunda adoracion.

Alicia no pudo resistir á la atraccion poderosa de aquella mirada y clavó á su vez la vista en la de Jacinto: los ojos de ambos se cubrieron de lágrimas, mientras que una sonrisa de inefable delicia iluminaba, por decirlo así, sus rostros: el pintor que hubiese trasladado al lienzo la espresion de aquellas dos fisonomías en tal momento se habria inmortalizado: habria podido decir que habia entrevisto la revelacion del amor de dos ángeles en el cielo.

Los dos guardaban el silencio mas elocuente y lógico.

Hablar en aquel instante hubiera sido reducir á límites lo que era inmenso en el alma de ámbos: lo que las mejores frases no pueden decir; lo que pierde de su espresion al querer definirlo: hubiera sido descender y no ascender, porque la mirada es lenguage propio del alma y no la palabra que nunca puede esplicar todo lo que la conmueve, todo lo que la agita, todo lo que la sumerge en el arrobamiento, en el éxtasis mas profundo....

Sin embargo, aquella situacion debia tener término pronto y lo tuvo.

Alicia fué la primera que bajó los ojos para seguir sintiendo la emocion que esperimentaba; Jacinto fué el primero que habló para darse cuenta de ella: cada uno procedia segun su sexo, la una cediendo á su sensibilidad, el otro obedeciendo á su razon.

— Hasta ahora, dijo Jacinto, he podido reprimir el amor que me inspiras; pero ya se desborda por mis ojos, y te lo dicen las palpitaciones de mi corazon....

— Yo gozo un placer infinito, dijo Alicia, porque siento que te quiero con mas ternura aun....

— ¡Cuán mal he hecho en no revelarte ántes mi amor ....: en sufrir en silencio para ocultarlo....!

— Yo deberia haberlo adivinado ántes para disfrutar de esta felicidad que ahora me enagena.

— En este instante todo mi desaliento desaparece y me encuentro fuerte para vencer cuantos obstáculos se me presenten....

— Siento que mi corazon se dilata con mi cariño.... que ocupa mas lugar....: quizás mi pecho no baste pa- contenerlo....

— Fortalecidos los dos por nuestro amor encontrare-

mos blando el trabajo; hallaremos resistencia para combatir los golpes del destino.... : ámbos podemos sufrir conformes las privaciones, estamos habituados á ellas; somos laboriosos y precavidos; sabremos pensar en el dia de mañana.... : somos pobres en bienes; pero ricos en virtudes.... : otros necesitarán mas riquezas, porque tienen mas necesidades : nuestro caudal es muy corto; pero muy fácil de conservar....

—El anhelo del uno por el otro nos mantendrá siempre alerta á ambos.... : llevaremos nuestra felicidad con nosotros mismos....

—Júrame que me amarás eternamente....

—Mis juramentos no podrán aumentar más mi amor .... ; pero te lo juro, puesto que tú lo deseas.... Yo no te los pido porque sé que nunca dejarás de amarme....

—Unidos ámbos por este cariño inmenso, infinito, podemos desafiar todas las penalidades de la vida....

—Dios que nos bendice con este amor profundo nos cubrirá con su divina proteccion.

Los dos jóvenes guardaron silencio, esperimentando respetuoso impulso de recogimiento al invocar el nombre de Dios en tan solemnes momentos para ellos, é inclinaron á un tiempo las cabezas como para recibir la bendicion del Eterno.

Jacinto dijo despues :

—Mantengamos secreto entre los dos nuestro cariño, hasta que resolvamos realizar nuestro enlace :

—Sí; no permitamos que miradas extrañas penetren en el santuario de nuestras almas....

—Salvo una escepcion, dijo Jacinto.

—¿Cuál....? preguntó Alicia.

—Máximo Campobello, contestó el jóven prontamente :

él purificará con su vista nuestro santuario: él és también de las almas escojidas por Dios para esparcir en la tierra el amor del cielo ...

—¡Gracias! ¡gracias, amado mio! esclamó Alicia estrechando la mano de Jacinto con profundo reconocimiento.

Apénas acababa de separar su mano la linda costurera de la del jóven, cuando llamó la atencion de ámbos la aparicion de dos hombres en la puerta de la calle que produjo en los amantes una impresion bien marcada de disgusto.

Pero es tiempo de cerrar este capítulo ya bastante estenso.

V.

LA MENDIGA.

De los dos hombres que aparecieron á la puerta de la casa de Cármen, segun dijimos á la conclusion del capítulo anterior, el uno se adelantó algunos pasos, miéntras el otro se retenia en el umbral.

—¡Hola! ¡Hola! —esclamó el primero dirijiéndose á los dos amantes—están Vds. ahí arrullándose como dos tortolillas....

Y en seguida, no sintiendo á su lado á su compañero, se volvió hácia la puerta invitándole á entrar con un movimiento de mano, sin esperar contestacion á las palabras que habia dirijido á Alicia y Jacinto, que no dieron por su parte señales de prestarles atencion.

El que habia hablado era un jóven como de 23 años de mediana estatura; bien formado, y de rostro agraciado, con fina facciones; pero marcadas con las huellas de una vida desordenada, con cierta contraccion en la boca y profundas ojeras que le hacian parecer ménos jóven: el cabello muy negro, naturalmente rizado, un poco largo,

caia descuidadamente sobre su frente sin que pudiese sostenerlo el sombrero de copa baja echado hácia atrás: un tabaco de grandes dimensiones, empezado á fumar y apagado ya, que llevaba en la boca; la corbata suelta; el chaleco desabotonado, las mangas del paletó algo suspendidas, dejando ver los puños de la camisa, en cuya pechera bordada lucia un alfiler de brillantes de algun precio, y un grueso baston de granadillo que en la mano tenia, presentaban en él el tipo del hombre entregado á los vicios, que vá perdiendo el respeto á las apariencias, con aire de perdonavidas y alarde de cinismo, del que se aparta la vista con invencible repugnancia. Sin embargo, el individuo de que nos ocupamos en este momento inspiraba todavía profunda lástima por su juventud y el despejo que revelaban sus ojos negros.

El otro hombre que se habia detenido á la puerta parecia que titubeaba aun en entrar, pero al fin se decidió á hacerlo: era de elevada estatura y buen porte: indudablemente tenia empeño en ocultar su rostro; pues lo indicaba la ancha ala de su sombrero de finísima jipijapa, encasquetado hasta las cejas, y el cuello levantado de la levita de paño abotonada hácia arriba que cubria los estremos de él, y acabó de demostrarlo el pañuelo que se llevó á la boca al entrar en la sala, y lo mucho que inclinó la cabeza; de suerte que solo dejó visibles la parte de su melena que salia por bajo el ala del sombrero, y de sus patillas que no cubria el cuello de la levita; ambas, melena y patillas, de color castaño.

Los dos hombres cruzaron prontamente por delante de Alicia y Jacinto, dirijiendo á éste el de mas estatura una mirada rápida y penetrante por bajo el ala de su sombrero, y sin hablar palabra se encaminaron hácia el interior

de la casa. Alicia palideció ligeramente desde que reconoció al de mas elevada talla.

—¿Quién es ese hombre alto que viene con Basilio? preguntó Jacinto á la costurera tan pronto como consideró que no podria oirlo la persona á que aludía.

—Es un inquilino que tiene alquilado el cuarto del frente, contestó Alicia, todavía preocupada con la vista de aquel hombre.

—¿Cómo se llama?

—Cármen le nombra D. José: ignoro su apellido.

—¿En qué se ocupa? inquirió de nuevo Jacinto.

—Dicen que es pintor, y tiene, en efecto, en su cuarto varios útiles que lo indican.

—No tiene aspecto de artesano; parece por su porte una persona de posicion.

—Eso me ha parecido siempre á mí, y me lo han hecho creer más las consideraciones que Cármen le guarda.

—¿Qué tiempo hace que ocupa ese cuarto? preguntó Jacinto.

—Me han dicho que ya él lo tenia alquilado cuando nos mudamos á esta casa.

—¿Y trabaja ahí mismo?

—Creo que nó, porque regularmente no pára en su cuarto mas que un corto rato de dia; de noche no viene sino muy rara vez, á prima: desde que nosotros vivimos aquí no sé yo que haya dormido ni una sola ocasion en su cuarto.

—¿Es soltero ó casado?

—El me ha dicho que es soltero.

—¿Se han hablado Vds. muchas veces?

—Pocas: yo lo he evitado siempre todo lo posible, por no sé qué especie de recelo, quizás infundado, que me inspira ese hombre.

— ¿ Se acompaña mucho con Basilio ?

— Esta es la primera ocasion que los veo venir juntos, y la primera vez tambien que noto que Basilio entra en su cuarto .

Los dos amantes guardaron silencio un rato, durante el cual Jacinto permaneció sumergido en profunda reflexion y preguntó luego :

— ¿ Crées tú que Cármen conocia á D. José ántes de mudarse á esta casa ?

Alicia consultó su memoria ántes de contestar á la pregunta del jóven, y dijo luego con viveza :

—Sí, sí : recuerdo ahora que estuvo hablando con ella una noche por la ventana en la otra casa, sin entrar.

— ¿ Duró mucho esa conversacion ?

— Como veinte minutos, me parece.....

— ¿ Supiste de que trataban ?

— No, porque conversaban reservadamente : yo me hallaba á alguna distancia.

— ¿ Medió mucho tiempo entre la noche de esa conversacion y el dia de la mudada á esta casa ?

Alicia consultó de nuevo su memoria y contestó despues:

— No ; hubo un intérvalo de muy pocos dias.

Jacinto volvió á quedar pensativo por otro rato, á cuyo término hizo un ademan para hablar ; pero se retuvo al notar que se acercaban de nuevo Basilio y su compañero que volvian del interior de la casa.

Casi en seguida tornaron á pasar los dos hombres por delante de los jóvenes en direccion á la calle : el de mas estatura, con las mismas precauciones que al entrar, tocó el ala de su sombrero de jipi-japa, mas bien como para inclinarlo mas sobre su rostro que con la intencion de saludar.

— Hasta la vuelta, tortolillas, gritó Basilio al llegar á

la puerta de la calle, volviéndose hácia dentro y haciendo un exagerado saludo con el sombrero en la mano á los jóvenes, despues de lo cual partió con su compañero.

— Me sucede lo que á tí, dijo Jacinto pasado un momento, me inspira cierta desconfianza ese hombre.

— Hasta ahora, dijo Alicia con ánimo de tranquilizar á su amante, no hay justas causas en que fundarla.

— Sin embargo ; sin embargo, murmuró Jacinto y preguntó despues :

— ¿ Quién ha de quedar aquí contigo acompañándote cuando parta Cármen para Nueva-Orleans ?

— Ya me ha dicho que doña Martina, una señora entrada en años, amiga suya : una buena mujer á quien creo que tú tambien conoces.

Jacinto movió lentamente la cabeza en señal de que no quedaba satisfecho, diciendo al mismo tiempo :

— Esa es una infeliz que poco ó nada podria valerte en caso de que fuera necesario su auxilio .

— Cármen me dejará tambien muy recomendada á su hija Bibiana, que, como tú sabes, está al abrigo de una gran señora muy rica que la atiende mucho.

La espresion del rostro de Jacinto mostró esta vez que quedaba aun ménos satisfecho que ántes, y lo confirmaron las siguientes frases que pronunció :

— ¡ No hay duda de que hay que esperar mucho de Bibiana, la calculista por excelencia.... ! ¿ Qué le importa que los demas padezcan miéntras ella se encuentre gozando de los beneficios de que disfruta ? Bien conoces tú su refinado egoismo, apesar de todo el disimulo con que lo encubre : el único que saca algun partido de ella es su hermano Basilio, y á buen seguro que se le muestre tampoco muy dadivosa .

— En efecto, afirmó Alicia, y agregó luego :

— Despues de tí, la persona con quien cuento mas en el mundo es Máximo Campobello y á su valioso apoyo acudiría en caso preciso.

Esta vez Jacinto espresó en su rostro la mas completa satisfaccion, miéntras decia :

— Vamos, ya eso es muy distinto : no tengo la menor duda, en vista de todo lo que me has referido, de que siempre correrá en tu auxilio, cualquiera que sea la clase de favor que le demandes.

Despues de algunas frases mas, cruzadas entre los dos jóvenes, Jacinto preguntó á su amada :

— ¿ Qué objeto tiene el viage de Cármen á Nueva-Orleans ?

— Va á Nueva-Orleans de tránsito para Mobila, nuestra ciudad natal, para activar las diligencias, de la testamentaría de su suegro Mr. Larranda, en representacion de sus hijos : su ánimo es establecerse de nuevo en Mobila si consigue que la enteren de lo que les corresponde, y en ese caso nos llevará consigo á Basilio y á mí. Su abogado le ha escrito en términos muy favorables, y ella cree casi seguro el logro de sus deseos.

— Segun mis noticias lo que tiene que percibir es muy poca cosa.

— Sin embargo, ella espera comprar una pequeña posesion en Mobila y vivir allí mejor que en la Habana, donde cuesta tanto la subsistencia.

— Con todo, no es ella la que puede quejarse de la Habana : pues en época remota tuvo una academia de niñas, y le fué muy bien, segun tengo entendido.

— Sí, varias ocasiones le he oido hablar de esa época : tuvo una academia de niñas con la que ganó algunos pe-

sos, en efecto, con la proteccion de una señora rica; pero luego le faltó esa proteccion, y como ella carecia de verdadera vocacion para el magisterio, y su carácter se agrió con algunos contratiempos que le sobrevinieron, tuvo que cerrar la academia, á la que asistian ya muy pocas alumnas.

— Entónces fué cuando volvió á Mobila y se hizo cargo de nosotros dos.

— Sí, ya tus padres habian muerto, y mi pobre madre se encontraba paralítica....

— ¡Tu pobre madre! Me parece aun que la veo.... ciega, idiota......

— ¡Infeliz! — esclamó Alicia enjugando las lágrimas que aquel penoso recuerdo agolpaba á sus ojos. Murió sin haberme podido conocer nunca.... sin haberme podido tributar las tiernas caricias de una madre.... Yo misma no guardo ni una idea confusa de ella, porque falleció cuando tenia yo poco mas de cuatro años.... Y á lo ménos, si me hubiese quedado mi padre....; pero éste murió ántes que ella.

Pasado un rato, cuando juzgó desvanecida la impresion que en la bella costurera habia producido el recuerdo doloroso que le asaltara, dijo Jacinto:

— ¡Cuán velozmente pasa el tiempo! Seis años se cumplirán muy pronto de nuestra venida á esta Isla.

—Y es verdad, apoyó Alicia.

— Gran ventaja fué para nosotros que en casa de Cármen tuviésemos siempre que hablar el castellano desde nuestra mas tierna edad; pues gracias á ese conocimiento del idioma nunca ha sido esta tierra para nosotros un país estrangero.

— Mis simpatías por Cuba son tan vivas que quisiera

haber nacido en ella, y me será sumamente sensible que las circunstancias me obliguen á abandonarla, si Cármen realiza sus deseos y se establece de nuevo en Mobila.

Jacinto permaneció un momento pensativo, y dijo despues.

—Quién sabe.... : si de aquí á entónces he podido conseguir yo una colocacion siquiera mediana, no llegará el caso en que tengas que irte. Todas mis simpatías, lo mismo que las tuyas, están por este suelo hospitalario: aquí hallan todos un hogar, y es preciso que sea muy desgraciado el hombre que quiera trabajar para que no se labre una fortuna. La calidad de estrangero, que en la mayor parte de los paises del mundo es un motivo de repulsion, es en Cuba un título que recomienda, que abre las puertas, porque para el carácter dulce y el corazon generoso de sus naturales no hay predisposicion de ningun género que les impida acoger ardorosamente en su seno al que acude á sus playas en busca de trabajo; y en ninguna parte vé mejor retribuidos sus afanes el hombre laborioso que en esta verdadera tierra de promision, destinada, sin duda, por la Providencia á ser algun dia el gran emporio de la América. Solamente los ingratos y los holgazanes serán los que lancen infundadas quejas contra nuestra hermosa patria adoptiva.

Llevado por su entusiasmo por el pais que le sustentaba, el jóven no habia concluido de emitir la idea con que empezará á hablar esta vez, y conociéndolo repuso luego:

—Te decia yo, que si lograra conseguir una colocacion regular no tendrias que abandonar esta Isla, porque contando con alguna entrada fija verificaríamos nuestro enlace, realizando de ese modo la esperanza mas dulce de mi corazon.

Alicia bajó los ojos, cubriéndose su rostro de un suave color sonrosado, miéntras que la tierna espresion de su fisonomía revelaba cuán gratamente correspondia su alma al puro anhelo manifestado por su amante.

— Me prometo, dijo despues, que tan pronto como Máximo te haya tratado, ó mejor dicho, así que sepa que has perdido tu colocacion, te proporcionará algun destino ventajoso. Estoy deshecha porque le conozcas. ¡ Quiera Dios que venga á verme hoy mismo.....!

— Prescindiendo de los beneficios que pueda proporcionarme su amistad, dijo el jóven, ansío ya vivamente conocer á Campobello y manifestarle mi profunda gratitud por los servicios que te ha prestado.

Apénas acababa de pronunciar Jacinto esas palabras cuando entró en la sala la misma mujer de color que al principio del capítulo precedente presentamos llevando la carta de la linda costurera al abogado. Así que la hubo visto corrió á su encuentro Alicia con la alegría en el senblante, creyendo sin duda que Máximo contestaba su carta indicándole que pasaria muy pronto á visitarla ; muy desagradable fué pues la impresion que esperimentó cuando mostrándole su propio papel le dijo la portadora :

— El caballero está en el campo hace ya varios dias : el portero me dijo que si la dejaba se la mandarian á donde él está ; pero como la *niña* me recomendó que la entregara al mismo caballero en su mano, yo no quise dejarla sin que la *niña* lo disponga así.

Alicia tomó su carta sin hablar palabra, y con el disgusto marcado en el lindo rostro se dirijió á su asiento al lado de Jacinto, quien tambien guardó silencio, participando de la contrariedad que esperimentaba su amada.

Notando la portadora de la carta que pasaba un rato

sin que se le diese nueva órden, fué á sentarse en el quicio de la puerta de la calle á esperarla.

— Al fin — dijo Jacinto despues de ese rato, para calmar el disgusto de Alicia — no hay mas remedio que conformarse....: si no es hoy, será mañana ú otro dia....

— Sí, afirmó la costurera recobrando su habitual reposo, la demora será probablemente de pocos dias, porque Campobello no puede faltar mucho tiempo de la Habana por sus ocupaciones.

Y en seguida se encaminó Alicia á la puerta de la calle, entregó una moneda de plata á la mujer de color y la despidió: esta partió, despues de dar las gracias por el dinero que recibia.

Por espacio de un cuarto de hora los dos amantes hablaron de varios asuntos hasta que los interrumpió la brusca llegada de Basilio que entró precipitadamente; arrojó su sombrero sobre la mesa, lo volvió á tomar, y echándose aire con él, esclamó con señales de gran agitacion, dando largos pasos por la sala:

— ¡ Eh ! miéntras han permanecido Vds. aquí tan descansados he estado yo corriendo por esas calles, en servicio de D. Jacinto....

Y encarándose con éste agregó:

— Sí, señor, amigo mio, en servicio de Vd. mismo....: ensopado de sudor....: ahora vengo de las *quimbámbulas* ....Como quien no dice nada.... de la Alameda de Paula.... Y luego, cuando se ofrezca, hablarán de mí, y dirán que soy *guagüero* y todo lo mas que se les antoje.... Yo quiero ver, si mañana ó pasado se ofrece, si se pondrá nadie á trabajar por mí como lo he hecho hoy yo.... que estoy largando el bofe....; porque cada uno no vé más que lo que él hace, y no lo que los demas se menean....

— ¿ Pero hombre, á qué viene toda esa andanada, ? dijo Jacinto interrumpiendo al recien-llegado, que parecia que no habia de poner nunca fin á su discurso segun era la viveza con que ligaba sus frases.

— ¡ Vamos, compadre! no se me haga el nuevo Vd. tambien, volvió á esclamar Basilio. — Demasiado sabes tú que te ofrecí esta mañana proporcionarte una colocacion, y cuando ofrezco yo una cosa la cumplo, aunque tenga que revolver el mundo entero para conseguirla.

Alicia y Jacinto se miraron con sorpresa, y recojiendo al vuelo aquella mirada gritó de nuevo Basilio :

— Sí, guíñense Vds. los ojos, y crean Vds. que no es verdad lo que yo digo, que ahorita mismo les haré ver que cuando yo quiero, gracias á Dios, no me faltan buenas relaciones, y sé servir mejor que nadie.

— Aquí tienen Vds., añadió despues de un momento de pausa durante el cual habia sacado del bolsillo de su paletó una cartera de la que tomó un pliego doblado que presentó á los amantes con aire de triunfo. — Con este papel no mas ya tiene conseguida Jacinto una colocacion de cuatro onzas al mes, con casa, comida, criado y caballo para pasear.... una colocacion en que estará como un príncipe, con poco trabajo y muchas consideraciones; y en camino de ganar mas si se comporta bien.

Jacinto estendió la mano, con un gesto de desconfianza, que por suerte no percibió Basilio, para tomar la carta; pero éste la retiró vivamente, y desdoblándola, leyó él mismo su contenido, que era el siguiente :

" Sr. D. Pablo Nicolas Perez.

Ingenio "La *Almena*."

" Muy estimado amigo mio :

" En virtud de la recomendacion que me tiene Vd. he-

cha de que le proporcione un buen preceptor que pase á esa finca para hacerse cargo de la educacion de sus cuatro niños, me cabe la mas viva satisfaccion en dirijirle al portador de la presente, el Sr. D. Jacinto Dantin, que reune todas las apreciables circunstancias que Vd. requiere, y de cuyos servicios estoy muy seguro quedará Vd. plenamente complacido.

"Deseándole la salud mas completa en union de su afectuosa familia, me reitero siempre de Vd. afectísimo amigo

"*Gustavo de La Rioca.*"

Alicia y Jacinto se miraban con asombro, miéntras á su vez Basílio, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida, los contemplaba con aire victorioso.

Jacinto fué el primero que habló nuevamente pidiendo á Basilio la carta para leerla por sí mismo, como si dudase de lo que acababa de oir, y despues de recorrerla atentamente preguntó á su primo:

— ¿ Este señor La Rioca es la misma persona de quien me hablaste esta mañana?

— Sí, un caballero rico que me honra con su amistad.

— ¿Cómo hiciste conocimiento con él?

Basilio se detuvo un momento ántes de contestar y dijo luego:

— Por recomendacion de mi hermana Bibiana, que, como tú sabes, no trata mas que con gente de prestigio; cierta vez en que estaba yo comprometido por unos cuantos garrotazos que le arrimé á uno, me sirvió D. Gustavo informando bien de mi conducta. Despues tuve yo oportunidad de serle útil en un asunto de confianza, y desde entónces siempre que lo necesito estoy seguro de poder contar con él.

Jacinto miraba fijamente á su primo como para leer en lo mas íntimo de su pensamiento, y tornó á preguntar:

— ¿ La persona á quien vá dirijida esta carta es el mismo dueño del *ingenio ?*

—No, es el *mayoral* de la finca; pero está ya rico: tiene porcion de brazos propios colocados allí mismo: los amos le guardan muchas consideraciones por lo bien que les ha servido en los muchos años que hace que lo tienen empleado.

— ¿ A qué distancia de la Habana se halla esa finca?

—Como á cincuenta leguas; pero se va gran parte del camino por ferro-carril; un paseo muy agradable. La finca está situada en un punto de los mas saludables de la Isla: en fin, chico, es una ganga que no debes perder, y que si no andas muy listo te quedas sin la colocacion, porque hay muchísimos que la soliciten

Jacinto miró á su amada como para consultarla; pero ésta no atreviéndose á emitir su opinion en aquel momento guardó silencio, y él quedó en actitud reflexiva.

—¡ Chico! gritó de nuevo Basílio, la cosa no tiene que pensarse: acepta la colocacion á ojos cerrados, porque hoy no está la época para que se presenten todos los dias destinos tan ventajosos. Prepara ahora mismo tu maleta, y *ábrete* sin demora.

Jacinto permanecia sumergido en sus reflexiones como si no hubiera oido á Basilio y éste esclamó de nuevo:

— ¡ Ah! te advierto que no te preocupes del dinero para el viage, porque se te entregarán uno ó dos meses adelantados si tú así lo pides.

El amante de la linda costurera levantó prontamente la cabeza, que habia inclinado sobre el pecho, y preguntó á su primo:

— ¿ Qué clase de servicio de confianza fué ese que prestaste tú al señor La Rioca ?

Basilio se rascó la cabeza como si vacilara en contestar, ó idease en aquel momento algun cuento con que dejara satisfecho á su primo, y dijo despues con bastante lentitud al principio :

— Es un asunto reservado....: un particular puramente de confianza.... que.... á la verdad.... no sé si...; pero en fin.... aunque.... Bueno, te lo diré con condicion de que no pase de nosotros....

— Si es algo que no puedes revelar, no lo exijo.

— Es un asunto reservado, porque D. Gustavo no quiere que suene su nombre ; pero te lo diré para que no vayas á formar mal juicio, figurándote tal vez que es alguna cosa bochornosa....

— No, no insisto mas en saberlo, dijo con viveza Jacinto cediendo á un impulso de delicadeza.

—Don Gustavo hubiera podido acudir á otras personas, porque él tiene amigos de sobra, y el asunto era en sí sencillo; pero dió la casualidad de que me encontró oportunamente y considerándome obligado á él por el servicio que ya me habia prestado, me confió el encargo que tuve la suerte de cumplir á su satisfaccion .

— Bien, bien, no hablemos mas de ese particular.

— Corriente, dijo Basilio, y agregó en seguida,

— Con que, por fin, ¿aceptas la colocacion ó nó?

—Jacinto reflexionó un momento mas y contestó :

—La acepto, y te quedo sumamente agradecido por el favor que me haces proporcionándomela .

Basilio volvió el rostro disimuladamente para ocultar tal vez su espresion en aquel instante ó cediendo quizás á un remordimiento de su conciencia ; pero una ú otra

cosa pasaron rápidamente, porque volvió á decir pronto:

— Me alegro: ¿cuando partes? Considera que no debes perder tiempo ninguno.

— Marcharé mañana mismo.

— Avísame si quieres el sueldo de uno ó dos meses adelantado para irte á buscar el dinero en este instante.

— No lo necesito, tengo mas de lo que puede costarme el viage.

— ¿Y entónces porqué no lo emprendes esta tarde?

— Porque quiero ver ántes á D. Gustavo para darle las gracias por el destino que me proporciona.

— Es completamente inútil ese paso, dijo con presteza Basilio, porque directamente es á mí y no á tí á quien sirve, y yo cuidaré de darle las gracias en nombre de ámbos.

— De todas maneras no puedo marchar hoy; tengo que hacer varias diligencias: saldré mañana temprano.

— Bien, lo que importa es que no pierdas tiempo.

Apenas acabó de pronunciar Basilio esas palabras se volvió prontamente hácia Alicia diciendo:

— Ahora es preciso que te dé un beso.

Y tratando de unir la accion á la palabra se lanzó sobre la costurera; pero ésta tuvo tiempo de huir el rostro y de contenerlo.

Jacinto se puso prontamente en pié, arrojó la carta de La Rioca que tenia en la mano, y con marcada señal de enojo esclamó:

— ¡Basilio! ¡recoje tu carta....! A ese precio no se quieren tus servicios....

Jacinto pronunció con tanta fuerza sus frases que Basilio se volvió hácia él, y notando el enojo que se mostraba en su fisonomía, se apresuró á decir:

— No hay que incomodarse, amigo, no es mas que una broma ¡ Cáspita ! y qué furioso se ha puesto el mozo . Cualquiera creería que hay algo entre Vds. dos ...

— Lo que hay, esclamó de nuevo Jacinto, es que debes respetar á Alicia, y no mortificarla con esas bromas de mal género.

— Vamos, no sea motivo de disgusto,—dijo Basilio dirijiéndose á recojer la carta de Gustavo y presentándola luego á su pariente.—Se acabó, y en seguida me retiro.

Jacinto cojió la carta, despues que se calmó su enojo, y la guardó en su bolsillo, miéntras Basilio se ponia el sombrero dirijiéndose á la puerta de la calle, diciendo :

— Hasta luego, hasta luego.

Jacinto quiso tomar su resolucion final sobre el destino que acababa de aceptar, con consulta de su amada : recorrieron de nuevo la carta que le habia entregado su primo, y ambos, sin motivo para sospechar pudiese haber de parte de Basilio ningun propósito de perjudicar á Jacinto haciéndole gastar inútilmente en el viage, en caso de que no fuera cierta la colocacion de que se trataba, y guiados por la seguridad con que habia ofrecido proporcionar las dos mesadas adelantadas, llegaron á la conclusion de que el destino era muy ventajoso, y de que acababan de recibir un beneficio por el conducto que ménos hubieran podido esperar alcanzarlo.

Alhagada por dulces esperanzas, fundadas en esa colccacion, la fantasía de los dos amantes corrió libremente hasta creerse elevados al mas alto punto de sus tiernas aspiraciones, hasta la realizacion de su enlace, tan pronto como instalado Jacinto en su nuevo destino se arreglase todo con ese fin.

En un momento en que el jóven tenia la palabra, y Ali-

cia le escuchaba con la vista hácia la calle, se levantó de súbito la costurera, y dirijiéndose precipitadamente á la puerta llamó á una mujer que acababa de pasar, esclamando:

—¡Hermanita! ¡Hermanita!

Tan pronto como la mujer interpelada de ese modo reconoció á Alicia, se acercó á ella, con mas ligereza de la que podia esperarse de su cuerpo encorvado. La costurera la ayudó á subir el quicio, y así que estuvieron dentro se abrazaron las dos mujeres mostrando el mayor placer en verse.

Jacinto examinó á la recien llegada sin que pudiese sacar fruto de su exámen, pues le era del todo desconocida: su aspecto era el de una mendiga, y para que no quedase de ello duda alguna, llevaba pendiente del brazo izquierdo una *jaba* ó cesto: un pañuelo blanco que le bajaba hasta las cejas cubria su frente y cabellos, y una manta negra, limpia aunque muy usada, echada por la cabeza y prendida cerca de la boca, ocultaba mucha parte de su rostro y de su cuerpo: unos espejuelos verdes de cuatro vidrios no permitian que se viesen sus ojos: su estatura era elevada, y examinando lo poco que podia observarse de su cara se conocia que debia tener ménos edad de la que á primera vista se le atribuiría.

La mendiga sin quitar su brazo del cuello de la costurera la contempló atentamente un corto instante con profunda emocion; y en seguida, como si le costara un penoso esfuerzo, separó de ella la vista y dirijió con disimulo una mirada escudriñadora á Jacinto, haciendo una inclinacion de cabeza al mismo tiempo, preguntando luego á Alicia en voz baja:

—¿Quién es ese jóven?

— Es mi mejor amigo, se apresuró á contestar la costurera en voz baja tambien: se llama Jacinto Dantin.

La mendiga dirijió al amante de la costurera otra mirada rápida y penetrante, cerrando los ojos casi del todo como si reconcentrara toda su atencion para grabar en su memoria el nombre y la fisonomía del jóven, é inmediatamente, tornando á estrechar á Alicia en sus brazos, le dijo:

— ¡ Cuánto gusto me causa volverte á ver, *hijita !* Ya estaba yo con una pena porque no sabia adonde te habrias mudado.....

— Yo tambien estaba deseosísima de volverla á ver, y sentí en el alma que no hubiese Vd. estado en casa en los dias de mudada para avisarle: constantemente me acuerdo de Vd.: ahí le tengo guardados una porcion de retazos .... Venga; se sentará y descansará un ratico....

— ¿ Tu tia ha salido....? preguntó la mendiga adelantando un paso y deteniéndose.

— Salió despues de almuerzo á practicar varias diligencias ; ya debe volver pronto.

— ¡ Ah ! entónces me voy : recordarás que la última vèz me regañó diciéndome que venia á entretenerte.....: no quiero que suceda ahora lo mismo....: ya volveré á cada rato por aquí, y aprovecharé cuando se presente buena ocasion de estar mas tiempo contigo.

— Ahora es diferente, se apresuró á decir la costurera, ha cambiado mucho mi tia para conmigo.

La mendiga reflexionó un momento al oir esas palabras de la jóven y le preguntó despues con sorpresa.

— ¿Qué causa ha podido producir ese cambio favorable para tí.... ?

— Lo ignoro : quizás consista en que haya mejorado al-

go su posicion, y no tenga necesidad de hacerme trabajar con tanto ahinco como ántes.

— ¿ Desde cuando se verificó ese buen cambio ? volvió á preguntar la mendiga .

— Desde muy pocos dias ántes de mudarnos á esta casa; hace ya medio mes.

— Sin duda la posicion de tu tia ha variado muy ventajosamente, dijo la mendiga : esta casa es mucho mejor que la que ántes ocupaban ; los muebles están decenticos.... ¿ Por donde crées tú que le haya venido la buena suerte ?......

— No lo sé, contestó la costurera. Quizás su hija Bibiana, que goza la proteccion de una señora muy rica, le haya proporcionado algunos auxilios.

Un ligero estremecimiento que Alicia no notó agitó el cuerpo de la mendiga : pronto se repuso y dijo :

— Mucho me alegro, *hijita*, de que haya mejorado tu situacion y de que te conserves buena.

— Voy á darle los retazos que le tengo guardados, dijo Alicia dirigiéndose á un costurerito que tenia sobre una silla al lado de su asiento, y volviendo luego con ellos los entregó á la mendiga, quien los recibió besando la mano que se los daba y guardándoselos cuidadosamente en el bolsillo de su vestido.

Las dos mujeres se abrazaron despues, estampando la mendiga un beso en la frente de la costurera y diciendo:

— Adios, *hijita*, ya te volveré á ver pronto ; Dios te conserve siempre con tan buenos sentimientos.

Y volviéndose hácia donde estaba Jacinto agregó :

— Con permiso de Vd., caballerito.

El amante de la costurera se puso en pié, y en union de esta ayudó á la mendiga á bajar el quicio de la puerta,

sacando despues una pieza de plata que colocó en su mano.

— ¡ Gracias, mi alma!, ¡ gracias! esclamó la mendiga, fijando de nuevo la vista en Jacinto y llevando la moneda á sus labios — Dios se lo pague y le conceda todo lo que desée.

Luego volvió á estrechar la mano de Alicia y echó á andar lentamente; miéntras Jacinto y su amada retornaban á sus asientos diciendo ella:

— Si tuviera recursos para hacerlo, recogería á esta pobre: me inspira profunda lástima.

— Parece que te ha tomado mucho afecto, dijo Jacinto.

— Siempre que me vé hace los mismos estremos conmigo, desde el dia en que me conoció: dice que le recuerdo á una hija que tuvo.

En aquel momento sonaron las tres en un reloj inmediato, al oir la hora Jacinto se dirijió á tomar su sombrero y dijo:

— Voy á practicar varias diligencias que tengo que hacer, á fin de quedar espedito luego para arreglar mi maleta.

— ¿ Persistes en tu propósito de irte mañana ? preguntó la costurera.

— Es lo que debo hacer, contestó el jóven, por mas que sienta dejarte tan pronto; pero ese será quizás el medio de que obtengamos no separarnos mas.

Alicia bajó la cabeza en señal de resignacion y dijo luego:

— Haz todo lo posible por volver pronto para estar mas tiempo juntos.

— Descansa en que así lo haré ; adios.

— Adios, dijo la linda costurera siguiendo con la vista tiernamente á su amante hasta que salió á la calle.

Bajo el influjo de gratas emociones producidas por aquel amor revelado tan repentinamente, aunque guardado y alimentado en su corazon por algun tiempo sin comprender su existencia ella misma, la jóven permaneció por un rato dulcemente estasiada : luego suspiró con pena al recordar que su amado debia alejarse de nuevo al siguiente dia, y tomó con abatimiento una prenda de ropa empezada para trabajar en ella.

Apesar de que en su conversacion con Basilio Jacinto no habia mostrado insistencia en ir á ver á Gustavo de la Rioca para darle personalmente las gracias, por el destino que le proporcionaba, el jóven no olvidó ese deber en que creia hallarse, y fué dos veces á su casa para cumplirlo ; pero sin conseguir verlo en ninguna de dichas ocasiones, si bien la segunda vez llevó una carta, que le dejó, manifestándole la gratitud profunda en que le quedaba por el señalado favor que le hacia recomendándolo en tan buenos términos á fin de que obtuviese la colocacion.

Dado ese paso, Jacinto despachó con cuanta presteza pudo las otras diligencias que tenia que desempeñar á fin de permanecer al lado de su ídolo todo el tiempo posible : con ese mismo objeto prolongaron aquella noche cuanto pudieron la velada.

Antes de recojerse Jacinto le presentó Basilio cuatro onzas de oro, como adelanto por un mes de su colocacion, que habia pedido en su nombre. El pundonoroso preceptor no quiso aceptarlas apesar de las repetidas instancias de su primo, y le recomendó encarecidamente que aprovechase la primera ocasion de devolverlas.

A la mañana siguiente partió el jóven muy temprano para tomar el primer tren de Villanueva en camino para su nueva colocacion.

Tres dias despues recibió Alicia una carta de su amante en la que le manifestaba que estaba contentísimo en su destino, que nada habia exajerado Basilio al recomendárselo tanto, y que alimentaba las mas dulces esperanzas para el porvenir.

VI.

¡DON JOSE....!

Serian como las ocho de la mañana de un domingo, algunos dias despues de los últimos acontecimientos referidos, cuando se hallaba Victoria en el comedor de su casa recorriendo un periódico.

El ruido de los pasos de una persona que entró precipitadamente llamó de súbito la atencion de la tierna amiga de Clotilde, y separó la vista del papel para dirijirla hácia la entrada del zaguan de donde partia aquel ruido.

La sorpresa de Victoria fué viva al ver pronto frente á sí á una jóven en la que reconoció á Alicia, la costurera, convirtiéndose en alarma su sorpresa al notar la palidez del rostro de la recien-llegada y la inquietud que mostraba ; por lo que se apresuró á ir á su encuentro y abrirle sus brazos, preguntándole con el mas profundo interés :

— ¿ Qué te pasa ? .... ¿ qué te sucede....?

La costurera tardó un momento en contestar, como si se lo impidiese su agitacion, y esclamó despues, con voz débil, echándose en los brazos de Victoria :

— ¡ Ah señora ! ¡ Ampáreme Vd....!

La criada Belen que se hallaba á la sazon en el primer aposento, y habia presenciado la entrada de Alicia, acudió al punto al lado de su ama, quien asustada volvió la cara de nuevo hácia el zaguan, creyendo que venia alguno en persecucion de la costurera ; pero viendo que no sucedia eso, condujo á la jóven á un asiento, y así que lo ocupó le dijo tomándole la mano :

— Tranquilízate, cálmate, y dime lo que te pasa.

Belen se dirijió al aparador, y echando en un vaso agua y vino lo presentó á la jóven, quien así que bebió un poco dijo, mas recobrada, respirando con fuerza, y con los ojos llenos de lágrimas :

— ¡ Gracias ! ¡ gracias, señora ! Ya puedo respirar....: aquí no me sucederá nada....

Repuesta Victoria con esas palabras de Alicia se sentó á su lado, y sin soltarle la mano le dijo con tierna solicitud.

— Sí, amiga mia, nada temas : manifiéstame lo que te agita, y descansa confiadamente en que te prestaré todos los auxilios que necesites.

La jóven recobrando cada vez mas ánimo, enjugó las lágrimas de sus ojos, besó la mano de Victoria y esclamó:

— ¡ Ah señora ! ¡ cuánto siento el susto que he causado á Vd !.... pero despues que la haya enterado de todo verá Vd. que no me ha faltado motivo para presentarme tan despavorida....

— Pues bien, reponte y despues instrúyeme de todo dijo Victoria afectuosamente, pasando su blanca mano por los finísimos cabellos de Alicia.

— De mucha pena me sirve, señora, dijo la costurera abusar de la bondad de Vd. ; pero hallándome en necesi-

dad de su amparo, y conociendo su excelente corazon, he acudido á Vd. como la única persona en quien puedo confiar en estos momentos.

— Te suplico, se apresuró á contestar Victoria, que deseches completamente toda pena. Aparte de la obligacion precisa en que nos hallamos todos de servirnos mútuamente en el mundo ; de las simpatías que me inspiras, y de las consideraciones que mereces por tus buenas prendas, estoy muy particularmente en el deber de servirte por las recomendaciones de mi primo Máximo Campobello. Aleja, pues, todo miramiento, y considérame como á una amiga obligada á prestarte sus auxilios, y animada del mas vivo empeño en que los aceptes.

La costurera besó de nuevo la mano de Victoria, con emocion, y dijo despues de un momento de silencio :

— Voy á instruir á Vd. señora, de la causa que me ha compelido á presentarme á Vd. tan inesperadamente y del modo que he llegado: Como le consta á V., yo vivo al abrigo de mi tia Cármen, que habiendo partido hace pocos dias para Nueva-Orleans me dejó al cuidado de una amiga suya, llamada doña Martina, la cual pasó desde entónces su domicilio á nuestra morada. Cuando nos mudamos á la nueva casa en que ahora vivimos ya encontramos en ella, como inquilino de un cuarto interior, á un tal D. José, que dicen que es pintor, aunque yo nunca le he visto ocuparse en su arte en los ratos que pasa en su habitacion. Desde el principio noté en ese hombre cierta solicitud amorosa hácia mí, y como me causaba desconfianza procuraba evitar todo lo posible hallarme á solas con él, sin atreverme á manifestárselo á mi tia, en vista de la deferencia con que ella le trataba y las consideraciones que con él tenia; no obstante que no dejaba pasar las oca-

siones de mostrarme el afecto que, segun decia él, le inspiraba yo, aunque siempre recatándose de que Cármen le oyese. Despues de la partida de ésta su insistencia ha sido tan constante que al fin, ayer, me ví obligada á manifestarle del modo mas enérgico que me fué posible que desistiera completamente de toda pretension hácia mí.—Mis palabras le enojaron de tal modo que me dijo: — " Pueda ser que te pese " — con un acento tan amenazador que me dejó sobrecojida de miedo: en seguida se dirijió á su cuarto, y poco despues salió á la calle. Apesar de mi susto nada dije á doña Martina de lo que habia pasado.

La costurera hizo una corta pausa y continuó despues de este modo:

— Siendo hoy domingo, y habiendo dormido poco anoche, sobresaltada con la amenaza de D. José, me levanté una hora mas tarde de lo que acostumbro: noté que doña Martina habia salido, lo que no estrañé, porque ella suele ir á almorzar los dias de fiesta con una hija casada que tiene. Creyéndome sola en la casa me asaltó el temor de que D. José pudiera venir de un momento á otro, por lo que resolví abrir la ventana y la puerta de la calle y sentarme en la sala: como la puerta de comunicacion de esta con el primer cuarto, en que yo me hallaba tenia echada la llave me dirijí á la del comedor que encontré tambien cerrada por fuera. Esto último me causó alguna estrañeza, que creció al sentir pisadas cautelosas en la sala, sin que se oyese hablar á nadie: me dirijí otra vez en puntillas, al primer aposento y apliqué la vista por el hueco de la llave: habia en efecto dos hombres en la sala: la ventana estaba entrejunta y la puerta cerrada....: me pareció que la sangre se helaba en mis venas, segun era de

intenso el frio que sentí; pero tuve bastante ánimo para continuar observando. Reconocí en uno de los dos hombres á D. José, que hizo una señal al otro para que saliera, marcándole la puerta: la órden fué obedecida; entreabrieron el postigo sin hacer ruido, y salió un individuo de color achinado, alto y robusto. D. José cerró despues por sí mismo el postigo; echó la llave, y se encaminó á abrir la puerta de comunicacien de la sala y el comedor.

La jóven se afectaba aun tanto con el recuerdo de lo que le habia pasado que tuvo que detenerse un momento para continuar su relacion, luego prosiguió:

— No he sufrido, señora, en mi vida unos instantes de mayor angustia que aquellos....: por suerte la proximidad del peligro no acabó por turbarme, y aunque el corazon me palpitaba con suma violencia tuve suficiente resolucion para envolverme en una cortina recojida hácia un lado de la misma puerta del primer cuarto, de modo que aunque oculta pudiese ver lo que ocurria, concibiendo repentinamente lo que habia de hacer. La puerta del comedor se abrió, y D. José penetró en la propia habitacion en que yo me hallaba, mirando á un lado y otro como si me buscase....! temí que el movimiento que el temblor de mi cuerpo comunicaba á la cortina me descubriese; pero no fué así, don José siguió para el segundo cuarto... Entónces me deslicé como una sombra al comedor, pasé á la sala, abrí la puerta y me lancé á la calle, andando precipitadamente, presumiendo que me seguirian tal vez, tomando la precaucion de doblar á cada boca-calle, á la ventura, sin rumbo determinado....

— Sin duda las intenciones de don José eran muy hostiles, dijo Victoria; ¡ Buena fortuna has tenido en escaparte!.... Me estremezco al pensar el peligro que has

corrido, porque quien sabe que perversos planes serian los de ese hombre....

— A juzgar por lo que ha pasado se levantan sospechas muy fundadas de que sus propósitos eran infernales....: pero Dios que vela por la inocencia me ha salvado....

— ¿ Y has venido á pié hasta aquí? preguntó Victoria.

— No, señora; despues de un rato de andar siempre á toda prisa, preocupada solamente con la idea de salvarme, me encontré en el paseo de Isabel II, cerca de la puerta de Tierra: entónces me detuve á pensar adonde habia de ir; recordé que Campobello no se halla en la Habana, y al punto me ocurrió venir á buscar el amparo de V. (teniendo presente que siempre me ha dicho él que acuda á V. en cualquier caso en que la necesite) entrando para el efecto en un carruage de alquiler quo á la sazon pasaba.

— ¿ Has despedido ya al calesero? preguntó Victoria.

— ¡ Ah! no, señora, esclamó Alicia; pero es que no traigo con que pagarle....

Victoria se volvia hácia la criada Belen para darle la órden de abonar al calesero cuando ya el ama de llaves se dirijia á la puerta para hacerlo.

— Démos ántes que todo gracias á Dios que te ha salvado, dijo Victoria, y considérate aquí libre de todo riesgo. Por ahora no debes pensar en volver á tu casa: mandaremos á buscar lo que quieras que te envien de ella, ó irás tu misma bien acompañada, para que señales lo que te han de traer, y permanecerás conmigo unos dias hasta que todo se arregle, á fin de que no te veas de nuevo amenazada por eso hombre.

— Acepto, Señora, con el mayor placer sus ofrecimien-

tos, dijo la costurera, y á la vez me permitirá Vd. que durante mi permanencia en su casa me consagre de algun modo á serle útil.

— Es propio de las almas delicadas el tratar de retribuir los servicios que se les prestan, repuso Victoria, y no te privaré de esa satisfaccion. ¿Te gustan los niños?

— Con delirio, señora, dijo Alicia, y sobre todo si son tan graciosos y tan bien educaditos como los de Vd.

— ¿ Los conoces ? preguntó Victoria con esa delicia que experimentan las madres cuando les celebran sus hijos.

— Si, señora, tuve el gusto de conocerlos la otra vez que estuve acá á traer á Vd. un vestido. ¿Están ahora aquí?

— No, su abuela vino á buscarlos hoy, como domingo que és, para que pasen el dia con ella.

— Siento no poder abrazarlos en este momento, dijo Alicia; pero desde ahora le suplico me conceda cuidar de alguno de ellos durante el tiempo que permanezca al lado de Vd.

— Con el mayor gusto, dijo Victoria complacida, precisamente yo los educo aquí mismo, y tú me serás muy útil puesto que hablas el inglés y el francés. Pueda ser, amiga mia, que llegue á tenerte mas cuenta permanecer de una vez aquí conmigo : quizás yo pueda retribuirte mejor que el fruto que te dan tus costuras, y á mi lado estarías mas descansada.

Alicia besó con efusion la mano de Victoria y con los ojos llenos de lágrimas de profundo enternecimiento exclamó :

— ¡ Ojalá, señora ! ¡ ojalá que mis cortos servicios pudieran ser á Vd. tan útiles que no viese yo en mi permanencia á su lado ninguna carga para Vd....! Mi alegria sería extraordinaria si así sucediese.

—Pues no lo creo difícil, dijo Victoria: yo hablaré de eso con mi esposo, y desde ahora no dudo lograr que consienta.

—Apropósito de su esposo, dijo la costurera ¿no se llama D. Gustavo de la Rioca....?

—Sí, contestó Victoria.

—Pues ha prestado hace pocos dias un buen servició á un jóven á quien me liga la amistad mas íntima, proporcionándole un destino muy ventajoso del que está sumamente complacido.

—¡Cuanto me place! esclamó Victoria.

—Quizás yo misma participe directamente de ese servicio; por que el jóven es....

—¡Ah! es tal vez tu amante, esclamó Victoria sonriendo al notar que Alicia no concluia su frase.

—Sí, Señora, afirmó la linda costurera bajando la cabeza, oprimiendo suavemente la mano de su interlocutora; y agregó:

—Del éxito de esa colocacion depende el que nos casemos....

—Debe ser un jóven de muy buenas prendas cuando tu le has concedido tu amor.... ¿Lo conoce Máximo?

—No, señora, porque es la primera ocasion que viene á la Habana desde que nos tratamos Campobello y yo.

—¿Qué tiempo hace que conoces á tu amante?

—Desde mi mas tierna infancia; nos hemos criado y hemos crecido juntos; de suerte que estoy bien penetrada de sus buenos sentimientos y del cariño que me profesa.

—Pues voy á empeñarme con Gustavo para que esa colocacion sea lo mas ventajosa para tu futuro, á fin de que se realice pronto tu matrimonio, y si no tienen Vds. otro compromiso deseo ser la madrina.

La bella costurera no sabia como manifestar su gratitud á Victoria por tanta bondad, y le besaba la mano conmovida, exclamando:

—¡Ah! señora! ¡Cuan feliz me hace Vd! ¿Quien me habia de decir cuando entré aquí tan despavorida, que en corto rato no podría contener el contento en que rebosa mi corazon.... ! No hay duda de que existen ángeles en la tierra y Vd. es uno de ellos....

—¿Conque me aceptas para madrina de tu matrimonio? preguntó Victoria para que la jóven no siguiera en sus alabanzas.

—Sí; con toda mi álma, señora. ¡Qué presagio mejor de felicidad que el que sea Vd. la que me conduzca al altar...! ¡Qué modelo mas acabado que Vd. misma podré yo proponerme imitar para cumplir dignamente los deberes que mi nuevo estado me imponga....? Estoy bien segura de que cuando Jacinto lo sepa esperimentará la mas viva alegría: permítame Vd. que tambien en su nombre le muestre nuestra gratitud sin límites.

Al concluir sus frases la linda costurera se inclinó para besar otra vez la mano de Victoria.

En aquel mismo instante entró de la calle Gustavo de la Rioca; su esposa, deseando hacerlo partícipe de la satisfaccion que disfrutaba entónces ella, y de que oyese de lábios de la jóven las espresiones de su gratitud por el destino que habia proporcionado á su amante, lo llamó con un movimiento de mano vivamente repetido.

La Rioca, sin haber podido reconocer á la costurera, que se hallaba de espaldas é inclinada, como hemos dicho, en aquel momento, se acercó á las dos mujeres diciendo á su esposa:

—¿Qué me quieres....?

Al oir su voz la jóven se volvió hácia él precipitadamente, y poniéndose al punto en pié derecha, y pálida como una estátua de mármol, lo contempló un instante con profunda ansiedad y gritó despues:

—¡Don José!!

Habia en aquel grito del alma una mezcla tal de indignacion, de espanto y de amenaza, y sufrió tan notable alteracion el semblante de la costurera que Victoria se estremeció.

El rostro de La Rioca palideció tambien, revelándose en él gran sorpresa; pero dominando pronto su emocion se volvió á su esposa interrogándole con la vista sobre aquella escena.

—¡Márchese Vd....!esclamó de nuevo Alicia con creciente exaltacion—¡Salga Vd. de este casa donde no debió entrar....! ¡Cese Vd. de perseguirme....!

—¡Qué significa esto....? preguntó Gustavo en voz baja á su esposa—¿Está loca esa muchacha?

Victoria tomó entre las suyas la mano de Alicia diciéndole:

—Cálmate, amiga mia, traquilízate; las fuertes emociones que has esperimentado hoy deben haberte afectado mucho; toma asiento y reposa un rato; yo te lo ruego.

—¡Pero haga Vd. salir ántes á ese hombre, señora....!

—Cálmate, cálmate, repitió Victoria esforzándose en aplacar la exaltacion de la costurera —Estás equivocada; ese no es D. José.

—¡No és D. José.... ! ¡Señora.... ! — esclamó Alicia mirando fijamente á Victoria y en tono de reconvencion, porque su razon empezaba á turbarse.

—No: dijo Victoria con la mayor dulzura, ese caballero es mi esposo.

—¡Su esposo!! gritó la costurera separándose violentamente de los brazos de Victoria y llevándose ámbas manos á la cabeza—¡Su esposo! ¡Ah!

Y ántes que pudiesen evitarlo echó á correr en direccion á la puerta de la calle.

Poseida de profunda compasion y arrastrada por un impulso de su exelente alma, Victoria dió algunos pasos en seguimiento de la jóven, para detenerla á su lado; pero Gustavo se lo impidió reteniéndola suavemente, diciéndole:

—Ahora irá un criado en pos de ella, aguarda.

La Rioca se dirijió hácia el patio de la casa para llamar un criado, mientras Victoria corrió á una de las ventanas de la calle á ver si divisaba á la costurera; pero ya no pudo distinguirla; pues así que salió la jóven de la casa dobló rápidamente por la esquina mas próxima huyendo con precipitacion.

Un hombre envuelto en un capote pardo, cuyo rostro cubria casi del todo el ala de su sombrero calañés la seguia como con ánimo de detenerla: al corto rato se encontraban ámbos en un lugar solitario de la Alameda de Paula, en un estremo de ella, hasta donde en la época á que nos referimos se estendia aun el mar. Alicia sintió mas cerca de sí los pasos del que la seguia, que se apresuraba á alcanzarla, y como si tomase una resolucion violenta se encaminó hácia el agua.

El hombre del capote pardo comprendió la terrible resolucion de la jóven y gritó para contenerla, con profunda angustia:

—¡Alicia. ¡Alicia.... ¡soy yo ¡Jacinto!

La costurera se volvió prontamente con los brazos abiertos al oir aquellas palabras y al reconocer el acento del que las pronunciaba, sin poder dar un paso mas: el

jóven llegó junto á ella para sostenerla en los momentos en que sus rodillas se doblaban.

—¡Gracias, Dios mio! murmuró Alicia, cayendo en los brazos de su amante, con la espresion del náufrago que pisa al fin la playa.

Jacinto condujo á Alicia hacia la escalera de piedra próxima ayudándola á sentarse en una de sus gradas colocándose luego junto á ella, teniendo entre las suyas las manos de su amada para comunicarles algun calor.

Mas repuesta la costurera al cabo de un rato pudo esclamar estrechando llena de gratitud la diestra de Jacinto:

—¡Cuan á tiempo has llegado en mi auxilio, amado mio.! ¡Dios te bendiga....!

—Recibí tu última carta—dijo el jóven—que me alarmó en sumo grado, por lo que pedí permiso á la persona con quien estoy colocado para venir á la Habana.... debí haber llegado ayer; pero no alcancé el tren del ferro-carril, y tan viva era mi inquietud que emprendí el viaje á caballo. Llegué esta mañana, como á las siete y media, dejé la bestia en una posada, y sin mudarme absolutamente de trage, para no demorarme ni un segundo, corrí á la calle de la Zanja, á la casa de Cármen: encontré abierta la puerta de la calle, y recorrí toda la casa sin hallar á nadie.... Salí de nuevo á la calle, con al mayor sobresalto, é informándome en el vecindario me dijo el mozo de *la bodega* de la esquina que habia visto pasar á una mujer jóven con mucha prisa, casi corriendo: las señas que me dió de esa mujer convenian con las tuyas....: tuve presente lo que me decias en tu citada carta, que en caso necesario, no hallándose hoy Campobello en la Habana,

acudirias á su prima Victoria, y con toda presteza tomé un carruage que me condujo hasta cerca de la casa de ésa señora: iba á entrar para inquirir si estabas tú allí; pero como me hallaba en tan mal trage discurrí ántes mirar por la persiana de una de las ventanas de la calle á ver si por suerte te divisaba: descubrí que en efecto estabas en el corredor, sentada, hablando con una señora, que probablemente será la prima de Máximo.

—Si, ella misma és, afirmó Alicia.

—Entonces, continuó Jacinto, me tranquilicé, considerándote ya libre de todo riesgo: resolví ir á la posada, mudar de trage y volver á casa de Victoria, contando hacerlo todo lo mas pronto posible, para lo cual me dirijí en solicitud de un carruage de alquiler á la esquina: por fortuna tuve que aguardar allí un rato, y eso dió lugar á que te viese salir tan precipitadamente de casa de Victoria. Pero eso es lo que me sorprende de un modo estraordinario ... ¿porque huias tan despavorida entónces....?

—¡Ah! esclamó la costurera estrechando el brazo de su amado y estremeciéndose aun—Porque D. José es el mismo esposo de Victoria.....

—¡Es posible....! esclamó Jacinto—D. José es el marido de Victoria.... ¡Luego es el mismo Gustavo de La Rioca!....

—Sí, afirmó débilmente Alicia.

Jacinto inclinó con abatimiento la cabeza sobre el pecho, presa de un desencanto dolorosísimo.

—Ya lo comprendo todo:—esclamó luego incorpórandose.—Me proporcionó la colocacion para alejarme de tu lado.... valiéndose de Basilio.... ¡Infames!....

El jóven cerró los puños con profunda indignacion y se puso en pié agitado.

La costurera asustada al notar la espresion amenazadora del semblante del jóven, regularmente tan apacible, se levantó tambien y le dijo para calmarlo:

—Por fortuna ya hemos descubierto toda su trama, y tomaremos nuestras precauciones para librarnos de sus asechanzas: desde ahora no debemos separarnos ni un momento, y de ese modo estoy bien cierta de que nada me sucederá.

Jacinto no parecia oir á su amada, como si le dominara la idea de venganza: la jóven comprendió lo que pasaba en el ánimo de su amante y volvio á decir:

—No debemos ocuparnos ya de lo que ha sucedido sino para tomar nuestras medidas para lo futuro. Cualquiera resolucion violenta agravaria nuestra situacion....:evitemos nuevos conflictos....

—Sí, esclamó con alguna violencia Jacinto—pero es muy triste que queden esos infames sin castigo.....

—Procuremos nosotros, repuso Alicia, ponernos al abrigo de sus tiros, y dejemos á la justicia divina el cuidado de castigar las maldades de nuestros enemigos: Dios que vela por la inocencia hace sentir á los malvados el peso de la justicia.

Fuese por no alarmar mas á su amada, ó porque realmente se aplacase el furor del primer momento, Jacinto pareció luego mas tranquiloy dijo:

—Debemos pensar ya adonde dirijirnos; pues no creo prudente que vuelvas por ahora á casa de Cármen.

—No, de ningun modo, esclamó Alicia, reflexionando que la vuelta á su morada daría probablemente lugar á un encuentro entre Basilio, ó D. José, tal vez, y su amante, lo que en aquellas circunstancias podia ser de fatales consecuencias.

—¿Conoces á alguna señora respetable cuya casa te ofrezca seguro asilo? volvió á preguntar Jacinto.

—Tal vez la señora con quien vive Bibiana...., empezó á decir Alicia.

—No, esclamó el jóven, porque recordarás, segun dijo Basilio, que Bibiana trata á La Rioca, y tal vez sea amigo de esa señora.

—Es verdad, afirmó la costurera.

Y despues de un momento de reflexion volvió á decir.

—La hija casada de D.ª Martina es persona muy apreciable.

—¡Cierto! ¡cierto!, apoyó Jacinto vivamente, y yo soy amigo de su esposo, que es muy buen sugeto. No hay que titubear un momento, iremos á su casa.

Los dos jóvenes enlazaron en seguida sus brazos y anduvieron á pié algun trecho, hasta que encontraron un carruage de alquiler, en el que entraron, y que los condujo hasta la morada de la hija de D.ª Martina: en el camino informó Alicia á su amante de la amenaza que la víspera le habia hecho D. José, y de la manera sospechosa con que se habia presentado aquella mañana, que produjo la violenta salida de la costurera de casa de Cármen.

La hija de D.ª Martina y su esposo, personas sencillas y bondadosas, recibieron á los dos amantes con vivas demostraciones de alegria. Jacinto enteró al dueño de la casa en breves razones de los motivos que obligaban á la costurera á acudir á él en solicitud de un asilo por algunos dias, hasta que se resolviese otra cosa, y obtuvo la mas afectuosa acojida.

Aprovechando despues el amante de Alicia la primera oportunidad en que pudo burlar la vigilancia de esta, se dirijió en busca de Basilio, con el objeto de aclarar y ven-

tilar con él el asunto de la carta de recomendacion que le habia proporcionado, y resuelto á echarle en cara su villanía si resultaba complicidad de parte de su primo con el supuesto D. José.

Casi seguro de hallarlo en el billar, Jacinto se encaminó á un café situado en la que era entónces Calzada del Monte, cerca del Campo de Marte : allí estaba en efecto Basilio, taco en mano, inclinado sobre la mesa, graduando el golpe que habia de dar á su bola para obtener el resultado que se prometia de aquella jugada. Por no faltar á las reglas de la urbanidad, Jacinto se sentó en un banco al estremo del salon, á esperar á que concluyese el partido en que en aquellos instantes se interesaba el hijo de Cármen. A poco rato notó que habia terminado dicho partido, y fué hácia Basilio, quien sorprendido al verlo, esclamó.

—¿Cómo es eso! ¡tú por la Habana.... ?

—Sí, contestó friamente Jacinto, y he venido á buscarte para tratar de cierto particular: ven conmigo.

Basilio comprendió por la espresion del rostro de su primo y el tono con que le hablaba, que no venia en su busca con pacíficas intenciones: se dirijió á tomar su levita colgada de una percha, y despues de ponérsela se habilitó con el grueso baston de granadillo, que nunca abandonaba, y volviéndose hácia Jacinto le dijo, echándose sobre los ojos el sombrero de copa baja:

—Estoy á tus órdenes.

Jacinto salió del café sin volver á hablar, seguido de Basilio: á poco andar se detuvieron al lado del Campo de Marte, por el costado de la Calzada del Monte, por cuya acera transitaban muy contadas personas á la sazon, y despues de un momento, que empleó en dominarse lo su-

ficiente para usar en sus palabras el tono mas comedido posible, dijo Jacinto:

—Alicia fué objeto ayer de las amenazas de ese D. José inquilino de un cuarto de la morada de Cármen; ese mismo hombre se ha introducido hoy en otras habitaciones de la casa, bajo circunstancias muy sospechosas: resulta que ese hombre es el propio D. Gustavo de la Rioca, tu amigo, el que te porporcionó una carta de recomendacion en favor mio, para que se me facilitase un destino...

—¡Cómo....! ¡qué dices....!—esclamó Basilio interrumpiéndole, echándose hacia atras el sombrero y mirando fijamente á su primo—¿Quién dice que D. José y D. Gustavo son la misma persona.....! Yo le sostengo que miente groseramente

—Quien lo dice es la misma Alicia, repuso Jacinto, que conoce muy bien á D. José, y que esta mañana se ha encontrado con D. Gustavo en la propia casa de éste.

—Pues yo, que conozco perfectamente á La Rioca, sostengo y sostendré, aquí y en todas partes, que no és D. José el inquilino de casa, por mas que en efecto se parezcan mucho los dos; y si tú hubieras tratado como yo á D. Gustavo te guardarias muy bien de abrigar contra él las sospechas que acabas de indicarme.

La seguridad con que hablaba Basilio era tal que Jacinto concibió la presuncion de que ofuscada la costurera con lo que le habia pasado con D. José lo confundió sin duda con Gustavo á causa de esa semejanza que, segun acababa de decir Basilio, existia entre los dos: sin embargo, volvió á insistir, aunque con tono ménos airado, diciendo:

—Las apariencias te son desfavorables.... Llegaste primero con ese D. José; estuviste con él en su cuarto;

luego salieron los dos juntos, y mas tarde volviste con la carta de D. Gustavo....

Basilio tomó el aspecto de un hombre cuya dignidad se ha ofendido y luego como si reprimiese su justo enojo dijo:

—Sobrada razon me asistiria para exigirte el mas completo desagravio por la acusacion que tan sin fundamento alguno pretendes hacerme; pero comprendo que estás en un error muy craso que estravia tu juicio, y voy á sacarte de él; á reserva de que nos ocupemos luego de ese D. José, á quien he tratado muy poco, y de los motivos que haya dado para las sospechas que se han levantado contra él.

El tono reposado y en la apariencia digno con que hablaba su pariente impresionó al amante de Alicia, en cuyo ánimo se fortalecia la presuncion que poco antes le asaltó, de que su amada, en la turbacion de espíritu en que debia hallarse al huir de D. José, creeria ver en Gustavo á su perseguidor.

Basilio comprendió que ganaba terreno, porque la fisonomía de su primo iba serenándose visiblemente, y adquiriendo mas confianza aun dijo:

—Para sacarte del error en que te hallas, creyendo que D. José y La Rioca son la misma persona, bastará que te haga una reflexion muy sencilla, que á la verdad me sorprende no te haya ocurrido: si D. Gustavo tomaba un falso nombre y adoptaba tantas precauciones para no ser conocido ¿como ha de suponerse que te hiciera entregar una carta firmada de su puño y letra, con su nombre verdadero, que le esponía á ser descubierto? ¿Es presumible de modo alguno que una persona de su posicion, que goza el buen concepto público que él disfruta entregara tan

cándidamente esa prueba que pudiera servir de base de una acusacion terrible contra él en la hipótesis de que fuera el mismo D. José?

Basilio calló, esperando que Jacinto conviniera en la conclusion que acababa de espresar; pero este guardó silencio, apesar de que manifestaba en su rostro que hacian fuerza en su ánimo los argumentos de su pariente.

El hijo de Cármen, conociendo que llevaba la persuacion al pecho de su primo, cada vez mas alentado, continuó diciendo:

—Probado, pues, hasta la evidencia, de una manera irrefutable, que D. Gustavo y D. José son dos personas, y no un mismo individuo como tan equivocadamente creias, viene abajo por su base la injusta sospecha que la fatal semejanza de esas dos personas te hizo concebir contra mí, y llega el momento en que debo ocuparme de mí propio para desvanecer el falso concepto que sin duda te has formado de mi carácter y de mis sentimientos, puesto que has dado tan torcida interpretacion á un servicio que con la mejor voluntad y buena fé hice.

La conciencia de Jacinto se alarmó al oir las últimas frases, hipócritamente pronunciadas por el hijo de Cármen, á la idea de que quizás habia procedido injustamente contra él atribuyéndole perversas miras, sin las pruebas necesarias para formar ese juicio. Debe tenerse en cuenta que Jacinto era un jóven de veinte años, de alma pura, y escaso conocimiento de los hombres; en tanto que Basilio, aunque solo era 3 años mayor que él, poseia ya un gran caudal de malicia y esperiencia, y venia ademas bien instruido para el presente caso por hábil maestro.

Jacinto permaneció un rato con la cabeza inclinada y la vista en tierra, tratando de ver claro, de formar un

juicio acertado: su natural bondad venció al fin, inclinándo su ánimo á creer en la inocencia de su pariente, y dijo:

—Todos estamos espuestos á equivocarnos en el mundo, y yo esta vez he procedido con precipitacion....

—¡Basta! ¡basta!—esclamó Basilio interrumpiendo á su primo dando de ese modo un golpe magistral.—No quiero que me des mas satisfaccion: ni una palabra mas sobre eso.

—Todo ha consistido, insistió el amante de la costurera, en esa semejanza de D. Gustavo y D. José que ha dado orígen á la equivocacion de Alicia.

—Todo ha consistido,— repitió Basilio, para borrar por completo de la mente de Jacinto la idea de que La Rioca y D. José fuesen una sola persona, y la de su complicidad con el primero—en ese maldito hombre que se ha introducido en nuestra casa; pero yo, como gefe de ella en ausencia de mi madre, castigaré debidamente sus desmanes.

—No creo que despues de lo que ha pasado esta mañana vuelva él á dejarse ver por allá, dijo Jacinto.

—En efecto, afirmó Basilio; pero á mí no se me despinta, y donde quiera que lo encuentre le mediré las costillas con el granadillo. Apropósito, recuerdo que puedo hallarlo ahora en cierto lugar y voy á buscarlo.

—Te acompañaré, dijo Jacinto con entera confianza sin sospechar el artificio que estaba empleando con él su pariente.

—No conviene que vengas conmigo dijo prontamente Basilio, porque si nos vé á los dos juntos se asustará y tratará de escaparse. Yo solo soy muy suficiente para él: ya este negocio corre por mi cuenta. Lo que tú debes hacer es ir á acompañar á Alicia. ¿Está ella en casa?

—No, contestó Jacinto, la llevé á casa de la hija de D.ª Martina.

—Bien, dijo Basilio; pero de todas maneras es conveniente que vayas ahora á verla, y que cuanto ántes la saques del error en que estará creyendo que D. Gustavo es D. José; haciéndome al mismo tiempo la justicia que merezco desengañándola de que yo no podia entrar en ningun plan que redundara de modo álguno en su daño.

—Corriente, se apresuró á decir Jacinto que hayaba muy justas esas indicaciones de Basilio, tendiendo la mano á este.

En seguida se separaron los dos jóvenes, Jacinto para dirijirse á ver á Alicia, muy contento, en la confianza de que ni La Rioca ni Basilio eran culpables como él habia creido, de poder conservar dignamente su nueva colocacion, y Basilio para volver al Café, muy satisfecho de la habilidad que habia desplegado para engañar á su primo.

No habria andado aun cuarenta pasos el hijo de Cármen cuando divisó á un hombre que venia hácia él apresuradamente, y tan pronto como lo hubo reconocido se dió prisa tambien en ir á su encuentro: muy en breve, pues, llegaron el uno junto al otro, anticipándose Basilio á saludar al recien-llegado con señales de gran deferencia, que no escluia cierta familiaridad respetuosa, diciendo:

—Salud, señor D. Lúcas ¿á que casualidad debo este feliz encuentro....?

El hombre á quien Basilio acababa de llamar D. Lúcas era de mediana estatura; anchas espaldas, frente estrecha y prominente; cejas pobladas, tras las cuales brillaban sus pequeños ojos penetrantes: la barba negra, espesa y ensortijada cubriale parte del rostro, cuyo conjunto tenia una espresion marcada de astucia y resolucion: represen-

taba de 45 á 50 años y su trage era de fino paño negro, resaltando sobre el chaleco una gruesa cadena de oro.

—He venido espresamente á buscarte, dijo contestando á las últimas frases de Basilio, con tono de proteccion, es preciso que vengas al momento conmigo.

—Con mucho gusto, contestó Basilio siempre respetuosamente.

—Se trata de tu porvenir—volvió á decir D. Lúcas—pero de un modo tan brillante que nunca hubieras podido ni aun soñar siquiera con la fortuna que se te prepara.

Basilio esperimentó una sensacion de estraordinaria curiosidad, y abrió los ojos sorprendido, diciendo con voz entre-cortada por la emocion.

—¿Qué fortuna es esa.....?

—He resuelto casarte con una jóven de gran mérito, estremadamente bella; que poseerá pronto un caudal muy considerable, dijo D. Lúcas pronunciando con énfasis todas sus palabras.

El hijo de Cármen permaneció un momento atónito, dudando de lo que acababa de oir, y con la vista fija en su interlocutor.

—Pero ántes que todo, sin pérdida de un segundo, volvió á decir D. Lúcas, hemos de dar varios pasos urgentísimos: tenemos que emplear la mayor actividad: ven conmigo.

Y echo á andar inmediatamente seguido del jóven, que aun no podia darse cuenta de lo que le pasaba. D. Lúcas detuvo al primer carruage de alquiler que encontraron á su paso é invitando á entrar á Basilio lo hizo él despues, diciendo al calesero.

—A la Habana, con toda prisa.

El calesero picó á la bestia, y el carruage desapareció

muy pronto entre la espesa nube de polvo que entónces, aún mas que ahora, se elevaba en la estacion de la seca en esa parte de nuestra ciudad.

Dejamos dicho ántes que al salir Alicia de casa de Victoria, La Rioca se dirijió al patio para llamar á un criado que fuese en busca de la costurera, en lo que demostró intencion de ganar tiempo; pues pudo haberlo hecho acudir con presteza si hubiese dado una voz, en vez de encaminarse como lo hizo hasta el fondo de la casa: luego entró en tan detenidas señas de la jóven, que dió lugar á que transcurriese algun rato, consiguiendo el resultado, que indudablemente ansiaba, que el sirviente retornase sin haber hallado á la jóven.

Persuadida Victoria de que Alicia habia padecido una ofuscacion al tomar á su esposo por D. José, á causa del estado de sobresalto en que debia hallarse su espíritu, no sospechó ni remotamente la nueva hazaña del seductor de Clotilde: inútil será que agreguemos con cuanta maña empleó esta vez La Rioca sus dotes de disímulo é hipocresia para alejar de la mente de su consorte hasta el mas leve recelo de que fuese él el héroe de la aventura, en que, por suerte, quedaron burladas sus aviesas intensiones; que muy perversas debian ser cuando llevaba en su compañía al mismo calesero Blas de que se valió para el rapto de la esposa de Arcasola, que fué el propio hombre de color achinado visto por Alidia en la sala de la casa de Cármen, cuando miraba por el hueco de la llave en momentos de estraordinaria angustia para ella.

Victoria esperó de pié, en una de las ventanas de la sala, con la mayor ansiedad, la vuelta del criado que fué en pos de la costurera, causándole profundo desconsuelo que no la hubiese hallado, y quedando con la mas penosa

inquietud por la suerte de la jóven. Por la tarde envió á Belen en el carruage á la calle de la Zanja, á la morada de Cármen; pero sin que produjese fruto alguno esa diligencia; pues la casa estaba completamente cerrada, y no le fué posible al ama de llaves obtener noticias de sus inquilinos.

No era Victoria únicamente la que se interesaba en saber de la costurera; tambien mostraba vivísimo empeño la mendiga que en el anterior capítulo presentamos; pues en el curso del dia pasó numerosas ocasiones por delante de la casa de Alicia, deteniéndose á la puerta, llamando fuertemente á veces; aplicando otras el oido, y preguntando siempre con insistencia á los vecinos inmediatos, creciendo su ansiedad á medida que transcurrian las horas sin que pudiese averiguar adonde habia ido la costurera.

Eran cerca de las nueve de la noche de aquel dia, cuando se hallaba la misma mendiga al pié de la ancha escalera de mármol de la suntuosa mansion del Señor Aquiles Falieri, hablando con una criada de color. Los dueños de la casa habian salido; el portero se ocupaba en el zaguan en su habitual tarea de torcer cigarrillos, y aunque nadie las veia ni podia oirlas en tales momentos las dos mujeres muy inmediata la una á la otra, se hablaban en voz baja, de modo que era preciso estar muy cerca de ellas para entender lo que conversaban.

—¿Dices que trajeron aquí hoy á una jóven? preguntó la mendiga esforzándose en dominar su emocion.

—Sí, contestó la criada.

—¿Cuales eran sus señas? volvió á preguntar la mendiga.

—Venia tan bien cubierta con un velo negro que no era posible verle el rostro, contestó la criada.

—¿Quién la trajo?

—La *niña* Bibiana.

—¿Como á qué hora....?

—Al oscurecer, todavia no habian encendido acá las luces: yo la ví á alguna distancia....: calculo que es jóven por el aire del cuerpo.

—¿No se la han llevado aun? preguntó la mendiga despues de un momento de silencio.

—No: ahí está todavía.

La mendiga deslizó su mano por el bolsillo del vestido, y sacando una pieza de oro la mostró á la criada diciéndole:

—Te doy esta moneda como hagas modo de que yo pueda ver á esa jóven.

Los ojos de la criada brillaron codiciosamente al percibir la pieza de oro; luego con señal de desconsuelo dijo:

—¡Ah! no puede ser....

—¿Porqué.... esclamó la mendiga con agitacion.

—Porque está encerrada en un cuarto, y no dejan entrar á nadie allí.

—¿Acaso está echada la llave de la puerta?

—Sí, y el cuarto no tiene mas que esa entrada.

—¿Quien guarda la llave de esa puerta....? inquirió de nuevo la mendiga, cada vez mas agitada.

—Bibiana la tiene, contestó la mujer de color.

—¿Y Bibiana esta arriba....?

—Sí, ahí está.

La mendiga se pasó la mano por la frente cubierta de sudor, y luego se oprimió las sienes como si tratase de desechar un pensamiento.

Pero en seguida se marcó la resolucion en su semblan-

te, y cojiendo del brazo á su interlocutora dijo con acento enérgico:

—Es preciso que yo vea á esa jóven.... de cualquier modo.... ¿Qué gente hay allá arriba....?

—La *niña* Bibiana y como cuatro criados.

La mendiga reflexionó un instante y dejó caer la cabeza sobre el pecho con abatimiento: despues levantándola vivamente dijo:

—Tú sabes que hasta ahora siempre te he cumplido todas mis promesas, pues bien, para mí el ver á esa jóven es del mayor interés, y estoy dispuesta á hacer cualquier sacrificio para conseguirlo....: tu felicidad depende de que me proporciones modo de verla ahora mismo.

La criada quedó un momento pensativa, estraordinamente escitada su codicia por las palabras de su interlocutora.

La mendiga esperaba con inesplicable ansiedad el resultado de la reflexion de la criada.

—No hallo modo; dijo al fin esta; solamente que Vd. entre ahora y se esconda allá arriba, y que luego á media noche, cuando estén todos acostados.. coja yo la llave..

Despues de un momento de silencio la mendiga movió la cabeza como si desaprobara el plan de la criada, y dijo:

—Es menester que sea ahora cuando yo vea á esa jóven, aprovechando la ocasion en que tus amos no están aquí....: me has dicho que han ido al teatro, de modo que tardarán todavía mas de una hora....: tengo tiempo de ir á buscar una cosa y volver....

Y luego, incorporándose para salir, agregó como si hablara consigo misma, en tono resuelto:

—No hay mas remedio; astucia contra astucia....: y si fuere preciso, violencia contra violencia....

El ruido de un carruage que se detuvo á la puerta llamó de súbito la atencion de las dos mujeres que se pusieron á escuchar atentamente.

—¡Los amos! esclamó luego en voz baja la criada, emprendiendo la ascension de la escalera, miéntras la mendiga se acurrucaba para no ser vista.

Eran en efecto Falieri y Magdalena los que entraban: la primera, que se habia adelantado algunos pasos, descubrió con su mirada penetrante, al llegar al corredor, el estremo del vestido de la criada que subia la escalera, y el bulto de la mendiga que se ocultaba, y se detuvo cautelosamente á esperar á Falieri: su primer pensamiento fué llamar al portero para que reconociese á la persona que se escondia; pero inmediatamente dominó ese impulso de temor, cediendo á otras consideraciones, y comprendiendo quien era la que se ocultaba fingió que no la habia visto, tomando sin embargo la precaucion al reunirse con Falieri de que éste quedara entre ella y la mendiga al subir la escalera.

Poco despues bajó un criado en busca del portero de órden de la señora, y subieron ambos en seguida.

Aprovechando esa ocasion salió la mendiga del sitio en que se habia ocultado: en lugar de dirijirse á la puerta de la calle sin pérdida de tiempo, miró primero hácia arriba como si se intentase subir, se volvió despues al lado de las persianas que daban al patio, con la intencion de introducirse en el interior de la casa; pero quedó al fin sin resolverse á hacerlo, con la vista en tierra, presa de una vacilacion penosísima entre el ansia de permanecer en aquella casa y el temor de dar algun paso imprudente que le acarrease fatales consecuencias.

Erale preciso tomar algun partido: ya se sentian las pe-

sadas pisadas del portero que volvia, en los escalones superiores: la prudencia venció al fin en el ánimo de la mendiga, que se encaminó precipitadamente hacia la calle, llevando impresas en el rostro señales de una violenta desesperacion.

Ya en la calle, la infeliz mujer se dirijió á la esquina opuesta á la de la gran casa del señor Falieri, donde se situó en la sombra, sin separar la vista de aquel edificio. Despues de un largo rato de permanecer allí notó que llamaba la atencion del sereno, y le fué preciso abandonar por entónces aquellos lugares.

Muy temprano aun, á la siguiente mañana, ya rondaba de nuevo la mendiga los alrededores de la casa de Falieri, esperando á que abriesen la puerta para aprovechar la primera oportunidad de introducirse á hablar con la criada.

Antes que la puerta principal se abrieron las que daban al balcon corrido de la sala, y en él apareció la mujer de color, en momentos en que se hallaba la mendiga en la opuesta acera: pronto se reconocieron las dos y mediaron señales de inteligencia entre ellas.

Corto rato despues el portero abrió por fin la puerta principal, y aprovechando la mendiga un buen momento penetró en la casa para detenerse, como la víspera, al pié de la escalera, donde ya la aguardaba la criada, quien se apresuró á decirle así que llegó á su lado:

—Mala noticia tengo que darle....

—¿Qué ha sucedido....? preguntó la infeliz mujer con un sobresalto que su informante no podia apreciar en toda su estension.

—Se la llevaron, contestó la criada.

—¡Cuando?.... esclamó su interlocura con afliccion y sorpresa.

—Esta madrugada: vinieron una señora y un jóven á buscarla, y los tres se fueron en el *cupé* de acá.

—¿Quienes eran esas personas? preguntó la mendiga.

—No sé: yo no ví nada, porque no me habia levantado aun: esto que le digo lo supe por el cochero hace muy poco rato....

—¿A donde los condujo el cochero?....

—Al muelle: sin duda se iban á embarcar.

—¿No sabe el cochero para qué punto....?

—El crée que sería para algun lugar de la misma isla porque el único vapor que estaba cerca del sitio en que los dejó hace viajes á Cuba.

La mujer blanca permaneció en actitud reflexiva por un rato, y preguntó despues á la de color:

—¿Crées tú haber notado que ejercieran alguna violencia sobre esa jóven....; que la trajeran aquí contra su voluntad....? ¿Hizo ella alguna resistencia cuando la encerraron anoche en el cuarto....?

—No; contestó la criada, al contrario, le dió la mano á Bibiana y luego la abrazó como si le agradeciera un gran favor, cuando entró en el cuarto.

Estas últimas frases de la criada tranquilizaron de algun modo á su interlocutora, que sacando del bolsillo la misma moneda de oro que le habia mostrado la noche ántes la puso en su mano diciéndole:

—Procura informarte cuando puedas de todo lo que tenga relacion con esa jóven: trata de averiguar con exactitud el punto á que ha ido, y mira si puedes saber los nombres de esas señoras que vinieron á buscarla.

—Está muy bien, contestó la criada guardando precipitadamente el dinero: no tenga V. cuidado que yo procuraré servirla.

—Tal vez vuelva por aquí á la noche. Adios, dijo la mujer blanca.

—Adios contestó la criada, dirijiéndose con presteza hácia arriba, mientras que la supuesta mendiga, aprovechando los momentos en que nadie la observaba, anduvo aceleradamente hasta la puerta de la calle, donde volvió á adoptar el paso lento á que se veia obligada á acudir para representar mejor el papel que fingia.

VII.

EN QUE SE ACLARA UNA INTRIGA.

El lector está impuesto de la poderosa causa que obligó dolorosamente á Máximo Campobello á partir con toda urgencia para Villa-Clara: un tio anciano, que habia sido para él como un segundo padre, gravemente enfermo, clamaba por el consuelo de verlo á su lado en los últimos dias de su vida: los vínculos de cariño y de gratitud que á ese pariente le ligaban eran tan fuertes, que sin detenerse en consideraciones de ningun género, cediendo á lo que le dictaban su corazon y su deber, el abogado preparó y emprendió precipitadamente su viaje como ya sabemos.

Para que se comprenda mejor hasta qué grado era obligacion sagradísima de Máximo acudir al llamamiento de su tio diremos que con escepcion de la existencia todo cuanto era y cuanto poseia lo debia á aquel pariente, que no teniendo hijos lo tomó á su abrigo desde tierna edad; formó su corazon; grabó en su alma los mas nobles y virtuosos sentimientos; fué su maestro, y por último le costeó la

carrera que de otro modo no habria podido seguir, pues su padre carecia de recursos para dársela, asignándole ademas una crecida pension para que viajase con las mayores comodidades durante el largo tiempo que permaneció fuera de su país el abogado: todos esos favores, dispensados con una ternura verdaderamente paternal, formaron los poderosos vínculos de cariño y gratitud que, como hemos dicho, ligaban á Máximo á su anciano tio.

La Providencia quiso tal vez que fuese de algun modo meritoria la partida de Campobello al lado de su pariente, haciéndola coincidir con la llegada de Clotilde á la Habana, como para que se impusiera el sacrificio de no ver á la mujer á quien habia consagrado su amor, para ir á cumplir con los deberes que le llamaban junto á su buen tio.

La vista de su adorado sobrino y discípulo produjo tan grato efecto en el ánimo del escelente anciano que á pesar del estado de gravedad en que se hallaba sobrevivió veinte dias á su llegada: durante ese tiempo Máximo, como el mas afectuoso hijo, no abandonó su lecho, tributándole los consuelos que le sugeria su cariño, hasta que espiró en sus brazos.

Fué tan íntimo el dolor que produjo á Máximo la pérdida de aquel pariente tan justamente querido, que permaneció varios dias en profundo abatimiento: sintiendo despues la imperiosa necesidad de buscar alivio en otro pecho amigo, resolvió ir á visitar á Justo de Peñalta al que ya habia escrito que se hallaba en Villa-Clara, juzgándolo aun en Sancti-Spíritus, moviéndole tambien por otra parte, á hacer ese viage no haber recibido contestacion ni noticias del jóven por ningun conducto.

Estas razones hicieron que Máximo no esperase á cum-

plir en Villa-Clara los nueve dias de rigor, poniéndose en marcha para Sancti-Spíritus al sesto del fallecimiento de su tio. Sus deseos de saber de Justo al llegar á la última citada poblacion, eran tan vivos que recordando que Lorenzo Oleaga residía allí lo solicitó inmediatamente, logrando que á corto rato se le presentase el apasionado adorador de Hortensia la hija de Ruperta.

Entónces oyó Campobello de los labios del jóven todo lo que habia pasado: la escena del bosque de *cañas bravas* que ocasionó la violenta partida de Justo y el encierro de Mariela; la locura de ésta y la ida de Clotilde en busca de su hija, á la que se habia llevado consigo. Por un rato permaneció Máximo penosamente afectado considerando el tristísimo desenlace del amor de su amigo; lo que debió sufrir éste, y los terribles tormentos que esperimentaría la infeliz madre al encontrar á su hija en circunstancias tan desgarradoras....

El abogado entrevió desde el primer momento que en todo lo acontecido habia una trama infernal, y vinien- á su memoria los pormenores de las cartas de Justo que habia leido (que eran todas con escepcion de la última recibida por Clotilde como se sabe) comprendió de qué mano habria podido partir el golpe. Resuelto ya á no salir de aquellos sitios sin haber descubierto la verdad de lo que habia pasado, empezó por observar disimuladamente á Oleaga, sin manifestarle sobre quien recaian sus sospechas, pará calcular hasta qué grado podria confiar en él.

El juicio de Máximo resultó favorable á Lorenzo, en cuanto á que no lo consideró cómplice en la trama, sino instrumento empleado en ella, sin que hubiese comprendido él mismo el papel que le hacian representar en la farsa.

Despues de haberle hecho várias preguntas, y de hacerse dar todos los pormenores que creyó convenientes, el abogado interrogó de nuevo á Lorenzo:

—¿Crée V. todavía, despues de todo lo que ha pasado, que sea culpable Mariela?

—Muchas veces me he inclinado á pensar que no lo era—contestó el jóven—porque su trastorno mental parece que prueba su inocencia; pero como yo presencié lo que pasó; la ví varias ocasiones acudir á las citas con el mozo asalariado de la finca inmediata, sin que pudiese quedarme la menor duda de que era ella misma; como ví por mis propios ojos en poder de ese mozo la sortija que ella llevaba antes, por tanto tiempo; como oí distintamente sus besos al encontrarse en la *garita*, apesar de todo, siempre concluyo por creer que era culpable....

—¿Que se ha hecho ese mozo asalariado? preguntó Máximo despues de un momento.

—Lo despidieron de la finca en que estaba; pero ya se ha colocado en otra, no muy distante de aquí.

El abogado inquirió el nombre de ese mozo para retenerlo en su memoria.

—¿Ha sido V. mas afortunado recientemente que lo que fué ántes en sus aspiraciones amorosas respecto á Hortensia? preguntó despues Máximo.

—Poca ó ninguna oportunidad he tenido de saberlo—contestó Lorenzo—Hortensia ha estado enferma de muchísima gravedad, hasta el punto de manifestar los médicos que la asistian que su ciencia era ineficaz para salvarla. Dios hizo un verdadero milagro conservando su preciosa existencia.... Hace mas de quince dias que está fuera de peligro, y se encuentra ya muy restablecida; pero yo me he limitado á preguntar con toda la frecuencia

posible por el estado de su salud, sin ecuparme nuevamente del de su corazon respecto á mí: su vida ántes que todo....

Habia en el acento de aquel hombre al hablar de Hortensia una espresion tan del alma que Máximo, enterado de su amor hácia la hija de Ruperta, esperimentó un impulso de simpatías por él, como las habia sentido tambien Justo de Peñalta. Aquel amor que no podia entibiar la indiferencia de la mujer que lo inspiraba, que no podian destruir sus desdenes, tenia indudablemente profundas raices en el corazon del jóven, y aparecia aun mayor por lo mismo que careciendo del pábulo de la correspondencia subsistia tan vigorosamente sin que fuese retribuido.

Despues de permanecer un rato mas en compañía de Oleaga y de ofrecersele afectuosamente, citándole para otra entrevista próxima, Máximo se separó de él para dirijirse á casa de un hábil letrado con quien le ligaba antigua amistad, que ocupaba un elevado puesto en la administracion de justicia en aquella localidad, á fin de que le prestase sus servicios para el esclarecimiento de la verdad que se proponia descubrir.

Campobello consiguió del alto funcionario cuantos auxilios necesitaba, y con tal actividad é inteligencia se procedió que por la tarde ya se habia obtenido del mozo asalariado la confesion plena de la verdad de lo que habia pasado, por donde resultaba de un modo evidente la completa inocencia de María Luisa.

Por una corta suma que de Ruperta recibió, el mozo asalariado se habia encargado de llevar á María Luisa una carta que se suponia escrítale por su madre—como por conducto del mismo individuo se habia hecho en otra ocasion con muy distintas miras—en la que le pedia para

examinarla una sortija de oro que debia conservar, prometiendole que iria á verla pronto, pero que era preciso, que su entrevista fuese muy secreta, porque lo exigian así poderosos motivos, y que á nadie absolutamente mostrase sus cartas, ni diese á entender de modo alguno que le escribia. La inocente jóven entregó la sortija de que inícuamente se sirvieron para perjudicarla, y engañada de la misma manera acudió tres tardes á la garita junto al bosque de *cañas bravas*, adonde le hacian creer que asistiria su madre para verla: la última vez, el mozo asalariado, que entró ántes que ella en la garita, ignorando María Luisa que estuviese allí, dejó una carta sobre un tosco banco y se ocultó en seguida: la jóven tomó el papel y reconociendo la misma letra estampó en él los besos que contribuyeron á hacerla parecer tan culpable.

Campobello esperimentaba la satisfaccion mas íntima al encontrarse dueño del secreto de aquella trama; pero consideró que no eran suficientes aun las pruebas que ya habia obtenido, que era preciso reunir otras para hacer constar del modo mas inequívoco la completa inocencia de la hija de Clotilde; para hacer que resplandeciera hasta el mas alto punto, sin que pudiese quedar á nadie la menor duda de la pureza de María Luisa y de que habia sido víctima de una infame intriga.

Uno de los primeros impulsos de Máximo, al estar en posesion del secreto de la trama, fué ir en busca de Lorenzo Oleaga para manifestarle como habia servido sin comprenderlo de instrumento de Ruperta conduciendo á Justo al bosque de *cañas bravas*, creyendo prestar un servicio importante á su amigo, engañado por las apariencias; pero tuvo por partido prudente no hacerlo entónces, porque las otras pruebas que necesitaba reunir se le ha-

bian de proporcionar en la finca de D. Romualdo, y hasta no obtenerlas no era conveniente que se publicase la confesion del mozo asalariado, á fin de que no se preparasen los de dicha finca.

Como amigo tan íntimo de Justo, y por la afeccion que hácia Clotilde sentia, Máximo no creyó que seria él mismo un juez suficientemente imparcial para presentarse en la finca de D. Romualdo á adquirir las otras pruebas que debia reunir en abono de María Luisa ; tampoco era posible que asistiese personalmente el alto funcionario, apesar de los vivos deseos que le animaban en favor de la santa causa de la inocencia hollada, porque no tomase el asunto un aspecto oficial que no era preciso darle ; por lo que se confió la comision á un tercero, en todos conceptos apto para desempeñarla, quien sin pérdida de tiempo se puso en marcha para *Las Delicias*, en compañía de Lorenzo Oleaga; al que se citó en los momentos de partir, y del mozo asalariado.

Al llegar á la finca, el delegado de Máximo espuso reservadamente á D. Romualdo el objeto de su visita, haciéndole comprender que el paso que se daba tenia un carácter extra-judicial, con el que se habia procedido en todo. Excitada desde el primer momento la severidad del dueño de la finca, hizo llamar inmediatamente á la sala á Ruperta y Hortensia, y despues de invitar á todos á tomar asiento, ménos al mozo asalariado que permanecia de pié á respetuosa distancia, hizo una señal al delegado de Campobello para que hablase.

—Como ya he indicado al Sr. D. Romualdo— dijo esa persona— el objeto de mi visita es obtener un documento indispensable en favor de una jóven terriblemente calumniada, cuya pureza debe resplandecer libre de toda man-

cha: es suficiente para ese fin que las personas aquí reunidas firmemos un acta que traigo ya estendida, en la que se declara la verdad de los hechos, y á la que voy á dar lectura para que se impongan todos de su contenido.

El delegado pronunció las últimas frases lentamente, fijando la vista en Ruperta, miéntras desenvolvia un papel que tenia desde su llegada en la mano.

Siguiendo la direccion de su mirada las demas personas allí reunidas fijaron tambien la vista en Ruperta, cuyo rostro habia palidecido de notable manera, y que mostraba una agitacion estraña.

Poseido de compasion hácia aquella mujer, el delegado demoró aun su lectura; pero comprendiendo que la piedad por el culpable era entónces en perjuicio de la inocencia ultrajada, hizo un esfuerzo para proseguir en el desempeño de su penosa comision.

Ruperta, levantándose prontamente, se dirijió á él, y con voz débil, suplicante, le dijo inclinándose casi á su oido, señalando hacia Hortencia:

—Es mi hija....!

El delegado esperimentó una viva conmocion al penetrar el sentimiento que dictaba esa breve frase: aquella mujer no se preocupaba en el primer momento de que se hiciese público su delito, ni del castigo que podrián imponerle; lo que le asaltaba, ántes que todo, era el temor de que su hija lo supiese; de aparecer culpable ánte ella y desmerecer en su estimacion.... La breve frase de Ruperta podia interpretarse de este modo:—"Confieso mi delito; castiguéseme; pero no se estienda la pena hasta el grado de hacerme avergonzar delante de mi hija."

Esa interpretacion le dió el sugeto á quien habia sido dirijida, por lo que suplicó á D. Romualdo que dispusiese

la salida de Hortensia de la sala; á lo que el dueño de la casa accedió, sin comprender el espíritu que aconsejaba esa medida, creyéndola precaucion necesaria pora el mejor éxito de las declaraciones.

Hortensia habia notado tambien la palidez del rostro de su madre y las miradas que todos clavaron en esta: sospechó que se trataba de una acusacion contra Ruperta, y no queriendo abandonarla en tan críticos momentos, permaneció en su sitio, como si no hubiese oido la órden de D. Romualdo: este la repitió con un tono imperativo que nunca habia empleado con ella, que era objeto, como se sabe, de su predileccion.

La jóven se estremeció al oir aquella órden repetida de una manera que debia impresionarla, y se puso en pié para obedecer; pero en pugna su ánimo entre el respeto que le inspiraba D. Romualdo y su ternura filial, venció esta, y asomando las lágrimas à sus ojos, esclamó con acongojado acento, señalando hácia Ruperta:

—¡Es.... mi madre....!

El mismo D. Romualdo, cuya severidad estaba ya tan excitado, se conmovió al oir esa frase, que era á la vez una súplica y una protesta.

El delegado y Lorenzo mostraron la impresion que causaron en ellos las palabras de Hortensia, el primero inclinando la cabeza, y el segundo agitándose con violencia en su asiento.

La esclamacion de su hija produjo en Ruperta una emocion de inmensa gratitud, y movida por irresistible atraccion se dirijió á abrazarla. Hortensia se adelantó á recibirla, y tomándole una mano, que sintió helada, poseida de enérgica resolucion, echó á andar, llevándose consigo á su madre, como si comprendiera que debia sacarla

de la sala en aquellos momentos. Parecía tan natural ese proceder de la jóven despues de su esclamacion, que D. Romualdo y el delegado vieron la retirada de las dos mujeres sin tratar de oponerse á la de Ruperta.

Sin embargo, el dueño de la finca, habituado desde jóven á manejar su dotacion, á ordenar y presenciar fuertes castigos, se repuso pronto de su emocion, y llamó á un criado para que avisase á Ruperta que volviese á la sala; pero el delegado lo evitó diciendo:

—Es inútil ya su vuelta; puesto que ha dado á entender que reconoce su culpa: y á Vd. le será fácil hacer que firme el acta, con cuyo fin la dejaré á Vd. despues que el Sr. Oleaga se entere de ella y la suscriba tambien.

Al concluir sus palabras el delegado entregó á Lorenzo el papel que en la mano tenia, quien lo empezó á leer con ansiedad, penetrándose segun lo recorría de la inícua trama de que habia sido víctima Maria Luisa. La indignacion y un sentimiento profundo ocuparon el ánimo del jóven así que comprendió cómo se le habia hecho servir á él mismo de instrumento de la terrible calumnia, y se dirijió á formar el acta sobre una mesa inmediata.

El delegado llamó al mozo, que puso tambien su nombre al pié, y luego entregó el documento á D. Romualdo, para que lo hiciese firmar por Ruperta y demas personas que en el mismo se indicaban, manifestándole que en el término de dos horas mandaría por él.

Corto rato despues partian de la finca el delegado Lorenzo y el mozo asalariado, de retorno para Sancti-Spíritus.

Así que estuvo solo D. Romualdo se enteró del acta: luego quedó en actitud reflexiva, y á corto rato, como si hubiese resuelto lo que debia hacer, se encaminó á su ga-

binete, que comunicaba con la sala, dando órden de que llamasen á Ruperta.

Esta se presentó trémula, sin atreverse á levantar la vista del suelo.

—Lée este documento, le dijo el amo de la finca dándole el acta, y si es verdad lo que en él se espone, fírmalo.

La mujer se encaminó directamente á poner su nombre en el pliego sin enterarse de su contenido, y lo devolvió á su pariente: éste notó que estaba ya firmado y preguntó:

—¿No tienes absolutamente nada que reclamar contra lo que aquí se manifiesta?

—No, murmuró débilmente la mujer, cuya conciencia la acusaba mas alto que todos los testigos posibles.

—Pues desde este mismo instante deja de ser esta casa tu albergue: recoje al punto cuanto te pertenezca: se te darán los auxilios necesarios para que partas sin pérdida de tiempo.

D. Romualdo volvió las espaldas á su sobrina al terminar sus palabras.

—¿Y Hortensia.....! esclamó la madre con una ansiedad profunda, olvidándose de sí misma para ocuparse de la suerte de su hija.

D. Romualdo quedó un instante como confundido al oir la esclamacion de Ruperta, porque no habia pensado en la hija al fallar contra la madre: despues dijo con alguna perplejidad al principio:

—¡Ah! Hortensia....! sí es verdad....Pero nó.... ¿qué duda puede caber en eso....! Hortensia quedará á mi abrigo....: yo soy para ella como su padre.

Ruperta se iba á arrojar á los piés de su pariente para mostrarle su gratitud porque amparaba aun á su hija,

cuando ésta, que no habia abandonado á su madre y permanecia junto á la puerta oyendo, penetró de súbito en el gabinete y se precipitó á las plantas de D. Romualdo, ántes que ella.

El dueño de la casa se inclinó para levantar del suelo á la jóven ; pero ésta abrazó sus rodillas esclamando:

— ¡ Señor ! ¡ piedad para mi madre....!

— ¡ Imposible ! esclamó D. Romualdo con firme acento.

—Su arrepentimiento es profundo, señor.... volvió á decir la jóven.

— ¡ Imposible !.... ¡Imposible !—repitió el dueño de la casa en tono cada vez mas inexorable — No puedo consentir que permanezca ni un segundo mas á mi lado....: ruegos, lágrimas, súplicas, todo será inútil : nada me hará cambiar de resolucion.

La jóven se puso en pié con presteza, y abrazando á Ruperta esclamó :

—Entónces, señor, que me alcance tambien su castigo..... yo iré con ella....

— ¡ No, hija mia ! ¡ no !....esclamó Ruperta prontamente, tú debes quedarte aquí....: te lo suplico....

—No permito que te vayas, decia al mismo tiempo D. Romualdo.

—Mi resolucion es tambien irrevocable, dijo la jóven, nadie podrá impedirme que siga á mi madre si la lanzan de aquí....: mi deber es acompañarla....

—He cumplido para contigo los deberes de un padre, repuso D. Romualdo, y hago valer esos títulos para que me obedezcas.

—No es posible, señor, que me ponga Vd. en el conflicto de olvidar por un instante la grande obligacion en que estoy respecto á Vd. exigiéndome que falte á otro deber

sagrado....: ahora es cuando mi madre necesita de mí, y la seguiré si persiste Vd. en hacerla salir de su casa....

La resolucion de la jóven sobrecogió al dueño de la finca, y se notó en su semblante que vacilaba entre el afecto paternal que sentía por Hortensia y el rigor con que á su juicio debia proceder con Ruperta; pero sobreponiéndose á esa vacilacion á costa de un violento esfuerzo, esclamó luego dirigiéndose á la jóven:

—Pues bien, ya que lo prefieres, acompaña á tu madre.

Y en seguida penetró en una alcoba inmediata, cerrando la puerta tras de sí, como si desconfiara de sus propias fuerzas para resistir á los ruegos de la jóven.

Sin esa precaucion tal vez hubiera cedido D. Romualdo en aquel primer momento á las súplicas de Hortensia; pero por ella tuvo tiempo de fortalecerse aun mas en su espíritu la conviccion de que sería una debilidad culpable, y un fatal ejemplo, no mostrarse inflexible con el delincuente por consideraciones de cariño que á su modo de ver debia desatender en aquellas circunstancias.

Quizás con distinta educacion y otros principios D. Romualdo habría podido considerar que los méritos de la hija pesaban lo suficiente en la balanza para que mitigase el rigor que creía necesario emplear con la madre, y no hubiera permitido que el castigo impuesto á esta recayese tambien sobre la inocente jóven.

Rogamos al lector que no juzgue con mucha severidad á D. Romualdo, apesar de toda la que él mostraba con los culpables: probablemente nunca habria oido que la sociedad al imponer un terrible castigo al padre criminal tomase en cuenta las virtudes del hijo y los sufrimientos de la familia para aminorarlo; ni que se detuviese á considerar que á veces la pena impuesta recae mas sobre los

inocentes que le cercan que sobre el mismo culpable. Sabía que la espada de la ley es inflexible, y si tenía conocimiento de que se representa á Astrea con una balanza en una mano creería que era para pesar faltas, y nó para estimar virtudes.

Debemos hacer á D. Romualdo la justicia de decir que insistió con vivo empeño porque Hortensia se quedase á su lado; pero ni sus razones, ni los ruegos de Ruperta pudieron hacer quebrantar á la jóven su deber filial.

La madre y la hija salieron, pues, de aquella finca, donde por tantos años habian vivido rodeadas de comodidades y consideraciones, para deber en lo sucesivo la subsistencia á sus propios esfuerzos. La frente de la primera se inclinaba bajo el peso del pesar y del remordimiento; la segunda, aunque tambien entristecida, llevaba en su alma la noble satisfaccion del sacrificio que se imponía.

Aun no hacia un mes que otra madre y otra hija habian partido tambien de aquella finca, la madre con el corazon destrozado de inmenso pesar; la hija loca y víctima de una acusacion terrible....

El castigo seguía de cerca á la culpa.

VIII.

HORTENSIA.

Tan pronto como Máximo Campobello se encontró en posesion del acta y demas pruebas con que hacer constar del modo mas evidente la inocencia de María Luisa, se puso en viage para la Habana, ocupándose sin demora á su llegada á esta en adquirir noticias de Clotilde y de Justo, para proporcionarles á la mayor brevedad la inmensa satisfaccion de saber que habia sido descubierta la inícua trama, y manifestarles las pruebas que existian en su poder.

Por desgracia ni Clotilde ni Justo se hallaban en la Habana: la primera había partido ya para New-York con su hija, y el segundo con su hermano Octavio para Inglaterra.

En sus indagaciones supo Máximo que Octavio consagrado á las ciencias con el mayor entusiasmo y notable aprovechamiento—se dirigía á Lóndres á formar parte de una comision científica que saldría de esa ciudad para la India, y que era su ánimo hacer todo esfuerzo porque le acompañase Justo, á quien ese viage sacaría de la postracion profunda en que le habia sumergido el violento y doloroso desenlace de su amor.

Si los acontecimientos que referimos pasasen hoy, y no hace mas de veinte años, aprovechando Campobello la portentosa obra que hará inmortal el nombre de Cirus Field, habria dirigido un telégrama al puerto de Inglaterra donde debia desembarcar su amigo, consiguiendo de ese modo tranquilizar en breve su espíritu, y que retornase á su pais, evitándole emprender un largo viage que quizás prolongaria considerablemente el pesar de su alma. Hoy, bajo mejores condiciones, tambien le habria sido posible, á Campobello enviar á la vez un despacho telegráfico á New-York, por el que Clotilde se enterase de las pruebas que habia adquirido de la inocencia de María Luisa, proporcionando velozmente ese gran consuelo al acongojado corazon de la infeliz madre.

Pero sin esa via eléctrica aun de que valerse, Máximo tuvo que resignarse á esperar tres dias para escribir por el vapor de New-York á Clotilde y á Justo: por el primer conducto, por el telégrafo, habria recibido la viuda de Arcasola el aviso de Campobello momentos ántes de embarcarse para Europa; mientras que la carta llegó á la gran ciudad americana ocho dias despues de su partida.

No habia transcurrido una semana del retorno de Campobello á la capital cuando ya se encontraban tambien en ella Hortensia, Ruperta y Lorenzo Oleaga; las dos primeras instaladas en una pequeña casa del barrio de San Isidro, y alojado el segundo en uno de los mejores *hoteles* con que en aquella época contaba la Habana.

Espondremos las causas que movieron á esos tres personages de esta obra á trasladarse á la capital de la Isla.

Desde que convencida de que le era forzoso salir de la casa de D. Romualdo tuvo Ruperta que elegir el lugar en que habia de fijar su residencia, pensó en trasladarse á

la Habana, donde habia nacido y pasado algunos años de su vida; donde se vería libre de encontrar á cada paso personas que estuviesen enteradas de su culpa; donde juzgaba mas fácil hallar medios de subsistencia para sí y para su hija, y donde, por último, podia tener esperanza de ver algun dia á su esposo; pero la falta de recursos para el viage y sostenimiento hasta que se le proporcionara trabajo, le hizo abandonar ese proyecto, y decidió ir á albergarse en uno de los estremos de la que era entónces villa y hoy es ciudad de Sancti-Spíritus, donde retraída, lo mas que le fuera posible, del trato con las personas que la conocían procuraría proporcionarse auxilios para vivir.

Al partir de la finca se encontró Ruperta inesperadamente con los recursos necesarios para el viage á la Habana; pues D. Romualdo, por consideraciones hácia Hortensia, le hizo entregar algun dinero por conducto de su administrador; pero profundamente afectada en tales momentos no se ocupó en tomar una resolucion.

Hortensia, atendiendo solo á las obligaciones que como hija debia cumplir, seguia á su madre dispuesta á conformarse con lo que esta decidiese: todavia no habia mediado ninguna esplicacion entre ámbas; de suerte que la jóven ignoraba cual era positivamente el delito porque se castigaba á Ruperta, si bien comprendia que era culpable.

Cuando la madre y la hija llegaron á Sancti-Spíritus ya habia circulado en la poblacion con eléctrica velocidad lo acontecido en *Las Delicias*; ya corria de boca en boca que las dos habian sido lanzadas de la finca; ya se habia hecho pública la trama urdida contra María Luisa; y Ruperta y Hortensia eran objeto de general execracion.

Por fortuna para ámbas el amor de Lorenzo hácia Hortensia, dominando la indignacion que contra Ruperta le-

vantó en él la lectura del acta, le hacia estar vigilante por la suerte de la jóven, y sabiendo que habian de ir á Sancti-Spíritus fué á esperarlas á la casa de mas amistad de ellas, donde le constaba que se detendrian, y solicitando una entrevista con Ruperta, le indicó los sonrojos que tendrian que sufrir ella y su hija si permanecian en aquella poblacion.

Eso hizo que Ruperta volviese á su idea de trasladarse á la Habana, contando ya sobradamente para los gastos con la suma dada por D. Romualdo.

Lorenzo entrevió gran ventaja para él en el proyecto de Ruperta; pues se le presentaba ocasion de contraer méritos para con Hortensia acompañándolas á la Habana. Sin embargo, su delicadeza no le permitió ofrecerse directamente como compañero de viage, y manifestó á Ruperta que varias diligencias urgentes le llamaban tambien á la capital, y que si queria aprovechar sus servicios tendria el mayor placer en prestárselos durante la travesía.

Esa circunstancia acabó de decidir á Ruperta por la venida á la Habana. La madre descubrió un vivo rayo de luz en medio de las tinieblas que la rodeaban : el amor de Lorenzo hácia su hija resistía á la terrible prueba por que pasaba, y en la situacion en que se veian era mas que nunca el jóven un excelente partido para Hortensia.

Despues de atenderlas durante el viage con la mayor eficacia, al llegar á la Habana se ocupó Lorenzo activamente en proporcionarles casa, muebles y demás cosas indispensables, presentando luego á Ruperta las cuentas con tal reduccion que si hubiese estado ella enterada de precios le hubiese sorprendido la equidad con que lo conseguia todo Oleaga, y hubiera comprendido que el bolsillo de éste suplía considerablemente de sus propios fondos.

Tres dias despues de su llegada á la Habana, como á las cinco de la tarde, se encontraban Ruperta y Hortensia sentadas en el comedor de la casa que ocupaban en el barrio de San Isidro, sosteniendo cada una en su mano la labor en que trabajaba. Guardaban silencio despues de un rato de conversacion, y se comprendía que estaban ambas dominadas por penosas ideas.

La embarazosa situacion en que se encontraban una respecto á otra la madre y la hija despues de su salida de la finca de D. Romualdo habia hecho necesaria al fin una esplicacion entre ellas. Ruperta prefirió enterar por sí misma á Hortensia, (ántes que llegase á su conocimiento por algun otro conducto), del delito porque se le lanzó de las Delicias, y lo habia verificado hacía algun rato. Apesar de que se esforzó en disculparse todo lo posible, mostrando á su hija que su ternura hácia ella era la única causa que la habia impulsado en su trama contra María Luisa, y apesar tambien de sus protestas de que jamás pensó que los resultados hubiesen sido tan desastrosos, Hortensia, dotada de un corazon tan noble y de tan elevados sentimientos, y que amaba con fraternal cariño á la hija de Clotilde, esperimentó una profunda sensacion de horror al penetrarse de lo que habia pasado, dejando caer despues la cabeza con íntimo dolor al considerar que la autora de aquella infame intriga era su propia madre... Por un instante la jóven estuvo cerca de avergonzarse de ser hija de aquella mujer; pero resonó mas alto en su pecho la voz del amor filial, y abrazó á Ruperta, arrepentida del primer impulso, con los ojos llenos de lágrimas: Ruperta comprendió que su hija la perdonaba, y mas recobrada, le habló, al cabo de un rato, de la situacion tristísima en que se hallarían en poco tiempo, cuando se ago-

tara la suma que al salir de su finca les habia hecho entregar D. Romualdo, si no encontraban costuras con que sostenerse.

Esas reflexiones de Ruperta fueron las que ocasionaron las penosas ideas en que estaban sumergidas las dos mujeres cuando las encontramos esta vez, como dejamos dicho.

Hortensia interrumpió el silencio esclamando con ánimo de tranquilizar á su madre:

—Será preciso que nos persiga mucho la desgracia para que no se nos proporcione suficiente trabajo que nos produzca medios con que atender á nuestras cortas necesidades actuales, antes que se nos acabe el socorro de D. Romualdo.... Además, te he oido decir muchas veces que mi padre solía visitar con frecuencia esta ciudad: quién sabe si con algunos esfuerzos de nuestra parte lograríamos verlo....: el largo tiempo transcurrido ya puede haber disipado las injustas sospechas que concibió contra tí, y quizás al verme logre conmover su corazon el cariño paternal.

—Hace tanto tiempo que no tengo de tu padre ni la mas leve noticia, dijo Ruperta, que desconfío de toda esperanza respecto á él. Sin embargo, esa misma idea de procurar verlo es una de las causas mas poderosas que me han hecho venir á la Habana, no tanto por mí como por tí.

—Pues bien, ya que estamos aquí procuremos hacer todo lo posible por verlo: ¿no existirán aun en la Habana algunas de las personas de la amistad de Vds. de aquella época que conserven relaciones con mi padre, y á quienes él visite en sus viages á esta ciudad....?

—Probablemente sí, contestó Ruperta, agregando despues en voz mas baja:

—Y aun quizás estén aquí tambien *ella* y *él*, la mujer casada y el jóven amante suyo, cuya correspondencia y retrato produjeron el fatal error de mi esposo al encontrarlos en mi poder.

—¡Ojalá! esclamó Hortensia, porque en ese caso mi padre podria quedar mas convencido de su error señalándole tú á los culpables.

Ruperta bajó la cabeza sin atreverse á afirmar á su hija que denunciaría á los culpables, como si su conciencia le echase en cara hacerlo, ella que tambien tenía delitos, aunque de otra clase, de que acusarse.

Este rasgo acabará de demostrar que en los sentimientas de Ruperta se habia operado un gran cambio: en efecto, desde el dia en que reconoció tan inesperadamente á Clotilde junto al lecho de su hija moribunda empezó para ella el arrepentimiento mas sincero y mas profundo. Parecía que la mano de la Providencia habia tocado la fibra mas sensible de su corazon presentándole de súbito á la madre á quien tan dolorosamente hiriera en los instantes en que cubrian á Hortensia las sombras de la muerte.

Despues de un rato dijo Ruperta:

—No nos formemos ilusiones respecto á la facilidad de encontrar trabajo, con cuyo producto satisfacer nuestras necesidades mas urgentes, ni tampoco en lo tocante á la posibilidad de ver á tu padre y conseguir su amparo...: hace muchos años ya que lo espero inútilmente.... La triste situacion en que hoy nos hallamos me mueve á hacerte una indicacion....

—¿Cuál es? preguntó Hortensia notando que su madre no proseguia, como si temiese causarle desagrado.

—Lorenzo Olcaga te ama siempre con el mismo ardor....

Ruperta se detuvo al ver que su hija se estremecía en su asiento.

—Es muy penoso, madre mia—dijo Hortensia despues de unos momentos—lo que pasa en mi corazon respecto á Lorenzo: comprendo todo el amor que me profesa; estimo como nadie sus excelentes cualidades, y creo firmemente que consagraría todos sus esfuerzos á hacerme feliz..; pero no siento por él desgraciadamente el sentimiento que le inspiro.... Muchas veces, movida de profunda compasion, guiada por las consideraciones que deben producirme su constancia y la pureza de su afecto, he querido amarle, he querido retribuir con la mia su ternura....; pero inútilmente....: el amor no se hace nacer....; él brota....

La jóven terminó sus palabras con un débil suspiro, que hizo decir tímidamente á Ruperta:

—Quizás conmueve todavia tu pecho otro recuerdo....

Hortensia esclamó con triste acento, asomando las lágrimas á sus ojos:

—¡Ah! madre mia, de aquel hermoso sueño ha de quedar por largo tiempo en mi corazon siquiera una memoria....: aquel dulce delirio estuvo próximo á hacerme morir....; porque estaba impregnado de él todo mi ser, se habia confundido con mi alma.... y era casi matarme el arrancarlo.... La razon ha triunfado al fin....: debia vivir para los demás que me aman....; pero en lo mas recóndito de mi corazon, invisible para todos, conservaré para mí sola las últimas reliquias de mi amor.... mi alma será la única que les rinda culto....

—Para tí y aun mucho mas para mí dijo Ruperta, debe ser penosísimo ese recuerdo de tu funesto amor, hija mia. Aquella fué una ilusion en mal hora concebida: hoy de-

bes obrar con mas acierto: léjos de conservar esa memoria en tu corazon trata de borrarla para siempre, á fin de que no turbe por mas tiempo tu espíritu.

Una sonrisa dolorosa que contrajo los labios de la jóven, y el abatimiento con que dejó caer la cabeza sobre el pecho, fueron las señales esteriores con que manifestó que no era tan fácil hacer desaparecer de su alma las huellas que aun conservaba de su amor.

Ruperta se acercó á ella con inquietud, y tomándole una mano le dijo, arreglando con maternal solicitud los rizos de la abundante cabellera rubia de la jóven que habian caido sobre su frente al inclinarla:

—¡Animo! hija mia, ¡ánimo!: ya has andado lo mas difícil del camino...

—Aun no, madre mía,—esclamó Hortensia, levantando prontamente la cabeza.—Aun tengo que pedir á Dios con todo el fervor de mi alma, con toda la fuerza de mi voluntad, que acoja bajo su divina proteccion el amor de Justo y de María Luisa; que los una de nuevo para no separarse jamás, y que me conceda valor y virtud bastante para presenciar yo misma con purísimo gozo la felicidad de ámbos.

La espresion del rostro de la jóven era tan sublime al terminar sus frases que conmovida Ruperta y arrastrada por un poderoso impulso abrazó á su hija, con los ojos cubiertos de lágrimas.

Antes que Ruperta separase sus brazos del cuello de Hortensia se oyó un fuerte golpe dado en la puerta de la calle, entónces cerrada.

La madre y la hija se miraban con sorpresa cuando resonó otro golpe, dado con mas violencia aun.

Hortensia se dirigió á la puerta y abrió el postigo.

Un hombre á caballo dejó caer una carta, y partió ve-

lozmente ántes que la jóven hubiese tenido tiempo de recojerla del suelo.

La carta estaba dirigida á Ruperta; Hortensia se la entregó.

Ninguna de las dos mujeres conocía la letra del sobreescrito: y admirada de recibir una carta tan pronto en la Habana, abrió Ruperta el pliego que venía cuidadosamente cerrado.

Su primera mirada fué á la firma:

Lúcas.

El semblante de Ruperta palideció y su mano temblaba: ese era el nombre de su esposo.....

La infeliz tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí misma para leer el pliego, cuyo contenido era el siguiente:

"Tu castigo toca á su término: tal vez pronto abrazarás á tu verdadera hija.

"Hortensia fué una niña recogida en el monte, atacada de viruelas, casí moribunda: su madre ha parecido ya y la reclama urgentemente: es preciso entregársela sin pérdida de tiempo: se le prepara un porvenir brillante, porque tiene una considerable herencia que percibir.

"Te repito que tu castigo llega á su término, que estás en vísperas de que vuelva á tu lado tu legítima hija; pero esto es á condicion de que aguardes resignadamente.

"No procures absolutamente verme: tu presencia podria despertar de nuevo en mi pecho terribles rencores..... ahora apaciguados....

"Informa y prepara á Hortensia, con el mayor empeño de tu parte, á fin de que acompañe á la persona que irá en su busca muy en breve: esa persona será probablemente una mujer, y llevará como señal lo que falta en blanco á esta hoja de papel.

"Cualquiera resistencia, además de insensata, sería inútil, porque la madre reclama á su hija y debe entregársele.

"Tu hija es una jóven bellísima que te amará tiernamente.

"La mas leve indiscrecion redundaría en tu daño.

Lúcas.

Ruperta leyó varias veces esas líneas con viva inquietud y sobresalto al principio; luego con terror, y quedó por último con el papel en la mano en penosísima confusion, sin atreverse á creer ni á dudar de su contenido.

Hortensia observaba las emociones que se pintaban en el rostro de Ruperta con creciente ansiedad, sin resolverse á ir junto á ella miéntras no se lo indicase.

La infeliz mujer volvió á comenzar la lectura de la esquela; pero sus ideas se nublaban cada vez mas, y ántes de concluir esclamó, poniéndose la mano sobre el corazon y elevando la vista al cielo:

—¡Dios mio....! ¿no será mi hija....!

El acento de indecible angustia con que lanzó esas frases Ruperta hizo estremecer á Hortensia, que esclamó acercándose á ella:

—¡Quién....!

Ruperta se llevó ambas manos al corazon como si quisiera consultarlo en aquellos instantes para que él le indicase si Hortensia era ó nó su hija, y en seguida abrazó á esta, con los ojos anegados en llanto, esclamando con acento desgarrador, fuera de sí:

—¡Quieren arrancarte de mi lado, hija mia....! ¡Quieren hacerme morir de dolor separándonos....!

—¡Nunca....! ¡nunca....!—esclamó Hortensia participando de la exaltacion de Ruperta y estrechándola tambien en sus brazos.

Las dos mujeres permanecieron un rato estrechamente abrazadas, como si temiesen que las separasen. Mas en sí Ruperta dijo despues, presentando á la jóven el papel que habia recibido.

—Lée esas líneas, hija mia....; léelas tú misma ...

Hortensia se apresuró á tomar el papel que le daban, empezando á estremecerse desde que vió los primeros renglones: lo mismo que Ruperta leyó su contenido varias veces, esperimentando las propias emociones, hasta quedar como ella con el pliego en la mano sumergida en penosísima incertidumbre. Despues abrazó á Ruperta para consultar tambien los latidos de su corazon.

Al separarse de los brazos de la otra mujer Hortensia se dirigió á su asiento y permaneció algun rato en actitud reflexiva: luego leyó otra vez la esquela con la mayor atencion, cerrando los ojos al concluir para reconcentrar mas profundamente sus facultades mentales.

Ruperta observaba los ademanes de la jóven con una ansiedad dolorosa, casi aterrorizada, porque en la excitacion en que se hallaba era motivo para ella de terrible angustia la actitud que habia tomado Hortensia.

Al fin, la jóven abrió los ojos al cabo de algunos momentos, que parecieron eternos á Ruperta, y dijo:

—Es menester descubrir la verdad....

—¡Dudas de que yo sea tu madre....! gritó la infeliz mujer con una expresion de dolor inesplicable, mirando á la jóven fijamente.

—¡No! ¡no!—se apresuró á esclamar Hortensia para tranquilizarla, tomando entre las suyas la yerta mano de la otra mujer—No he querido decir eso....

—¿Qué piensas entónces....? preguntó Ruperta con acento anhelante.

La jóven reflexionó y dijo luego:

—Segun esa carta toda resistencia es inútil; cualquiera indiscrecion empeorará nuestra suerte....

—¡Y bien....! esclamó Ruperta sin poder dominar su ansiedad.

—Es forzoso que yo siga á la persona que venga por mí....esclamó la jóven con resolucion.

—¡Nunca! ¡jamás....!—gritó la pobre madre estrechando fuertemente á Hortensia en sus brazos.—No podria resistir otra vez al dolor inmenso de estar separada de tí, sin saber de tu suerte.... Ya sé, por desgracia, cuanto cuesta eso á mi corazon....: prefiero ántes morir....

La jóven esperó á que se calmara la exaltacion de Ruperta para decir:

—Mi vida no puede correr peligro alguno al lado de mi padre.

—Pero si él está en el fatal error de que no eres su hija....repuso Ruperta.

—Entónces yo me postraré á sus plantas y le mostraré la verdad....; le haré ver tu inocencia....: mis súplicas y mis lágrimas conmoverán su corazon....; reconocerá su error, y vendrá á rogarte que lo perdones....Es imposible que un padre no atienda las súplicas de su hija cuando aboga por su madre....

La conviccion con que hablaba Hortensia ejerció alguna influencia sobre el ánimo de Ruperta, aquella lo comprendió, y tratando de aprovecharla en favor del heróico propósito que abrigaba preguntó prontamente:

—¿Cómo es el nombre del jóven de quien sospecha mi padre?

—Gustavo, contestó Ruperta ántes de haber podido reflexionar.

— ¿ Y el de la mujer ?

Ruperta guardó silencio esta vez.

Hortensia repitió su pregunta sin obtener contestacion.

—Necesito que me reveles el nombre de esa mujer, volvió á decir la jóven con firme acento.

Los labios de Ruperta mostraron una contraccion que indicaba su ánimo de no decir el nombre que se le pedia.

—No se trata ya de tí solamente, insistió Hortensia, tambien está interesada ahora mi suerte en tu revelacion...

Ni aun esa reflexion tan poderosa hizo hablar á la mujer.

La jóven comprendió que no debia insistir mas en inquirir de Ruperta aquel nombre, y dijo pasado un momento:

—Muchas veces me has informado del modo con que nacieron las terribles sospechas de mi padre: creo que lo tengo bien presente; pero escúchame, para que me des mas pormenores, si lo juzgas necesario: Ese jóven Gustavo, y principalmente la mujer casada, te habian obligado con servicios de consideracion, hasta el punto de que ya unida tú en matrimonio con mi padre eras la confidenta de los amores de ámbos: ella escribia rara vez al jóven, y cuando lo hacía sus cartas iban de tu puño y letra, sin que jamás apareciese su nombre, ni aun siquiera la inicial. Llegó inesperadamente de un largo viage el esposo de esa mujer, y te entregó ella varias cartas y un retrato de su amante para que los devolvieses á éste; ibas á hacerlo, cuando dispuso la fatalidad que mi padre encontrase esos objetos en tu poder: ya entónces me llevabas en tu seno....

—Exactamente—dijo Ruperta, que habia escuchado con atencion.—Tu padre ocultó sus sospechas, y en el momento en que te dí á luz te arrebató de mi lado, desapa-

reciendo él tambien, sin que haya vuelto á verme desde entónces....

—¿Y esa mujer casada supo la desgracia que te sobrevino por su causa? preguntó Hortensia.

—Debió enterarse de ella, porque era muy amiga de mi esposo; pero sin duda por no descubrir su secreto, ha permitido que yo sufra terriblemente.... ¡Ah! si ella hubiese sido otra mujer habria convencido á Lúcas de mi inocencia....

—Tambien te he oido repetir muy amenudo que mi padre te amaba tiernamente.

—Mucho, hija mia, esclamó Ruperta suspirando, me daba pruebas sin cesar de su ternura, y todo le parecía poco segun eran vivos sus deseos de verme contenta y feliz....: su alegria era inmensa con la esperanza de tener un fruto de nuestro enlace..... Y despues..... ¡qué cambio tan horrible....!

Los ojos de Ruperta se cubriéron de lágrimas con esos recuerdos: tambien Hortensia estaba profundamente conmovida..

El rostro de la jóven volvió á brillar con el resplandor que le comunicaba su noble resolucion, y esclamó con acento de íntima seguridad:

—¡Madre mia! te prometo que si soy realmente vuestra hija, mi padre volverá á tu lado.

Un rayo de esperanza iluminó los ojos de Ruperta; pero ocurriéndole que para llegar al resultado que la jóven indicaba era preciso que se separasen, la abrazó de nuevo, esclamando:

—Hija mia, el sacrificio será muy grande si para conseguirlo es preciso que te apartes de mí....

—¡Qué importa, madre mia, una corta separacion.....!

La sufriremos conformes con tal de obtener un beneficio inmenso ¡Qué gozo será para tí el reunirte con mi padre! ¡Qué gloria será para mi el devolvértelo....!

Ruperta reclinó la cabeza, llorando, sobre el pecho de Hortensia, sin poner nueva objecion.

La jóven comprendió que le sería ya fácil obtener el consentimiento de Ruperta cuando llegase el instante de ir á realizar el proyecto que le sugería su filial ternura, y considerando innecesario persistir para que se lo concediese desde entónces, se ocupó en enjugar las lágrimas de la infeliz mujer, y en tranquilizarla con frases llenas de esperanza y de consuelo.

Aun no habian sonado las ocho de la noche de aquel mismo dia, cuando penetraba por la puerta principal de la gran casa de Falieri la supuesta mendiga.

El portero no estaba en el zaguan, y la mujer se deslizó hasta el corredor contíguo, donde se detuvo prontamente al sentir fuértes pisadas que partian de junto á la ancha escalera de mármol: de una sola ojeada notó que la gruesa reja de hierro estaba cerrada, impidiendo la subida; que no se hallaba allí la criada con quien solía tener sus entrevistas, y que un hombre que se dirigía hácia ella, como hecho cargo del cuidado de aquel departamento de la casa, no era el mismo portero que ella conocía.

—¿Qué se le ofrece....? preguntó con tono áspero el nuevo portero así que estuvo mas cerca de la mujer.

Esta examinó la fisonomía de aquel hombre ántes de contestar y bajó la vista como desalentada por su dura espresion: luego dijo, titubeando con voz humilde:

—Venía á ver á una criada de allá arriba....que suele darme....algunas limosnitas....

—Ahora no se puede subir, dijo el portero.

—No es preciso que yo suba—insistió la mujer con mas ánimo—ella bajará: se llama Catana....

—Aqui no hay ninguna criada de ese nombre.

—Sí, señor—afirmó la mujer, siempre humildemente esforzándose en dar á su fisonomía la mayor espresion de dulzura—es una *morenita*, bajita de cuerpo, gordita....

—¡Bah!—esclamó el portero—Ya no está en casa; ayer se la llevaron para el campo; pero aunque estuviese aquí sería lo mismo: los amos han prhoibido que bajen las criadas.

La finjida mendiga sintió que se le oprimía el corazon, porque pensó que Magdalena habria sospechado ya de ella, é inclinó la cabeza sobre el pecho con abatimiento.

El nuevo portero se dirigió hácia el lugar de donde habia venido.

La mujer se dispuso á salir de la casa con señales de gran desaliento.

IX.

LA DAMA DE LOS DIAMANTES.

Contando con el beneplácito del lector, retrocederemos, para instruirle de algunos particulares, á la noche siguiente á la en que termina el capítulo sexto de esta obra.

Habia funcion lírica en Tacon.

Eran cerca de las siete y media, y el Gran Teatro ostentaba ya en sus palcos y lunetas la mas escogida concurrencia habanera.

Marini, el gran bajo Marini, cantaba aquella noche en *Attila*....

Las personas que hayan visto y oido á Marini desempeñando el papel del terrible rey de los Hunos en esa ópera del maestro Verdi, comprenderán con cuanta razon acudían esa vez los concurrentes á ocupar sus localidades con anticipacion.

Faltaban ménos de diez minutos para levantarse la cortina, y solamente quedaban desocupados dos palcos contíguos del primer piso.

La puerta de uno de ellos se abrió con algun, ruido presentándose en él una dama y un caballero : la primera se adelantó hasta el antepecho, miéntras su compañero recogía su abrigo y el lacayo separaba una silla.

En un momento las miradas de gran parte de la concurrencia se fijaron en la dama.

Pronto fué objeto de la general admiracion: ella lo comprendió, y recibía aquel tributo á su hermosura con la sonrisa de la satisfaccion esparcida en todo su semblante.

Sin embargo, no se admiraba solo su hermosura; el valor y profusion de sus joyas despertaban mas que ella misma la general atencion.

Y era justo, la magnífica diadema, atrevida y diestramente colocada en su frente; los costosos largos pendientes, agitándose sin cesar; el soberbio triple collar que ceñia su garganta y del que colgaba una primorosa cruz; las cuatro grandes rosetas, una en el pecho, dos en los hombros y otra en el extremo inferior de su corpiño; los dobles riquísimos brazaletes que lucían en sus redondos brazos, y, por último, las sortijas de gran precio que cubrian sus dedos, todas esas joyas, en que brillaban con extraordinaria abundancia gruesos diamantes, se exhibian como ella, y debian participar tambien de la admiracion del público....

El nombre de la mujer fué pronunciado á un tiempo por centenares de labios: algunos que no la conocían la denominaron *la Dama de los Diamantes.*

Hubo varios hombres que abandonaron sus asientos para contemplar mas de cerca las ricas joyas.

Tal vez la dama pensó que los atraia su hermosura....

¡Qué golpe para su vanidad si hubiese comprendido que iban á apreciar sus prendas, lo mismo que si fuese ella la vidriera del joyero donde se exhibiesen....!

Mas en aquellos instantes no podía ni sospecharlo, porque estaba profundamente embargada por dos grandes

satisfacciones para ella ; á saber : la admiracion que causaba á los hombres, y la envidia que despertaba en las mujeres....

En eso consistia su triunfo....

Pero esa mujer era Magdalena Ruisseau....

Solamente ella podria gozarse en despertar deseos que no llegarían á satisfacerse : ella sola era capaz de recrearse con la idea de los tormentos que producia en los corazones de algunas de las personas de su sexo allí reunidas.

Otra mujer se habria estremecido al pensar cuantos bellos ojos podían nublarse ; cuanta linda boca contraerse, y cuanto inocente pecho agitarse al brillo tentador de aquellas joyas.

Otra mujer quizás habria pensado que con el producto del considerable capital que representaban esos adornos—que tan bastardo placer le ofrecian y que le arrebataban parte de su triunfo—se hubiera podido sostener mas de una familia virtuosa, ó costearse la educacion de algunos huérfanos....

Esas prendas representaban un capital considerable fuera de la circulacion, que nada producía.

Es decir, producía ménos que nada....: la impura satisfaccion de la Dama de los Diamantes que los exhibia...

Y todavía, otro producto negativo :

El placer del señor Aquiles Falieri, que á su vez exhibia á la Dama de los Diamantes....

Poco despues de la llegada de Magdalena habian entrado en el palco contíguo, desocupado como dijimos, una señora y su esposo. Aunque la señora era sumamente hermosa, habia pasado desapercibida para la generalidad del público.

Porque no habia tratado de llamar la atencion de los

hombres, ni llevaba joyas de gran precio que despertasen la envidia de las mujeres.

Aquella señora era Victoria.

Para mostrar mas su triunfo Magdalena habia procurado permanecer en pié el mayor tiempo dable, valiéndose de varios pretestos: en los momentos en que iba á sentarse vió á Victoria (que la reconoció entónces) y con ánimo de aprovechar todavía esa circunstancia para lucir su talle, se dirigió á saludarla con la mano estendida.

Era la primera vez que Victoria se encontraba con la madrastra de Clotilde despues de saber por esta la perversidad de aquella mujer. La indignacion, y quizás los celos, se apoderaron de la esposa de La Rioca, y mirando de arriba abajo á Magdalena, ofendida de su descaro, le volvió la espalda, y tomó asiento sin esperar su saludo.

Todas las numerosas personas que contemplaban á la Dama de los Diamantes, presenciaron el desaire que acababa de hacerle Victoria.

Solo la misma Magdalena fué la que pareció no haberlo notado: ningun músculo de su cara sufrió alteracion y la misma sonrisa de satisfaccion continuó animando su semblante: con la mano que tenía estendida para estrechar la de Victoria, tomó el respaldo de una silla, que ocupó, como si esa hubiese sido su primera intencion.

Gustavo de La Rioca habia notado la accion de su esposa, y sorprendido y temeroso, por sí, de las consecuencias, dirijió á Victoria una rápida mirada de enojo, apresurándose á ir al palco contíguo á satisfacer á Magdalena; tendiendo la mano al entrar á Falieri al mismo tiempo que hacía un respetuoso saludo á la dama.

Magdalena lo recibió con mucha amabilidad, como si realmente no esperimentase disgusto alguno, y le indicó

un asiento á su lado que él se apresuró á ocupar; engolfándose en seguida los dos en una conversacion sin duda gratísima; porque reían á menudo.

De este modo hacía ver Magdalena que inspiraba celos á Victoria, y que estos habian sido causa del desaire que acababa de hacerle.

Para completar el cuadro, inocentemente, el señor Falieri pasó al palco de Victoria y se sentó á su lado.

Considérese la mortificacion de que era víctima la tierna amiga de Clotilde, llegando á su oido el murmullo de la conversacion y las risas de Gustavo y Magdalena; mientras se veia obligada á sostener un diálogo con una persona de poca intimidad para ella como Falieri, cuyo festivo humor, que en otras ocasiones le había sido agradable, parecia mas excitado que nunca aquella noche.

Al fin, la cortina se alzó y principió la representacion, ofreciendo á Victoria el pretesto de volverse hácia la escena. Ella esperaba que entónces Gustavo retornaría á su lado; pero, léjos de eso, permaneció junto á Magdalena.

El espectáculo se convertía para Victoria en un martirio: la música y el canto, que solían proporcionarle tan puros goces, eran entónces para ella un ruido atronador que se confundía con el de los aplausos que se tributaban al gran cantante, resonando sobre todo ese estrépito las risas de Gustavo y Magdalena como las notas agudísimas de un coro infernal: la infeliz creia hallarse bajo la influencia de una pesadilla horrible.

Poco despues de caer el telon, á la conclusion del prólogo, La Rioca entró en su palco, simplemente para tomar su sombrero, partiendo con Falieri sin dirijir la palabra á su esposa.

El primer acto lo oyó tambien La Rioca al lado de Mag-

dalena; no salió en el entre-acto, y estuvo allí hasta la conclusion del segundo, sin que se acercase tampoco á su esposa al alejarse luego.

Victoria esperimentaba una agonía lenta y dolorosa: estaba como en un tormento: se sentía sofocada; deseaba salir de allí; pero no se atrevía á hacer llamar á su esposo: las sienes le latian con violencia; por último, le asaltó gran sed, sin que tuviese á quien pedir agua, porque no habia llevado al lacayo.

Algunas de las personas allí reunidas penetrarían parte de los sufrimientos de Victoria, y estarían compadecidas de ella; pero la gran mayoría no sospechaba el drama real que se representaba en aquellos dos palcos de una manera casi imperceptible, y á nadie le ocurriría pensar que la hermosa señora, elegantemente prendida, que ocupaba una localidad preferente en el primer piso, sufria los martirios de la sed....

Falieri, que parecía no ver nada, entró en el palco de Victoria en el momento en que su sed era mas ardiente.

La esposa de La Rioca se vió obligada á pedir agua, con voz débil y suplicante, al protector de Magdalena....

Falieri salió apresuradamente, volviendo al instante con un mozo que portaba una bandeja con copas, y presentó por sí mismo á Victoria agua y vino.

Quién sabe qué comentarios harian algunos espíritus ligeros al contemplar al millonario sirviendo por sí mismo á la esposa de La Rioca despues de notar el abandono en que éste la dejaba y su intimidad con Magdalena.....Quién sabe tambien si la madrastra de Clotilde no incluía esos comentarios en su venganza de aquella noche....

Victoria satisfizo con ansiedad su ardiente sed, y ántes de dar las gracias de palabra á Falieri se las significó con

una mirada, al acabar de beber miéntras rodaban dos gruesas lágrimas de sus hermosos ojos.

Aquellas dos lágrimas preciosas fueron á caer en el finísimo pañuelo blanco que tenía en la mano Falieri, que quizás sin notarlo, lo guardó en el bolsillo derecho de su *frac* negro al volver al mozo la bandejita con las copas, prorrumpiendo luego en su refran favorito:

—Hasta el fin nadie es dichoso....

Victoria miró con cierto sobresalto á Falieri, como si hubiese creido intencional sus frases en aquellas circunstancias; pero él continúo diciendo en su acostumbrado tono festivo:

—Todavia falta el tercer acto ...; ya verá Vd. como tambien *Attila* lleva su merecido....

Magdalena oyó la voz de Falieri, aunque no distinguió sus frases, y se volvió hácia él, llamándole con una sonrisa y un gracioso movimiento de mano.

El señor Aquiles acudió con presteza á su lado, dejando de nuevo sola á Victoria.

Magdalena habló en voz baja á su protector, y poniéndose en pié salieron ámbos al pasillo detrás de los palcos: á su vuelta los acompañaba Gustavo, que habia traido un lindo cartucho de dulces á la dama.

Cuando se alzó de nuevo el telon, La Rioca estaba al lado de Magdalena, dispuesto á oir tambien allí el último acto.

Victoria respiró, pensando que al fin pronto acabarían sus sufrimientos; pues el acto que faltaba era corto; pero su martirio se prolongó más de lo que esperaba. Despues de caer el telon Magdalena y Gustavo conversaban y reian aun, mientras la primera se ponía el abrigo: dos veces se levantó Victoria y otras tantas tuvo que sentar-

se, porque su esposo no venía á buscarla. Por último, al salir del palco La Rioca suplicó á Falieri que diese el brazo á Victoria, á lo que el millonario acudió muy gustosamente.

Tan poderosa era la causa que movía á Gustavo á conservar el favor de Magdalena, y tan completa satisfaccion ansiaba darle por el desaire de su consorte, que despues de todo lo que habia hecho ya para desagraviarla, quiso llegar al colmo acompañándola hasta el carruage, pasando con ella al brazo, precedidos de su esposa y Falieri, por delante de las numerosas personas reunidas á la salida.

Magdalena debia estar muy satisfecha, y así lo demostraba su semblante: bien caro costaba á Victoria el desaire que le habia hecho.....

Ya en el pórtico del Gran Teatro todavia se prolongaba un rato mas el martírio de la amiga de Clotilde, mientras esperaban los carruages: Gustavo y Magdalena conversaban y reian aun como al principio.

Un hábil observador habria creido notar que se estendía una leve nubecilla por el semblante regularmente risueño del señor Aquiles Falieri.

Al fin el *cupé* del millonario y el *quitrin* de La Rioca llegaron: este seguia inmediatamente á aquel: Gustavo y Magdalena se dirijieron al primero y Victoria y Falieri al segundo.

La Rioca exigía en aquel momento una contestacion á Magdalena, quien parecia dispuesta á dársela favorable para él despues de haber mostrado alguna vacilacion.

Gustavo esperaba con ansiedad las palabras de Magdalena.

—¡Veremos...! esclamó riendo intempestivamente la da-

ma, burlando la esperanza de su compañero, en actitud de entrar en el *cupé*.

Pero de pronto, volviendo el rostro hácia Victoria que iba á montar en el *quitrin*, le gritó con acento falsamente cariñoso y lleno de punzante ironía :

—Adios...., querida Victoria....

Esta no contestó.

La Rioca y Falieri se despidieron, entrando luego cada cual en su vehículo.

Desde el teatro hasta su casa, situada cerca de la Alameda dePaula, Gustavo y Victoria guardaron profundo silencio: ella intentó dos veces interrumpirlo, dispuesta á ceder de su derecho para procurar una reconciliacion; pero se contuvo temerosa del enojo de su esposo.

Ya en su casa la Rioca se encaminó á sus habitaciones sin dirigir aun la palabra á su esposa : ésta entró en las suyas con los ojos cubiertos de lágrimas que se esforzaba en reprimir para que las criadas no las notasen.

X.

LOS DIAMANTES DE LA DAMA.

La Riosa salió de su casa á las siguiente mañana mas temprano que de costumbre.

Poco despues que él salió tambien su esposa en el carruage, acompañada de la mayor de sus hijas, para dirijirse á casa de la señora Emilia, su suegra, á quien acudia en busca de consejos y de consuelos.

En el rostro de Victoria se divisaban las huellas de sus tormentos de la noche última: sus ojos conservaban aun señales de las lágrimas que habian vertido, y un velo de tristeza cubria su semblante. Su preocupacion era tan marcada que la niña comprendió que algo aflijia á su madre, y la miraba de vez en cuando afectada tambien: entónces la acariciaba Victoria y procuraba sonreir para calmar la inquietud de la niña.

La señora Emilia residia con una hija viuda en una cómoda casa del barrio de Colon. Cuando llegaron Victoria y la niña se encontraba la señora en el comedor, sentada en un ancho sillon, cosiendo, con un costurero de caoba delante de sí: tenia al lado una niña como de nueve años con un libro en la mano, en el que estudiaba, y al frente otra señora que tambien cosia. El aire que allí se

aspiraba venia impregnado con las emanaciones de las plantas y flores que cubrian el espacioso patio de la casa.

Nada mas respetable, y hasta cierto punto grato, que la presencia de la señora Emilia, anciana de cerca de setenta años, alta y proporcionalmente gruesa: sus cabellos del todo blancos, abundantes aun, parecian finos hilos de plata, y realzaban la espresion bondadosa de su rostro, de cútis todavía terso y sonrosado, cuyo conjunto manifestaba que habia sido una notable hermosura: como conservaba sus dientes la boca no habia perdido su precioso encaje, y aun cosía sin necesitar del auxilio de los espejuelos. El trage blanco de finas telas de hilo que regularmente usaba contribuia á aumentar la distincion que revelaba toda su persona, en la que la vejez perdia su triste aspecto para mostrarse grata con sus propias severas galas.

Era una matrona venerable, verdadero tipo de dignidad y distincion, con toda la esquisita finura de la noble dama, y la natural delicadeza de la mujer cubana, lo que hacia en estremo agradable su trato, frecuentado por la mas selecta sociedad habanera, de la que era generalmente respetada y querida, y considerada como una de sus mas dignas representantes por la aureola de que la circuian sus virtudes domésticas, y sus caritativos sentimientos. Lástima que á tan buenas prendas se reuniesen las rancias preocupaciones de que adolecia la señora Emilia, segun dijimos en otro lugar.

La mujer sentada frente á la suegra de Victoria era su hija Mariana, madrastra de Justo y Octavio de Peñalta, que lo hubiera sido de Clotilde sin la fatal interposicion de Magdalena que le arrebató el amor de D. Pedro Deliza, segun queda esplicada al principio del manuscrito de la

viuda de Arcasola, interposicion desgraciadísima para esta; pues la privó de la madrastra modelo—á la que llamaba Justo "verdadera madre" en una de sus cartas á Máximo—para ser víctima de la mas perversa....

Bastaba ver á la señora Emilia y á Mariana para conocer el estrecho parentesco que las unía, tanta era su semejanza; sin embargo, se comprendía, por la mayor regularidad de las facciones, que treinta años ántes la madre debia de haber sido mas hermosa que la hija. Mariana era de ménos estatura que la señora, y parecía que no arribaría á la edad de ésta con el mismo vigor que ella: es verdad que en los dias en que las damos á conocer la madrastra de Justo estaba hondamente afectada por el estado en que éste se habia embarcado, y la ausencia de los dos hermanos, á quienes quería como madre, al emprender un viage que podía ser tan dilatado.

La misma semejanza que en lo físico tenian en lo moral la madre y la hija, y para que fuese mas completa participaba tambien ésta de las preocupaciones de aquella.

La niña que estudiaba al lado de la anciana era la hija única que quedaba á Mariana de su segundo matrimonio, de suerte que era hermana por su padre de Justo y Octavio.

Las dueñas de la casa se apresuraron á ir al encuentro de Victoria y su hija, tan pronto como las divisaron, con todas las señales del mas tierno cariño.

Las dos niñas se abrazaron tambien, llenas de júbilo infantil, y ántes que las señoras se sentasen desaparecieron del comedor, yéndose hácia el pátio, cubierto de plantas y flores, como hemos dicho.

La señora Emilia notó al instante la alteracion del rostro de Victoria y le tomó una mano con inquietud, observándola atentamente.

Victoria tenía necesidad de depositar su pena en un pecho amigo: era esa la primera ocasion que la paz de su matrimonio se hallaba tan seriamente turbada: hasta entónces, cualquiera que hubiese sido la conducta de Gustavo, habia guardado hácia ella la mayor deferencia, y por tanto su inquietud debía ser vivísima al notar la actitud que esta vez tomaba su esposo: no esperó pues á que la señora Emilia le preguntase la causa del pesar que leía en su rostro; sinó que tan pronto como comprendió que reconocía su alteracion la informó de todo lo que habia pasado.

No había echado en olvido Victoria la recomendacion de Clotilde de acudir á la señora Emilia para que ésta interpusiese su influencia en cortar las relaciones de su hijo Gustavo y de Magdalena, y hacía varios dias que se lo había recomendado, ofreciéndole la señora que aprovecharía la primera oportunidad favorable para tratar de llamar la atencion de su hijo, y persuadirle de los perniciosos resultados que contra su felicidad y la de su esposa podía darle su intimidad con la viuda de Deliza. Victoria ignoraba aun si se había verificado ya la entrevista de Gustavo y su madre.

La señora Emilia escuchó atentamente la relacion de su hija política, y mas tranquila despues de enterarse de la causa que motivaba el desfiguro de ésta, le dijo estrechándole la mano que conservaba entre las suyas:

—Vamos, reponte completamente, que no existe el peligro que tú imaginas, y todo el enojo de Gustavo se aplacará así que le des una ligera esplicacion.

La esposa de La Rioca sintió que su pecho se aligeraba de un peso al oir la seguridad con que le hablaba la señora, quien volvió á decir:

—Tus celos te han hecho ir un poquito léjos, y sin que

tú misma lo comprendieses has estado muy cerca de perjudicar á tu esposo....

—¡Cómo!—esclamó Victoria alarmada.

—No te inquietes—se apresuró á decir la señora notando la mayor palidéz de que se habia cubierto el rostro de su nuera—porque, afortunadamente, no creo que el asunto tenga mas consecuencias; puesto que Gustavo procuró satisfacer todo lo posible á Magdalena, y aunque ella es bastante rencorosa debe haber olvidado ya la ofensa.

Victoria se pasó la mano por la frente, sin comprender de qué modo podía perjudicar á su esposo el desaire que habia hecho á Magdalena, y en seguida rogó á su suegra que se lo esplicase.

—Es muy sencillo, dijo la señora Emilia: hace dos dias estuve hablando con Gustavo respecto á su intimidad con esa mujer. Por supuesto él me manifestó que la conoce muy á fondo; que esa intimidad no es mas que aparente, y me tranquilizó del todo, enterándome de que la causa de que la visite ahora con frecuencia es porque tiene relaciones con su esposo Falieri, con quien hace negociaciones de azúcares de mucha importancia; y el que en la actualidad le tiene suplida una suma algo elevada, que mi hijo no puede devolverle hasta que se realicen ciertas ventas. Como ese mujer ejerce tanta influencia sobre su marido, y nosotros no la volvimos á tratar despues que se casó con Deliza, Gustavo procura alhagarla lo mas posible, á fin de que no le perjudique en el ánimo de Falieri y le exija hoy la devolucion de la suma; lo que sería imposible hacer de momento á tu esposo.

Victoria quedó sumergida en profunda cavilacion despues de oir á la señora Emilia. La infeliz salia de un escollo para

tropezar en otro: si se aplacaban sus temores respecto al motivo de las relaciones de su esposo y Magdalena se levantaban de otra especie en su pecho, y pensaba que quizás la rencorosa dama no olvidaría el desaire de la noche anterior, y no contenta aun con lo que le habia hecho sufrir á ella querría llevar hasta el estremo su venganza haciendo que Falieri exigiese á Gustavo la suma considerable que le debia.

Por otra parte, aun suponiendo que el amor propio de Magdalena se diese ya por satisfecho, estaban muy impresas en el ánimo de Victoria las palabras de Clotilde—"Cualquiera que sea la causa de la intimidad de la Rioca y esa mujer debes poner de tu parte todo empeño en que termine, porque solamente perjuicios pueden sobrevenir de ella á tí, á tus hijos y á tu esposo."—La señora Emilia ignoraba las relaciones íntimas que habian existido entre Gustavo y Magdalena; tenia formado de su hijo un concepto muy distinto del que merecia, y no podia alarmarse hasta el grado que Victoria de su trato con la viuda de Deliza. Sobradas causas tenia Victoria para sumerjirse en profundas cavilaciones; pero la esplicacion que la señora Emilia le habia dado del principal motivo que entónces existia para la intimidad de Gustavo y Magdalena acabó por calmar de algun modo su inquietud, ocurriéndole que quizás estaba en su mano terminarla; por lo que recobrando ánimo dijo á su suegra:

—Considero que Gustavo debe hallarse muy mortificado por esa deuda á Falieri, que le hace tener tantas contemplaciones con una mujer como Magdalena, á la que el conoce muy bien, y por mi parte, aun á costa de sacrificios le libraria de esa penosa dependencia, que me acarrea tambien íntimos sufrimientos. Creo que fácilmen-

te podría pagar á Falieri muy en breve, si él quisiese.

—¿De que modo? interrogó la señora Emilia.

—He oido decir varias veces á Gustavo—contestó Victoría—que mi casa puede valer sobre cincuenta míl pesos; si lo aprueba estoy dispuesta á gravarla hasta donde alcance, para que satisfaga á su acreedor.

La señora Emilia reflexionó, y esclamó despues:

—Pero.... ¿y tus hijos....?

—No se perjudicarán en nada, replicó Victoria, porque así que se realicen esas ventas de que depende hoy que mi esposo pague á Falieri, Gustavo se apresurará á librar la casa de su gravámen.

—Y si por eventos imprevistos no fuese dable hacerlo luego— observó la señora.

—Aunque mi esposo se halla hoy algo perjudicado en sus intereses por pérdidas en negocios, segun me ha dicho, no creo que las cosas lleguen hasta el estremo de no poder cubrir la responsabilidad que se ocasionase sobre la casa.

—Pero bien, supongamos que desgraciadamente sucediese—volvió á decir la señora Emilia.—¿No se verian mañana ú otro dia gravemente perjudicados tus hijos....?

Victoria quedó un momento impresionada por esa reflexion de su suegra; pero despues esclamó con energía.

—Nada encuentro mas perjudicial para mis hijos que la intimidad de su padre con una mujer que es capaz de arrebatarles su cariño, y de hacerle olvidar sus deberes mas sagrados. Yo tambien conozco á fondo á Magdalena, y sé cuanto hay que temer de ella.... Prefiero quedarme reducida á la pobreza á consentir en que duren mas tiempo los motivos que obligan á mi esposo á humillarse ánte esa mujer....; conserven mis hijos un padre digno, que pueda levantar su frente, cuyo nombre no les sonroje jamas,

aunque sean pobres....: yo los enseñaré á trabajar....

La señora Emilia guardó silencio porque abundaba en las mismas ideas que su nuera.

Esta volvió á decir:

—Quizás sea un beneficio para mis hijos que su padre se considere en la mas imperiosa necesidad de consagrarles todos sus instantes, y que no descanse en los bienes ya adquiridos para desentenderse de sus deberes. Si nos hallásemos hoy con menos recursos, las distracciones del gran mundo no podrian ocupar tanto su atencion; tendria que dedicarse á un trabajo mas asíduo, y una vez habituado á él sería difícil que volviese á incurrir en las mismas distracciones. El valor de un capital no se conoce completamente sino cuando se ha obtenido con el trabajo propio: se aprecia en relacion de lo que cuesta. Bien por esperiencia aprendí yo esa verdad, cuando tuve que ayudar á mi padre, despues del quebranto que sufrió en sus intereses, dando lecciones de música y de idiomas.

Pasado un instante dijo la señora Emilia:

—Lo que mas importa es afirmar la union y la paz de la familia: con ellas todo se sufre con entera conformidad y sin ellas las otras ventajas no son mas que aparentes. Cualquier sacrificio que ahora te impongas para conservar esas firmes bases de la felicidad doméstica te será altamente recompensado despues. Lo que siento mucho es no hallarme yo misma hoy con recursos para auxiliarte en tu buen propósito; pero hace tiempo, como tú sabes, que distribuí mis bienes entre mis hijos, reservándome solo la renta necesaria para mis cortos gastos personales, y aun las pequeñas economías de esa renta las tengo entregadas ya á Gustavo, á fin de que él, girándolas, derive algun producto de ellas.

Victoria y su suegra continuaron hablando un rato mas, terciando Mariana en la conversacion, hasta que la primera se puso en pié para partir.

Entónces volvieron del patio las dos niñas abrazadas y coronadas de flores.

La posibilidad de poner término á la intimidad de su esposo y Magdalena habia hecho que se repusiese Victoria, recobrando su natural animacion: su hija conoció el favorable cambio que se habia operado en ella, y corrió á abrazarla, mostrándole su contento.

Pocos instantes despues salian Victoria y su hija de casa de la señora Emilia.

Al llegar á la suya, el primer cuidado de Victoria fué inquirir si habia retornado ya su esposo, para comunicarle su anhelo de que saldase cuentas con Falieri, y el medio que le habia ocurrido de hacerlo: la informaron de que aun no habia vuelto, y quedó esperándole ansiosamente.

Dos causas poderosas habian obligado á La Rioca á salir de su casa aquel dia mas temprano que de costumbre, como hemos indicado: la principal era la urgentísima necesidad en que se veia de proporcionarse la suma de cinco mil pesos para cubrir una deuda de las que él consideraba sagradas, una deuda de honor, contraida en el juego, que habia prometido solemnemente pagar á las dos de la tarde de aquel mismo dia: la segunda causa era la indicacion héchа por Falieri la víspera, en el teatro, de que D. Lúcas le esperaba sin falta alguna, para la revision de sus cuentas.

Perseguido hacía algunos meses por la mala suerte, no solo tenía ya gravados La Rioca sus bienes particulares, sino que pesaban sobre él mayores compromisos de los que podía satisfacer en largo tiempo: ya no habia amigos á

quienes acudir, porque debia á todos. El único que aun le daría algun auxilio era el mismo Falieri; no obstante que al indicarle que fuese á revisar sus cuentas con D. Lúcas podía presumir que lo exijia para llamarle la atencion sobre la crecida suma de que le era deudor; pero Gustavo contaba mucho con la bondad del millonario y el afecto que le profesaba, y confiaba que le libraría del presente conflicto, siempre que se resignára á oir los buenos consejos con que procuraba Falieri, aunque en vano, sacarle de la extraviada senda que le conducía rápidamente á su ruina.

Al llegar al escritorio de Falieri se encontró La Rioca á D. Lúcas, que le aguardaba ya de pié delante de la carpeta, con el libro de cuentas á la vista, y le informó de que el señor Aquiles habia salido para el campo muy temprano, en virtud de una carta que recibiera al volver la noche anterior del teatro; pero que retornaría ántes de la una de la tarde.

Esa noticia desconcertó á Gustavo, que hacía ánimo, ántes de todo, de hablar al protector de Magdalena para que le suministrase los cinco mil pesos de que tanta necesidad tenia.

El D. Lúcas con quien habia de revisar sus cuentas La Rioca, era el mismo, como ya lo habrá comprendido el lector, que segun el manuscrito de Clotilde estuvo para casarse con Magdalena cuando esta prefirió unirse con D. Pedro Deliza; el mismo que se menciona varias veces en el propio manuscrito; el que ya presentamos ofreciendo su proteccion á Basilio, el hijo de Cármen, para unirlo en matrimonio con una rica heredera, y por último, el mismo esposo de Ruperta, que en el fondo de su corazon abrigaba contra Gustavo el odio mas encarnizado, aun-

que esteriormente sabia ocultarlo, creyendo que habia ultrajado gravemente su honra.

Por influjo de Magdalena ocupaba D. Lúcas al lado de Falieri un distinguido lugar, mereciendo ya toda su confianza por la actividad, celo é inteligencia con que desempeñaba los importantes negocios que ponía á su cargo. Siempre dispuesto el millonario á recompensar ámpliamente á los que le servian bien, prestaba fondos á D. Lúcas para que hiciese operaciones por su propia cuenta; pero llevado este de su natural arrojo habia entrado en empresas aventuradas, que le ocasionaban ya fuertes pérdidas, y debia tambien á Falieri una respetable suma.

Respecto á la intimidad de D. Lúcas y Magdalena diremos por ahora que esta habia nacido en casa de aquel, en Nueva Orleans; que se conocian desde la infancia, y que por alguna causa desconocida ejercia él sobre ella un dominio estraordinario, hasta el punto de que si realmente habian pensado en contraer matrimonio los dos, debía presumirse que era D. Lúcas, y no Magdalena, el que se habia negado á verificarlo.

Apesar de que sabia ser dueño de sí mismo, el esposo de Ruperta no podia ocultar completamente la maligna satisfaccion con que en aquellos instantes veia á La Rioca: sus pequeños ojos penetrantes parecian animados de un resplandor siniestro, y como si quisiese gozarse sin demora en los sufrimientos del que consideraba causador de su deshonra, se apresuró á decirle, con un tono que desmentia la espresion de sentimiento que trataba de dar á sus frases:

—Fatales noticias para V., señor La Rioca, han llegado al fin las cuentas de los azúcares, que arrojan pérdidas terribles....

—¡Cómo! esclamó Gustavo palideciendo por lo desagradable de la noticia en sí, y mas aun por llegar en momentos en que, aumentada su deuda á Falieri por esas pérdidas, podría serle mas difícil conseguir los cinco mil pesos que necesitaba con urgencia.

—Muy positivamente, afirmó D. Lúcas, anoche, miéntras estaría Vd. gozando en la ópera, recibia yo la correspondencia del vapor, y examinaba las cuentas, por las que resulta á Vd. en su particular, una pérdida de cerca de diez mil pesos....

—¡Tanto como eso....! esclamó La Rioca mas demudado aun.

—Lo mas sensible para Vd. debe ser, repuso D. Lúcas complaciéndose en los tormentos de la víctima, que precisamente la mayor pérdida está en los azúcares comprados por Vd. mismo....

La Rioca se puso está vez lívido, quizás no habria procedido con pureza en sus compras, y venian á palparse las consecuencias en los momentos mas críticos, para agravar su situacion, cuando tenia mayor necesidad de la indulgencia de Falieri.

—Sí señor, agregó el implacable D. Lúcas, todos los corresponsales á una marcan como muy inferiores, y pagados mas caros, los azúcares comprados por Vd. miéntras que el Sr. Aquiles conseguía en las mismas fechas mucho mejor fruto á mas bajos precios.

Gustavo dejó caer la cabeza sobre el pecho con abatimiento, y permaneció algun rato en esa actitud: luego pensó que en vista de las noticias recibidas no debia confiar enteramente en obtener de Falieri la suma que necesitaba, y le ocurrió apelar á otra fuente en seguida, por lo que hizo ademan de salir del escritorio.

Pero D. Lúcas, que no estaba dispuesto á abandonar tan pronto á su víctima, le retuvo, diciendole:

—El Sr. Falieri desea que sin pérdida de tiempo examinemos la cuenta general de Vd. que arroja un saldo bastante crecido en contra de Vd.

—¿A cuanto asciende ese saldo? preguntó la Rioca.

—A veinte y dos mil pesos, sin las pérdidas de los azúcares, contestó D. Lúcas gozándose en el efecto que producia en el ánimo de su interlocutor.

—¡Imposible!—esclamó La Rioca, que muy abandonado en sus cuentas no guardaba apunte de todo lo que tomaba, y creia deber mucho ménos á Falieri.

—Todo está debidamente comprobado, repuso D. Lúcas con la mayor calma, hasta la partida mas insignificante tiene su documento que la acredite, como veremos ahora, si Vd. gusta....

Al pronunciar sus últimas frases se volvió D. Lúcas hácia el libro de cuentas que tenia abierto delante de sí.

La Rioca dió un paso para dirijirse á ver el libro; pero reflexionando al punto que esa operacion le quitaría algun tiempo, y que ántes que todo tenia que buscar los cinco mil pesos, dijo:

—Volveré de aquí á un rato á comparar las cuentas con mis propios apuntes; necesito hacerlo yo solo con algun reposo: tenga Vd. la bondad de disponer que me coloquen ese libro en una mesa aparte, para cuando yo retorne.

Al concluir esas palabras La Rioca se dirijia hácia la puerta del escritorio; pero el terrible D. Lúcas quiso lanzarle aun otro arpon diciéndole:

—¡Ah! le advierto á Vd. que esta mañana ha estado aquí su acreedor de los cinco mil pesos, jurando que si no le satisface Vd. hoy, como le ofreció, publicará entre

sus amigos que Vd. no le ha pagado su deuda de honor.

Esta vez Gustavo se mordió los labios con desesperacion, y salió precipitadamente de la pieza sin contestar, en tanto que D. Lúcas le miraba alejarse con maligna complacencia y amenazadora sonrisa.

La otra fuente á quien iba á acudir La Rioca, en pos de la suma que necesitaba imperiosamente, estaba dentro de la misma casa: era Magdalena Ruisseau.

Despues de dar algunas vueltas por otras piezas del edificio llamó misteriosamente á la puerta de la antesala que conducía al departamento particular de la dama.

La misma Bibiana, la linda jóven protejida por Magdalena, le abrió la puerta.

Gustavo tendió al entrar la mano á Bibiana que esta tomó con mucha frialdad.

La circunspeccion con que le recibia Bibiana no pudo ménos que llamar la atencion de La Rioca, acostumbrado á verla siempre afectuosa con él: pero nada le dijo, y se encaminó á la sala de recibo contígua.

Bibiana siguió á La Rioca indicándole que no pasase adelante; pues Magdalena vendria á recibirle allí.

—¿Porqué? preguntó Gustavo.

—Lo ignoro, contestó secamente Bibiana, es órden de ella—Y salió de la sala al terminar sus palabras.

Al cabo de un rato de esperar La Rioca, apareció Magdalena en la sala: llevaba un trage alto de color oscuro, con largas mangas que le cubrian los brazos, y cosa muy rara, no se veía en sus dedos mas que una sencilla sortija de poco precio.

Habria sido difícil reconocer en ella á la dama de los diamantes de la noche anterior.

Entró en la sala con la vista baja y con paso lento di-

rigiéndose á un sillon. Gustavo se apresuró á ir á su encuentro y á darle la mano para conducirla al asiento.

—¿Te hallas indispuesta.... ? preguntó La Rioca.

—No, se apresuró á contestar Magdalena.

—Y entonces ¿por qué ese abatimiento y ese trage?

—No siempre se ha de estar de gala, contestó la dama. y es preciso que sea una insensible para que no le impresionen los insultos.

—¡Ah! bien sabes tú misma cuanto me ha ofendido la incalificable conducta de Victoria: te aseguro que aun no le he vuelto á dirigir la palabra desde anoche, y que todavia ha de sentir por algun tiempo el peso de mi enojo.

—Quizás no tenga ella toda la culpa, dijo Magdalena, quien sabe si tú mismo no estarás exento de ella....: algunas revelaciones....

—Tu sospecha me ofende altamente — esclamó La Rioca con toda el ansia de sincerarse del que necesita dinero y halla predispuesta en contra de él á la persona á quien acude—¿Como has podido creer ni un solo instante que cupiese en mí la debilidad de hacer ciertas confianzas á nadie....? Aun prescindiendo de otras consideraciones ¿no te estoy obligado por toda clase de favores....? ¿no me has prestado auxilios en circunstancias críticas que jamás podré olvidar....?

Magdalena dejó ver en sus labios una sonrisa, como si quedára satisfecha: eso dió ánimo á Gustavo para proseguir:

—Aun ahora mismo ¿no vengo á tí para que me salves de una situacion angustiosa, hallándome en la mayor necesidad de que me sirvas nuevamente con tus joyas, segun te indiqué anoche....?

El rostro de Magdalena recobró la espresion grave, y despues de un instante dijo ella:

—No hay duda que estoy destinada á representar un papel muy interesante, siendo objeto en público de los insultos de la esposa, y empeñando en privado mis joyas para salvar la reputacion del marido....: de suerte que ella conserva por mí su prestigio; ocupa por mí palcos del primer piso; se presenta por mí elegantemente vestida; yo la libro del sonrojo, y ella sin reconocer ninguno de esos favores, se considera autorizada á despreciarme ante una numerosa concurrencia....

—Pero ella ignora los servicios que tú me has prestado, dijo Gustavo.

—Pues bien, replicó Magdalena, que no los ignore mas tiempo....: que sepa lo que me debe, y que venga á pedirme perdon, humildemente, de la ofensa que me ha hecho, dispuesta á satisfacerme del modo que yo exija....

Gustavo palideció, diciendo á media voz, temeroso de escitar aun mas el enojo de Magdalena:

—Para que ella sepa los servicios que tú me has prestado, es preciso que le instruya de lo que debe ignorar.

—No es necesario que sepa nuestra mayor intimidad— repuso Magdalena penetrando la idea que habia querido espresar Gustavo:—No hay ninguna razon para que aparezca yo á sus ojos ménos digna que á los de nadie..... Bastará que le digas que compadecida yo de tu situacion, recordando nuestra amistad de niños, he impedido varias veces que tu nombre cayera en el lodo, haciendo el sacrificio de empeñar mis joyas, sin mas interés que el de la compasion que me inspiras. Lo que yo quiero es abatir su necio orgullo....; verla á mis piés pidiéndome perdon....

Las condiciones que imponía Magdalena parecieron algo

fuertes á Gustavo; pero era tambien muy fuerte la necesidad que tenía del dinero y dijo:

—Todo se hará á medida de tu deseo.

—Exijo que sea ahora mismo, esclamó imperiosamente Magdalena.

—En estos instantes no puede ser, replicó Gustavo, porque me vería obligado á emplear algun tiempo, y solo puedo disponer del preciso para que me des las alhajas que necesito; ir á empeñarlas, y pagar á mi acreedor.

—¡ Ah ! esclamó Magdalena, con que es necesario aun que haga yo un nuevo sacrificio para obtener la reparacion que pido....: los servicios ya prestados no son suficientes para merecer la satisfaccion que reclamo.... Pues á esa costa nada quiero....

—Te prometo que esta tarde misma vendrá Victoria á pedirte perdon, como tú deseas, dijo Gustavo alarmado con las palabras de Magdalena.

—He cambiado de parecer, dijo la dama con firme acento; no exijo ninguna satisfaccion, porque esta me conmovería, y el resultado sería en contra de mis intereses. Ya es tiempo de que mire por ellos y no los aventure mas....: aun tienes empeñadas joyas mias por valor de mas de dos mil pesos.

—Bien sabes que muchas veces me has confiado alhajas por mas crecida suma, y siempre te han sido devueltas.

—Esos eran otros tiempos, replicó la dama, entónces disponías de recursos de que hoy careces, y tus deudas no habian llegado, ni con mucho, á la escandalosa cifra á que hoy ascienden.

—Hace varios meses que la suerte me es muy contraria; pero no por eso me abato: mañana ú otro dia cam-

biará, proporcionándome quizás mayores bienes que los que jamás he tenido: confio en mi buena estrella.

—Creo que tu estrella se ha eclipsado para no brillar jamás, esclamó Magdalena con un acento frio y penetrante, como la hoja de un puñal, que llegó hasta el corazon de La Rioca, dejándole por un rato en profundo desaliento.

Despues dijo éste con amargura:

—Y porque me ves en la desgracia me abandonas: porque me consideras arruinado te niegas á servirme....

—Soy tambien algo supersticiosa, replicó Magdalena en tono de burla, y creo que la desgracia es contagiosa...: no quiero que me arrastres en tu caida....

La Rioca inclinó la cabeza sobre el pecho con abatimiento: era la primera vez que creia en la posibilidad de verse arruinado....

Pensando Magdalena en su propia seguridad, le ocurrió que sus burlas y la seca negativa al favor que le pedía Gustavo pudieran exasperar á éste, y trató de precaverlo, empezando por decir cambiando de tono:

—Tengo justas causas para estar muy resentida, y no he podido evitar hacértelo comprender; pero en el fondo de mi corazon siento profundamente tu desgracia: olvido la ofensa, y deseo auxiliarte.

La Rioca levantó la cabeza, reanimado al oir la última frase ante la esperanza de cubrir su compromiso.

—¿Qué suma necesitas? preguntó Magdalena como si pensase realmente en servir á Gustavo.

—Cinco mil pesos, se apresuró á decir este.

—¡Ah, es mucho....! esclamó la dama.

—Un solo terno de los tuyos sería suficientes para conseguir esa cantidad, afirmó La Rioca.

—No puede ser, observó Magdalena como apesadumbrada.

—¿Porqué....? preguntó Gustavo con ansiedad.

—Acabo de recordar una circunstancia que hace imposible que te sirva de nuevo con mis alhajas: Falieri me las tiene pedidas para mandarlas limpiar, como hizo ya otra ocasion, en que me las devolvió estraordinariamente aumentadas con otras muchas joyas de considerable valor.

—No importa eso, dijo Gustavo, reserva las que yo necesito ahora, y entrégale las demas.

—Imposible, esclamó Magdalena.

—¿Porqué motivo....?

—Porque ya he dado á Falieri una lista exacta con relacion circunstanciada de cada una de las prendas que aquí tengo, y al ponerlas en manos del joyero confrontarán esa lista, para la debida seguridad. Bastante he hecho ya con no colocar en el apunte las alhajas que tienes actualmente empeñadas esponiéndome á llamar la atencion de Falieri....

—Quizás podré yo rescatar las joyas que ahora me entregues ántes de que llegue el momento en que te las pida Falieri, repuso Gustavo para hacer el último esfuerzo.

—Me las ha de pedir muy pronto, se apresuró á decir Magdalena, y tan pronto que todas están ya guardadas en sus cofres; en prueba de ello, ya ves que solo tengo ahora conmigo esta sortija de muy poco valor.

La Rioca se puso en pié violentamente: ya perdía tiempo permaneciendo allí, y salió de la sala sin demora.

Queda impuesto el lector de cual era el cebo con que habia atraido Magdalena á La Rioca; el poderoso iman con que le habia postrado á sus plantas: por la influ-

encia de sus joyas se habia hecho sufrir terriblemente á Victoria.

Otro producto negativo de los diamantes de la dama.

XI.

AQUI......

Estaba muy empeñado La Rioca en conseguir el dinero que necesitaba para que dejase de hacer por su parte vivas diligencias por obtenerlo: al salir de casa de Falieri se ocupó de ello, viendo á cuantas personas creyó que podia acudir; pero encontró cerradas las puertas: se sabian sus deudas, y su descrédito era general, aunque no se lo hacian comprender, ocultándoselo bajo atentas frases.

Todas sus esperanzas se fijaron de nuevo en el Sr. Aquiles, y despues de almorzar ligeramente en un *restaurant*, sin que le ocurriese llegarse á su propia casa, se encaminó á la del millonario á esperar su vuelta del campo, que ya debia tardar poco segun los informes que le habian dado.

Al entrar en el escritorio le salió al paso D. Lúcas, manifestándole que habia estado allí otra vez su acreedor de los cinco mil pesos, mas violento y amenazador aun, aludiendo á una carta que la víspera le habia dirigido La Rioca, ofreciéndole bajo su palabra de honor, del modo mas solemne, que le pagaría á las dos de la tarde de aquel dia.

El recuerdo era lo mas mortificante para La Rioca, que tenia demasiado presente esa deuda, por lo que, tratando de desentenderse de él, indicó que venía á examinar sus cuentas con sus propios apuntes.

D. Lúcas señaló á Gustavo el pupitre de Falieri, entónces desocupado por su ausencia, donde habia hecho colocar el libro de cuentas, segun el deseo manifestado ántes por La Rioca, para que pudiese revisarlas á su satisfaccion.

El pupitre era el mismo en que escribía el Sr. Falieri la noche de Carnaval en que dió sus buenos consejos á Gustavo dirijiéndose luego los dos á cenar, alegremente, á las habitaciones de Magdalena.

Gustavo se sentó y empezó á confrontar las partidas del libro de cuentas con los apuntes de su cartera: el libro era de regular tamaño, y cada vez que inclinaba la hoja para comparar una cifra con su memorandum se interponía una tira de papel que colgaba de uno de los entrepaños del estante del pupitre; varias veces separó esa tira de papel La Rioca sin que fijase su atencion; pero, á fuerza de interponérsele, leyó en un estremo de ella, muy distintamente:

Aquí.

La Rioca continuó su tarea por un rato más, separando siempre la tira de papel, y viendo constantemente la palabra *Aquí*, que se le presentaba con la misma terquedad de una mosca.

Mas dominado Gustavo al cabo de ese rato por la idea de la necesidad en que se hallaba de encontrar los cinco mil pesos que con tanta urgencia necesitaba, soltó el libro de cuentas, sin haber concluido su exámen, y quedó como sumerjido en profunda cavilacion.

Sus ojos se fijaron fatalmente en la misma tira de papel donde resaltaba la palabra *Aquí*.

Miéntras La Rioca se preguntaba aun mentalmente donde podria encontrar aquella suma, por la que en tales momentos se hallaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio, la insignificante hoja de papel parecia contestarle:

—Aquí.

El viento la agitaba suavemente, y entónces parecia que la tira de papel procuraba llamar la atencion de La Rioca, diciéndole: *Aquí*, *Aquí*, *Aquí*, con incansable perseverancia.

Por fin, Gustavo fijó su atencion en la tira de papel, en la palabra *Aquí*.

Llegó á ejercer sobre él cierta fascinacion....: los jugadores son generalmente supersticiosos.

Quiso verla en su mano, y trató de tomarla; pero la tira de papel opuso alguna resistencia....

Estaba adherida á otras tiras; formaba parte de un cuadernito con cubierta de carton que doblada hácia arriba se sugetaba en la tabla superior del entrepaño.

Gustavo venció el estorbo, y se halló con el cuadernito en la mano....: era el libro de *checks* de Falieri.

La tira de papel era un mandato en blanco, numerado y empezado á firmar....

Aquí eran las dos primeras sílabas del nombre de su dueño, *Aquiles*.

La Rioca pensó que probablemente Falieri tuvo intencion de llenar aquel mandato, y que considerándolo innecesario luego, lo dejó, empezado á firmar.

Una idea terrible pasó violentamente por la imaginacion de La Rioca, y lleno de espanto, soltó el cuaderno y se levantó del asiento que ocupaba, dirijiéndose hácia el

centro de la pieza, donde en aquel momento se hallaba solo; pues D. Lúcas y los dependientes habian salido.

La Rioca se pasaba la mano por la frente, como para alejar la terrible idea que le ocurrió, cuando llegó un criado á decirle, de parte de D. Lúcas, que Falieri habia mandado á avisar que no retornaría hasta por la noche.

Gustavo dió un violento golpe con el pié en el suelo; miéntras su rostro se contraía con desesperacion....: acababa de perder su última esperanza....

Consultó el reloj y vió que era cerca de la una del dia.

A las dos debian estar entregados los cinco mil pesos..

La Rioca volvió á pensar á quien acudiría para que le facilitase la suma; pero sin fruto.

Entónces la idea terrible que habia tratado de alejar de sí se fijó de nuevo en su mente....

Se dirijió otra vez hácia el pupitre....: allí estaba el cuaderno de *checks*....

Se sentó y permaneció un rato con la vista clavada sobre las dos primeras sílabas del nombre del señor Aquiles. Luego tomó en su mano el cuaderno; examinó la hoja; vió los sobrantes de las anteriores; el número era el que debia seguir.

Sin haberse decidido aun á hacer lo que le habia ocurrido se ponia ya en camino de ejecutarlo: tomó de su cartera un papel firmado por Falieri.

Examinó la firma y la consideró fácil de imitar, figurando maquinalmente en el aire con el dedo el nombre y la rúbrica del millonario, sin separar la vista del original.

La tentacion iba siendo cada vez mas fuerte: tambien se aproximaba mas cada vez la hora fatal....

La Rioca tomó la misma pluma de oro que usaba Falieri, y probó sobre un pliego de papel la imitacion de su

firma.... Ya en otras ocasiones, en intrigas amorosas, habia ejercitado su funesta habilidad con notable éxito.

La primera prueba sobre el pliego de papel satisfizo algo á La Rioca, la segunda más.....: continuó....: al noveno ensayo se marcó una contraccion en sus lábios que parecía una sonrisa....: cotejó la copia y el original y encontró entre ámbos una completa semejanza....

La décima prueba la hizo sobre el mismo *check*....: el cotejo fué esta vez mas minucioso y mas satisfactorio aun....

Sin embargo, le quedaba todavía á La Rioca un resto de temor ó algunos escrúpulos, y apoyó la frente sobre la mano en actitud reflexiva.

Despues se dijo:

—Si Falieri estuviese aquí me proporcionaria la suma que necesito....: las circunstancias son tan críticas que no puedo esperar hasta su vuelta....: tengo que satisfacer uña deuda de honor que me he obligado solemnemente á pagar á las dos de esta misma tarde.... Sé que Falieri me estima, que sentirá vivamente el descrédito que ha de sobrevenirme de no abonar ahora mismo esa suma.... Tan pronto como retorne del campo le pintaré con sus verdaderos colores la situacion terrible en que me hallo..; le diré que confiado en su amistad, imité su firma....: se lo confesaré yo mismo sin pérdida de tiempo....: le pagaré cuanto le debo inmediatamente, con preferencia á todas mis deudas....; tomaré dinero para hacerlo sobre la casa de Victoria.... El es bueno....; me aprecia mucho....; comprenderá mi penosísima situacion, y me disculpará.... me perdonará.

Ese era el delirio que conducia á la locura.... No se procede precipitadamente á cometer una mala accion; se

piensa ántes en las consecuencias, y se busca siempre algo que la disculpe á nuestros mismos ojos....: se crée lo que se desea y nos engañan los propios raciocinios, porque no vemos las cosas sino al traves del prisma de nuestro anhelo: el deseo que nos domina echa un velo sobre las mayores dificultades; nos finge practicable la senda, mostrándonos en cercano término el logró de lo que ansiamos y aglomera engañosas razones para persuadirnos á sofocar la voz de la conciencia.... Es una lucha peligrosísima la que se entabla con el mal deseo, porque este tiene todas las probabilidades de triunfar: lo que salva es huir de él desde el primer instante en que acomete.

Pero desgraciadamente para La Rioca habia ido muy léjos, y no podía volver atrás: la pendiente era rápida, y ya rodaba violentamente por ella hácia el abismo.

La disipacion y los vicios llevan muy amenudo al crímen.

Aplacados ya por sus mismos falsos raciocinios el temor y los escrúpulos de La Rioca, volvió á tomar la pluma y llenó el mandato apócrifo por la cantidad de cinco mil pesos, rasgueando su letra para disfrazarla todo lo posible, lo que consiguió á medida de su deseo.

Falsificado ya el *check* á su satisfaccion ocurrió á La Rioca la dificultad de hacerlo efectivo: no tenia de momento con quien mandarlo á cobrar; los dependientes de Falieri no habian retornado aun: el instante del pago á su acreedor se acercaba rápidamente, y ese acreedor era hombre desconfiado é impertinente, que no se conformaría con el *check*, sino que reclamaría dinero sonante.

La Rioca consultó sus propias fuerzas para ir á cobrar personalmente el falso mandato y se consideró con todo el ánimo necesario para hacerlo: además, no tenia otro re-

curso, ya que se empeñaba fatalmente en llevar á cabo su criminal intento.

Comparó por última vez las firmas, y bien satisfecho de la cópia, rasgó en menudos pedazos el papel en que se habia ejercitado; guardó su cartera, y se encaminó hacia fuera para concluir su obra, confiado en su serenidad y arrojo.

Al corto rato de haber salido entró D. Lúcas cautelosamente en el escritorio de Falieri: miró á todos lados, y hallándose solo se dirigió precipitadamente hácia el pupitre del dueño de la casa: cojió con ánsia el cuaderno de *checks*; todo su rostro se contrajo con una alegria satánica al notar que faltaba la hoja tomada por La Rioca.

El mismo habia preparado la red en que cayó Gustavo; él mismo habia escrito, imitando hábilmente la letra de Falieri, el terrible *Aquí* que condujo á La Rioca á la falsificacion; él mismo había colocado el cuaderno de checks del modo ya esplicado para que llamase la atencion de Gustavo.

Por eso contrajo su rostro una alegría infernal, y se frotaba las manos con siniestro júbilo.

Gozaba el doble triunfo que le proporcionaban el éxito del plan concebido por él, y la satisfaccion de su venganza.

No se puede presumir muchas veces de que instrumentos se valdrá la Providencia para el castigo. Gustavo que no habia hecho á D. Lúcas la grave ofensa que éste creía, ni otra alguna, no podía sospechar ni remotamente que tenía en él un enemigo encarnizado, que preparaba su ruina con incansable perseverancia.

D. Lúcas divisó en el suelo los pedazos del papel en que se habia ejercitado La Rioca para falsificar la firma

de Falieri, y adivinando la verdad los recojió cuidadosamente, envolviólos en otro papel, y guardó este en una gaveta del pupitre, á la que echó la llave que puso en su bolsillo. Concluidas esas operaciones D. Lúcas salió del escritorio apresuradamente, para dar todavía algunos pasos que asegurasen el completo buen resultado de su plan.

La Rioca llegó al banco sobre que iba dirijido el falso mandato, y entregó este al contador despues de saludarlo, pues se conocian de antemano.

Si Gustavo no hubiese estado preocupado, apesar de su serenidad, por la criminal accion que cometía, habria notado la sorpresa que se pintaba en el semblante del contador al devolverle el papel, ya registrado, para que fuese á cobrarlo á la caja, y el ligero temblor que agitaba su mano.

Gustavo dió por conseguido su intento cuando se le devolvió el *check*, y se encaminó á la pieza que ocupaba el cajero. Este tomó el papel y lo examinó escrupulosamente.

Habia cuatro individuos mas que al parecer iban tambien á cobrar: tres de ellos eran conocidos de Gustavo, y se saludaron, en tanto que el cajero examinaba el *check*.

La Rioca empezó á sentir algun temor, porque sabia lo esperto que era aquel empleado del banco.

El cajero se dirijió hácia una mesita cubierta de pilas de onzas de oro. Gustavo respiró.

Pero volviéndose de pronto á él el empleado, le preguntó en voz bastante alta, como para que todos le oyeran

—¿Ha recibido Vd. directamente del Sr. Falieri este *check*?

—Sí, contestó La Rioca procurando dar á su acento la seguridad posible y á su rostro la mayor gravedad.

—Le pregunto á Vd. si lo ha recibido del mismo Sr. Falieri—se apresuró á decir el cajero como para satisfacer á La Rioca—porque el mandato espresa *á la órden* del portador, y no está tachada esa frase impresa: *á la órden.*

El cajero mostraba al mismo tiempo á los presentes el papel, señalando la frase impresa á que aludia.

Gustavo notó entónces que no habia tenido la precaucion de rayar esas palabras al estender el falso mandato. Es muy difícil hacerlo todo bien cuando se procede mal.

—Tenga Vd. la bondad de endosarlo, volvió á decir el cajero presentando el *check* á La Rioca.

Asaltó á este el pensamiento, en vista de esa inesperada circunstancia, de recojer el mandato y desistir de su propósito; pero recordó la urgencia que tenía del dinero, por una parte, y por otra pensó que si rehusaba endosar el *check* apareceria muy sospechosa á los presentes su negativa, despues de haber confesando que lo habia recibido directamente del mismo Falieri. Ademas, como de todas maneras contaba con la amistad y la indulgencia del señor Aquiles, se resolvió á poner su nombre y rúbrica al respaldo del falso *check.*

El cajero colocó en seguida delante de Gustavo las pilas de onzas de oro que completaban la suma de cinco mil pesos, y le prestó un saco para llevarlas.

La Rioca no se detuvo á contar el dinero, sino que lo echó en el saco violentamente: ya sentia dentro de sí un terrible roedor....

Al salir de la pieza que acupaba la caja erró el camino, se dirijia hácia el interior del edificio: su turbacion era grande....

Tuvo deseos de devolver aquel dinero cuyo peso juzgaba enormísimo....; pero era tarde ya....

Ocultaba el rostro porque le parecia que todos leian en él su delito.... que lo llevaba grabado con caractéres indelebles sobre su frente....

XII.

RESIGNACION DE ESPOSA.

Hemos dicho que Victoria quedó esperando ansiosamente la vuelta de su marido.

Cada vez mas contenta al entrever la posibilidad de destruir las relaciones de su esposo y Magdalena, y porque no fuese otro el motivo de ellas que la deuda á Falieri, Victoria habia olvidado sus padecimientos de la noche pasada, y brillaba su rostro con sus naturales encantos: la pura satisfaccion que llenaba su alma, al pensar que libraría á su esposo de la fatal dependencia de Magdalena, acababa de dar á su semblante una espresion angelical.

Su noble corazon no guardaba el recuerdo de lo que le habia hecho sufrir la noche ántes Gustavo, lo olvidaba completamente para pensar en el modo de que saldase una deuda que le mortificaba: por llegar á ese resultado estaba dispuesta á hacer un gran sacrificio, á imponerse fuertes privaciones.

La Rioca llegó á su casa como á las dos y media de la tarde, despues de haber satisfecho á su exigente acreedor con la cantidad que habia recibido del falso *check*. Se encaminó directamente á sus habitaciones, y entrando en la pieza que le servia de escritorio, se sentó delante de una mesa

con los codos apoyados sobre esta y la frente entre las manos.

Ya hacia algun rato que estaba en esa actitud, bajo las terribles impresiones que su criminal accion debia producir en su espíritu, cuando llegó Victoria á la puerta del aposento, sin hacer ruido, con ánimo de no interrumpir á Gustavo si trabajaba.

Al verle en aquella actitud meditabunda creyó la tierna esposa que su marido sentia lo que le habia hecho sufrir la noche anterior, y que el no llegarse á hablarle provendria principalmente de la pena que le daria el presentarse á ella despues de su injusto proceder de la víspera.

Para librar de esa mortificacion á su esposo, discurrió Victoria hacerse ella la culpable, dándole á entender que comprendía como habia estado muy cerca de perjudicarle gravemente por el desaire que habia hecho á Magdalena en el teatro.

Las buenas almas se hallan siempre dispuestas á creer que los demas se arrepienten de sus faltas, y á aliviar las mortificaciones de los otros echándose encima gran parte de la culpa.

Con tan loable intencion y ansiosa de calmar la pena que parecia oprimir á Gustavo, cualquiera que fuese la causa de ella, tosió primero Victoria, é hizo despues ruido con un asiento para llamar su atencion.

La Rioca levantó prontamente la cabeza, y se volvió hácia la puerta de donde partia el ruido, con cierto espanto en el rostro, efecto del sobresalto en que le tenia su delito: al reconocer á su consorte inclinó sobre el pecho la cabeza, como si á ello le obligase un agudo remordimiento.

No quedó entónces la menor duda á Victoria de que su

esposo estaba profundamente arrepentido de su conducta de la noche anterior, y para evitarle mas largo sufrimiento se acercó á él, diciéndole así que estuvo á su lado:

—Apelo á tu indulgencia para que me disculpes por mi imprudente accion de anoche: te aseguro que habria estado muy sobre mí si hubiese presumido entónces que de mi desaire á Magdalena podia sobrevenirte algun perjuicio.

Para los espíritus vulgares es siempre un alivio, cuando tienen faltas de que acusarse, que aquellos á quienes han ofendido se les presenten ellos mismos como culpables: solamente las almas elevadas son las que no buscan, sino en la completa reparacion del agravio la propia satisfaccion.

Gustavo esperimentó el consuelo á que aludimos al oir las palabras de su esposa, y, como si el confesarse ella de algun modo culpable le inspirase ánimo, se incorporó en su asiento para prestarle atencion, aunque con la mirada en tierra.

—Hasta hoy no he sabido— volvió á decir Victoria— tus compromisos con Falieri, y que son los que te obligan violentamente á contemplar á Magdalena: si ántes hubiese tenido noticias de ellos ántes tambien me habria ocurrido lo que ahora vengo á indicarte: el medio de que te libres de esa penosa dependencia.

—¿Cuál es ese medio? preguntó Gustavo.

—Tu delicadeza dijo Victoria, te ha impedido hacerme una indicacion que yo hubiera oido gustosísima. Si te mortifica profundamente esa deuda á Falieri, que no puedes cubrir hasta que se realicen ciertas ventas, está en tu mano tomar fondos sobre esta casa con que atender á esos compromisos. Jamás me parecería mas grata la posesion

de esta finca que cuando sirviese para evitarte cualquiera humillacion.

Aunque era por cálculo por lo que La Rioca habia respetado hasta entonces, en la deshecha borrasca que venia corriendo hacía ya varios meses, la única propiedad de su consorte; pues esa era la sola garantía que le quedaba para que Falieri le supliese fondos, no pudo ménos que conmoverle la manera delicada y el noble desprendimiento con que ella se la ofrecia.

Se puso en pié para acercar un asiento á Victoria, y así que ésta lo ocupó, le dijo:

—Es muy probable que acepte tu ofrecimiento, que me vea obligado á gravar tu casa: nuevas pérdidas en negocios me fuerzan á ello....; pero quizás no me sea despues fácil la restitucion del dinero que ahora tome....

—No importa, se apresuró á decir Victoria, lo satisfarás cuando te sea posible.

—Quizás, dijo Gustavo, necesitaré tomar una cantidad algo crecida; próximamente, tal vez, el valor de la casa.

—Aunque sea todo su importe, replicó Victoria.

—Es que temo que sea necesario venderla despues, porque mis recursos han disminuido considerablemente con los repetidos quebrantos que he sufrido en poco tiempo.

—Y bien, esclamó Victoria, sonriendo dulcemente, si fuere preciso se venderá, y aunque nada nos quede de su producto no por eso dejaremos de vivir....

No pudo menos que asaltar á la mente de Gustavo el contraste que ofrecia la generosidad de su esposa, dispuesta á sacrificar por él todo lo que poseia, con la repulsa de Magdalena negándose á prestarle una suma relativamente corta. Ese contraste debia ser tanto mas amargo para él cuanto que por aquella dama habia

hecho sufrir considerablemente á Victoria la noche anterior.

Sin duda esas ideas causaron algun remordimiento á La Rioca, que guardó silencio un rato: luego dijo, tomando la mano á su esposa y suspirando tristemente:

—El arrepentimiento suele llegar tarde....: ahora me pesa no haber procedido con alguna cordura....; no haber tenido prudencia al emprender ciertos negocios cuyo resultado no me inspiraba toda la confianza necesaria... No debo ocultártelo por mas tiempo....: si vendemos esta casa, nada quedará á nuestros hijos....: Estoy arruinado....

Victoria no pudo contener un estremecimiento de su cuerpo al oir las últimas palabras que pronunció su esposo con acento de íntima amargura, y por algunos instantes quedó impresionada, sin soltar la mano de Gustavo que oprimía suavemente. El porvenir de sus hijos era lo que la inquietaba, y como hasta entónces había creido que los atrasos de su esposo no eran de tanta magnitud que constituyesen su completa ruina, suponía que aunque nada quedase de la venta de su casa siempre restaría algun capital: habia previsto la pobreza; pero no habia pensado en la miseria.

Algo recobrada preguntó despues Victoria.

—¿Has dispuesto de todos tus bienes....?

—Los que no he vendido están gravados de modo que no puedo redimirlos....

—Pero conservarás aun buenos amigos que te auxilien sin imponerte duras condiciones.

—Los amigos me abandonan en la desgracia, dijo La Rioca suspirando; y luego añadió en voz baja:

—Es verdad que tambien debo á todos ellos....

Victoria sintió esta vez que se le oprimía el corazon dolorosamente; y preguntó á su esposo con profunda ansiedad:

—¿No alcanzará el producto total de esta casa para cubrir tus compromisos....?

La Rioca calculó unos momentos ántes de contestar:

—No bastaría aun; pero las deudas que me quedarían entónces pendientes serían pocas: entre miembros de la familia y amigos muy íntimos.

Victoria respiró mas libremente, y dijo despues con resolucion:

—Las circunstancias lo exijen imperiosamente, y es necesario plegarse á ellas, amigo mio: procede á la venta de esta finca; paga con toda preferencia á Falieri, y dedica el resto del dinero á cubrir los otros débitos que juzgues mas apremiantes, hasta donde alcance. En cuanto á los demas compromisos procuraremos irlos satisfaciendo en lo adelante con todo empeño.

—¿Con qué recursos? preguntó La Rioca.

—No nos faltarán, contestó animosamente Victoria, he sido pobre otra vez y sé vivir con la mayor economía, ya ese es un recurso: puedo dar lecciones de idiomas, de piano y de canto, que en la Habana me serán perfectamente retribuidas: nuestras criadas Belen y su hija, que me aman entrañablemente, se dedicarán á algunos trabajos en los que son muy entendidas, y nos ayudarán con toda eficácia y la voluntad mas decidida y constante: en fin, tú mismo, amigo mio, hallarás en tus ardientes deseos de cubrir tus compromisos, y de adquirir despues algunos bienes con que asegurar la subsistencia de tus hijos, el estímulo mas poderoso para consagrarte asíduamente á alguna ocupacion productiva...

—Todo eso es imposible, esclamó La Rioca así que su esposa terminó sus frases.

—¿Por qué....! esclamó á su vez Victoria con asombro.

—Porque no sería honroso que la esposa de un hombre que lleva un noble apellido anduviese dando lecciones; ni que emplease á sus criados en grangerías para que les ayudasen con ellas, ni que ese mismo hombre desempeñase alguna ocupacion que no fuese muy distinguida.

Debemos advertir que Gustavo hablaba de buena fé, decía lo que sentía: lo hacemos notar para que el lector se esplique, si puede, la contradiccion que aparece entre esas frases y la conducta de La Rioca.

Victoria vió caer todos sus proyectos, como un castillo de naipes al capricho de un niño, y esperimentó hondo desconsuelo: pasado un corto rato preguntó:

—Y entónces ¿qué partido tomaremos....?

—El solo posible, en último caso, contestó Gustavo irnos al campo; á la finca de algun pariente mio, la mas distante de toda poblacion que se nos ofrezca, y vivir allí en el olvido, hasta que algun cambio favorable é inesperado de la fortuna nos permita volver á presentarnos.

—Pero es muy triste, esclamó Victoria sin poder dominarse, que nos resignemos á esa vida sin aspiraciones; constituyéndonos á deber nuestra subsistencia y la de nuestros hijos al favor, cuando podemos ganarla honrosamente por nosotros mismos; fundando en nuestro trabajo la esperanza de pagar nuestras deudas, y de gozar algun dia otras comodidades....: esto es digno y lo primero es humillante....

—Es necesario respetar las preocupaciones, dijo Gustavo, esplicándolo al fin todo con esta frase.

—Creo por el contrario, replicó Victoria, que debemos mostrar con nuestro ejemplo que reconocemos todos los perjuicios que causan ciertas preocupaciones, y protestar de ese modo contra ellas: no atajar el mal es dejarlo seguir su dañoso curso, es dejarlo crecer.....

—Que lo hagan otros, amiga mia, contestó Gustavo, no nos encarguemos nosotros de ese trabajo: es mucho mas cómodo seguir la senda trillada que abrir una nueva.

Victoria calló, como hacia siempre que sus ideas no estaban de acuerdo con las de sus esposo.

Ella que habia visto á su padre, despues de sufrir considerable atraso en sus intereses, afanarse ardorosamente para reponer su fortuna, hasta conseguirlo; ella, á quien ese mismo padre, que tanto la amaba, no habia impedido que se dedicase á dar lecciones en Hamburgo, debia esperimentar vivo sentimiento al saber que su esposo, no le permitia apelar á ese honroso recurso, ni se hallaba él mismo dispuesto á trabajar para sostener dignamente sus mas sagradas obligaciones.

La resignacion de la esposa era esta vez mas violenta y mas forzada que nunca, porque estaba en pugna con las convicciones mas arraigadas en su espíritu en puntos de dignidad y honradez.

La Rioca no salió de nuevo de su casa hasta por la noche, que se dirijió á la de Falieri, á quien confesó su delito de falsificacion, suplicándole que le perdonase.

Falieri mostró á Gustavo toda su indignacion, y mayor enojo del que éste esperaba ver en él, hasta el grado de llegar á creer imposible aplacarlo; pero al fin lo consiguió, ofreciéndole el millonario hacer desaparecer el falso *check*,

prometiéndole La Rioca pagarle toda su deuda tan pronto como se vendiese la casa de Victoria.

Gustavo no fué á ver á Magdalena aquella noche, y por primera vez en algun tiempo le dieron las diez en su morada, al lado de su esposa é hijos.

XIII.

ENTRE FAMILIA.

A los nueve dias de hallarse en la Habana Campobello de retorno de Sancti-Spíritus, recibió el manuscrito y la carta de Clotilde; ántes se le habian presentado Vicente y María de los Dolores Pléres.

El sobrino de Arcasola enteró á Máximo de todos los pasos que hasta entónces se habian dado en busca de las dos niñas ; del hallazgo de María Luisa ; de los temores que tenía de que hubiese fallecido la hija de María de los Dolores, y de cuantos pormenores mas juzgó necesarios, todo lo cual escuchó el abogado con la atencion mas profunda y el interés mas vivo, ofreciendo á María de los Dolores que no perdonaria esfuerzo ni diligencia alguna que pudiese conducir al fin que ansiaban.

Con ese objeto dirijió Máximo varias cartas á diferentes puntos de la Isla, pidiendo informes, sobre todo, muy circunstanciados de la causa iniciada cuando la desaparicion de las dos niñas de la cabaña.

Desde su vuelta de Europa habia oido Campobello algunas versiones de la desgracia de Clotilde; pero tan distintas entre sí, y tan absurdas que mas tenian apariencias de invenciones de la ociosidad ó de la malicia que visos de verídicas, por lo que se negó á creer cuanto podia per-

judicar la reputacion de la mujer que le inspiraba tierno cariño, á lo que contribuyó tambien en mucha parte el hecho de hallarse Clotilde al lado de su esposo, circunstancia que para él, que habia cónocido á Arcasola, era de mucho peso.

Una sola vez habia visto Máximo á Victoria desde su retorno de Sancti-Spíritus: ese encuentro tuvo lugar en casa de la señora Emilia, y tan breve fué su entrevista que solo pudieron cambiar algunas frases: se recordará que los celos que Gustavo fingía abrigar de Máximo (para que la influencia de éste hácia su esposa no le estorbase en sus disipaciones y aventuras) habian sido causa de que los dos primos se impusiesen el sacrificio de verse y hablarse lo ménos posible, apesar de toda la pureza de su cariño.

Puede fácilmente concebirse la vivísima ansiedad con que Campobello se dispuso á leer el manuscrito de Clotilde, tan pronto como lo hubo recibido. La dedicatoria "*A mi hija*" le impresionó profundamente, le llenó de una angustia incomparable, porque en esa página la mujer á quien por un largo número de años habia consagrado su amor, se confesaba gravemente culpable. Debía ser un golpe dolorosísimo para su corazon hacer descender al ídolo del alto puesto á que lo habia elevado su ternura....

Clotilde era para Máximo la primera y única impresion de amor, grabada en su espíritu en los años mas floridos de la juventud: en torno de esa imágen se agrupaban en su alma las tiernas emociones; los apacibles ensueños; los deliciosos anhelos con que enagena amor á los pechos sensibles, los únicos que pueden sentir sus íntimos alhagos: aquella mujer había sido el objeto de todas sus esperanzas por algun tiempo; despues de un culto tranqui-

lo y silencioso en lo mas secreto de su corazon por muchos años, y ahora otra vez de esperanzas ante la posibilidad de unirse á ella.

¡ Qué golpe para Máximo, repetimos, si resultaba culpable á sus ojos el ser amado !

Por un rato permaneció sin el ánimo necesario para enterarse de la verdad despues de leer la dedicatoria. Al fin se decidió á hacerlo, leyendo los primeros capítulos precipitadamente, hasta llegar al titulado *Novela*: ya desde allí su atencion fué mas profunda, y su ansiedad creciente: al concluir el capítulo que á ese sigue el rostro de Campobello mostraba una alteracion extraordinaria; tenía las manos cerradas, y murmuró con acento de reconcentrado furor, aludiendo á La Rioca:

— ¡ Miserable....!

Apesar de toda la prudencia del abogado y de las consideraciones que como á esposo de Victoria le guardaba, si La Rioca hubiese estado en aquellos instantes á su alcance, habria sido imposible impedir un conflicto entre los dos, tanta era la indignacion y el furor de Campobello al penetrarse de los infames medios empleados por Gustavo contra la indefensa jóven, contra la mujer á quien él amaba.

Había transcurrido algun rato sin que se aplacase el furor de Máximo: despues de pasearse violentamente por la estancia, con el rostro siempre alterado, se dejó caer en un asiento, con gesto amenazador.

Agitaba su espíritu un fiero proyecto....: la idea de retar á La Rioca, constituyéndose de ese modo en vengador de Clotilde: satisfaciendo así tambien la ofensa hecha á su amor....

Se dirijió á una mesa y empezó á escribir á La Rioca

una carta insultante para que se hiciera inevitable el duelo entre ambos. Pero á poco quedó con la pluma suspendida y la vista fija sobre el papel.... : su imaginacion le presentaba á Victoria rodeada de sus cuatro hijos, que le tendian los brazos, rogándole por la vida de su esposo y de su padre, y ante ese cuadro conmovedor se encontró desarmado: dejó caer la pluma y permaneció inmóvil.

Sin embargo, su frente no habia recobrado su natural tersura, ni sus labios habian perdido completamente la violenta contraccion: se podia comprender aun cuan hondamente habia lastimado su alma la villana conducta de La Rioca para con Clotilde.

Fué necesario que transcurriese todavia otro largo rato para que la reflexion recobrase su imperio en el ánimo de Campobello; aun entónces le mortificaba íntimamente la idea de que la infame accion de Gustavo hubiese quedado impune, y asaltaba su espíritu el ánsia de que sufriese algun castigo; pero todos los planes que concebía se estrellaban contra los sufrimientos que sobrevendrian á Victoria y á sus inocentes hijos.

Sin los vínculos que le ligaban á esas tiernas criaturas y á su madre, La Rioca hubiera recibido, aunque tarde, de manos de Campobello, el castigo de su delito.

Aplacados ya aquellos primeros impulsos de su indignacion contra Gustavo, Máximo solo vió en Clotilde una infeliz víctima de la perversidad de aquel, y continuó la lectura del manuscrito.

Despues de enterarse de todo su contenido, habiéndose humedecido algunas veces sus ojos con los sufrimientos de la mujer que amaba, Campobello permaneció sumergido en profunda reflexion.

El conocimiento que acababa de adquirir de todos aque-

llos hechos, le imponía graves obligaciones de cuyo cumplimiento dependía la felicidad de personas que le eran muy queridas, y la de otras por quienes debia velar.

Una de las primeras ideas que ocurrieron á Máximo fué la de vencer cierta oposicion que habia creido notar, á juzgar por algunas leves frases que de labios de ellas había oido, de parte de la señora Emilia y de Mariana al enlace de Justo de Peñalta con Maria Luisa. Las dos señoras no tenían mas informes de la jóven que los que habian podido adquirir de Justo en el estado de abatimiento en que se hallaba, de modo que ignoraban como él que fuese la hija de Clotilde, y no la conocian por otro nombre que el de *Mariela*.

Llevado por la idea indicada se dirigió Campobello á casa de la señora Emilia.

Empezaba á oscurecer, y no se habia formado la tertulia de la suegra de Victoria y de Mariana, aunque ya las dos se hallaban en la sala de recibo, acompañadas de un respetable anciano, militar retirado, y antiguo amigo de toda confianza de la familia, á quien tambien Máximo trataba con intimidad. A su llegada el abogado fué recibido con las mas señaladas muestras de aprecio por las tres personas reunidas en la sala.

Las señoras le preguntaron con el mayor interés, así que tomó asiento, si habia tenido noticias de Justo y Octavio.

—No hay tiempo aun, contestó Máximo, pero no pasarán diez dias sin que sepamos de ellos; pues debemos creer que se hayan apresurado á escribirnos á su llegada á Inglaterra.

—Estoy sumamente ansiosa de saber de Justo, dijo Mariana suspirando tristemente, partió tan abatido y des-

mejorado que no puedo apartarlo un instante de mi memoria.

—Todo mi anhelo es, dijo Máximo, que mi carta á Justo llegue á sus manos ántes que salga él de Inglaterra; pues estoy completamente seguro de que la feliz nueva que en ella le comuniqué de haberse descubierto la trama urdida contra la jóven que ama, le sacará de su abatimiento.

—¡ Dios lo haga ! esclamó Mariana ardorosamente.

—En ese caso, dijo la señora Emilia, supongo que Justo no seguirá para la India, sino que retornará inmediatamente á la Habana, y tendremos el placer de abrazarlo pronto.

—Es lo que debe hacer, repuso Máximo, y lo que yo creo que hará si recibe á tiempo mi carta.

Despues de un momento dijo el mismo :

—Sin embargo, á causa de las noticias que he tenido hoy, que trasmitiré á Justo en mi carta del vapor de mañana, si sucediese por cualquier evento que reciba esas noticias en Europa no volverá á esta isla tan pronto.

—¿ Por qué ? preguntaron á la vez las dos señoras con ansiedad.

—Porque la jóven á quien Justo ama se halla actualmente en viage para Europa, y si él lo sabe á tiempo, todo su anhelo será correr á su encuentro ; verla ; suplicarle que le perdone su error en suponerla culpable, cuando es tan pura é inocente ; renovarle sus juramentos de profundo amor, y unirse á ella con indisolubles lazos si ella le perdona.

Las dos señoras guardaron silencio, bajando la vista, y despues se miraron, poseidas de la misma idea, con una contraccion penosa igual en los lábios de ámbas.

—¿Quien es esa jóven amada por Justo? preguntó el respetable anciano, dirigiéndose á la señora Emilia.

Ni esta ni Mariana contestaron inmediatamente, y Máximo no lo hizo por deferencia á las señoras.

—Se llama *Mariela*....: dijo al fin la señora Emilia como si esperimentase alguna mortificacion al pronunciar esas palabras, cuya circunstancia notó Máximo.

—Mariela....; Mariela...., repitió el anciano tratando de recordar.—Jamás he oido ese nombre, ni creo que sea un apellido....

—Es un sobrenombre, dijo Mariana, tambien con marcada violencia.

—Ah!—esclamó el antiguo militar.—Yo preguntaba á qué familia pertenece.

Máximo observaba sin hablar el efecto que hacía en las dos señoras aquel diálogo, para sacar de él algunas consecuencias.

La señora Emilia y su hija callaron tambien por un momento, y luego dijo aquella, esplicando lo que pasaba en su interior.

—Para nosotras la desgracia de Justo tiene dos aspectos, á cual mas penoso, y quizás el ménos grave es el del abatimiento en que partió de la Habana, porque, al fin, las distracciones y los viages acaban por curar á los jóvenes de sus delirios amorosos.... Lo que yo considero mayor calamidad és que el objeto en que se ha fijado, no le iguala en algunos conceptos, y si fuera hijo mio procuraria hacerle desistir del enlace con esa muchacha.

—Será un verdadero dolor, apoyó Mariana, que un jóven de tan noble cuna como Justo, que posée todas

las dotes necesarias para aspirar á los mejores partidos, se una á esa criatura.

—Pero la inocencia de esa jóven está plenamente probada, como he indicado ya, dijo Máximo para convencerse de que la oposicion de las dos señoras al enlace de Justo y Mariela no nacia dé que creyesen á esta culpable.

—Desgraciadamente para Justo, replicó Mariana, porque volverá á fijarse en la idea de casarse con ella; miéntras que creyéndola culpable procuraria no verla y la olvidaria.

—Nuestra oposicion á ese enlace—repuso la señora Emilia como si hubiese comprendido la idea con que hizo Máximo su observacion—no nace de que dudemos de la inocencia de esa criatura, la ocasionan otras causas....

—Tal vez será de humilde cuna, dijo el respetable anciano con intencion, dirigiendo á Máximo una mirada significativa.

—Sí, Señor—afirmó la suegra de Victoria sin penetrar la intencion con que habia hablado el antiguo militar—y ademas hija de padres criminales.

—Ya eso es muy serio, dijo gravemente el anciano.

Campobello comprendió, como ya lo presumia, que las dos señoras no estaban impuestas de que María Luisa era la hija de Clotilde; pues á haberlo sabido no habria aludido en plural la señora Emilia á los padres de la jóven, llamando criminal á su propio hijo Gustavo.

—Ante el raudal de buenas ideas difundidas en provecho de la humanidad—dijo Campobello—no hay cunas humildes ni soberbias, ni pueden ser padron de ignomia para los inocentes hijos las faltas de sus mayores: á nadie debe hacerse responsable mas que de sus propios actos, así como los méritos y virtudes de cada individuo

son los que han de señalarle digno puesto en la estimacion general, prescindiendo de circunstancias accidentales favorables. Nadie puede elegir su cuna; pero está en manos de cada cual aspirar á distinguirse por sus buenas obras, y esa distincion, adquirida con títulos propios, es infinitamente mas honorífica que la heredada, porque la primera es fruto de nobles esfuerzos, y la segunda hija del acaso. Miéntras mas contrarias sean las circunstancias con que haya que luchar para obtener buena reputacion, mayor será el triunfo: un hombre que se hace notable por sus virtudes será mas acreedor al respecto público si se sabe que careció de padres que dirigiesen sus primeros pasos por la buena senda, y mucho mas si esos padres eran criminales, porque se le han de conceder mas heróicos esfuerzos á él que otros para contrarestar el mal ejemplo y distinguirse en la práctica de la virtúd.

—Todo eso está muy bien cuando se habla en sentido absoluto, replicó Mariana; pero es muy distinto cuando se trata de la eleccion de un miembro que ha de ingresar en la familia.

—Permítame V. que le observe, dijo Máximo á Mariana inclinándose y sonriendo, que no se trata de hacer una eleccion, sino de una eleccion ya hecha.

—Aunque así sea, esclamó la señora Emilia, siempre estamos en el deber de advertir á nuestros amigos cuando aun puede evitarse el mal. Justo está ciegamente enamorado de esa jóven, y su pasion no le permite reflecsionar: á V. y á nosotros, que tanto le queremos, nos toca hacerle comprender su error; impedir con tiempo que se vea unido á la hija de unos padres criminales.....

Máximo sintió cierta pena al oir á la señora Emilia insistiendo en llamar criminal, sin saberlo, á su propio hi-

jo Gustavo, que era el padre de Mariela, y dispuesto ya á atacar firmemente la oposicion de las dos señoras al enlace de Justo, les preguntó:

—¿Saben Vds. el verdadero nombre de Mariela?

—No, contestaron á la vez Mariana y su madre.

—¿Están Vds. enteradas de las circunstancias del nacimiento de esa jóven? ¿Saben Vds. positivamente quienes son sus padres?

—Tampoco, respondieron las dos señoras algo sobrecogidas con las preguntas del abogado.

—Pues bien, dijo este, yo estoy instruido de todo y á mi vez instruiré á Vds. de algunos particulares.

Las dos señoras se incorporaron y el anciano acercó mas su asiento, para prestar mayor atencion á Campobello, quien despues de una corta pausa, dijo:

—Hace, poco mas ó ménos, diez y seis años, que una jóven bella, rica y distinguida fué arrebatada violenta y engañosamente del lado de su esposo, cuando acababa de recibir la bendicion nupcial, en el tránsito de la finca de campo de su padre á la del novio, por un gallardo jóven de noble linage que habia aspirado tambien á su mano. Cuando la infeliz creia hallarse en la morada de su esposo, se encontró en una casita oculta entre el monte, en lugar solitario, en poder del raptor, á quien ni la inocencia, ni los ruegos, ni las lágrimas de la jóven detuvieron....

Máximo tuvo que interrumpirse impresionado por lo que referia.

—¡Infame conducta! esclamó indignado el respetable anciano.

—¡Desdichada jóven....! esclamaron tambien, estremeciéndose, las dos señoras.

—Desde aquellos instantes, continuó Máximo reponién-

dose, empezó para la jóven una larga serie no interrumpida de agudos sufrimientos.... Al término regular dió á luz una niña.

—¿Mariela!.... esclamaron á un tiempo los oyentes.

Campobello contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, quedando todos en silencio.

La señora Emilia y su hija, afectadas por lo que acababan de saber, parecian sumergidas en profunda reflexion: Máximo esperaba el resultado de ella.

—¡Infortunada niña!—esclamó despues de un rato la señora Emilia—es digna de toda lástima.

—Desgraciada criatura, agregó Mariana, venida al mundo á expiar un delito de que era inocente....

—Juzgo que es bastante lo que ya he manifestado á Vds.,—dijo Campobello en tono concluyente á las dos señoras—para que desaparezca de su ánimo cualquier escrúpulo respecto al enlace de Justo con Mariela.

La señora Emilia y su hija se miraron como sorprendidas, sin darse cuenta de ello, de la conclusion que sacaba el abogado de las frases en que las habia hecho prorrumpir su compasion hácia Mariela, y ámbas guardaron silencio.

—Verdaderamente, dijo luego la madre de Gustavo, sino hubiese que respetar ciertas conveniencias sociales, si pudiera uno ceder siempre á los impulsos generosos, no habria motívos que justificasen algunas oposiciones; pero vivimos con el mundo, y eso obliga á inclinarse bajo la fuerza poderosa de la opinion.

—Cuando se trata de afectos íntimos que han de influir decisivamente en nuestra felicidad, dijo Máximo, las satisfacciones del corazon deben ser las primeras que se consulten. ¿Qué compensacion daría jamás el mundo á Jus-

lo por el sacrificio que éste le hiciese de su amor hácia Mariela ? ¿ Qué goces ni qué placeres podrian igualarse jamás á los goces y placeres del alma que habría perdido por ese sacrificio?

—Imponiéndose ese sacrificio: dijo Mariana, nadie tendrá jamás derecho para echarle en cara no haber elejido una esposa que le iguale en todos conceptos.

—No serán por cierto las personas mas sensatas las que censuren á Justo por su enlace con Mariela, y para las almas de algun temple nada valen ciertas apreciaciones. Mi amigo no retrocederá ante la murmuracion, y si la madre de esa jóven me honrase aceptando mi mano la haría mi esposa.

Las dos señoras y el respetable anciano miraron á Máximo con señalado asombro: el abogado conoció la impresion que acababa de producir y dijo:

—Noto que sorprende á Vds. mi resolucion, y esto me obliga á seguir refiriéndoles, aunque sea á grandes rasgos como la empecé, la historia de la madre de Mariela.

— ¿ Podemos saber su nombre ? preguntó Mariana como si le asaltase una sospecha.

—Perdone Vd. que lo calle aun, contestó el abogado; tal vez lo revele luego.

—Prosiga Vd. su historia que es lo mas importante. dijo el antiguo militar con alguna impaciencia.

—Al corto tiempo de ser madre, continuó Campobello; se halló la infeliz abandonada con su hija, casi sin recursos, en la propia casita aislada á que la habian conducido violentamente: el jóven noble partió para no volver á ocuparse jamas de la suerte de ella, ni de la niña.

— ¡ Ah monstruo . . . . ! esclamó con exaltacion el antiguo militar.

— ¡ Qué situacion tan lamentable ! dijo la señora Emilia.

—¡ Cuánto sufriría además por su hija ! agregó Mariana....

—Para que no le faltase ningun martirio, dijo Campobello, supo la desgraciada que en los círculos distinguidos en que la conocían era general la creencia de que se habia fugado voluntariamente con el raptor, y que su nombre era objeto de execracion. Personas muy allegadas al jóven le suponían víctima de las seducciones de la desdichada, á la que acusaban de haber faltado á sus mas sagrados deberes.

Las últimas frases las pronunció el abogado lentamente, con la vista fija en la señora Emilia.

Un rayo de luz iluminó la mente de la señora viniendo á su memoria las relaciones de Clotilde y de Gustavo, y sintiendo alguna inquietud se agitó en su asiento: luego hizo ademan de hablar : pero se retuvo, inclinando la cabeza ligeramente.

Máximo observaba á la señora esperando que hablase: al notar su silencio prosiguió él :

—A poco de encontrarse abandonada con su hija, recibió la jóven una carta de su marido, persona de muy elevados sentimientos, en la que le manifestaba que se hallaba gravemente enfermo, y que solo su presencia sería capaz de salvarle de la muerte : conmovida ella profundamente, corrió al lado del esposo, dejando á su tierna hija recomendada á una mujer de toda su confianza que la acompañaba en su aislamiento. La reunion de varios accidentes que no pudo prever, condujeron forzosamente á la infeliz jóven á embarcarse para Europa, sin volver á ver á su hija.

— ¡ Qué sentimiento para su corazon de madre ! esclamó Mariana.

—¿Sabía el esposo de esa jóven la existencia de la niña? preguntó la señora Emilia levantando la cabeza que hasta entónces habia tenido inclinada.

—Sí, contestó Máximo ; pero apesar de ser un hombre de noble alma, y de sentimientos generosos nada comunes, no tuvo todo el valor necesario para sobreponerse enteramente á las preocupaciones ; recogió á la madre; pero no amparó tambien á la hija. Despues sintió profundamente no haber completado su buena obra.

La señora Emilia volvió á inclinar la cabeza, algo mas esta vez que la primera.

—Solamente las personas privadas de todo sentimiento de compasion y de humanidad, dijo Mariana, habrian sido capaces de censurar su noble accion, si hubiese recogido tambien á la niña.

—Por desgracia, observó el respetable anciano dirijiéndo á Máximo otra mirada significativa, todavía hay preocupaciones perjudiciales muy arraigadas de las que no nos vemos todos exentos.

La oportunidad con que pronunció el anciano ésas palabras, y el énfasis con que las acompañó, hicieron impresion en Mariana que inclinó la cabeza como su madre, comprendiendo sin duda toda la significacion de aquellas frases.

—Campobello continuó su relacion de este modo:

—Al cabo de algun tiempo de hallarse en Europa la madre de Mariela, consagrada á la asistencia de su esposo, y recibiendo noticias de su hija que ella creia ciertas, la informaron inesperadamente de que hacia ya varios años que la niña habia sido sustraida del poder de la per-

sona á quien la dejó confiada, sin que se supiese absolutamente su paradero, ni hubiese indicio alguno por donde suponer que vivía.

—¡Dios mio! esclamó Mariana ¡qué golpe para la infeliz!

—Tal vez el padre de la niña la habria hecho recoger... dijo la señora Emilia con ansiedad.

—No, señora, contestó Campobello.

La madre de Gustavo inclinó nuevamente la cabeza, y el abogado continuó:

—La desventurada se postró entónces á los piés de su marido para revelarle el secreto de la existencia de su hija, y suplicarle que le prestase sus auxilios para buscarla. Profundamente conmovido el esposo, puso á su disposicion todos los recursos con que contaba, y se practicaron las mas activas diligencias durante algunos años para saber de la niña: pero inútilmete.... Entretanto los sufrimientos de la madre crecian cada vez que desaparecía una esperanza, y para que fuesen aun mas vivos y mas meritorios esos sufrimientos, la terrible enfermedad de su esposo se agravó considerablemente; clamando él que fuese ella sola la que le asistiera.... Al fin, al cabo de mas de trece años y medio de ausencia, despues de la muerte de su marido, fué cuando pudo volver la infeliz madre á Cuba en busca de su hija.

—¿Entónces la halló?.....preguntó Mariana.

—Sí.... ¡loca!.... esclamó Campobello, agregando en seguida:

—Y vilmente calumniada...

Las señales de la conmocion mas viva se marcaron en el rostro del antiguo militar y en el de Mariana, saltando las lágrimas á los ojos de esta: en cuanto á la señora Emilia permanecia con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Despues de algunos instantes, cuando juzgó que era suficiente la impresion producida, dijo el abogado tomando un tono lleno de animacion.

—La divina Providencia ha dispuesto que llegue ya el momento de las reparaciones y de la satisfaccion mas completa. Mariela ha recobrado la razon : se ha descubierto la trama urdida contra ella ; goza de los cuidados y la ternura de su madre, y no transcurrirá probablemente un plazo muy largo sin que llegue al colmo su felicidad, uniéndose á Justo, á quien, si Vds. lo permiten (al decir estas palabras Máximo se dirigió á las dos señoras) le manifestaré en mi carta de mañana que sabrán Vds. con gran placer la noticia de su enlace con Mariela.

—Sí, sí, dijo precipitadamente la señora Emilia, levantando la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, tomando y estrechando entre las suyas la mano de Campobello.

— ¡ Que Dios los bendiga.... ! esclamó fervorosamente Mariana, y que vuelvan pronto á nuestro lado para contribuir en cuanto podamos á su felicidad.

— ¡ Gracias ! ¡ gracias ! en nombre de todos, esclamó Máximo con efusion, convencido de que la señora Emilia habia penetrado que Mariela era la hija de Clotilde y de Gustavo, es decir su nieta, y de que sentia profundamenlos males causados por la conducta de su hijo.

— ¡ Perfectamente ! amigas mias, dijo á su vez con entusiasmo el antiguo militar : han dado Vds. inequívocas pruebas de la bondad de sus almas. ¡ Quiera Dios que siempre que se trate de hacer el bien contra el torrente de rancias preocupaciones, queden estas arrolladas como acaban de serlo por Vds.

Pasado un momento dijo Campobello :

—Aun nos queda una gran reparacion que cumplir; tenemos que esforzarnos enérgicamenmente en la completa rehabilitacion de la mujer á quien un golpe alevoso hundió en la desgracia, y que hoy lleva en su diestra la palma del martirio. Es preciso que esa mujer vuelva á gozar de todas las consideraciones, de todos los respetos, de todos los privilegios sociales, sin escepcion alguna; que su desgracia no sea nunca para ella ni la mas leve sombra de una mancha . . . . : que pueda aparecer ante todos como la víspera del dia en que se ofendió su honra . . . . ; aun mas meritoria, porque viene purificada por el sufrimiento. . . . ; aun mas digna, porque trae en su frente el sello divíno de la expiacion . . . .

—¿Qué debo yo hacer por ella . . . . ? preguntó la señora Emilia con una ansiedad y una conmocion que solo Campobello pudo apreciar en todo lo que valia, porque era el único que penetraba el sentimiento que hacia prorumpir á la madre de Gustavo en esa frase en favor de Clotilde.

—Quererla como á Victoria, contestó prontamente Máximo, bajando la voz, sin poder contener las lágrimas de enternecimiento que asomaron á sus ojos, é inclinándose para llevar á su boca la mano de la señora Emilia, con profunda gratitud.

Luego que pasó su emocion volvió á decir Campobello, empleando el tono elevado en que ántes hablaba.

—Es necesario que nosotros, enterados ya de los pormenores de la desgracia de esa mujer, nos encarguemos de presentarla nuevamente al mundo con todo el prestigio de nuestra consideracion. A Vd., la ilustre matrona, á cuyo alrededor acuden, como á su centro natural, las personas mas distinguidas de nuestra sociedad ; á Vd.,

Mariana, la noble señora, la exelente madre, y á Vd., el respetable anciano, esclarecido gefe de una familia numerosa en la que se vinculan el honor y la hidalguía de sus mayores, á Vds. corresponde acogerla bajo su valiosísima proteccion, destinarle lugar preferente en vuestros círculos, como á vuestra igual en méritos, como á la víctima de una injusticia á la que se apresuran Vds. á satisfacer de la manera mas notable, para que á imitacion vuestra la coloquen otros en elevado puesto en el aprecio y la consideracion general....

—Empecemos sin pérdida de tiempo—esclamó prontamente la señora Emilia incorporándose, en ademan de ponerse en pié—¿Donde está Clotilde?....

Mariana, el anciano y tambien Campobello se miraron unos á otros al oir aquel nombre que por primera vez se pronunciaba entónces.

—¡Ah! ya presumia yo que era ella....esclamó luego Mariana.

—¿La hija de D. Pedro Deliza? preguntó el antiguo militar.

—Ella misma, contestó Mariana al anciano; miéntras Campobello decia á la suegra de Victoria.

—La madre de Mariela, ó mas bien, de María Luisa, se halla en viage para Europa con ella.

—Entónces no podremos satisfacerla inmediatamente, dijo la señora Emilia con sentimiento.

—Yo lo haré muy pronto en nombre de Vds., repuso Campobello: he de escribirle por el vapor de mañana, y sabrá con la mayor satisfacion que desde hoy ocupan ella y su hija el mejor lugar en la consideracion y el aprecio de Vds.

—Sí, sí, esclamaron á la vez las dos señoras con enternecimiento.

En aquellos instantes se presentaron en la sala tres señoras que venian á visitar á las de la casa; á esas siguieron otras personas de amistad, y pronto ocupó el estrado una reunion escogida.

Campobello aprovechó la primera oportunidad para retirarse, muy contento del buen resultado que habia obtenido en favor de Clotilde y de su hija.

XIV.

INDICIOS Y SOSPECHAS.

Concluia Campobello de cerrar sus cartas á Clotilde y á Justo, á la mañana siguiente, cuando le presentó su criado un pliego que acababa de recibirse.

Máximo lo abrió sin reconocer la letra del sobre-escrito, y esperimentando gratísima sorpresa, se apresuró á enterarse de su contenido: estaba fechado en Mobila, y decia así:

"Mi excelente amigo:

"Creeria faltar al sagrado deber de la gratitud, y meserviria de una gran pena, que estoy muy lejos de imponerme, si no insistiese en escribir á Vd. á fin de mantener siempre estrechos los lazos de amistad que nos ligan: sé que aunque indigna de él me distingue Vd. con su aprecio, y tiene Vd. títulos muy altos á toda mi consideracion; de suerte que es necesario que llegue á hacérseme imposible el verificarlo, para que deje yo de sostener con Vd. una correspondencia que será infinitamente grata para mi corazon.

"Supongo, porque aun no he recibido su honrosa contestacion, que no habrá llegado á sus manos mi anterior

en la que manifestaba como tuve que salir precipitadamente de la Habana, huyendo de las persecuciones de cierto individuo que habia logrado sorprender la buena fé de mi tia Cármen y de mi primo Basilio, introduciéndose en su casa con un nombre supuesto, con el infame propósito de causar mi desgracia.

"Por fortuna, Basilio, que trataba á ese individuo, muy distante de creerlo un mal hombre, se desengañó oportunamente, y valiéndose de la influencia de su hermana Bibiana, que está al abrigo de una persona rica, que la distingue mucho, me ocultó en su casa una noche, y de madrugada salimos mi hermano Jacinto, una señora amiga y yo, en un coche, para embarcarnos, tomando varias precauciones, en un buque de vela, abordo del cual se encontraba ya Basilio esperándonos, con destino á Nueva-Orleans.

"Llegamos felizmente á esa ciudad y pasamos á Mobila, en donde ya hacia varios dias que se hallaba Cármen, que vino á arreglar la testamentaría de su suegro y tuvo la gran suerte de que la enterasen inmediatamente de todo lo que corresponde á sus hijos. Ha impuesto los bienes de modo que le rinden un buen producto, y vivimos en una casa bastante espaciosa, con un jardincito que cuidamos mi hermano Jacinto y yo, modestamente, pero sin carecer de nada.

"Si pudiera Vd. observar, amigo mio, las atenciones y el cariño con que me trata mi tia Cármen, se quedaria Vd. gratamente sorprendido del completo cambio que se ha operado en su conducta hácia mí: todavia me parece algunas veces que sueño.... Cualquiera creeria que yo soy aquí la dueña, y no la huérfana recogida caritativamente, segun es el empeño con que todos me atienden y consul-

tan mi voluntad aun para las cosas insignificantes: la hija mas querida no mereceria tantas atenciones como las que me dispensa Cármen. Al principio mi asombro era tal que lo comprendió mi tia, y me dijo para aplacarlo estas frases:

—"Hija mia, cuando éramos muy pobres, tú nos sostuviste por muchos años con tu trabajo, y yo me veia obligada á imponetelo: ahora que nuestra suerte ha cambiado, debemos recompensar tus afanes, mostrándote la mas viva gratitud y el mas tierno cariño.

"En cuanto á mi primo Basilio se ha transformado, tambien de tal modo que es imposible suponer que sea aquel jóven de la Habana: se ha aplicado al trabajo con ejemplar constancia; entrega todo lo que gana á su madre; no sale de casa sino para ir á sus ocupaciones, ó cuando nos acompaña á algun paseo, y su conducta hácia mi es tan respetuosa como era ántes reprensible.

"Varias veces, hablando Cármen conmigo de la completa transformacion de Basilio, me ha dicho que sospecha que su hijo me ama tiernamente, y que lo calla porque teme que su conducta pasada sea todavia un motivo de desconfianza para mí. Mucho me complacería, si así fuese' de haber inspirado un amor capaz de librar á un jóven de la vida disipada, para convertirlo en un miembro útil á la sociedad.

"Ya vé Vd., amigo mio, que tengo grandes motivos de satisfaccion; pero por azul y sereno que esté el cielo rara es la vez en que no aparece alguna nube que lo empañe. El cielo de mi alegría lo nubla ahora una causa bastante poderosa, que solo á Vd., de cuya amistad tengo tantas pruebas, me atrevería á confiar.

Mi hermano Jacinto, desde que supimos por Cármen el

mas estrecho parentesco que nos une (pues como le dije á Vd. en mi anterior citada ha resultado que somos hijos de un mismo padre) se halla triste y preocupado, y se comprende que sufre una lucha violenta en su espíritu..... Me esfuerzo en no creerlo; pero como su amor era tan profundo, me asalta el temor de que aun no haya podido convertirlo en la sosegada ternura fraternal.... Ahora se empeña en volver á la Habana, no obstante que ocupa una plaza ventajosa en un colegio de esta ciudad, donde lo consideran mucho, y solamente á fuerza de ruegos he conseguido detenerlo. Quizás llegue un momento en que no me sea posible hacerlo permanecer mas tiempo con nosotros.... si por desgracia sucediese, mi vida perdería su mayor encanto, que lo constituye la compañía de mi idolatrado hermano. ¡Quiera Dios que no se realicen mis temores!

"En medio de la abundancia en que hoy vivo, relativamente á las escaseces que ántes sufria, no puedo apartar de mi memoria á una pobre mendiga de la Habana, que me tomó mucho afecto, á la que si se hallase aquí podria socorrer ahora eficázmente. Como conozco los caritativos sentimientos del corazon de Vd., tengo gusto en recomendársela, por si la viese Vd. casualmente alguna vez: no sé donde vive porque nunca me lo dijo; pero es una mujer que representa cincuenta años; alta, delgada y encorvada; lleva regularmente un pañuelo atado á la cabeza: usa espejuelos de color, y se cubre con una manta de sarga negra que la infeliz procura tener siempre limpia, lo mismo que el resto de su traje: su andar es lento y trabajoso: su nombre es D.ª Rita, y como la mejor prueba para reconocerla, bastará que le hable Vd. de mí, por sus demostraciones de alegria comprenderá Vd. que es ella misma."

"Tampoco puedo apartar un momento de mi corazon á su prima de Vd. Victoria, á cuya bondad debí tiernos consuelos: suplico á Vd. le haga presente esa espresion de mi alma, y que viva Vd. siempre persuadido de que, sean cuales fueren las circunstancias prósperas ó adversas que me rodeen, no pasará un solo dia en que no ruegue fervorosamente á Dios por la preciosa existencia de Vd. su agradecida y verdadera amiga.—Alicia."

Campobello esperimentó el placer mas vivo al leer esa carta, por la que sabia al fin el paradero de la jóven costurera, que infructuosamente habia procurado averiguar ántes de emprender su precipitado viage á Villa-clara y despues de su retorno de Santi-Spíritus, complaciéndose extraordinariamente en el cambio favorable que se habia verificado en la suerte de la jóven.

Como el lector habrá notado, Alicia tuvo la consideracion, por respetos á Victoria, de no mencionar á La Rioca como su perseguidor.

A fin de hacer esfuerzos por encontrar á la pobre mendiga que le recomendaba Alicia, Máximo apuntó en su cartera las señas estampadas en la carta, y así que concluyó, puso el pliego dentro de la misma cartera para darle pronta contestacion.

Poco despues entraba en el estudio del abogado Vicente, el sobrino de Arcasola, pintándose en su rostro una viva emocion que aquel notó, apresurándose á preguntarle la causa al tenderle la mano.

—Ya está Vd. impuesto, contestó Vicente, de que por medio de una carta, recibida inesperadamente, supe yo el lugar en que se hallaba María Luisa; pues bien, hoy ha llegado á mis manos otra carta en la que se ofrece decir el paradero de la hija de María de los Dolores Pléres.

Aunque la de ahora no parece proceder de la misma mano que la primera, concuerdan las dos cartas en cuanto á los particulares de la niña.

—¿Trae Vd. consigo esa carta? preguntó Campobello ansiosamente, participando de la emocion de su interlocutor.

—Aquí está, contestó Vicente, presentando un papel que el abogado se apresuró á leer, y que decia lo que sigue:

—"Ha llegado á conocimiento del que esto escribe que solicita Vd. á una jóven llamada Dolores, natural de la Isla de Cuba, de unos diez y siete años de edad, hija de Doña María de los Dolores Pléres. Dicha niña fué recojida caritativamente, casi moribunda, en el campo, atacada de viruelas, cuando solo contaba como tres años, portando una prenda que se enseñará oportunamente, lo mismo que la ropita que llevaba.

"El que escribe, si solo atendiera á sus sentimientos, se apresuraría á manifestar donde existe esa niña; pero hay un sujeto de quien ella pasa hoy por lejítima hija, y hay tambien una persona muy rica (á quien el padre adoptivo es deudor de una suma no muy corta) que aspira á la mano de la jóven, dispuesto si se casa con ella á perdonar la deuda al titulado padre, y á suministrarle, además, un capital de alguna importancia para que gire mas ampliamente en los negocios mercantiles á que está dedicado. Si fuera posible que la madre de la jóven se conformára, despues de verla, á que ésta continuase pasando siempre, como hasta aquí, por hija legítima del padre adoptivo, no habria inconveniente en mostrársela para que su afecto materno gozára de esa satisfaccion; pero como no es dable garantizar el secreto, y como el descubrimiento de la

verdad originaría al titulado padre la pérdida de los beneficios que espera derivar del matrimonio de la jóven, no hay otro medio, para conciliarlo todo, sino que, si es posible, se le indemnice pecuniariamente."

"Se advierte que la jóven ha sido tratada siempre con el mayor cariño; que se le ha costeado una educacion muy esmerada, y que si se calculáran los desembolsos que por ella se han hecho, superaría seguramente su importe á la indemnizacion pecuniaria que hoy se indica."

" Puede Vd. dirigirse, en caso necesario, á "William J. Childfound" New-York, en el concepto de que para mayor satisfaccion se manifestarán bajo secreto los nombres y demás circunstancias que puedan contribuir á probar que es cierto cuanto se dice en este papel."

"La jóven no siente inclinacion por la persona que la solicita en matrimonio, á quien apénas conoce, y solamente se casaría por obediencia al que ella crée su padre, y por el beneficio que á éste reportaría su enlace."

Despues de leerlo muy atentamente, preguntó el abogado á Vicente, guardándose el pliego en el bolsillo:

— ¿Y bien, amigo mio, qué opina Vd. acerca de este papel?

—Pienso, contestó el interpelado, que deberíamos procurar recoger á esa jóven, si es realmente la hija de María de los Dolores Pléres, sin dar indemnizacion alguna al padre adoptivo.

— ¿De qué modo? preguntó Máximo.

—Muy sencillamente, contestó Vicente, no habria mas que pedir una entrevista con la jóven, de acuerdo con la policía.

—Si suponemos que es cierto cuanto contiene ese papel,

dijo Máximo, si esa niña fué encontrada en el campo, casi moribunda, y recogida y cuidada con tanto esmero, el que la salvó de la muerte, la adoptó por hija, la hizo educar y le ha dado todo el realce necesario para que pueda aspirar hoy á una buena posicion social, el que tanto ha hecho por ella, ha adquirido ciertos derechos paternales dignos de tomarse en consideracion.

—Pero ese hombre, observó Vicente, ántes de adoptar por hija suya á la niña, debió haber solicitado con vivísimo empeño á sus verdaderos padres.

—Es cierto, dijo Máximo; pero quien sabe si así lo hizo, ó si justas y poderosas causas se lo impidieron.

—Ahora bien, agregó Campobello despues de un momento, tal vez esa carta sea obra de un industrial, y en ese caso pudiera averiguarse la verdad.

—Considero muy difícil esa averiguacion, dijo Vicente.

—Será difícil, pero no imposible, replicó el abogado: cuanto sucede en la tierra deja un rastro mas ó menos profundo tras de sí, y basta que haya una voluntad firme unida á una inteligencia despejada, para que se llegue al esclarecimiento del hecho mas oculto. La ignorancia ó la ceguedad no permiten prever, antes de cometer un delito, la posibilidad de ser descubiertos: muchos crímenes evitaría el convencimiento de que por numerosas que sean las precauciones que se adopten, siempre queda una huella que la diligencia descubre ó que la casualidad se encarga de señalar.

—Por ahora, agregó Máximo despues de un instante de silencio, lo que ántes de todo debe hacerse es avisar á María de los Dolores para que ella manifieste su voluntad. Es seguro que si resultare ser ciertamente su hija esa jóven que se indica en la carta, no titubeará un segundo la

madre en pagar la indemnizacion de que en ella se habla; pero si fuere necesario, no descansaré hasta penetrarlo todo, y hacer que se imponga el condigno castigo al que lo mereciese: afortunadamente tengo ya en mi mano un hilo que podrá guiarnos en ese laberinto.

—Sí, sí, esclamó Vicente con energía, no nos detengan contemplaciones de ningun género si fuere posible castigar á los culpables.

—Hago ánimo, dijo Campobello, de ir ahora á ver á María de los Dolores.

—Si V. me lo permite le acompañaré, indicó Vicente.

—Con muchísimo gusto, contestó Máximo dirigiéndose á tomar el sombrero.

Como media hora despues, el abogado y Vicente se hallaban en uno de los estremos extramuros de la ciudad, delante de una casa de regular aspecto, en la que penetraron, sin que se presentase nadie á recibirlos: ya en el comedor subieron por una escalera larga y angosta, en cuyo término encontraron una puerta cerrada á la que llamaron, y que se abrió á corto rato, dándoles entrada á una pieza donde habia varias sillas, y una mesa de pino sobre la que se veian una gran *java*, un nudoso palo, una manta negra y un par de espejuelos de dobles vidrios de color.

Inmediatamente que entraron Máximo y su compañero se abrió otra puerta que comunicaba con un aposento, y se presentó una mujer alta y delgada, á la que por su aspecto se la hubiera juzgado de mucha mas edad de la que tenia realmente.

Esa mujer era María de los Dolores Pléres, la pobre campecina burlada á los veinte años por D. Pedro Deliza; la animosa compañera de Clotilde en *la cabaña*; la infeliz madre de Dolores, que con el corazon siempre

en Dios buscaba á su hija con infatigable constancia, sin detenerse ante los obstáculos.

Aunque sus cabellos habian encanecido, y sus mejillas estaban hundidas y su cuerpo algo encorvado, sin embargo, los grandes ojos pardos, su perfil, y la bien delineada boca, mostraban que aquella mujer habia sido bella; y apesar de las señales del sufrimiento prolongado grabadas en su fisonomía, se marcaban aun en ella los rasgos de la energia varonil de su carácter.

Dirigiéndose hácia los recien llegados, dijo María de los Dolores, al presentarse en la pieza, con alguna inquietud.

—Algo importante ocurre, señores, cuando me veo honrada á la vez por la visita de Vds. dos.

—Algo, amiga mia—se apresuró á decir Campobello sonriendo para tranquilizarla—tenemos indicios favorables.

—Muy acostumbrada estoy ya, replicó María de los Dolores, á concebir esperanzas y á verlas desaparecer; pero siempre me hallo dispuesta á abrigarlas, porque es imposible que Dios no atienda mis fervorosas súplicas.

—Tenemos ahora, dijo Vicente, como cuándo encontramos á María Luisa, un aviso inesperado.

Los ojos de la madre se dilataron con tanta ansiedad que Campobello sacó vivamente de su bolsillo la carta anónima que recibió Vicente, comprendiendo que no debia tardar un momento mas en entregársela.

María de los Dolores tomó el papel con mano trémula, y empezó á leerlo: al concluir el primer párrafo quedó pensativa, y dijo como si hablase consigo misma.

—Es verdad que cuando mi niña desapareció se hallaba indispuesta....que el moreno Domingo tenía viruelas.... ¡quien sabe!....la pobrecita no estaba vacunada....

—Me ocurre una coincidencia, dijo prontamente Máximo, y es, que en la misma finca donde se hallaba la hija de Clotilde residía otra jóven, de la edad de Dolores, que cuando niña tuvo viruelas, á la que llamaban Hortensia....

—¡Quizás sea la misma jóven que se menciona en esta carta....! esclamó Vicente.

—Esa jóven Hortensia, continuó Campobello, aparecia como hija de una mujer llamada Ruperta, á la que su esposo, por celos, habia arrebatado al nacer el fruto de sus entrañas, devolviéndole al cabo como de tres años una niña atacada de viruelas.... Ruperta cuando jóven se hacia llamar Leonor en la Habana, y estaba para casarse con un tal D. Lúcas....

—¡D. Lúcas....! esclamó María de los Dolores palideciendo al oir ese nombre.

—Sí, afirmó Campobello.

—Así se llama tambien, dijo la mujer, el hombre sobre quien recaen mis sospechas de la sustraccion de las niñas.

Máximo guardó silencio en actitud reflexiva. María de los Dolores continuó la lectura del pliego, y preguntó así que hubo terminado.

—¿Cuando se ha recibido esta carta?

—Hoy mismo, contestó Vicente.

—¿Y créen Vds. que se llama Hortensia la jóven á que en ella se alude? volvió á preguntar la mujer con cierto abatimiento.

—Presumimos que pueda ser, dijo Máximo.

María de los Dolores cerró con fuerza los ojos para reunir sus recuerdos, y dijo luego, abriéndolos:

—No, no: *ella* no tiene señales de viruelas.

—¿A quién alude Vd? preguntó Campobello,

Despues de unos instantes de de silencio dijo la interpelada:

—Hace algun tiempo, que ocultándome bajo las apariencias de una pordiosera, recorro las calles de la poblacion donde me encuentre: así he logrado introducirme en las casas; ver á las jóvenes que en ellas vivian, y acercarme á las que tenian rasgos de semejanza con mi hija.

—Sin duda esos son los complementos de su disfraz de Vd. dijo Vicente señalando los objetos colocados sobre la mesa de pino que hemos indicado.

—Sí señor, contestó la fingida mendiga, en cuyo rostro fijaba Campobello los ojos, llenos de ansiedad porque continuase.

—De todas las innumerables jóvenes á que me he acercado, prosiguió la mujer, ninguna me presentó mas vivamente en su fisonomía los rasgos infantiles de mi hija, ninguna conmovió tan profundamente mi corazon como una bellísima costurera....

—¿Cómo es su nombre? preguntó Máximo sin poder contener ya su impaciencia.

—Alicia, contestó prontamente la madre, estremeciéndose al notar la espresion del rostro de Campobello.

—La misma....! esclamó éste con marcado júbilo.

—¿La conoce Vd....! preguntó María de los Dolores con vivísimo anhelo.

—Esta mañana he recibido una carta suya, contestó el abogado.

—¡Es posible....! ¡Dios mio....! ¿dónde se halla? preguntó la madre ansiosamente, tomando la mano de Campobello.

—En Mobila, contestó éste, y agregó al punto:

—Creo que traigo su carta conmigo: sí, aqui está, en mi cartera....: veala Vd.

Uniendo la accion á la palabra, Máximo habia sacado del bolsillo su cartera en que colocó ántes el pliego de Alicia, y tomando este y desdoblándolo lo entregó á María de los Dolores, quien se apoderó de él con viveza y lo llevó varias veces á sus labios, transportada de alegría, esclamando:

—¡Gracias á Dios....! ¡gracias á Dios que sé de ella....! ¡oh! ¡qué gozo para mi alma....!

Tan pronto como se lo permitió su emocion leyó la madre la carta de Alicia: al enterarse del párrafo en que la jóven recomendaba á Máximo socorriese á la pobre mendiga, es decir, á la misma María de los Dolores, los ojos de esta se cubrieron de lágrimas de enternecimiento, esclamando:

—¡Ah! ¡qué corazon de ángel!

Máximo había permanecido en profunda reflexion, motivada por vagas sospechas que despertaron en su ánimo los rasgos de semejanza que segun las palabras de María de los Dolores habia hallado esta entre Alicia y su hija: esas sospechas tomaron mas cuerpo por la doble coincidencia de los nombres de Cármen y de Bibiana con los de las personas asi llamadas que figuraban en el manuscrito de Clotilde, y llevado por ellas preguntó el abogado prontamente á María de los Dolores, al lanzar esta la última esclamacion citada:

—¿Conoce Vd. á esa Bibiana que menciona Alicia en su carta?

—Mucho.... contestó la madre con una violenta contraccion en su fisonomía.

—¿Es la propia Bibiana que acompañó á Vd. en la prision?

—La misma, respondió la interpelada.

Máximo se llevó con viveza la palma de la mano á la frente, despues de un instante, y esclamó como iluminado de súbito por una idea:

—¡Todo está comprendido....! Es necesario que sin la menor pérdida de tiempo se embarque Vd. para Mobila.

—¿Qué ha descubierto Vd.? preguntó la madre con infinita ansiedad.

—Sospecho que Alicia es su hija de Vd., contestó el abogado, y que tratan de unirla en matrimonio á Basilio para presentarla luego....: habrán sabido que en ella ha de recaer el caudal de D. Pedro Deliza....; que es una rica heredera....: de ahí las consideraciones que ahora le guarda Cármen....; de ahí el cambio tal vez aparente en la conducta de Basilio....; de ahi el haber hecho creer á Alicia y Jacinto que son hermanos de padre, para que de ese modo la jóven acepte el amor del hijo de Cármen....

Esas sospechas del abogado estaban en cierto modo de acuerdo con aquel diálogo entre D. Lúcas y Basilio, de que ya dimos cuenta al lector, en que el primero ofreció al segundo casarlo con una rica heredera.

La madre permaneció un momento como sobrecogida al oir las palabras de Campobello, y este volvió á decir:

—Esté Vd. lista para embarcarse en la primera oportunidad. Vicente se informará en seguida de si hay algun buque próximo á salir.....: no nos descuidemos, nuestros contrarios son mañosos y diligentes y no reparan en los medios....

—Hay que impedir á todo trance, volvió á decir el abogado, que se verifique inmediatamente el matrimonio de Alicia y Basilio, porque aun suponiendo que mis sospechas

sean infundadas, nada se pierde con que se demore algun tiempo: entretanto tendrá ocasion Alicia de observar si es radical el cambio operado en la conducta de Basilio. Yo le escribiré á Alicia y Vd. le entregará personalmente mi carta: daré á Vd. eficáces recomendaciones para sujetos de influencia en Mobila, y además irá Vd. bien acompañada: procurará Vd. ver á Jacinto, y si le inspira suficiente confianza, instrúyale de nuestras sospechas.

—Señores, observó Vicente, que hacía rato guardaba silencio, no perdamos de vista enteramente esa carta anónima recibida: tengamos en cuenta una circunstancia que hasta ahora hemos juzgado prudente callar á María de los Dolores; pero que hoy podemos revelarle ya sin temor de que le impresione penosamente, puesto que tantos indicios y sospechas ocurren que confirman la creencia de que su hija vive: esa circunstancia es que cuando tuve conocimiento en Santiago de Cuba del paradero de María Luisa, por medio de otra carta, el que la dirigía, confesándose autor del robo de las dos niñas, declaraba que se había visto obligado á abandonar á la mayor de ellas en el monte, casi cadáver ya, lo cual concuerda con ese papel recibido ahora.

—Atenderemos cumplidamente á todo, dijo Campobello: aunque María de los Dolores parta para Mobila nosotros dos quedaremos aquí: todavía hay lugar hoy mismo para contestar esa carta anónima, por el vapor que sale: se dirá que la madre está dispuesta á satisfacer la indemnizacion que se indica, y que marquen el dia, hora y punto en que se pueda tener una entrevista con la jóven: yo me encargo de esa carta; miéntras V. se informa de la salida del primer buque para Mobila ó

Nueva-Orleans, y nuestra amiga se dispone para el viage.

Máximo y Vicente se despidieron en seguida de María de los Dolores, conviniendo en reunirse los tres muy pronto para el final acuerdo de las medidas y precauciones que habian de tomarse.

XV.

EN EL COLMO DE LA DICHA.

Las personas de amistad del señor Aquiles Falieri hubieran podido alarmarse al ver salir á un tiempo de su gran casa, á la mañana siguiente, á tres de los médicos de mas reputacion de la Habana.

Para imponer al lector de la causa de esa reunion de facultativos nos introduciremos, como á las once del mismo, dia en la sala de recibo de las habitaciones particulares de Magdalena.

Se hallaba la dama sentada cerca de una sólida mesa redonda descansando un brazo en ella, y reclinada la cabeza sobre la palma de su mano, con la vista fija en varias primorosas cajitas abiertas, colocadas en la mesa, que contenian las numerosas prendas de Magdalena, inclusas las que tenia empeñadas La Rioca que ella habia hecho redimir: allí estaban las soberbias diademas, los magníficos collares, los costosos brazaletes, los ricos pendientes, las rosetas, los lazos, los broches, los prendedores, los botones, los adornos de cien formas distintas, las innumerables sortijas, todas las joyas en fin que constituian el caudal de la dama, acopiadas en largo tiempo, y representando ya un

valor crecido: allí podian admirarse las maravillas del arte; los prodijios de habilidad, y las variadas combinaciones á que se prestan las mas raras y codiciadas piedras. llamando sobre todas la atencion el grueso diamante solitario de un rico prendedor. como el rey de aquella espléndida corte ante cuyos vivísimos fulgores palidecian las demas.

Al separarse temporalmente de sus joyas. esperando que volviesen luego á sus manos aun mas resplandecientes y considerablemente aumentadas. Magdalena habia querido verlas reunidas; despedirse de cada una de ellas: embargarse en su contemplacion: traer á su memoria los recuerdos de fascinacion, de prestigio, de triunfo que aquellas joyas encerraban para ella: las satisfacciones íntimas de su orgullo: las glorias de su coquetería; los delirios de su vanidad.... Esas eran como páginas del libro de su vida en que solo ella podia leer.... Para aquellas joyas habia sido todo el tesoro de su ternura; toda la vehemencia de su cariño... ; toda la consagracion de su espíritu.... : Gustavo habia sido como el lujo, y aquellas piedras como los objetos necesarios de su amor.....; lo que el caballo para el árabe.... : lo que la mujer para el poeta.... ; lo que el hijo para la madre....

Ya Magdalena habia ido llevando á su corazon, una por una, aquellas prendas: algunas habian sido tocadas por sus labios....el diamante solitario fué el último y lo besó dos veces.... ¿Qué mayor encanto tenia para su corazon de piedra aquella otra piedra....?

En los momentos en que hallamos ahora á Magdalena, su vista estaba fija, como hemos dicho, sobre las joyas ¿se recreaba aun en su contemplacion....? ¿evocaba todavía los recuerdos de sus satisfacciones....? ¿las examinaba escrupulosamente para reconocerlas con toda

seguridad cuando le fueran devueltas.... ? ¿le asaltaba algun temor al separarse de ellas.... ?

Tal vez no....

Magdalena tenia la vista fija en sus prendas; pero no las veia....: en el fondo de las pupilas de aquellos ojos fascinadores, llenos de voluptuosidad, habia esta vez una espresion que jamás habia brillado en ellos, una espresion de ternura inconcebible en su alma: no era finjida porque se hallaba sola en la sala; no era un nuevo hechizo que estudiaba porque no tenia delante un espejo para graduar su efecto y porque su espíritu estaba abstraido en tales momentos. ¿Qué era pues, lo que conmovia tan profundamente á aquella mujer.... ?

Hubo un instante en que volviendo de su abstraccion, Magdalena puso mas cerca de sí el diamante solitario, y lanzó sobre el resto del precioso acopio de prendas una mirada fria y desdeñosa, reclinando despues la frente en la palma de su mano para sumerjirse de nuevo en algun pensamiento profundo.

¿Cuál era ese pensamiento? ¿qué nuevo afecto se levantaba en su corazon capaz de hacerla mirar con desden sus joyas, hasta entónces objetos predilectos de su amor....? ¿qué relacion misteriosa existia entre su pensamiento y el diamante solitario que era la única alhaja que se libraba de su desden.... ? ¿Porqué se verificaba tan sorprendente cambio en sus sentimientos?

Lo diremos:

Los tres facultativos que, segun indicamos, salian á un tiempo de la casa de Falieri, habian sido citados para confirmar las presunciones que ya la dama abrigaba: los tres habian convenido á una en que ésta se hallaba en un nuevo estado.

El hecho era positivo, aunque podia parecer raro: no nos incumbe mas á nosotros, meros narradores, que asegurar que era cierto.

Magdalena sentia por la primera vez la existencia de otro ser dentro de sus entrañas: hasta entónces causas impenetrables habian hecho estéril su vientre, como estéril habia sido su corazon para los nobles afectos.

Ese sublime sentimiento de la maternidad, que conmueve á las mismas fieras, venia á derramar un nuevo resplandor sobre la existencia de aquella mujer afortunada: la que no habia sido capaz de amar mas que á sí misma sentia ya dentro de sí el gérmen de otro cariño....: ese era un gran triunfo de la naturaleza.

Tal era la poderosa causa que abstraia entónces á Magdalena ante la inmensidad del nuevo afecto, que no podia sentir aun sino de un modo relativamente débil, su alma ascendía algunos grados, iluminada por los claros fulgores de una nueva aurora: la naturaleza reclamaba sus derechos; movía aquel corazon hasta entónces insensible, le hacía concebir felicidades íntimas, inefables, con las que ántes no habia soñado siquiera.

Por eso lanzó Magdalena una mirada fria y desdeñosa sobre sus ricas prendas, pensando tal vez que no valia la pena de haber empleado tiempo, afanes y desvelos, y de imponerse sacrificios por adquirir y atesorar aquellas joyas, que habian de parecerle ahora tan mezquinas comparadas con un bien infinitamente mayor que la naturaleza concede, y del que es dado disfrutar á cualquiera mujer.

Por eso se libraba del desden que sobre las demás prendas recaia el diamante solitario, nó porque fuese el mayor de todos, ni porque constituyera un presente héchole por La Rioca al principio de sus relaciones; sino porque ha-

bia un recuerdo íntimo que ligaba esa joya estrechamente con el nuevo estado de la dama.

La página del libro de su vida que compendiaba el diamante solitario traia á su memoria un momento en que se habia sentido digna de ser madre: antes no habia tenido lugar ese sentimiento en su alma.

Quien sabe si penetrando en lo profundo del corazon de Magdaleña, se hubiera encontrado alguna fibra terriblemente adolorida por causa oculta, tal vez por alguna injusticia humana, que esplicase su horror tantos años sostenido, contra la ley que la naturaleza impone á su sexo... El lector podrá presumirlo tambien como nosotros cuando haya leido algunas hojas mas de este libro.

Al ruido de los pasos de personas que se acercaban, resonando en la pieza contígua, Magdalena levantó la cabeza, y cogiendo prontamente el diamante solitario, cerró el estuche que lo contenía y lo guardó en su seno.

Una de las personas cuyos pasos se habian sentido era Falieri que penetró en la sala, y dirigiéndose á la dama estampó un beso en sus mejillas.

Magdalena bajó los ojos al recibir aquel beso: por la primera vez en muchos años el pudor sonroseó su rostro...

Falieri se encaminó á la puerta por donde habia entrado, é invitó á que pasase adelante á alguno que permanecia en la antesala.

El invitado se presentó en la sala, saludando atentamente: era el encargado principal de un gran establecimiento de artículos de lujo que venía en búsca de las prendas de la dama. Falieri sacó de su bolsillo la lista de ellas, y el dependiente comenzó la tarea de cerrar los estuches y de guardarlos en los cofres, que estaban sobre la misma mesa, segun enumeraba Falieri las prendas: al mencionar el

diamante solitario Magdalena manifestó á su protector que lo habia apartado, por ser para ella como una reliquia de la que no podía separarse.

El señor Aquiles hizo un ademan de disgusto ó de contrariedad.

—Es la única joya que he apartado, dijo Magdalena sonriendo graciosamente para calmar el disgusto de su protector. Este no contestó, como si aun permaneciese descontento de aquella escepcion del diamante solitario, y continuó la relacion de los objetos contenidos en la lista.

Concluida la operacion, el encargado del establecimiento partió con las prendas, seguido de Falieri.

Magdalena quedó algo preocupada por la contrariedad que habia producido en su protector la separacion del diamante solitario: pero en la confianza de que lograría desvanecer esa impresion fácilmente, olvidó pronto esa circunstancia.

A poco entró en la sala la bella Bibiana, que habia salido desde temprano y retornaba entónces: acercándose con solicitud á Magdalena le preguntó:

—¿ Vinieron los médicos ?

—Sí, contestó la dama. y han confirmado mis presunciones.

Un velo casi imperceptible nubló el semblante de Bibiana, al mismo tiempo que esclamó:

—¡ Ah ! con que es cierto....

—Sin duda alguna, repuso Magdalena con íntima satisfaccion, y agregó:

—Pero no sabes aun hasta donde llega mi dicha....

—¿ Hasta donde ? preguntó Bibiana esforzándose en dar á su voz el énfasis del mas profundo interés, miéntras su rostro palidecía.

—Tan pronto como á solas con él manifesté á Falieri la certeza de mi nuevo estado, demostró la mas viva alegría. y me ha ofrecido que se realizará nuestro matrimonio en muy breve plazo.

Bibiana se puso lívida, le flaquearon las piernas, y cayó sobre un asiento próximo.

—¿Qué tienes....? preguntó con viveza la dama ¿te has indispuesto ?

—No es nada, no es nada, contestó la jóven haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma—un desvanecimiento... es tarde...., y no he almorzado aun....tal vez....

—En efecto, estás pálida, dijo Magdalena, voy á llamar para que te sirvan algo.

—No, no, esclamó con viveza Bibiana, recobrándose y deteniendo á la dama que iba á ponerse en pié,—ya pasó.

—¿Cuándo ha de tener lugar el matrimonio?

—Saldremos de aquí en el primer vapor para Nueva-Orleans, y de allí emprenderemos viage por el interior hasta New-York, donde celebraremos las bodas, porque Falieri desea que todo se haga con la mayor pompa y lujo.

Las facciones de Bibiana se habian contraido de tal modo que parecía próxima á romper en llanto.

—Te has vuelto á desfigurar, dijo Magdalena: ves á tomar algun alimento : debes estar muy débil.

Bibiana aprovechó aquella oportunidad para alejarse del lado de la dama, temerosa de que descubriese lo que pasaba en su interior, y salió de la sala tropezando con los muebles que halló á su paso.

No bien salió Bibiana apareció en la sala D. Lúcas : la dama se puso prontamente en pié al verlo entrar y le acercó un asiento.

—Ya sé que estás en el colmo de la dicha, dijo el recien llegado con cierto tono de autoridad, ya me ha informado Falieri de todo.

—Sí, señor, contestó Magdalena, mis esperanzas se van realizando

—Así espero yo que se cumplan las mias, dijo D. Lúcas, y hasta el presente tengo muchas probabilidades de conseguirlo: mis planes me salen admirablemente bien.

Magdalena examinó con disimulo la fisonomía de su interlocutor, y esperaba con encubierta ansiedad que prosiguiese.

—Lo que empezó para mi por una venganza se convirtió en un negocio, dijo con tono sarcástico D. Lúcas: al apoderarme de las dos niñas, de la una por conveniencia tuya, y de la mas tierna por mi propia cuenta, creí tener en mi mano el modo de atormentar el corazon del infame que habia destruido mi felicidad; su completa indiferencia por la suerte de su hija me hizo ver que mi venganza no se realizaría: entónces me ocurrió sacar, á lo ménos, alguna ventaja material de lo que se habia hecho, y al disponer que Clotilde supiese donde se hallaba su hija empecé á preparar el terreno para recoger algun fruto.

—Por mi parte, dijo Magdalena, hace mucho tiempo, desde la muerte de Deliza, que hubiera hecho entregar la otra niña á su madre: ninguna conveniencia reportaba ya de no hacerlo, ni me proponía lucro alguno.....

—Eso tienen los negocios en sociedad, dijo con sorna D. Lúcas, hay que consultar el interés de los compañeros: no soy yo únicamente el que quiere sacar ventajas, tambien Cármen pide su parte del botin, y habrá que dárselo.

—¿En qué forma? preguntó Magdalena.

—No se anda por las ramas, contestó D. Lúcas, aspira, nada ménos, que á casar á Basilio con la heredera, y sino lo ha hecho ya, lo conseguirá muy pronto: de ese matrimonio el único beneficio que yo reportaré será el de manejar la cuantiosa fortuna de D. Pedro, si ponen en posesion de ella á Basilio, lo que no dudo, porque él tiene tacto y sabrá ganarse la voluntad de todos. Pero, por si acaso no sucede así, yo como hombre previsor, he dispuesto las cosas de tal modo que me aseguraré ántes con una suma no muy corta.

—¿De qué modo? preguntó la dama.

—Ese es mi secreto, dijo D. Lúcas, y agregó luego:

—Sin embargo, te diré que esa muchacha Hortensia que trajo á esta casa Bibiana hace cuatro dias, será el instrumento de que me valga para conseguirlo. Ya, aunque no logre mi propósito, buen gusto me proporcionan los tormentos que sufre la infame Ruperta, separada de nuevo de su hija....

Magdalena se estremeció al oir las últimas frases como si le asaltase un remordimiento.

—Quién sabe, dijo luego con voz apagada, si esa pobre Ruperta no será culpable....

—¡Como!—esclamó D. Lúcas con violencia.—Puedes abrigar la menor duda de su infamia con las pruebas que tengo.... ¿Y desde cuando te ha ocurrido á tí, que al principio animaste mis sospechas y siempre has pensado como yo que es criminal, compadecerte de esa miserable....?

—Hay apariencias muy engañosas—afirmó Magdalena apesar del enojo con que pronunció D. Lúcas las últimas frases.—Tal vez las cartas que Vd. encontró en su poder no habrian sido dirigidas á ella...

Magdalena se detuvo como si temiera haber dicho demasiado: D. Lúcas la miró fijamente, asaltándole tal vez alguna sospecha: luego preguntó:

—¿Tienes algun antecedente en que basar esa congetura....?

—No, absolutamente, contestó la dama con firmeza, arrepentida de haberse dejado llevar por un buen impulso: he sentido compasion por Ruperta al saber que estaba separada de nuevo de su hija; eso es todo.

D. Lúcas guardó silencio y Magdalena le preguntó para dar otro giro á la conversacion:

—¿Sabe Vd. si ha llegado ya el vapor de Nueva-Orleans?

—Sí, contestó prontamente D. Lúcas, vine con intencion de avisártelo: han entrado dos vapores; ámbos saldrán mañana para Nueva-Orleans, uno temprano de siete y media á ocho, y el otro á las cinco de la tarde: yo no podré embarcarme sino en este último, porque aun tengo muchas cosas que arreglar.

—Yo preferiría el que sale temprano, dijo Magdalena; pero me conformaré con lo que Falieri disponga.

Despues de cruzar algunas frases mas, se retiró D. Lúcas de la sala

La proximidad de su viage hizo pensar á Magdalena que debia solicitar una entrevista con Gustavo (que no habia vuelto á verla desde el dia en que le negó sus joyas) para aplacar su enojo, y halagarle de suerte que no le quedase en él un enemigo que podía esgrimir armas muy terribles contra ella: tan importante era eso para la dama que inmediatamente se dirigió á escribir á La Rioca, rogándole que viniese á verla aquella noche; indicándole su nuevo estado; la promesa de matrimonio héchale por Falieri, su próximo viage para realizarlo, y dejándole entre-

ver grandes esperanzas para lo futuro, bien segura de que esto último sería un irresistible aliciente para La Rioca.

Así que cerró cuidadosamente su carta, se dirijió Magdalena en pos de Bibiana para que se encargase de entregarla á Gustavo.

XVI.

LA MANO DEL MILLONARIO.

Al salir Bibiana de la sala de recibo de Magdalena, tropezando con los muebles que halló á su paso, como dijimos en el precedente capítulo, se dirijió á sus habitaciones, y así que hubo entrado se dejó caer en un asiento como presa de terrible desesperacion.

La linda jóven protejida por Magdalena, al parecer tan consagrada á esta que merecia toda su confianza, no habia vivido sin inficionarse en la atmósfera de lujo y de grandeza que se respiraba en casa de Falieri, ni habia visto sin envidia el esplendor que rodeaba á Magdalena: muy al contrario, aspirando la una y presenciando el otro; recogiendo, por decirlo así, las sobras que se le concedian de aquel magnífico banquete, su paladar se habia acostumbrado á los esquisitos manjares, y sus naturales inclinaciones habian tomado tan alto vuelo que pretendia ser la rival de su protectora, ocultándolo hábilmente á su penetracion, valiéndose de las lecciones que de ella misma habia recibido y superando ya á su maestra en disimulo y artificio. Bajo aquel cútis moreno y sonrosado: de aquellos ojos que sabian lanzar tímidas miradas de fue-

go al través de luengas pestañas; de aquella boca diminuta con labios encendidos y dientes muy blancos; de aquel cuerpo esbelto admirablemente contorneado, Bibiana abrigaba un corazon frio y un espíritu calculista que la habian librado de las seducciones del amor: era como el pedernal que despide chispas sin perder su frialdad. Alentada por las ventajas que su juventud le daba sobre Magdalena, y mas aun, por ciertas indicaciones de Falieri, que podian ser efectos del festivo humor de este; pero que para ella significaron mucho, las aspiraciones de la jóven habian llegado hasta el estremo de ilusionarla con la esperanza de que lograria á ser la esposa del millonario.

. En los últimos dias, Bibiana habia creido notar mas señaladas demostraciones de parte del señor Aquiles, y habíanse fortalecido considerablemente sus esperanzas. Hacia varias noches que ántes de recogerse Falieri pasaba por las habitaciones de Bibiana, y ya fuese por pasatiempo, ó por que realmente los despertase en él la belleza de la jóven, le indicaba anhelos que ella honestamente contenia, sin rechazarlos abiertamente, lo que á su juicio le prestaba encantos nuevos á los ojos del millonario, y daba mayor pábulo á sus deseos.

Pero todo el bello edificio que la ambicion de la jóven habia levantado, venía á tierra con la noticia que acababa de darle Magdalena de su próximo enlace con el Sr. Aquiles, lo que esplica las impresiones que recibia durante el diálogo con la dama, y la desesperacion conque habia caido en un asiento al penetrar en las piezas de la casa que se le tenian destinadas.

Era en efecto un terrible golpe para la ambiciosa jóven ver burladas tan súbitamente sus halagüeñas esperanzas,

y por algun rato fuéle imposible dominar la fuerza de su desesperacion; pero pensando luego que era demasiado valiosa la presa para resignarse á perderla sin luchar denodadamente por apropiársela, calculando las ventajas que sobre su rival tenia, y los recursos que podia poner en juego para conseguir el triunfo, fué á lavarse cuidadosamente los ojos, á fin de borrar las huellas de algunas lágrimas que le habia arrancado la desesperacion, volviendo luego á sentarse, á coordinar un plan que le asegurase la victoria sobre Magdalena.

Esta vino en persona, como un cuarto de hora mas tarde, en busca de Bibiana á entregarle la carta que habia dirijido á La Rioca, citándole para la noche, á fin de que sin pérdida de tiempo la hiciese llegar á su destino.

Magdalena no pudo notar la siniestra alegria que brilló en los ojos de Bibiana al recibir aquella carta, ni le ocurrió pensar que en la celeridad con que partia la jóven á cumplir su encargo habia otro deseo que el de servirla fielmente: muy pronto sabremos las consecuencias de las ideas que asaltaron la mente de la hija de Cármen en aquellos momentos.

Por la conversacion de D. Lúcas y Magdalena, referida en el anterior capítulo, está impuesto el lector de que hacia cuatro dias que Hortensia se hallaba en casa de Falieri: Bibiana habia sido la encargada de traerla, y de hacer creer á la hija de Ruperta que su verdadera madre acudiria pronto en su busca.

Apesar de los profundos temores de Ruperta al separarse de Hortensia, esta, animada por su heróico propósito, y ansiosa de saber quienes eran los autores de sus dias, se habia dejado conducir por Bibiana, sin mostrar recelos, que por otra parte no podia inspirar la bella y simpática

fisonomía de la hija de Cármen. Contribuyeron poderosamente á sostener el ánimo de Hortensia, la suntuosidad de la mansion de Falieri y las consideraciones que desde su llegada le guardaron, distinguiéndose en ellas, muy particularmente, el mismo dueño de la casa, quien la colmó de obsequios desde que se le dijo que era la hija de D. Lúcas para no despertar sus sospechas.

Tan marcadas eran las atenciones del millonario hácia Hortensia; le dirijia tan amenudo la palabra, y mostraba oirla con tal complacencia, que D. Lúcas llegó á concebir vehementes sospechas de que la jóven habia impresionado vivamente el corazon del Sr. Aquiles; lo que produjo un notable cambio en sus ideas respecto á Hortensia, calculando las grandes ventajas que podia él derivar de una alianza con el millonario.

En la tarde del dia en que pasaban los acontecimientos á que se refiere este capítulo, se hallaban despues de la comida, el señor Aquiles y D. Lúcas en el gabinete del primero, sentados muy inmediato el uno al otro, como si tratasen de algun particular cuyo secreto les importase conservar.

Insinuándose hábilmente D. Lúcas, acababa de conseguir que Falieri le declarase la viva impresion que en su alma habia causado Hortensia, y con cuanto mayor gusto le habria ofrecido su mano á ella que á Magdalena, si no hubiesen mediado los lazos que á esta le unian.

D. Lúcas quedó sumergido en profunda reflexion despues de oir las manifestaciones del señor Aquiles.

—Pero ya no hay remedio—volvió á decir éste—un primer impulso de consideracion hácia Magdalena me arrastró á darle palabra de enlazarme á ella, y no es posible retirarla....

D. Lúcas se incorporó de pronto: varias ideas pasaron por su mente en rápida sucesion, dominando su ánimo las inmensas ventajas que le resultarían del matrimonio del millonario con Hortensia. y dijo:

—Existe una causa bastante poderosa, por la que pudiera Vd. retirar su palabra.

—Dudo que sea causa poderosa, dijo Falieri. puesto que no le impidió á Vd. aspirar á la mano de Magdalena, cuando ella prefirió unirse á Deliza.

D. Lúcas sonrió desdeñosamente, y dijo luego:

—Jamás he abrigado, ni podía abrigar la intencion de unirme á Magdalena.

—¿Por qué motivo?

—Por la misma causa á que he aludido.

D. Lúcas esperaba que Falieri insistiese en preguntar la razon en que se fundaba; pero en lugar de eso hizo el millonario un ademan de resignacion, y dijo:

—Ya no es posible retroceder....: he contraido un compromiso con Magdalena y debo cumplirle mi palabra: no hablemos mas de eso.

Habia calculado ya bastante bien D. Lúcas los beneficios que le resultarıan del enlace del Sr. Aquiles con Hortensia para que dejase de poner de su parte todo empeño en que se realizara, por lo que insistió, diciendo:

—Estoy bien seguro de que Magdalena no habrá revelado á Vd. cierto secreto que le atañe de un modo muy íntimo, y que á saberlo Vd. no le hubiera ofrecido su mano: se trata de una circunstancia que D. Pedro Deliza ignoró siempre, y de la que solo estamos enterados ella y yo.

Sin mostrar deseos de penetrar el secreto á que aludía D. Lúcas, como si le preocupase profundamente la idea que iba á emitir, dijo Falieri:

—Aun suponiendo que con justa causa pudiese librarme del compromiso de Magdalena ¿qué seguridad tendría yo de obtener la mano de Hortensia?

—Todas las que Vd. pida, contestó prontamente D. Lúcas, muy contento del sesgo favorable que las palabras de Falieri parecian dar á su proyecto.

—No quisiera que en ningun tiempo, dijo el Sr. Aquiles, creyese la misma Hortensia, ni otra persona alguna, que me habia prevalido yo de las circunstancias de ser Vd. empleado y deudor mio, para ejercer sobre Vd. presion en este asunto: desearía poder probar que de Vd. mismo brotó la idea: eso me daria siempre el mejor lugar en la consideracion de Hortensia.

—Es muy fácil eso, dijo D. Lúcas cada vez mas animado: yo dirijiré á Vd. una carta de mi puño y letra en la que en el tono de la mas íntima amistad, le manifieste que comprendiendo la honrosa distincion que hace Vd. de mi hija, y los motivos de esquisita delicadeza que le impiden declararla, me adelanto á ofrecerle á Vd. su mano.

—Muy bien, perfectamente, esclamó Falieri: escríbala Vd. ahora: allí tiene Vd. los útiles necesarios en mi *buró*.

D. Lúcas se dirigió prontamente al mueble que le señaló su interlocutor á escribir la carta indicada, miéntras se dibujaba una sonrisa de satisfaccion en los lábios de Falieri.

Así que acabó de escribir la carta D. Lúcas la presentó diligentemente al Sr. Aquiles, quien la leyó, y satisfecho de su contenido la guardó en su bolsillo, notando que estaba ya firmada.

—Aun queda en pié lo mas grave, dijo en seguida Falieri; lo mas difícil: vencer los escrúpulos que me asaltan respecto á mi promesa á Magdalena.

—Esos escrúpulos desaparecerán del todo en el instante en que oiga Vd. de mis labios una revelacion, dijo D. Lúcas en tono de completa seguridad.

—¿Cuál? preguntó Falieri.

D. Lúcas se inclinó al oido de su interlocutor y pronunció una frase en voz tan baja que solo se pudo distinguir el principio de ella.

—Magdalena es....

Falieri miró asombrado á D. Lúcas, dudando quizás de lo que acababa de revelarle, éste continuó:

—Nació en casa de mis padres, en Nueva-Orleans, y era hija de un pobre artesano que la sacó de allí ocultamente para traerla á la Habana, cuando contaba unos 12 años....

—Ahora me esplico el ascendiente que tiene Vd. sobre ella, dijo Falieri.

—No obstante, observó D. Lúcas, que le he hecho creer, hace mucho tiempo, que todo está arreglado satisfactoriamente para ella; lo que no es cierto, pues conservo todos mis derechos.

—De suerte, dijo Falieri, que si ella fuese mañana á Nueva-Orleans y Vd. lo exigiese....

—Tendria que seguirme á la primera reclamacion, dijo D. Lúcas, como si nunca hubiera dejado de permanecer allí.

—Tengo entendido, dijo el Sr. Aquiles, que en Nueva Orleans no podria ella cambiar de condicion social, aunque tuviese recursos con que hacerlo.

—Allá somos muy severos en ese particular, contestó D. Lúcas: miéntras fuese mi voluntad se veria obligada á permanecer bajo mi dependencia.

Despues de unos momentos dijo Falieri:

—He hallado el medio de aplacar mis escrúpulos y de

coordinarlo todo de la mejor manera; pero es preciso que Vd. se preste á servirme.

—Siempre que me sea posible tendré el mayor gusto en ayudar á Vd.

—El nuevo estado en que se halla hoy Magdalena, dijo Falieri, me impone un gran compromiso moral, que sea cual fuere la condicion de esa mujer, debo considerar sagrado: es necesario que procure yo indemnizarla ámpliamente para acallar la voz de mi conciencia: en manos de Vd. está proporcionarme los medios, haciendo un traspaso en mi favor de su derecho; en el concepto, de que pagaré gustoso la cantidad que Vd. señale. Solamente despues de indemnizar á Magdalena de la manera mas cumplida me casaré con otra mujer.

D. Lúcas reflexionó unos momentos ántes de preguntar:

—¿Desea Vd. que estienda ahora el documento?

—Sí, sí, contestó prontamente Falieri: mi ánimo es embarcarme mañana en el vapor que sale temprano, y he de necesitar ese documento tan pronto como esté en Nueva-Orleans, á fin de que cuando llegue Vd. (saliendo en el otro vapor que parte de aquí á las cinco de la tarde) con algunas horas de diferencia, ya tenga yo arreglado lo concerniente á Magdalena, á la que nada diré, miéntras permanezcamos en la Habana, de lo que por Vd. he sabido.

—Es precisamente lo que iba á suplicar á Vd. con todo encarecimiento: dijo D. Lúcas, que no penetre Magdalena, miéntras nos hallemos en Cuba, las revelaciones que he hecho á Vd.

—Pierda Vd. todo cuidado por esa parte, afirmó Falieri; pues no entra en mis planes hablarle de eso hasta que no estemos en Nueva-Orleans, para que se embarque persuadida de que voy á casarme con ella.

D. Lúcas se dirigió de nuevo al *buró* y al cabo de un rato volvió con un documento estendido en inglés, firmado y sellado por él, que entregó á Falieri, quien lo leyó y guardó despues en su bolsillo, diciendo:

—Luego lo haré legalizar competentemente.

El señor Aquiles y D. Lúcas permanecieron juntos como diez minutos mas: este se despidió para ir á practicar varias diligencias urgentes.

Corto rato despues entraba el millonario en las habitaciones particulares de Magdalena (atestadas ya de maletas, cajas, baules y otros envases, que componian su equipage) y al ver á la dama se dirigió á ocupar un asiento á su lado.

Parecía que ningun objeto importante tenía aquella visita del dueño de la casa á su protegida; pero despues que se hubo alejado, encontró Magdalena, sobre el asiento que ocupó Falieri, una carta abierta que quizás se le habia caido.

La curiosidad de la dama se escitó á la vista del pliego abierto, y sin que le asaltase el menor escrúpulo empezó á leerlo.

Júzguese la impresion que haría en ella enterarse de la carta que D. Lúcas habia escrito con fecha de aquel dia á Falieri, ofreciéndole la mano de su hija Hortensia, firmada con sus nombres y apellido, *Juan Lúcas Arnold*; de modo que no podia quedar la menor duda á Magdalena, que además conocía perfectamente su letra, de que era él mismo quien la habia dirigido.

Apoderóse del ánimo de la dama la conviccion de que era plan premeditado de D. Lúcas la venida de Hortensia á la casa de Falieri, y mas se fortaleció esa idea por la circunstancia de haberle dicho él mismo por la mañana

que Hortensia sería el instrumento de que se valdría para obtener ciertos lucros.

Los ojos de la vengativa dama chispeaban de furor al comprender la traicion de su cómplice, sin que le aplacase la idea, que á poco le ocurrió, de que probablemente Falieri habria dejado con intencion la carta obre el asiento, para que ella se penetrase de los planes de D. Lúcas, y desconfiase ya de aquel hombre en cuya amistad parecía tener una fé ciega, porque tras de esa hipótesis favorable invadieron su espíritu muy sérios temores acerca de los medios de que podría valerse D. Lúcas para llegar al término que se proponía.

Al furor que ahora se apoderaba de ella al descubrir la traicion de D. Lúcas, y á los temores que le asediaban por las armas que él en su mano tenía para herirla gravemente, se unía esta vez en Magdalena otra causa de odiosidad contra D. Lúcas : ya hacía algun tiempo que la forzada dependencia en que se veia colocada respecto á él ejercía la mayor violencia sobre su espíritu soberbio: aquel hombre era siempre una amenaza viva para ella ; una voluntad sobre la cual la suya tenía que doblegarse humildemente ; un peso enorme que gravitaba sobre sus espaldas ; una mano de hierro que oprimía su garganta....

Con la reunion de tales causas, debía levantarse una borrasca en el alma de Magdalena, y no pasó mucho rato sin que en su mirada y en la contraccion de su rostro pudiesen distinguirse señales de que sus malas pasiones estaban terriblemente escitadas, y de que meditaba una venganza.

Recordará el lector que al introducirlo por primera vez en la suntuosa casa de Falieri, dijimos que las dos habitaciones de Bibiana corrian paralelamente con la antesa-

la y sala particulares de Magdalena; que la primera de dichas habitaciones tenia una puerta que daba á un corredor, y que la segunda comunicaba con la estensa pieza dentro de la cual se habia construido el precioso retrete en que solia recibir Magdalena á Gustavo.

Serian las diez y cuarto de la noche, y era la hora de la cita que habia dado la dama á La Rioca, cuando se hallaba de pié Bibiana inmediata al tabique del retrete, por la parte esterior, es decir, del lado que comunicaba con sus dos habitaciones : la inmovilidad de la jóven, y la poca claridad que trasmitia la luz de la pieza contígua, hacian presumir que observaba algo detras del tabique, lo que sucedia en efecto; pues al través de una pequeña abertura, hábilmente disimulada, podia verse lo que pasaba en el retrete, auxiliando el gran espejo colocado al frente, en cuya clara luna se reproducian los objetos.

Se comprende por esa circunstancia que ansiosa siempre de sorprender todos sus secretos, ejercia Bibiana sobre su protectora un espionage del que no se libraba esta ni en aquel recinto. En esa ocasion vió la jóven que Magdalena cerró un pliego que acababa de escribir, al que puso por direccion, disfrazando su letra : *Sr. D. Vicente Laverria y Arcasola;* pero no pudo notar, porque se lo impedia el cuerpo de la dama, otro pliego, tambien escrito por ella con iguales precauciones, cuyo sobre decia : *Jefatura de Policía—muy urgente.*

Cuando vió Bibiana que Magdalena, despues de guardar cuidadosamente lo que habia escrito, y de arrimar al tabique una pequeña mesa de que se habia servido, tomó asiento en un confidente, como para esperar á La Rioca, se apartó cautelosamente de su punto de observacion y se encaminó á la antesala.

Bien calculó Magdalena el efecto que harian en Gustavo las promesas para lo futuro con que le halagó en su carta, al darle la cita para aquella noche ; pues olvidando los pasados disgustos y lleno de esperanzas, con el porvenir brillante que se ofrecia á la dama, volvia La Rioca á postrarse á los piés del ídolo, dispuesto á mostrarse mas rendido y sumiso que nunca ante la mujer que parecia próxima á ser la afortunada esposa del millonario.

Como en los mejores tiempos de su intimidad con Magdalena, apénas tocó La Rioca la puerta de la antesala, se le presentó Bibiana á recibirlo con demostraciones llenas de halagos, como prueba de que gozaba de nuevo de todo el favor de la dama.

Nunca como entónces se hallaba dispuesto La Rioca á arrrastrarse para conseguir la proteccion de Magdalena: sin recursos conque sostener sus vicios, arruinado, vendida ya la casa de Victoria para satisfacer á Falieri, habiendo perdido al juego casi todo lo que de la venta le habia quedado despues de efectuar su pago, y asediado constantemente por sus acreedores, se halagaba aun con la idea de seguir á Magdalena, y continuar su desordenada vida, abandonando sagradas obligaciones, con los recursos que ella le proporcionase : la degradacion no podia ser mas completa.

Ansioso de llegar cuanto ántes al lado de la persona en quien cifraba sus esperanzas, el recien llegado saludó á Bibiana y se encaminó hácia el retrete donde le esperaba Magdalena. Así que la jóven calculó que estaria La Rioca en el lugar de la cita, se dirijió á la primera de sus habitaciones, abrió una de las hojas de la puerta que daba al corredor ; se quitó un gran pañuelo que cubria sus torneados hombros, y colocándose delante de un espejo, de

espaldas al corredor, desató su profusa y brillante cabellera, que descendió como si fuese un manto de terciopelo negro en que intentaba envolverse.

Los serenos cantaban entónces las diez y media.

Podía presumirse que Bibiana se preparaba para recogerse ya, y que con ese fin arreglaba entónces su hermosa cabellera; pero se comprendía que esperaba á álguien, porque á menudo fijaba el oido como si creyese sentir pasos en el corredor.

Al cabo de un rato mas se oyeron indistintamente las pisadas de una persona que se acercaba: Bibiana presumió quién podía ser, y con el pretexto de mirarse en él fijó la vista en el espejo para ver con su auxilio al que venia por el corredor.

El rostro lleno de animacion de la bella jóven se reflejaba con todos sus encantos en la tersa superficie del cristal que bañaba completamente la luz; pronto pudo notar ella que un hombre se habia detenido delante de la puerta y que la contemplaba con atencion: aunque habia reconocido ya á aquel hombre, finjió no haber notado su presencia, y como si creyese estar sola, desabrochó la parte superior de su corpiño.

El hombre penetró entónces en la estancia cautelosamente, y se acercó á la jóven con los brazos abiertos; pero cuando parecia próximo á estrecharla en ellos, volvióse prontamente Bibiana, como sorprendida, figurando que lo reconocía en aquel momento, y despues de dirigirle una sonrisa encantadora, corrió en puntillas hácia las habitaciones interiores, deteniéndose junto al tabique del retrete.

Falieri, (pues él era el hombre) fué tras de Bibiana: ella le contuvo presentándole la palma de la mano abierta en señal de que se detuviese; se llevó dos veces el dedo á

los labios vivamente para que no hablase, llamando al mismo tiempo su atencion, con un ademan, hácia el retrete, y en seguida se acercó al tabique para dirigir una mirada al través de la pequeña abertura, separándose inmediatamente, como para dar lugar á Falieri á que observase tambien.

Escitada la curiosidad del Sr. Aquiles le llevó á dirigir á su vez la vista hácia el interior del retrete: distinguió por medio del espejo colocado al frente, que Gustavo estaba sentado á los piés de Magdalena, con las manos de esta entre las suyas.

El millonario levantó los hombros en señal de indiferencia, y volvió en busca de Bibiana; pero no la halló á su lado.

La centinela habia abandonado su puesto despues de entregar la plaza.

Falieri sonrió como un filósofo, y salió muy tranquilamente de las habitaciones de Bibiana, pronunciando en voz baja su refran favorito:

—Hasta el fin nadie es dichoso.

XVII.

HASTA EL FIN NADIE ES DICHOSO.

El movimiento que desde temprano reinaba en la gran casa de Falieri, en la mañana del siguiente dia, indicaba la proximidad de su viage: los carros de una agencia de mudada obstruian aquella parte de la calle, y varios curiosos se entretenian en la opuesta acera, viendo salir los magníficos muebles que habian adornado aquella espléndida mansion.

El Sr. Aquiles habia vendido todo su valioso ajuar con una pérdida considerable, lo que seguramente mostraba su intencion de no volver á fijar su residencia en la Habana por algun tiempo.

Ya estaban á bordo los equipages, y únicamente esperaban Falieri y Bibiana para trasladarse al vapor la vuelta de Magdalena, quien con el pretesto de cambiar un sombrero, habia salido sola en el *cupé* á llevar por sí misma al correo los pliegos que habia escrito la víspera.

Cuando retornó Magdalena no quedaba mas que el tiempo preciso para ir á bordo, por lo que sin la menor demora partieron los tres viageros en direccion del mue-

lle. D. Lúcas y Hortensia debian embarcarse en el otro vapor, que saldria á las cinco de la tarde.

Como á las ocho y cuarto de la mañana salia por la boca del puerto el buque que conducia á Falieri, Magdalena y Bibiana.

El mismo vapor llevaba á María de los Dolores Pléres, acompañada del jóven Rafael que recibió á Clotilde á su llegada á la Habana, provista de cartas de recomendacion, y bien instruida de los pasos que habia de dar para impedir la realizacion de los planes de Cármen y de Basilio.

Serian las doce del dia cuando entraba D. Lúcas en la casa, desocupada ya casi del todo, en que habia vivido Falieri, y donde aun se hallaba Hortensia en compañía de una criada, para tener con la jóven una entrevista.

Hemos dicho que la esperanza de la realizacion del matrimonio del millonario con Hortensia habia cambiado notablemente los planes de D. Lúcas respecto á la jóven. Pero no eran ya razones de intereses las que mayormente influian en su consideracion hácia ella: el marido de Ruperta, (que fué al principio de su enlace buen esposo, hasta que las fatales sospechas que contra esta concibió emponzoñaron su corazon y le lanzaron á la venganza) se habia sentido impresionado al ver por vez primera á su hija en casa de Falieri, como si la fuerza de la sangre ejerciera sobre él su influencia: aunque trató de sofocar aquella impresion, se habia hecho mas viva á consecuencia de su diálogo con Magdalena en que esta insinuó que Ruperta era tal vez inocente, y que quizás no serian dirijidas á ella las cartas halladas en su poder: las sospechas que entónces asaltaron á D. Lúcas fueron tomando cuerpo,

hasta llegar á presumir que la amante da La Rioca era la misma Magdalena y nó Ruperta.

Bajo la influencia de esas consideraciones se encontraba D. Lúcas al acercarse esta vez á su hija: en cuanto á Hortensia, notando el valor que le daba su heróica resolucion, se hallaba inquieta con las mudanzas que tenian lugar en la casa á que la habian conducido; ademas, hacia cinco dias que estaba separada de Ruperta; no se presentaba nadie á solicitarla, ni se le ofrecia ocasion de hablar con D. Lúcas para tratar de persuadirle de la inocencia de Ruperta, todo lo cual, unido á la incertidumbre en que se hallaba respecto á su propio destino, era suficiente causa para la angustia que empezaba á apoderarse de su espíritu.

D. Lúcas se hizo anunciar á su hija por conducto de la criada que habia quedado acompañándola en la casa, y penetró en la pieza en que se hallaba Hortensia, tan pronto como se le contestó que estaba dispuesta á recibirle.

La inquietud de la jóven se calmó considerablemente al notar la espresion afable que tenia esta vez el semblante de D. Lúcas: recibióle de pié, y fuese por secreto impulso; por efecto del temor que debia inspirarle el hombre que disponia de su suerte, ó porque considerando que era su padre, juzgase que estaba en la obligacion de hacerlo, se acercó á él, le tomó una mano que llevó á sus labios, y quedó luego á su lado en actitud de respetuosa sumision.

D. Lúcas sintió palpitar violentamente su corazon á la vista de aquella criatura rodeada de los encantos de la inocencia y de la juventud, á la que ya empezaba á creer que le ligaban estrechos lazos: descansando su mano so-

bre la cabeza de Hortensia, hizo que esta la levantase, y fijó en sus ojos una mirada profunda, como si quisiera penetrar en ellos el secreto de su existencia.

La inteligente jóven comprendió lo que pasaba en el alma de su padre, sintiéndose ella misma hondamente conmovida. El cambio favorable que se operaba en D. Lúcas, devolviéndole cada vez mas confianza, le hizo adquirir el convencimiento íntimo de que su madre era Ruperta, y por consiguiente, que el hombre que estaba junto á ella era el autor de sus dias. El amor filial recobró todo su imperio en el alma de la jóven ; su heróico intento le comunicó mayor esfuerzo, y brillando su fisonomía con sublime resplandor, esclamó, de súbito, fijando en su padre los ojos llenos de ternura.

—¡ Padre mio, abrace V. á su hija ! Deseche Vd. ya la vacilacion que le atormenta.... ¡Mi madre es inocente.... !

D. Lúcas esperimentó una fuerte conmocion al oir aquellas palabras de la jóven : la conviccion conque pronunció la última frase llegó hasta lo mas profundo de su alma.

Notando la impresion que producia en su padre, Hortensia se postró á sus plantas, y con la elocuencia del sentimiento, y el lenguage de la persuacion mas íntima, le manifestó la inocencia de Ruperta, aunque sin poderle decir el nombre de la verdadera amante de Gustavo, que su madre no le habia revelado. Entónces acudieron en tropel á la mente de D. Lúcas numerosos indicios, y recordando las propias palabras de Magdalena cuando empezó á abogar por Ruperta, vió de un modo inequívoco la inocencia de su esposa : suspiró con fuerza, como si lanzara léjos de sí el peso terrible que hasta entónces habia

oprimido su corazon, y levantó del suelo á Hortensia para estrecharla en sus brazos y estampando sobre su frente los primeros besos paternales.

El gozo inmenso y purísimo que enagenaba á Hortensia no le dejaba hablar ; lloraba copiosamente.

D. Lúcas separó de pronto sus brazos del cuello de su hija y se cubrió el rostro con las manos.

Desvanecido ya completamente el error que por tantos años habia sustentado su odio ; comprendiendo ahora que habia sido miserable instrumento de la venganza y de la ambicion de Magdalena; en el momento en que se ensanchaba su alma al benéfico influjo de la ternura paternal; cuando podia apreciar por sus propios sentimientos las infinitas angustias que habia hecho sufrir á Clotilde, á María de los Dolores y á Ruperta arrebatándoles sus hijas, D. Lúcas sintió punzantes remordimientos.

Adivinando en parte lo que agitaba el alma de su padre, Hortensia le tomó la mano para suplicarle ardorosamente que fuesen ambos, sin pérdida de tiempo, al lado de Ruperta.

La alegría mas viva brillaba en el semblante de la jóven al notar que su padre se disponia á seguir su indicacion.

En aquel momento entró la criada á avisar á D. Lúcas que dos caballeros solicitaban verle, con tanta urgencia que habian subido tras de ella, y le esperaban ya en la pieza contigua.

Un presentimiento terrible asaltó el pecho de D. Lúcas ; pero fué en seguida al encuentro de las personas indicadas por la criada.

Eran dos empleados de policía : D. Lúcas conocia á uno de ellos, y su presentimiento se convirtió en vehemen-

te sospecha de la mision que traian: pronto supo que no se habia equivocado; pues se le significó que venian en su busca, de órden superior, para conducirle inmediatamente en calidad de preso.

La denuncia de Magdalena acababa de surtir el efecto que se propuso al hacerla: habia suministrado en ella todos los datos y pormenores necesarios para que no fuese posible á su cómplice librarse del castigo, cumpliendo de ese modo su venganza.

D. Lúcas inclinó la cabeza con profundo abatimiento. En ninguna otra circunstancia le hubiera sido tan sensible como en aquella el descubrimiento de su delito: la ocasion parecia elegida para que afectase mas la pena al criminal: el que habia arrebatado á tres madres sus hijas iba á ser separado de la suya en los momentos en que acababa de reconocerla; en los momentos en que la ternura paternal que él propio sentia le representaba con los mas vivos colores toda la enormidad de su crímen.

Al cabo de algun rato, conociendo él mismo que no podia abusar por mas tiempo de la consideracion de los empleados de la seguridad pública, D. Lúcas suplicó que se le permitiese tranquilizar á su hija, lo que le fué otorgado. Despues de esforzarse en dar á su semblante la mayor espresion posible de serenidad, pasó á la habitacion de Hortensia, y pretestando urgentes ocupaciones le indicó que fuese en seguida, acompañada de la criada, al lado de Ruperta, agregando, para alejar toda sospecha del ánimo de su hija, que iria á reunirse con ellas en breve término.

Llena de purísimo contento Hortensia se dispuso á obedecer inmediatamente la órden de su padre; miéntras salia este de la habitacion con las ojos llenos de lágrimas, para ser conducido por los empleados de policía.

Al llegar al zaguan entregaron á D. Lúcas una carta de Falieri en la que le manifestaba que en vista de la considerable diferencia de años que entre él y Hortensia mediaba, habia desistido completamente de su proyecto de matrimonio con la jóven.

Poco rato despues de su salida de la de Falieri llegaba Hortensia á la casa del barrio de San Isidro en que habia quedado Ruperta: al entrar notó que la puerta de comunicacion del primer aposento estaba cerrada en parte, y suponiendo que su madre se hallaria indispuesta, y que su inesperada presentacion podia perjudicarle, se acercó cuidadosamente, y echó una ojeada en la habitacion, sin hacer ruido. Ruperta estaba sentada y mostraba hallarse abatida: Lorenzo Oleaga, junto á ella, sostenia en la mano una tasa, y le instaba con tierna solicitud á que tomase el líquido que la tasa contenia.

Despues de enterarse por las palabras de Lorenzo de que Ruperta se negaba á tomar el necesario sustento por la ausencia de ella, la jóven esperimentó una vivísima emocion producida por el tierno interés con que atendia Lorenzo á su madre: en aquel instante obtenia el jóven un lugar en el corazon de la mujer amada que en algun tiempo de constantes esfuerzos no habia podido alcanzar; la gratitud de la hija allanó la senda que habia de conducirla mas adelante á ser la esposa de Lorenzo.

Hortensia hizo preparar el ánimo de su madre ántes de presentársele, y adoptó igual precaucion para hacerle saber los motivos de satisfaccion que llenaban de júbilo su alma.

Cuando el contento de las dos mujeres era mas vivo, esperando de un momento á otro que se presentase. D.

Lúcas, recibieron una carta de este, escrita en la prision, en la que les imponia de su desgracia.

Nuevas inquietudes y sufrimientos debian mezclarse, en el pecho de la madre y en el de la hija, al placer de recobrar la una á su esposo y la otra á su padre.

* *
*

A consecuencia de la venta de su casa, Victoria, Gustavo é hijos habian pasado provisionalmente á residir con la señora Emilia y Mariana: por fortuna el edificio que estas ocupaban era muy espacioso, y se habian alojado cómodamente.

Sé hallaba La Rioca en su habitacion, á la misma hora casi en que tenia lugar la entrevista de D. Lúcas y Hortensia, cuando le entregaron dos cartas que acababan de recibirse: abrió una de ellas y leyó lo siguiente, despues de notar al pié la firma de Falieri:

"Señor La Rioca:-

"Cuando estas líneas lleguen á manos de Vd. la velocidad del vapor habrá interpuesto algunas leguas entre nosotros; por tanto, puedo, sin temor de que se malogren mis planes respecto á Magdalena, hablar á Vd. con entera franqueza.

"Antes de todo, debe Vd. postrarse á los piés de su esposa y darle las mas rendidas gracias; pues si no hubiesen mediado las consideraciones que á sus virtudes guardo, seguramente á estas horas se hallaria Vd.—el prototipo de la elegancia—vistiendo el humilde trage del presidiario.

"Ménos afortunada que Vd. Magdalena, camina, muy

léjos de sospecharlo, á recibir el castigo que le preparo....

" No se alarme Vd. creyendo que peligra la vida de su amorosa Magdalena.... : aunque soy corso mi venganza será templada.... : no se trata sino de hacerla despertar muy pronto de sus sueños de ambicion....

" La diferencia consistirá, simplemente, en que, en lugar de ser la esposa del millonario, como ella se imagina, sabrá muy en breve que la destino á formar parte de la dotacion del *ingenio* que adquirí recientemente en la Luisiana, como á V. le consta.

" Porque ha de saber V. que Magdalena es ya una propiedad mia ; pues la compré ayer á su primitivo dueño D. Lúcas, segun el documento que llevo conmigo debidamente legalizado.

" Comprenderá Vd. ahora, que al hacer que me entregara ella sus joyas, con el pretexto de devolvérselas mas relucientes y considerablemente aumentadas, no fué de ningun modo mi ánimo que retornasen á su poder.... : esas prendas me resalcirán en algun tanto de lo que por ella he gastado, y quitándoselas le evitaré incurrir de nuevo en la locura de confiárselas á Vd. para empeñarlas y levantar fondos conque sustente V. sus vicios.

" Mi intencion en eso es la mas sana : me propuse llamar á V. al buen camino, y ya que no pude lograrlo con mis consejos, le quito los medios de continuar en la disipacion mas vergonzosa.

" Es probable que no me agradezca Vd. esos buenos servicios, y comprendo muy bien cuanto sentirá V. que haya tronchado el árbol de sus esperanzas ; pues ya estoy impuesto de que se disponia Vd. á seguir gozando de la proteccion y los favores de la dama.... ; pero nada de lo que sucede debe sorprenderle, en primer lugar,

porque es muy fácil conseguir que los bribones se vendan unos á otros, y en segundo lugar, porque habia algo de profético en mi adagio favorito, cuya exactitud puede Vd. comprobar ahora :

" Hasta el fin nadie es dichoso.

" *A. Falieri.*"

La lectura de esta carta produjo en La Rioca hondo despecho : la desgracia de Magdalena le afectaba, no por ella ; sino porque destruia todas las esperanzas que abrigaba para lo futuro.

Despues de un rato, notó el otro pliego que habia recibido al mismo tiempo que el de Falieri, y lo abrió con violencia : era una esquela sin firma que decia así :

" La hija de María de los Dolores Pléres se halla en Mobila, al lado de una mujer llamada Cármen Larranda, quien pretende casarla con su hijo Basilio : la jóven es conocida con el nombre de Alicia."

Ese aviso inesperado del paradero de la costurera que ansiosamente habia procurado saber, sin fruto alguno, desde el dia de su desaparicion, efectuó un repentino cambio en La Rioca : al despecho producido por la carta de Falieri sucedió una alegria siniestra. La belleza de Alicia habia hecho una impresion profunda en su espíritu, y se sintió de nuevo tan poseido del ansia de satisfacer sus torpes deseos, como el dia que se presentó en casa de Cármen á sorprender á la linda jóven.

Examinó la letra de la esquela para averiguar quien la dirigia ; pero no acertándolo en seguida, la guardó sin ocuparse mas de descubrirlo. Para inteligencia del lector, diremos que la autora de aquellas líneas no era otra que Magdalena, quien las habia trazado por la mañana, llevada del deseo de entorpecer en todo lo posible los pla-

nes de D. Lúcas para tomar mayor venganza de él.

Sin que le detuviese ni un instante la circunstancia que en la esquela se espresaba, de ser Alicia la hija de María de los Dolores, dando rienda suelta á sus desordenados inpulsos, La Rioca se ocupó desde aquel momento en los medios de realizar, con mas éxito que ántes, sus perversos propósitos contra la hermana de Clotilde.

De antemano tenia ya dispuesta su salida de la Habana : aquella misma noche debia embarcarse ocultamente en una pequeña embarcacion que le conduciria á Cayo Hueso, llevando consigo una suma, no muy corta, en onzas de oro, que hábia reunido valiéndose de varios arbitrios : de ese modo habia pensado verse libre de la persecucion de sus acreedores, y reunirse en Nueva-Orleans con Magdalena. Ahora, en vez de ir á esa ciudad, pasaria á la de Mobila, acompañado de su antiguo servidor Blas, con el que siempre contaba para las empresas arriesgadas, y á quien habia encomendado le proporcionara un bote y dos remeros de confianza, para trasladarse, protejido por las sombras de la noche, á la embarcacion que habia de conducirlos á Cayo-Hueso, manifestándole que llevarian consigo la suma de dinero indicada.

Muy lejos de sospechar le nueva trama que se urdia contra la jóven Dolores, Máximo y Vicente se ocupaban sin descanso en adquirir los medios de sacarla del poder de Cármen, y de reunirla con su madre. Procediéndose con toda la celeridad que el caso demandaba, se obtuvo de D. Lúcas aquel mismo dia la confesion plena de su delito, y una carta dirijida por él á Cármen para que devolviera su hija á María de los Dolores: se encontró en poder del preso el relicario de oro que portaba la niña Dolores cuando fué sustraida de *la cabaña*.

El reo estaba tan profundamente impresionado y arrepentido que despertó la conmiseracion de Campobello y del sobrino de Arcasola: gracias á los esfuerzos de ellos consiguió despues, al fallarse su causa, que se disminuyera el número de años de prision que habia de sufrir.

En el mismo vapor de las cinco de la tarde en que pensó embarcarse D. Lúcas, salió una persona encargada por Campobello de llevar á María de los Dolores la carta para Cármen, y un estracto de las declaraciones hechas por el culpable, á fin de que adquiriese la conviccion mas profunda de que Alicia era su hija.

* *
*

A una hora algo avanzada de la noche de aquel dia caminaban, uno tras de otro, á orillas de la bahía, por el lado de Regla, dos hombres envueltos en negras capas, con sombreros calañeses encasquetados hasta los ojos; de suerte que con dificultad podía distinguirse que el que caminaba por delante era blanco, y el que le seguia de color. El paso de ambos era lijero, no obstante que el segundo llevaba debajo del brazo, cubierto con la capa, un bulto de algun peso: lo solitario del sitio y la oscuridad parecian favorecerles; pues anduvieron algun trecho sin detenerse.

A la vuelta de un recodo que formaba la senda que seguian distinguieron tres cuerpos que salian del agua y oyeron dos palmadas.

—¿Son ellos? preguntó el que iba delante acercándose á su compañero.

—Sí, señor, contestó el que llevaba el bulto.

—¿ Estás seguro ? volvió á preguntar el primero deteniéndose. Yo distingo allí tres hombres.

—Viene uno mas porque la distancia es larga, contestó el portador del bulto.

El que habia interrogado echó á andar hácia donde estaban los tres hombres, satisfecho sin duda con la esplicacion de su compañero.

Pronto se hallaron reunidos los cinco hombres: tres dentro de un bote y los dos recien llegados fuera.

Despues de dirigirse algunas palabras en voz baja, el que marchaba delante entró en el bote, y recibió de su compañero una maleta chica (que era el bulto que este traia debajo del brazo) sin permitir que lo cogiesen los del bote, como para que no comprendieran por su peso que contenia dinero: despues de entregar su carga el portador entró tambien en el bote.

Poco despues la ligera embarcacion se deslizaba silenciosamente por las saladas ondas.

Lo que habia pasado era el prólogo de un drama terrible....

Al siguiente dia aparecieron flotando sobre las aguas de la bahía dos cadáveres: uno era el de una persona blanca y el otro el de un individuo de color.

Por las diligencias practicadas se vino en conocimiento de que uno de los cuerpos era el de Gustavo de La Rioça, y el otro el de su antiguo criado Blas.

Ellos habian sido los dos hombres que se embarcaron en el bote la noche anterior.

La consternacion mas profunda se esparció en casa de la señora Emília. A la violencia del golpe que heria á personas tan íntimamente ligadas á La Rioca, como su madre, su esposa, sus hijos y sus hermanas, se unieron

para que aun fuera mas vivo su dolor, las horrorosas circunstancias de su trágico fin. Gracias á que ya residian Victoria y sus hijos con la señora Emilia y Mariana, desde los primeros instantes en que recibieron la fatal noticia les fué posible prestarse entre sí los mas tiernos consuelos.

Poco tiempo despues se averiguaron todos los pormenores del terrible drama: aprehendidos los tres hombres que se hallaban en el bote cuando entraron en él La Rioca y Blas, quedaron convictos y confesos de haber inmolado á estos para apoderarse del dinero que contenia la pequeña maleta.

A la vez se obtuvo el convencimiento pleno de que La Rioca habia sido entregado á los asesinos por el mismo Blas, de acuerdo este con ellos para participar del botin: sus cómplices dieron al malvado igual muerte que la que preparada por él recibió Gustavo.

* *
*

A los diez dias de su salida de la Habana retornó á ella María de los Dolores Pléres en union de su hija, de Jacinto y del jóven Rafael.

Máximo y Vicente fueron á recibirlos á bordo del vapor en que llegaban, ansiosos de participar de la alegría de la madre, de la hija y del amante.

La bella costurera estaba mas encantadora que nunca, como si la felicidad le comunicara nuevos atractivos; María de los Doleres parecia transformada, tan favorable era el cambio que se habia operado en ella desde que se reunió con su hija: en cuanto á Jacinto, su semblante te-

nia aun la espresion del que imagina un sueño la dicha de que disfruta.

El pecho mas insensible se hubiera conmovido al presenciar las demostraciones de cariño y de gratitud de que fué objeto Campobello por parte de María, de la jóven Dolores y de Jacinto.

Pasados aquellos primeros instantes de mas viva alegria, Vicente mostró deseos de saber si habia tenido que luchar la madre con algunos obstáculos para recobrar á su hija.

—No, por fortuna, contestó María: la carta de D. Lúcas ordenando á Cármen que me entregara á mi hija produjo el mejor resultado. Descubierto ya el secreto, no era posible que se realizara el matrimonio de Dolores con Basilio, y por consiguiente, ninguna ventaja podian reportar de no devolverme á mi hija.

La satisfaccion mas viva que tuvieron María y Dolores despues de desembarcar, fué la de visitar á Victoria, quien á su vez esperimentó al verlas la primera impresion grata que recibia desde la muerte de Gustavo.

Pocos dias permanecieron en la Habana María, Dolores y Jacinto: la ansiedad de las dos primeras por reunirse con Clotilde y su hija era vivísima, gozando ya de antemano con la inmensa felicidad que les aguardaba.

En la primera oportunidad emprendieron los tres su viage á Europa, sin dar aviso á Clotilde, á fin de aumentar con el de la sorpresa el placer de la reunion.

XVIII.

CORRESPONDENCIA.

En los dias que mediaron entre la vuelta á la Habana y la partida á Europa de María, Dolores y Jacinto, se recibieron cartas de Justo y de Octavio: poco alivio habia obtenido el primero, y ya habia conseguido de él su hermano que se preparase á acompañarlo á la India, para donde habian de salir muy pronto.

Esa noticia desconsoló profundamente á Campobello, porque sus esperanzas se fundaban en que Justo recibiese en Inglaterra, ántes de emprender el dilatado viage á la India, su carta en que le comunicaba la feliz aclaracion de la inocencia de María Luisa.

Veinte dias despues de las de los dos hermanos, llegaron las primeras cartas de Clotilde, escritas en Bilbao, en camino para su posesion en la que habia resuelto fijar su residencia con su hija: el estado de la salud de esta seguia siendo cada vez mas satisfactorio; la ternura filial ejercia en su espíritu una influencia sumamente favorable.

Las cartas subsecuentes de Justo y Octavio fueron escritas el mismo dia en que se embarcaron para la India, ántes de recibir la de Campobello. Era preciso ya que

transcurrieran algunos meses para que retornase Justo á Inglaterra y pasase luego al norte de España á reunirse con Clotilde y María Luisa. Victoria, Máximo, la señora Emilia y Mariana lamentaron esa circunstancia, que habia de retardar la dicha de personas en cuya felicidad tomaban vivísima parte.

Victoria y Máximo tenian el consuelo de recibir con toda la frecuencia posible cartas de Clotilde: gracias á ellas se les hacia ménos penosa la ansiedad con que esperaban el momento en que se reuniera Justo á la madre y la hija.

Poco despues de la llegada á su finca escribia Clotilde á Victoria las siguientes líneas:

"Dios me ha concedido lo que ardorosamente invoqué de su misericordia: volver á estos lugares en union de mi hija.

"Ya he estado con ella en el monumento en que descansan los preciosos restos de Arcasola....: ya hemos orado juntas por su eterno reposo.... En lo adelante las flores que rodean su sepulcro serán cuidadas por nosotras dos....: mi hija y yo tejeremos unidas las coronas y guirnaldas que perfumen y adornen su última mansion terrestre....

"Ahora que no sufro las angustias con que me atormentaba antes la incertidumbre en que vivia acerca de la suerte de mi hija, ahora penetro, amiga mia, que no era solo gratitud lo que me inspiraba mi esposo.

"Viendo de nuevo los lugares donde solíamos estar juntos; leyendo sus libros predilectos; tocando la música que mas le conmovia, evocando sus recuerdos, las emociones que experimento me hacen comprender que ligaba nuestras almas una ternura inestinguible que existe y existirá en mí como si le viera, como si estuviera á mi lado, como si oyese aun el eco apacible y dulce de su voz....

"Hoy le amo como no hubiera podido amarle en vida: hay algo del cielo en este cariño que los sufrimientos han santificado, que la muerte ha divinizado.... Es un sentimiento inefable que arroba mi alma; que se nutre con las oraciones, y que con ellas se eleva, como purísima esencia, en pos de su objeto que goza de la bienaventuranza eterna.

"Lo conservo todo como él lo dejó: de esta manera me parece que su espíritu está siempre conmigo. Por nada de este mundo trocaría ninguna de las memorias que de él me quedan, y si me viera obligada á salir de este retiro, donde vivo con sus recuerdos, sufriría como si dejára en él pedazos de mi corazon.

"Mi hija crée que Arcasola era su padre: por ahora juzgo prudente que siga en esa creencia: sus plegarias por él serán así mas fervorosas, y evito revelaciones que quizás la impresionarían demasiado: lugar tendré mas adelante de manifestarle la verdad.

"Ayer se unieron en matrimonio Marta y Claudio: estoy persuadida de que mi fiel amiga será tan feliz como merece serlo"

En carta posterior, enterada ya de que se habia descubierto la trama urdida por Ruperta contra María Luisa, despues de mostrarle con sentidas frases su vivísimo reconocimiento, dirigía Clotilde á Máximo estos párrafos:

"Hasta ahora no me habia atrevido á mencionar siquiera á mi hija el nombre de Justo; pero las gratísimas noticias que Vd. me dá, y las esperanzas que me hace Vd. concebir de lo presuroso que acudirá el jóven á alcanzar el perdon de María Luisa por haberla creido culpable, me obligaron á pensar en el modo de disponer el espíritu de ésta para una entrevista probablemente próxima con él.

"Con ese objeto consulté á mi amigo, el anciano doctor, que desde que estamos aquí observa atentamente á María Luisa, y procedí de acuerdo con sus prudentes indicaciones, reducidas, en lo mas esencial, á no manifestar á mi hija que Justo la habia creido nunca culpable; á decirle que su precipitada salida de *las Delicias* habia sido causada por asuntos urgentes que le llamaron á la Habana, y á emplear algun rodeo antes de mencionárselo, para precaver la violenta impresion que pudiera producirle.

"El resultado ha correspondido á mis esfuerzos: su ánimo está preparado ya, y la alegria, aunque muy viva, le ha hecho bien. Ella misma pronunció la primera el nombre de Justo, comprendiendo que á él aludía yo en el rodeo que empleaba para decírselo.

"Como segun Vd. me indica, pueden transcurrir algunos meses ántes que llegue Justo á visitarnos, si no recibe en Inglaterra la carta de Vd., he tenido especial cuidado de no hacer entrever á mi hija muy próxima su venida, para que la demora no le inquiete luego."

Al correo siguiente, refiriéndose á la llegada, inesperada para ella, de María, Dolores y Jacinto, dedicaba Clotilde el primer párrafo de su carta á manifestar el contento que esperimentaba, y proseguia de este modo:

"Yo no tenía aun noticia de su llegada, porque Marta y María se habian puesto de acuerdo para darme la mas grata sorpresa.

"Me hallaba sola en la biblioteca, cuando se abrió la puerta y se presentó en ella mi hermana Dolores: la vista inesperada de su fisonomía juvenil, franca, pura y bella, respirando amor y felicidad, hizo en mí una impresion que jamás se borrará de mi alma.

"Creí que era una aparicion celeste, y me dirigí á ella

con los brazos abiertos: mi hermana me recibió en los suyos....: mi corazon palpitaba violentamente antes que yo supiese quien era aquella lindísima criatura que me besaba con íntima delicia.

"María entró á poco, y al reconocerla adiviné que la jóven que me tenía en sus brazos era su hija, mi hermana Dolores....: mi contento era infinito.

"Desde la llegada de esos séres queridos se ha convertido esta mansion en la morada de la alegria y de las satisfacciones mas puras. María, mi hermana y Jacinto, echando un tupido velo sobre los tormentos pasados, disfrutan con la mas completa espansion de su felicidad presente.

"El ejemplo ha sido muy provechoso para mi hija, quien ha tomado profundo cariño á mi hermana Dolores, y con su benéfica influencia han desaparecido ciertos momentos de melancolía que aun le asaltaban, últimos restos, sin duda, de la afeccion moral que sufrió: hoy canta, baila y rie con toda la animacion propia de los juveniles años.

"María me ha manifestado que aguardará á que se verifique el enlace de María Luisa y Justo para que tenga lugar al mismo tiempo el de su hija y Jacinto."

De este modo, recibiéndose frecuentes noticias de Clotilde y de Dolores, transcurrió el tiempo hasta que llegó á poder de Máximo otra carta de Justo, escrita en Calcuta, acusando recibo de la suya en que le hacía saber la inocencia de María Luisa.

En esa carta se inculpaba severamente por haber creido culpable á la tierna jóven; pintaba con los mas vivos colores su ansiedad por verse de nuevo junto á ella, y concluia manifestando que se embarcaría muy pronto para Inglaterra con ánimo de pasar sin demora á España.

El contento de Victoria, Máximo, la señora Emilia y Mariana se colmó al recibir un mes despues las cartas de Clotilde y de Justo en que daban cuenta de la llegada de éste á la finca de aquella; de su entrevista con María Luisa, y de la ventura de que gozaban.

Las siguientes líneas aparecian entre las que en esa ocasion dirigía Clotilde á Campobello:

"Para evitar á mi hija una emocion demasiado violenta, avisé anticipamente á Justo que se demorase en Bilbao, y que desde allí le escribiera algunas cartas en las que de ningun modo la diese á entender que la habia creido culpable. Yo misma entregué esos pliegos á María Luisa, y empléе varios dias en preparar su ánimo para la llegada del jóven: mi hermana Dolores me secundó con mucho tacto; de suerte que la venida de su amante era para mi hija un suceso muy esperado cuando se verificó.

"Los primeros instantes de su entrevista fueron en sumo grado conmovedores: ambos estaban tan impresionados que no podian hablar; pero se revelaban en las miradas su profunda ternura. Justo presentó á Maria Luisa un ramillete seco de peregrinas, el mismo que recibió de ella en *Las Delicias*, que él conservaba como prueba de eterno cariño: mi hija reconoció ese recuerdo, y lo llevó á sus labios apasionadamente.

"Nada falta ya, amigo mio, á mi felicidad, debida en gran parte á los generosos esfuerzos de Vd. Despues de las tribulaciones pasadas, puedo ésclamar en estos momentos de inmensa dicha:

"Dios me ha perdonado ya....: mi expiacion ha terminado."

Esos momentos de extraordinaria satisfaccion para Clotilde, eran los que esperaba Máximo, con la mas noble de-

licadeza de sentimientos, para ofrecerle su mano, y lo hizo al contestar su carta.

Por el mismo correo, complaciendo á María Luisa y á Justo que deseaban tener noticias de Hortensia, comunicó Campobello á su predilecto amigo que la hija de Ruperta y D. Lúcas, se habia casado con Lorenzo Oleaga, con cuyo acendrado y tierno amor premiaba el cielo sus virtudes, y que D. Romualdo, el dueño de *Las Delicias*, habia llamado de nuevo á su lado á Hortensia y su madre, considerando ya á ésta suficientemente arrepentida de sus anteriores culpas; pero que no habian aceptado su ofrecimiento por no alejarse de D. Lúcas, que se hallaba preso, sufriendo la pena que se le impuso.

La circunstancia de encontrarse en la Habana una persona amiga de Máximo, que residía en Mobila, proporcionó á éste la ocasion de dar á la jóven Dolores algunas noticias de Cármen y sus hijos. Así que se deshizo su esperanza de casarse con la heredera de D. Pedro Deliza, Basilio se habia entregado mas ciegamente que nunca á sus malos hábitos, y en poco tiempo obligó á su madre á vender los cortos bienes que poseia, (que eran mucho mas reducidos de lo que se habian hecho creer á Dolores) para satisfacer sus vicios. Sin los recursos que derivaba antes del trabajo de la costurera, vivía Carmen muy miserablemente con lo poco que podía proporcionarse ella misma. En cuanto á Bibiana, despedida por Falieri tan pronto como llegaron á Nueva Orleans, estuvo al abrigo de su madre miéntras ésta pudo sostenerla; despues se vió en la necesidad de colocarse de criada.

A la vez supo Campobello que el millonario se habia unido en matrimonio á una distinguida y virtuosa señorita de Nueva Orleans, para librarse sin duda

de contraer otras relaciones como las de Magdalena.

Solo se hizo esperar el tiempo necesario la contestacion de Clotilde á la carta de Máximo en que le ofreció éste su mano: hé aquí su contenido:

"Imposible me hubiera sido prever, amigo mio, ántes de recibir su última, en todos conceptos muy honrosa, que me proporcionaría Vd. un nuevo motivo de tan profunda gratitud que habia de considerarlo como el título mas digno de los muchos que tiene Vd. á mi reconocimiento.

"La oferta que me hace Vd. de su mano excede infinitamente á cuanto yo hubiera podido esperar.....: por altas que hubiesen sido mis aspiraciones, nunca se habrian elevado hasta ese punto.

"La extraordinaria bondad de Vd. le ha hecho salvar la distancia inmensa que entre nosotros media; pero yo no puedo ni debo abusar de los nobles sentimientos de Vd....; yo no puedo ni debo apartar mi vista del abismo que nos separa....; yo no puedo ni debo privar á Vd. del sumo bien que Dios le destina, ni á una persona idolatrada de eminente mérito, del premio que el mismo Dios le reserva....

"¡Nunca! amigo mio, ¡nunca!

"Mi destino está cumplido: estoy colocada ya en la senda que debo seguir: amé y caí....: una mano generosa me levantó, y espié mi culpa con mis lágrimas y mis sufrimientos. Dios me perdonó, y soy feliz al lado de mi hija, consagrada á los recuerdos del ser que me cubrió con su proteccion.

"Victoria estaba designada para ser la esposa de Vd.: el cielo habia colocado la cuna del uno cerca de la del otro: en esa union cifraba el padre de mi amiga sus esperanzas mas gratas.... Yo me interpuse sin pretenderlo é ino-

centemente destruí la felicidad del ángel venido junto á mí para salvarme con su influencia celestial....: sin mi desgraciada interposicion Máximo y Victoria se habrian unido en lo mas florido de su juventud, y les hubiera sonreido una ventura eterna: en lugar de eso mi amiga idolatrada fué esposa de otro hombre, y de su hermoso corazon brotaron lágrimas de pesar que nunca debieron haber corrido.

"Hoy, en los momentos de remediar el daño que causé, mi interposicion no tendrá la mas leve escusa, y yo misma sería la primera en lamentarla. Muy lejos de hacerme mas feliz me haría muy desgraciada....: me proporcionaría remordimientos profundos....

"Quebrantaría la consagracion eterna que en el fondo de mi corazon he jurado á Arcasola....

"Impediría la completa felicidad de Victoria y sus hijos...

"Me haría acusarme constantemente de haber abusado de la generosidad de Vd., de Vd. á quien debo señaladísimos favores....

"Descubro cual es el sentimiento que agitando el noble corazon de Vd. le mueve á ofrecerme su mano: no es un delirio amoroso porque yo no puedo inspirarlo ya....: no es la impresion que causé en su alma en la sola vez que nos hemos visto en la vida, porque aunque con admirable constancia haya Vd. querido conservarla, el tiempo, mas poderoso que nosotros, la habrá debilitado.... Ese sentimiento no puede ser otro que el de la compasion.

"Pero yo no la merezco ya, amigo mio. Gracias á Arcasola, y gracias á los esfuerzos de Vd. mismo, alcanzo hoy una felicidad tal que escede á cuanto yo hubiera podido imaginar. Me veo rodeada de seres idolatrados, felices como yo, que convierten mi existencia en una suce-

sion de delicias. ¿Qué satisfaccion habrá que no me proporcionen mi hija y Justo, mi hermana Dolores, su madre y su amante, y mi fiel amiga Marta....? ¿Qué vacío puede quedar en mi alma que no llenen los recuerdos de la bondad y de la ternura de Arcasola, y las obras de caridad que practico siempre en nombre suyo....?

"¡Ay! existe, sin embargo, existe un motivo de profundo sentimiento en mi corazon....: existe una causa de profundo sentimiento para mi alma....:

"El desamparo en que se encuentran Victoria y sus hijos....

"Ellos son los que necesitan hoy de la valiosa proteccion de Vd....

"En nombre de Dios, cuyas patentes manifestaciones debemos obedecer; en el de la virtud, á la que rinde Vd. el mas digno culto; en el de la inocencia desamparada que vuelve hacia Vd. sus brazos suplicantes, en el de la justicia, de que es Vd. el mas noble apóstol, en nombre, en fin, de mi intenso cariño á Victoria, y de mi amistad y mi gratitud hácia Vd., le suplico, con toda mi alma, que dispense Vd. á Victoria la honrosa preferencia que me concede.

"¡Quién mas digna que ella de ser la esposa de Vd...! ¡Quién mas digno que Vd. de ser el esposo de ella....!

"Permítame Vd, amigo mio, que dé á su generosa oferta la interpretacion que se conforma con lo votos mas fervorosos de mi alma....

"Permítame Vd. que acepte su mano para unirla con la de Victoria y estrecharlas luego juntas sobre mi corazon...

"De ese modo me enaltece Dios consintiendo que sea mi corazon el primero que palpite á impulsos de la felicidad de Vds. dos.

"De ese modo me cabe el placer indefinible de pagar en parte una deuda inmensa de cariño y de gratitud....

"De ese modo dispongo de un tesoro inapreciable en favor de una persona idolatrada....

"De ese modo, soy en fin, instrumento de la voluntad de Dios, que al permitir que descendiesen á la tierra dos de sus ángeles, dispuso que marchasen unidos, para servir de ejemplo á los humanos, y para que se prestasen mutuamente tiernos consuelos durante su peregrinacion en esta vida....

"Lloro de inmenso júbilo, amigo mio, yo que he esperimentado en breve tiempo una série de inefables contentos; yo que he gozado consecutivamente vivas y gratísimas emociones....

"La imaginacion me representa el venerable rostro del padre de Victoria, que sonrie con celestial delicia porque realicen al fin Vds. su mas ardiente deseo....

"Contemplo despues cuatro inocentes y bellísimas criaturas que tienden á Vd. sus tiernos brazos con infantil alegria, llamándole padre....

"Me parece que escucho una armonía universal, y que de todos los ámbitos del cielo y de la tierra se eleva un grito acorde en que resuenan unidos los nombres de Máximo y Victoria....

"El cielo y la tierra se regocijan anunciando el feliz consorcio de dos almas creadas para confundirse en una sola....

"Cúmplase, amigo mio, la voluntad de Dios, y los deseos mas vehementes de su reconocida amiga

Clotilde."

CONCLUSION.

Algunos meses habian transcurrido desde que se recibiera la carta de Clotilde con que termina el último capítulo, cuando una hermosa mañana se embarcaban en el vapor próximo á salir de la Habana, una señora, su esposo, cuatro niños y dos criadas.

La señora era Victoria, Máximo su compañero; los niños los hijos de aquella, y las criadas Belen y su hija.

Los fervorosos votos de Clotilde estaban cumplidos: hacia muy pocos dias que los dos primos habian recibido la bendicion nupcial.

En esa ocasion partian con ánimo de residir por algunos años en Europa. Así que llegasen al puerto de escala en Inglaterra saldrían para Bilbao, de donde seguirían á la finca de Clotilde, á asistir al doble enlace de María Luisa y Justo, y de Dolores y Jacinto, en cuya ceremonia tomarían parte como padrinos de estos, debiendo ser los de aquellos la misma Clotilde y el anciano doctor.

Entre los amigos mas íntimos que acudian á despedir á Campobello y Victoria se hallaban Vicente y una linda jóven con la que se habia casado éste recientemente.

Al reunirse con él á bordo, puso el sobrino de Arcasola en manos de Máximo un pliego para Clotilde que habia

recibido aquella misma mañana por el correo, sin que pudiese presumir quien lo dirigía.

El movimiento de la tripulacion del buque anunciaba ya la proximidad de su salida y los amigos de los viageros se apresuraban á entrar en los botes que habian de conducirlos á tierra.

Un rato despues ya habia emprendido su ligera marcha el vapor. Antes de un mes se hallarian Campobello, Victoria y sus hijos al lado de Clotilde, su hija, Justo, María, Dolores, Jacinto y Marta.

En medio de los inefables contentos que habian de sentir todos esos personages de nuestro libro al verse juntos, sus tiernas almas habian de experimentar profunda compasion hácia su autora al enterarse del pliego que entregó Vicente á Máximo á bordo del vapor, cuyas principales líneas decian lo siguiente:

"*Parroquia de * * * —Luisiana—*

"Clotilde:

"Una mujer próxima á morir en la condicion mas miserable es la que te dirige estos renglones....

"Esa mujer es madre, y estrecha entre sus brazos á su tierno hijo....

"Esa infeliz sufre, hace ya mas de medio año las agonías de una muerte lenta entre crueles dolores físicos y morales....

"La enfermedad que la lleva al sepulcro es la que ha contraido al dar á luz al hijo en cuya existencia cifró un dia sus esperanzas de mayor elevacion....

"Entre los dolores morales que desgarran su pecho son sus remordimientos los mas encarnizados....

"Esa mujer implora de rodillas tu perdon....

"Tu perdon para su hijo y para ella....

"Mucho ántes que puedas otorgárselo será ya cadáver..., y su hijo un desdichado huérfano, sujeto á la misma condicion de su madre....

"En vano conservó la infeliz la única joya de algun precio, resto de su pasado esplendor, para rescatar á su hijo con el valor de ella....

"Es preciso que como madre sufra mayores tormentos que los que hizo sufrir á sus víctimas.................

....

....

"Una alegria súbita me ha embargado por largo rato...

"Solamente el amor maternal me haria superior en estos instantes á los dolores físicos que esperimento...

"¡Ah! ¿porqué no fuí antes madre....!

"El gozo por el porvenir de mi hijo es lo que domina mi alma....

"Moriré tranquila ahora.

"Falieri ha jurado amparar á mi hijo....

"¡Dios lo bendiga!

"*Magdalena.*"

FIN.

INDICE.

ERRATAS MAS IMPORTANTES.

Pagina.	Línea.	Dice.	Léase.
57	28	por la antesala	con la antesala.
141	31	parte del rostro	gran parte del rostro.
147	25	si se intentase	si intentase.
149	30	señoras	personas.
160	21	formar	firmar.
249	4	sin reconocer	al reconocer.
288	10	indistintamente	distintamente.
292	5	notando	no obstante.


3 2044 048 085 310